

QUIERO wasabi



CRISTINA BUSTO

Lectulandia

Quiero Guasavi

Cristina Busto

A Pablo, por creer en mí cuando ni yo misma lo hacía.

Prólogo

Llevo ya dos horas aquí metida y aún no me lo creo. ¿Cómo coño he llegado a esta situación? Si mis abuelos se enteran les da un ataque.

Por suerte eso no va a pasar, porque he usado la llamada de rigor con Gema.

—¿Ya has vuelto de la luna de miel? —me preguntó nada más descolgar.

—Calla, que no tengo tiempo, estoy en el calabozo.

Se produjo un silencio tan largo que creí que había colgado.

—Estás de coña, ¿no? —dijo al fin.

—No tengo tiempo para bromas. Necesito que me vengas a buscar mañana por la mañana, por lo visto me quieren tener aquí toda la noche para que aprenda la lección.

—¿Pero qué leches has hecho? No entiendo nada...

En ese momento el policía zampabollos que estaba de guardia me hizo un gesto con la mano para informarme que mi tiempo había terminado.

—Tengo que colgar ya, pero te haré un resumen. Rompí el parabrisas de un coche de policía. ¿Te sirve?

—¡Pues claro que no! Quiero todos los detalles o la curiosidad no me dejará dormir —me dice intrigada.

—Pues te jodes que yo tampoco voy a dormir en este sitio. Mañana te quiero aquí a primera hora, antes de ir al aeropuerto.

Le dije en qué comisaría estaba justo antes de que el policía me quitase el auricular de las manos.

Y ahora me queda una larga y dura noche por delante, en este triste calabozo sin pegar ojo y sudando como un pollo. ¿Por qué no ponen aire acondicionado en estos sitios? ¿Los delincuentes no tenemos derecho a estar frescos un domingo de agosto?

Me siento y me miro la punta de los pies. Al menos podrían traerme una putilla para tener alguien con quién hablar, como en las películas.

CAPÍTULO 1

Una para cuatro

—¡Eusebio, me cago en tu pelo! —me vuelvo a poner el albornoz rosa de cerditos y salgo descalza camino a su habitación, éste me va a oír.

—Lo siento gordi —me dice con la mano levantada y situado en la esquina más alejada de la puerta—, iba a comprar, te lo prometo, pero se me fue el santo al cielo...

—Pues ponle una correa a ese santo porque siempre se te va al cielo, bonito. ¿Ahora que hago? Esta noche he quedado con Javi y parezco un *Bigfoot* —me acerco a él más calmada y le enseño una de mis piernas—. Mira qué pelambreras llevo.

Sebi se aparta con cara de asco y me baja la pernera del albornoz para volver a taparme.

—Si hija, la verdad es que tienes un serio problema, no te veo ni el color de piel.

Suelto una carcajada y me siento relajada en su cama. No tengo remedio, no soy capaz de estar más de media hora enfadada con él, no me extraña que nunca me tome en serio.

—¿Y si le pides una cuchilla nueva a la rubia? Creo que esta noche trae al musculitos de Bilbao y está de buen humor.

—Quita,quita, yo a Carla no le pido nada que luego me lo está restregando durante meses —me levanto y cuando estoy en la puerta me giro resignada—. Creo que voy a llamar a Javi para decirle que no puedo quedar.

—No me seas putón, queda igualmente, aunque no puedas bajarte los pantalones —lo miro seria y rápidamente ata cabos—. Ah es verdad, que estamos hablando de Javi...

Voy corriendo a mi habitación y me pongo mis pantalones cortos de chándal y una camiseta negra de manga corta, el modelito perfecto para pasarme la noche haciendo la croqueta en el sofá. Llamo a Javi y le digo que Sebi está de bajón y que no puedo dejarle solo. No es una excusa muy lograda, pero sé que con él no hace falta mucho más. Fuimos compañeros de Universidad hace unos años y nos compenetramos a la perfección, sobretodo sexualmente hablando. Lo nuestro es el típico trato de follaamigos de toda la vida: cuando nos pica el alma nos rascamos mutuamente y hasta la próxima, cero enamoramientos.

Carla pasa por delante de mi habitación y al verme sentada en la cama se apoya

en el marco y me mira intrigada:

—¿No habías quedado?

—Sí, pero ha surgido un problema inoportuno —y esto último lo digo levantando la voz para que Sebi me oiga desde su cuarto—. Así que hoy me quedo en casa. ¿Trabajas esta noche?

—Sí, pero antes voy a cenar con Iñaki —la miro de forma sugerente y aunque nuestra relación es más cordial que de amigas, se le escapa una sonrisa torcida de sus labios rojos—. Y luego pienso traerlo a casa para hacer lo que tú has tenido que aplazar.

La oigo bajar las escaleras con sus tacones de quince centímetros y tras despedirse con un grito sale por la puerta.

Vivo con Sebi y dos amigos más desde hace año y medio. Cuando murieron mis padres me mudé con mis abuelos y aunque les quiero muchísimo tienen una pensión muy ajustada, así que en cuanto encontré un trabajo decente y junté una cantidad de dinero suficiente convencí a Sebi para buscarnos un piso.

La idea era encontrar un estudio sencillo y barato, con dos habitaciones, pero a mi querido amigo, que además de ser muy gay es muy tiquismiquis, todo le parecía feo y frío, hasta que encontró una casa adosada no muy lejos de la Universidad muy bonita y acogedora, que como me dijo él *“Sólo tiene un pequeño e insignificante problema, tiene 4 habitaciones y cuesta 1000€”*. ¿Os imagináis mi cara verdad? Pues sí, puse exactamente esa cara. Pero el muy listo ya había concertado una visita con el propietario.

Fuimos según su plan, haciéndonos pasar por prometidos y gracias a nuestra súper actuación de Goya y a que el propietario además de estar buenísimo era muy majo, nos bajó el alquiler a 800€ porque le habíamos caído bien y confiaba en que cuidaríamos su casa. Pero como obviamente no podíamos pagar el alquiler los dos solos, Sebi habló con un transportista amigo suyo y meses después éste avisó a su prima, de modo que en poco tiempo Sebi, Toni, Carla y yo nos convertimos en compañeros de piso de incógnito. Porque por supuesto Biel, el propietario de la casa, no podía enterarse del engaño, sino nos obligaría a irnos por mentirosos o nos subiría el alquiler.

Rebusco entre las películas que tengo en mi portátil y encuentro una de esas palomiteras que siempre apetece ver, así que tras prepararme un par de sándwiches de hojas de espinacas con queso brie y cebolla caramelizada me siento en el sofá. Pensaba pasar una velada sola y tranquila cuando Sebi y Toni, que habían salido hacía media hora, entran por la puerta con una bolsa enorme del McDonald's.

—¿Qué ves? —Toni se sienta a mi izquierda y empieza a devorar una de sus hamburguesas.

—*Todas contra él*. ¿No salíais a cenar?

—Sí, pero como eres una rancia y no has querido venir con nosotros hemos

decidido venir a incordiarte aquí —Sebi mira uno de mis sándwiches con devoción—. Te cambio mis patatas por tu sándwich.

Le cojo la bolsa de patatas y vuelvo a darle al *play* sabiendo que mi plan de peli y libro se acababa de ir al traste. Les conozco bien y sé que después de la peli Toni nos hará uno de sus deliciosos cócteles y acabaremos medio borrachos jugando a cualquier chorrada que se les ocurra.

CAPÍTULO 2

Un encuentro inoportuno

Sebi y yo estamos sentados en un banco comiendo pipas cuando suena el timbre y una marabunta de niños empieza a salir por orden para encontrarse con sus padres, todos muy perfectos y señoriales. Si alguna vez tengo un hijo no lo llevaré a este colegio, paso de que me miren todo el tiempo por encima del hombro como si oliese mierda.

Gema nos llama con un gesto desde la puerta y nos acercamos, no sin antes ser atropellados por un niño gordo con un bocata de *Nocilla* en la mano.

—Habéis venido. ¡Menos mal, sois mi salvación! Soy un desastre, me lo dejé en tu casa el otro día, con las prisas y ...

—Vale, vale cotorra, ya tienes tu regalo —le corta Sebi, que conoce de sobras lo mucho que le gusta hablar.

Ella sonrío y recoge el regalo de su novio.

—¿Ya le has felicitado? Habrá flipado al ver que no le dabas su regalo.

Gema mira por encima de mi hombro y asiente a alguien. Acto seguido nos deja allí plantados y entra a su clase. Sale al momento con una pequeña rubia de la mano.

Es una niña muy guapa, con una coleta alta y un vestido negro de manga tres cuartos. Lleva una mochila de ranitas verdes en una mano y cuando nos ve en la puerta agacha la cabeza avergonzada.

—Emma, tu padre está allí, corre que te está esperando —dice Gema señalando a alguien a nuestra espalda.

Instintivamente Sebi y yo nos giramos y abrimos la boca de asombro a la vez.

El padre en concreto es un hombre alto, de constitución delgada pero con unos músculos bien trabajados que se marcan a través de su camiseta gris de manga corta. Va rapado porque se está quedando calvo, pero sigue siendo muy atractivo, con la tez morena y unos bonitos ojos grises. Sonríe a la pequeña con la mano extendida y un hoyuelo atractivo se marca en su mejilla derecha. Está claro que el tío está cañón, pero no es por eso por lo que los dos nos hemos quedado con la boca abierta, sino porque tenemos delante al propietario de nuestra bonita casa adosada, esa en la que se supone que vive una feliz pareja de prometidos y nadie más.

Sebi lleva uno de esos bolsos de chico colgado del brazo, unos pantalones negros

tobilleros más ajustados que los míos y una camisa de flores de manga corta. Muy hetero él.

Biel, el propietario, nos reconoce y se acerca con su niña de la mano. Sebi entra en pánico y me mira con los ojos como platos, está claro que necesita su tiempo para volverse todo un macho.

—¡Hola chicos! —Nos saluda sonriente.

—Hola, ¿qué tal? —Sebi le ofrece la mano derecha a la vez que con la izquierda me coge de la cintura y me acerca a él, pero me ha pillado desprevenida así que tropiezo con su pie y la bolsa de pipas que llevo en la mano se desparrama en las zapatillas de Biel.

Con cara de circunstancias le pido disculpas y me arrodillo a recoger las pipas. No tiene sentido que lo haga porque no pienso metérmelas en la boca, pero prefiero estar arrodillada delante de él que mirarle a la cara sin saber que hacer.

Sebi me tira de la coleta y me obliga a incorporarme, entrelazando sus dedos fríos con los míos. Me obligo a hacer algo por la patria y me recompongo.

—No sabía que tuvieses una niña, es preciosa.

—Muchas gracias —mira a su pequeña con adoración y sonrío mientras le acaricia la cabeza—. ¿Y vosotros que hacéis por aquí? No os queda cerca de casa.

Los dos nos giramos para mirar a Gema, que observa la escena extrañada desde la puerta.

—Gema es amiga mía y hemos venido a traerle algo. Qué casualidad que sea la profesora de tu hija.

Biel asiente.

—Ojalá pronto tengamos que pensar en traer aquí a nuestra hija, ¿eh nena? —Sebi se ha puesto muy macho y me da un pellizco en el culo.

Estoy flipando y por la cara que pone Biel, él también. Me mira la tripa y me pregunta si estoy embarazada, está claro que no porque, aunque tengo un poco de buche, no el suficiente. Lo más fácil sería decir que sí y seguirle la corriente a mi supuesto prometido, pero no me apetece engordar más la mentira.

—No, que va, Eusebio, que sueña demasiado. Aún es muy pronto, ¿verdad cariño?

Sebi asiente medio enfurruñado por escuchar su nombre completo. Biel nos mira con gesto contrariado y se despide de nosotros y de Gema. Lo vemos alejarse y entrar en un Dodge negro.

—¿Nena? ¿Embarazada? —Le doy un manotazo a Sebi con rabia.

—¡Ay chica, yo que sé! Me he puesto nervioso —vuelve a su postura natural y se cuelga el bolso con un gesto muy femenino—. Bueno, lo importante es que ya se ha ido.

—¿Pero qué ha pasado aquí? ¿De qué lo conocéis? —Gema acompaña al último niño de su clase a salir.

—Es el dueño de nuestra casa y se supone que estamos prometidos. ¿Recuerdas?

Se ríe de nosotros sin piedad y entra de nuevo para coger sus cosas. Cuando sale ya no queda ningún padre y nosotros volvemos a estar sentados en el banco comiendo las pipas que han sobrevivido a mi tropiezo.

—Pues no sé cómo habéis podido convencerlo, sois unos actores patéticos — comenta, retomando la conversación de antes.

—Ni yo lo entiendo.

La acompañamos a su coche para dirigirnos al centro comercial. Esta noche tenemos la fiesta de cumpleaños de su novio y aún no le hemos comprado nada. Sergio es un poco friki así que optamos por una figura de Yoda y una camisa de cuadros, elección de Gema que seguramente le obligará a ponerse para salir.

Dos horas y tres capuchinos después nos deja en casa y concretamos la hora para la noche.

—Sed puntuales, es una sorpresa y tenéis que estar todos cuando lleguemos nosotros. Él cree que vamos a cenar a casa de sus padres, pero cuando estemos de camino haré como que se me he olvidado algo y le pediré que volvamos a casa, así que cuando escuchéis la puerta...

—¡Vale! A las nueve allí, seremos puntuales —corto a modo de despedida. Ella sonrío y arranca el motor.

CAPÍTULO 3

Preparativos

Sebi lleva toda la tarde dando la murga, a veces prefiero no salir para no tener que aguantarlo. Se ha cambiado de ropa ya tres veces y sigue sin estar convencido, así que Carla y yo estamos comiendo palomitas en mi cama mientras nos hace su pase de modelos particular.

—Esa camisa de palmeras no me gusta para salir —comenta Carla analizando el tercer modelito de la tarde.

—Sí, es más como para irte al caribe.

Sebi resopla y se va corriendo a su cuarto. A los dos minutos entra con unos piratas blancos y una camiseta de pico rosa.

—Baahh no me gusta nada, cada modelito que sacas es peor. —La camiseta no le queda tan mal, pero disfruto como una enana cuando le tiembla el labio superior de esa forma.

—¡Vete a la mierda!

Me tira uno de sus mocasines y me da en toda la cabeza. Por suerte mi moño de estar por casa ha amortiguado el golpe. Me he divertido un rato, pero realmente está desquiciado así que le paso el bol vacío a Carla, que ríe por lo bajo, y me levanto para ponerme delante de él.

—¡Es broma, *dramaqueen!* A ver —lo pongo delante del espejo de mi habitación y le obligo a mirarse—. La camiseta rosa me gusta, pero no como te queda con los piratas blancos, así que ponte los tejanos oscuros del primer modelito y ya está.

Sin mediar palabra vuelve a salir camino de su cuarto a cambiarse, pero le oigo maldecirme por lo bajo.

—Bueno, ya tenemos a uno vestido. ¿Hago otra bolsa de palomitas para ti? Esta vez que sean dulces.

—Por mí no te molestes, me pondré unos shorts tejanos y alguna blusa, no pienso complicarme.

Carla resopla resignada y se marcha a ducharse.

Hoy está de buen humor, al parecer anoche Iñaki le dio lo que buscaba. La veo entrar al lavabo con sus cosas bajo el brazo y debo admitir que la tía es guapísima, de

esas chicas que no puedes evitar mirar cuando pasan por tu lado. Tiene un cuerpazo de modelo y unas tetas envidiables, por no hablar de su bonito y sedoso pelo rubio. Lástima que el carácter no le acompañe siempre, porque cuando tiene el día cruzado no hay quién la aguante.

Recojo el bol y las latas de Coca-Cola que hemos dejado en el suelo y lo llevo todo a la cocina. Soy bastante desastre en mi vida en general, pero en cuanto a las zonas comunes de la casa soy ordenada, a diferencia de mi cuarto que bien podría ser una leonera. Oigo a Sebi en la planta de arriba caminar de un lado para otro así que lo llamo para que sepa donde estoy.

Baja despacio los escalones y se apoya en el marco de la puerta con una postura sexy y nada natural.

—¿Qué tal?

Me giro mientras aclaro un par de vasos y le miro de arriba abajo analizándolo. Se ha puesto los tejanos oscuros que le he dicho, pero ha cambiado la camiseta rosa por otra igual, pero de color verde esmeralda. Nuestras horas de terraza han dado sus frutos porque la camiseta le sienta de maravilla con ese tonito moreno que está empezando a coger. En los pies se ha calzado unos zapatos negros demasiado brillantes para mi gusto, pero no pienso decirle nada, tienen pinta de ser pesados y no tengo ganas de que me estampe uno en la cabeza.

—Estás todo buenorro, *pinfloi*.

—¡Por supuesto que sí!

Me pasa el trapo para secarme y juntos subimos a mi habitación.

Soy hija única y nunca he tenido muchos amigos, pero cuando conocí a Sebi en el instituto nos volvimos inseparables. Él es mi hermano, mi amigo, mi paño de lágrimas y mi caja de sonrisas. Aunque es muy suyo y a veces le daría un par de guantazos, no sé qué haría sin él.

Pongo música y me siento en la silla de mi habitación de cara a la ventana, por la que se cuele el sol a pesar de ser casi las ocho. ¡Me encanta que ya se acerque el verano!

Cuando suenan los primeros acordes de *The Lazy Song* de Bruno Mars se me escapa el primer grito.

—¡Ay! Ten cuidado.

Sebi resopla.

—Si no te gusta como te hago las cejas aprende a hacértelas tú, que ya tienes veintisiete años. Además, deja de moverte o te volveré a pellizcar.

Y efectivamente, tres segundos después me vuelve a pellizcar.

CAPÍTULO 4

Feliz cumpleaños

Gema me envía un mensaje avisándome. Ya vienen, así que les pego un grito a todos, la mayoría amigos frikis de Sergio que no he visto en la vida, y tras apagar la luz nos escondemos como podemos, unos detrás del sofá, otros en el pasillo y hasta he visto a uno meterse bajo la mesa de centro.

Estas situaciones siempre me han hecho mucha gracia, así que cuando oímos los tacones de Gema se me escapa una carcajada. Todos me chistan y me veo obligada a meterme la mano en la boca para no joder la sorpresa.

La puerta se abre y todos gritan: ¡¡Sorpresa!! Pero todo sigue a oscuras, porque yo era la encargada de darle al interruptor y estaba tan ocupada conteniendo la risa que se me ha olvidado. Así que, aunque tarde, lo pulso y se hace la luz. Sergio tiene cara de susto, pero sonrío y abre los brazos en señal de agradecimiento.

Entre abrazos y felicitaciones da comienzo la fiesta. Todo el mundo empieza a beber y malcomer con el popurrí de comida que hemos traído entre todos. Hay tortillas de patatas, con y sin cebolla, empanada, carne rebozada, croquetas, patatas bravas... El típico picoteo que necesitas para que no te suba demasiado el alcohol. Y como no, cuatro botellas de cava rosado para celebrar por todo lo alto que los años pasan y nos hacemos viejos.

Con un trozo de empanada de carne en la mano veo como Sergio se acerca a Gema y la besa en la mejilla. Me encanta observarlos, la forma en que se miran dice lo mucho que se quieren, no hacen falta palabras ni caricias, solo con mirarse lo dicen todo.

¿Alguna vez llegaré a estar así con alguien? Tuve un novio en mi primer año de Universidad, pero no duró más de tres meses y realmente lo nuestro era simple atracción física, nunca llegué a sentir ese “nosequé”, ni con él ni con nadie. No me malinterpretéis, no soy la típica chica enamoradiza ni busco a mi príncipe azul, pero de vez en cuando me pica la curiosidad de saber que se siente realmente al estar enamorado y si existirá alguien hecho para mí, alguien con quien encaje a la perfección.

Desde mi esquina en el comedor observo como Sebi habla con un chico rubio muy guapo de ojos marrones. Bromean y se tocan ligeramente el brazo, sin duda están coqueteando. No le conozco, creo que es familia de Sergio, pero entre tanta gente es imposible saberlo.

Alguien me pone la mano en los ojos y me tapa la visión.

—¿Eres una perversa? Deja de mirar, fisgona.

Conozco esa voz, y sonriendo quito la mano de mis ojos y me giro. Delante de mí tengo a un chico muy alto y delgado, con barba y unos ojos negros risueños.

—¡Javi! ¿Qué haces aquí?

—Gema me invitó, por si no lo recuerdas es mi prima.

Me alegro muchísimo de que haya venido. Gema está demasiado ocupada hablando con todo el mundo y Sebi tratando de llevarse a la cama al chico rubio, así que eso me deja poca gente libre con la que hablar.

Nos tomamos nuestras cervezas con calma y devoramos todo lo que pillamos por las mesas, algo de lo que seguramente luego me arrepienta, porque estoy delgada pero la dichosa curva de la felicidad que tengo bajo el ombligo no me la quita nadie. Así que pensando que haré bondad durante la semana, cojo el último trozo de empanada de carne.

Para cuando Sergio empieza a abrir regalos ya son las doce y algunos ya van demasiado contentos gracias a la sangría. Sebi ha vuelto a mi vera acompañado de su nuevo ligue, que acabo de descubrir que se llama Fernando. Aunque lo hacen cuando creen que nadie les ve, algo realmente estúpido porque somos treinta personas en un comedor de 32 metros cuadrados, es realmente agresivo ver como se comen la boca continuamente.

—¡Somos unos cracks! —Me dice mi amigo chocando nuestras manos cuando a Sergio se le ilumina la cara al ver la figurita de Yoda y todos sus amigos gritan.

—Por supuesto que lo somos.

Estaba claro que le gustaría, con la camisa, en cambio, no ha reaccionado igual.

Una vez abiertos todos los regalos llega la hora de los cubatas y los deliciosos mojitos de fresa, la especialidad de Gema, que además de ser una gran profesora de primaria es la reina de las borracheras. He perdido la cuenta de las veces que la he metido en la ducha con ropa incorporada al llegar de fiesta.

Javi está muy juguetón, supongo que se quedó con ganas de teta la otra noche, porque entre baile y baile cuele su lengua en mi boca y su mano me masajea el trasero de forma sensual, acercándose a él para poder rozar su evidente erección contra mi muslo. Y como mis piernas esta noche están más suaves que el culito de un bebé le dejo hacer porque, aunque soy toda una señorita, yo también necesito un meneo de vez en cuando y con él lo tengo asegurado.

La música se para y todos reprochamos, con vaso de plástico por los aires incluido.

—Sí, ya lo sé, pero tenemos que irnos, por ahora me gustan mis vecinos y no tengo intención de mudarme —Sergio ha sido el responsable del repentino silencio— Así que todos a recoger que nos vamos con la fiesta a otra parte.

Creo que el término “*todos*” no ha quedado muy claro, porque un grupo de veinte personas ha salido disimuladamente por la puerta cubata en mano. Así que los cuatro pringaos que quedamos metemos todos los vasos y platos de plástico en un par de bolsas de basura junto con las botellas vacías y servilletas. Gema barre rápidamente el suelo del comedor y mete las botellas que han sobrado en la nevera.

Cuando nos reunimos todos en la calle surge la gran pregunta:

—¿Dónde vamos?

—Por mí donde queráis, estoy a vuestra disposición —Sergio se ha bajado lo que quedaba de whisky y bebe directamente de la botella. Es su cumpleaños y está claro que piensa celebrarlo como Dios manda.

—Si queréis vamos a la sala Bikini, que nos queda cerca. —Gema se está comportando como una novia ejemplar, solo se ha tomado dos mojitos y parece que aún vocaliza con normalidad.

Suena una afirmación colectiva y empezamos a caminar. Javi me tiene cogida por detrás mientras me besa el lóbulo de la oreja, de manera que su masculinidad reposa sin vergüenza en mi trasero. Ignoro por un momento el rubor de mis mejillas y el calor interno que noto entre las piernas y me permito pensar. Son las dos de la madrugada, por lo tanto, deberemos pagar la entrada de la discoteca, y aunque la cena no me ha costado un duro y es el cumpleaños de Sergio, no me parece buena idea pagar para estar media hora y después irme con Javi a solventar el calentón que llevamos, así que actúo como la persona adulta que soy.

—Nosotros nos quedamos aquí, Gema. —Ella me echa una mirada de reproche, pero la ignoro y le doy dos besos acompañados de un pellizco en el culo— Pasadlo bien.

Busco a Sebi para despedirme y asegurarme que lleva llaves de casa, pero no lo localizo, así que rezo para que pueda entrar en casa y Javi y yo paramos un taxi.

No es un trayecto muy largo, pero se me hace eterno. Javi no para de tocarme a través de la pernera del pantalón corto y aunque intento disimular le dejo hacer, deseando llegar de una vez por todas y quitarme los pantalones.

Javi vive con sus padres porque según él no tiene necesidad de independizarse cuando su madre lo trata como un rey, así que justo cuando mete las llaves en la cerradura me da por pensar que no debería haber ido.

—No te preocupes, mis padres están fuera —me dice entendiendo mi gesto de duda.

Podría decir que vamos a la cocina y nos tomamos algo con calma, pero somos suficientemente adultos como para ir al grano, así que entramos directamente en su dormitorio, sin molestarnos en cerrar la puerta. Y una hora después nos metemos a la ducha, juntos.

CAPÍTULO 5

Sábado en el dentista

Me despierta el sonido de la alarma y arrastrándome por la cama cojo el móvil y lo paro. Tengo tanto sueño que me propongo girarme y volver a dormir, pero entonces recuerdo que es sábado y me toca trabajar, así que me siento y me froto los ojos para no volver a caer en las redes de Morfeo.

Javi está dormido a mi lado, boca arriba y con la mano metida en los gallumbos. Me carcajeo en silencio y sin molestarle cojo la ropa que anoche dejé esparcida por el suelo y me meto en el baño. En el espejo veo a una chica de piel mulata con los ojos color esmeralda, hinchados a causa del sueño y negros, efecto de no quitarme el maquillaje antes de acostarme. Me lavo bien la cara y me hago una coleta para disimular la maraña de pelos que llevo.

Cuando salgo escucho a alguien trastear en la cocina, así que atraída por el olor a café me acerco. Javi, aún en gallumbos, se gira con una taza en la mano y me la ofrece con una sonrisa. Creo que ni siquiera ha abierto los ojos, pero este chico siempre está de buen humor.

—¡Oooh por favor, qué caballero! Te has levantado solo para hacerme el café.

—No te creas tan importante, me he levantado porque esta tarde vuelven mis padres y tengo el piso hecho un asco.

Le doy un sorbo al café y acto seguido lo escupo en el fregadero. Está demasiado dulce.

—¿Este café no era para mí verdad?

Javi ríe y me quita la taza de las manos.

—Es verdad, pero quedaba mejor si te lo ofrecía a ti. No queda más, pero tengo zumo de naranja en la nevera, coge un vaso si quieres.

Está claro que entre nosotros no existe nada romántico, solo sexo. Rechazo el zumo y dándole un beso en la mejilla salgo por la puerta camino al metro, tengo que pasarme por casa a cambiarme antes de ir al trabajo.

Giro la llave con cuidado y cierro despacio. Todo está en calma, así que me quito los zapatos y subo de puntillas las escaleras camino a mi cuarto. La puerta de Sebi está entreabierta, me acerco y cuelo la cabeza por el hueco. Efectivamente llevaba las

llaves de casa, porque está plácidamente dormido en su cama tipo tatami, pero no está solo, ni vestido. A su lado veo a Fernando y literalmente está con los huevos colgando, todo al fresco, si señor.

Arrepintiéndome de haber chafardeado, me meto en mi habitación y cojo unos tejanos tobilleros, la camisa blanca con el emblema de la clínica y las converse. Me cepillo el pelo en el tocador improvisado que tengo sobre la cajonera y tras lavarme los dientes y pintarme los ojos en el baño, cojo el casco de la moto y salgo como un rayo.

Cuando llego ya hay dos personas esperando así que tras saludar sin mirar a nadie en concreto abro rápidamente y les hago pasar a la sala, donde sé que esperarán más de la cuenta porque el doctor Sánchez no aparecerá antes de las nueve y media.

Trabajo como recepcionista en una clínica dental desde hace dos años. No es un gran sueldo, pero me permite pagar el alquiler y mis gastos, incluso si no me paso mucho me da para darme algún capricho al mes. Y lo más importante, mi horario es de nueve de la mañana a tres del mediodía, lo que me permite utilizar las tardes a mi antojo.

Estoy pasando unos historiales a limpio cuando alguien se acerca al otro lado del mostrador.

—Hola, perdona quería saber si... —Se detiene en seco cuando levanto la cabeza para mirarle.

Me olvido por un momento de los ficheros y solo tengo ojos para este hombre con quién al parecer últimamente tengo demasiados encontronazos casuales.

—Hola Biel, ¿en qué puedo ayudarte?

¿Por qué siempre va tan guapo? Lleva una camiseta de color verde pastel con un dibujo surfero que le queda como un guante en esos fibrados brazos morenos. No sé que lleva debajo, pero por mí como si va en pelotas.

Al reconocerme sonrío.

—Hombre Alicia, no sabía que trabajabas aquí. —Asiento de forma cordial sin dejar de mirar sus bonitos ojos—. Supongo que porque siempre vengo por las tardes.

Mientras habla se acaricia la cabeza rapada con un gesto de inseguridad que me parece tremendamente sexy. Parece incómodo, así que para ahorrarle el mal trago de no saber que más decir vuelvo a insistir.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Ah sí, quería saber si ya ha llegado el doctor Sánchez.

—No, aún no, ha tenido un problema con el coche, pero ha llamado para decir que llegará en seguida —miento como una bellaca, pero ya tengo mucha experiencia.

Biel asiente, pero sigue ahí de pie, sin moverse. No sé si es que le ha resultado tan incómodo verme que no sabe que hacer o que realmente algo le pasa.

Se gira mirando la sala de espera y parece meditar algo, pero justo cuando creo que va a marcharse se da la vuelta y poniendo una de sus varoniles manos sobre el mostrador vuelve a mirarme.

—Verás, no pensaba encontrarte aquí y me has pillado de improvisto, pero justo hoy iba a llamarte.

¿A mí? No me jodas, eso no puede significar nada bueno.

—Pues aquí me tienes —contesto sonriendo de oreja a oreja.

—Quería hablar contigo para comentarte una cosa...

Y justo en ese momento se abre la puerta y entra el doctor tranquilamente, con su mariconera colgada del brazo. Al pasar frente a nosotros nos saluda y Biel le pregunta sobre el coche. Él me mira de forma interrogativa y yo me encojo de hombros.

—Sí claro, ya está solucionado, ha sido una tontería.

Y dicho esto pasa apresuradamente a la consulta, por miedo a tener que dar más explicaciones que no tiene.

Yo no dejo de mirar Biel, que vuelve a girarse hacia mí.

—Ahora no tengo tiempo, ¿tienes descanso?

—Normalmente paro a las once y media... —no sé a dónde quiere llegar.

Biel se saca el móvil del bolsillo y mira la hora. Yo hago lo mismo en la pantalla del ordenador. Son las diez y cinco.

—¿Te importa si desayunamos juntos y charlamos? Será un momento.

¿Desayunar juntos? Me tomo unos segundos para meditar la respuesta. Realmente prefería tener una cena con él más que un desayuno, pero por supuesto no pienso confesarlo, no solo porque es el propietario de mi casa y casi un desconocido para mí, sino porque si no me equivoco tiene treinta y seis años, lo que supone que me saca nueve años de diferencia y además carga a sus bonitos y torneados hombros con una niña pequeña. No, Alicia, borra esa perversa idea de la cabeza, tu bonito culo debe buscar otra mano más joven para estrujarlo.

No encuentro ningún motivo razonable para rechazar su oferta, dejando de lado lo incómodo de la situación, y además me muero de ganas por saber que es eso tan importante que tiene que contarme, así que acepto sin más.

—Claro, cuando salgas de la visita podemos ir a desayunar. —Le sonrío amablemente y con un toque de seducción, muy a mi pesar.

Él me sonrío abiertamente de manera que sus ojos quedan ocultos tras dos arruguitas, y sin más vuelve a la sala de espera.

Cojo el móvil de nuevo y abro la conversación de Sebi para contarle mi cita del desayuno, pero veo que su última conexión fue a las cuatro de la madrugada, así que lo dejo estar. Al fin y al cabo, seguro que más tarde tendré más cosas que contarle, tal

vez incluso deba poner una carita llorando y un camión de mudanza. ¿Se nos acabó el chollo de la casa compartida?

CAPÍTULO 6

El principio del fin

A las once y media estamos sentados en la terraza de una pastelería que hay frente a la consulta. Siempre voy a desayunar allí porque la dueña, Lara, hace unos pasteles caseros para chuparse los dedos y además es muy maja, tanto que incluso compartimos cotilleos a menudo. Sebi está enamorado de ella, dice que si no fuese gay se enredaría en su pelo pelirrojo y la pondría mirando para la Puerta de Alcalá noche sí y noche también.

Pensaba que todo iría rodado y que sería un mero trámite, pero estoy bastante nerviosa. No sé dónde mirar porque me he dado cuenta que su mirada me intimida, así que me miro las uñas de las manos color rosa y me giro de vez en cuando esperando que Lara aparezca para tomarnos nota.

Biel llama mi atención con un gesto de muñeca y le miro con una sonrisita nerviosa en los labios.

—Lo siento si te has visto obligada a aceptar mi invitación.

—No te preocupes, me apetecía un buen desayuno.

Antes os he dicho que mentía muy bien, pues no siempre es así, cuando estoy nerviosa se me da fatal.

Lara se acerca a nuestra mesa con su habitual sonrisa en los labios y al ver a mí acompañante se gira disimuladamente y guiñándome un ojo me enseña su dedo pulgar.

—¡Hola! ¿Qué os pongo?

—Yo quiero un café vienés con azúcar moreno. —dice Biel tras dejar la carta sobre la mesa.

Asiente y tras anotar el café en su libretita se gira hacia mí.

—¿Para ti lo de siempre? —Y antes de que le diga que sí ya lo está anotando. Qué predecible soy—. Hoy he hecho tarta de zanahoria y pastel de manzana, ¿os pongo un trocito de alguna?

Maldita Lara, sabe que me pirra su tarta de zanahoria con crema de queso y que la pediría sin dudar, pero Biel ha dicho antes que invitaba él y me sabe mal hacerle pagar mi capricho, así que me quedo callada mirando distraídamente hacia la entrada de la clínica, hasta que Biel me toca ligeramente el brazo que tengo sobre la mesa.

—¿Cuál prefieres? Seguro que tú ya las has probado.

Su mano sigue ahí, sobre mi brazo, produciéndome un cosquilleo extraño con el simple contacto de su piel. Me quedo como ida sin dejar de mirar.

—Ella prefiere la de zanahoria, no le gusta la manzana.

Y dicho esto Lara se va sacándome de mi ensimismamiento inoportuno. ¿Por qué de pronto me siento tan rara? Soy una persona abierta y sin una pizca de vergüenza, por lo que normalmente me desenvuelvo con soltura en situaciones con desconocidos, pero Biel tiene algo que me intimida.

Estoy mirando distraídamente la pantalla del móvil que he dejado sobre la mesa cuando rompe el silencio.

—Verás, sé que no tienes mucho tiempo así que prefiero ir al grano. Tal vez te parezca entrometido, pero anoche vi algo, y aunque tenía intención de ignorarlo y hacer como si nada, al verte hoy lo he recordado y creo que debería contártelo.

No entiendo nada, pero empiezo a ponerme nerviosa. ¿Anoche vio algo? ¿Y cree que debe contármelo? Por su expresión no parece enfadado, simplemente está serio, incluso juraría que empieza a sentirse incómodo. Aun así no me arriesgo a decir nada y simplemente asiento.

—Salí a correr y pasé frente a vuestra casa, bueno mi casa...

En ese momento Lara llega con los cafés y el trozo de tarta, un trozo más grande del que suele ponerme a mí sola. Nos mira sonriendo mientras coloca las cosas sobre la mesa y al ver mi cara de susto se va sin decir más.

—Era temprano y no prestaba mucha atención, simplemente eché un vistazo distraído como suelo hacer cuando paso por allí —siguió Biel, echándose el azúcar moreno en el café—, pero algo llamó mi atención.

Entonces se para y toma aire, vuelve a estar incómodo. No sé por dónde van a ir los tiros, pero me da que no va a ser nada bueno. De repente no sé qué hacer con las manos, así que cojo mi café y aunque no lleva azúcar, empiezo a moverlo demasiado deprisa.

Biel se acomoda en el asiento y antes de continuar le da un sorbo a su bebida.

—Lo siento, tal vez no debería contarte esto porque prácticamente no te conozco de nada y no me incumbe...

—Suéltalo ya, me estás poniendo nerviosa. —¡Desembucha!

—Está bien... vi a Eusebio liándose con otro hombre en la puerta de casa.

Le escupo el café que tenía en la boca sin querer, manchando todo el trozo de tarta. Biel se echa asustado hacia atrás en el asiento. Me entran ganas de reír, os lo aseguro, y estoy a punto de hacerlo cuando recuerdo que supuestamente Sebi y yo estamos prometidos y muy enamorados, por lo que debería de echarme a llorar como una magdalena. No sé como actuar ni que decir, así que me levanto corriendo al baño

con la excusa de que debo limpiarme.

Al verme entrar apresurada Lara me sigue.

—¿Estás bien, Ali?

Me miro en el espejo y me pongo a reír como una loca. Risa nerviosa.

—Sí, perfectamente, solo estoy alucinando un poco.

Ella ríe conmigo por verme así, tan fuera de mí y sin poder retener la risa. Cuando al fin me controlo cojo un trozo de papel de manos y me limpio la camisa, algo inútil porque nada va a quitar esa mancha marrón.

—El que está sentado conmigo fuera es Biel, el propietario de la casa donde vivimos —ya conoce la historia, así que me ahorro explicarle todo el asunto de nuevo—. Y acaba de decirme que anoche vio a Sebi liándose con otro tío.

—Ostras, os ha pillado... —dice llevándose las manos a la boca.

—Lo gracioso es que creo que no, él piensa que Sebi me la está dando con otro. ¿Se supone que debo ponerme a llorar como una histérica?

Me miro de nuevo en el espejo y pongo caras de sufrimiento, haciendo esfuerzo para intentar llorar, pero nada, no me sale. Está claro que mi vocación no es ser actriz.

—No seas tonta, no tienes por qué parecer una inútil integral. Simplemente dile que gracias por avisar y que ya hablarás con él. Y vete, porque como vuelva a darte la risa no habrá quién se crea vuestro teatrillo.

Sopeso la idea de Lara, pero no me convence, eso supondría que después de todo seguimos viviendo juntos porque soy una tonta cegada por el amor que le perdona a su prometido haberse dado el lote con un tío en medio de la calle, y por mucho que esto sea una mentira, me niego a perder mi dignidad.

—No, no me convence... déjame pensar.

Y dándome por imposible se vuelve a la cafetería. Tiro el papel mojado en la papelera y me apoyo en la pica para pensar. Debo decirle algo que le convenza y haga que olvide ese asunto, algo que no suponga ningún problema para que Sebi y yo sigamos con nuestra mentira.

Me tiento los bolsillos del pantalón buscando el móvil, pero entonces recuerdo que está encima de la mesa, al lado de mi café. ¡Mierda! Seguro que a Sebi se le ocurría algo.

Para hacer tiempo entro al retrete a echar un río y allí acucillada y con las manos en la pared para no perder el equilibrio me viene la inspiración.

—¡Ya lo tengo! —Gritó al aire.

Tras un último vistazo en el espejo salgo decidida y vuelvo a mi sitio.

Biel me mira preocupado, quiere decirme algo, pero tras abrir dos veces la boca y volver a cerrarla baja la vista y mirando su café simplemente dice:

—Lo siento, creí que debías saberlo.

Yo cojo mi café y le doy el último sorbo.

—No te preocupes, de verdad, todo está bien. —sonrío.

Él me mira extrañado y levanta una ceja. ¡Qué sexy el calvito! Estoy a punto de soltar una carcajada pero me contengo.

—Verás, Sebi y yo estamos prometidos, pero tenemos una relación abierta. —No ha cambiado el gesto—. No es algo muy común y lo cierto es que está bastante mal visto, pero nosotros nos queremos y admitimos que, de vez en cuando, podemos “acercarnos” a otras personas.

Lo miro deseando saber qué está pasando en estos momentos por su cabeza. Aparta la mirada y soltando un suspiro llama a Lara, que disimuladamente está limpiando una mesa que ya brilla cerca de nosotros.

—Cuando puedas trae la cuenta, gracias.

Ella asiente y entra.

Finalmente me mira y sonrío divertido.

—Me alegro entonces, siento el malentendido. Tengo la sensación de que me he portado como una marujona.

—No te preocupes, te agradezco que me lo hayas contado. De haber tenido una relación común me hubiese gustado saber que mi prometido me la está pegando con otro.

Biel suelta una carcajada y mirando el pastel dice:

—Qué lástima de pastel, tenía buena pinta.

Lara llega con la cuenta y recoge las dos tazas y el trozo inservible de pastel, que por supuesto no ha cobrado. Biel deja un billete de cinco en la mesa y tras coger nuestras cosas nos levantamos.

Me despido de ella y los dos nos acercamos a la puerta de la clínica. No sé como despedirme, supongo que con un simple adiós basta.

Él resuelve mi duda cogiéndome de la cintura y dándome un beso en la mejilla.

—Gracias por el desayuno.

—Ha sido un placer. —Y dejando caer su mano se marcha calle arriba.

Me siento de nuevo en mi puesto de trabajo y analizando toda la situación sonrío orgullosa de mi idea. Ahora no tengo que preocuparme de que nos vea a alguno de los dos con otro ni de que vea a Carla o Toni salir de nuestra casa, pensará que es alguno de nuestros líos, y lo mejor de todo, él se lo ha creído y le ha parecido bien, por lo que si una noche loca de borrachera me lo encuentro y me apetece tirarle la

caña puedo hacerlo sin sentirme mal. ¡Olé mi pelo!

Noto vibrar el móvil en el bolsillo y cuando lo saco veo que en la pantalla pone “Eva”. ¿Qué Eva? No conozco a ninguna... ¿Y por qué sale su nombre en mí...?

¡Mierda, este no es mi móvil!

CAPÍTULO 7

Todo bajo control

Cuando llego a casa Carla y Sebi están sentados en el sofá comiendo un helado y viendo la MTV y, aunque no pregunto, imagino que Toni estará echándose la siesta en su habitación.

Tras saludar subo a mi cuarto y dejo el casco encima de la cajonera. Estamos en junio y hace un calor horrible, así que me quito la ropa y me pongo el pijama de verano antes de bajar descalza a la cocina.

Me encuentro un plato de carne a la plancha y patatas asadas sobre de la encimera, así que lo caliento y con una lata de Nestea de maracuyá me siento a la mesa del comedor a comer. ¡Estoy hambrienta!

Me acabo mi plato en silencio mientras Sebi y Carla se ríen con uno de esos realities de borrachos con el que sin duda se deben sentir identificados.

—¿Muchas bocas con mal aliento hoy? —Me pregunta Carla al levantarse para tirar el palo del helado.

—Lo normal, pero hoy un hombre mayor me ha dejado el mostrador lleno de babas, creo que se han pasado con la anestesia, tendrá la boca dormida hasta mañana como poco.

—¡Qué ascazo! —dice Sebi levantándose también y cogiendo mi plato vacío para llevarlo a la cocina.

Acabo de recoger la mesa y me reúno con él.

Carla sube a su habitación con el pretexto de hacer lo mismo que su primo, echarse una siesta de campeonato.

Sebi empieza a fregar los platos y yo me pongo a su lado, para ir aclarando a la vez y terminar antes.

—¿Qué tal fue anoche? —Voy directa al grano, es hora de cotillear.

—Uyyy nena, genial. Fernando es todo un portento, un descubrimiento maravilloso. Esta noche hemos quedado otra vez.

Me pasa una olla sin cuidado mojándome todo el brazo mientras yo pongo los ojos en blanco.

—Ya lo vi esta mañana, está muy bien dotado, ¿sabes? No quiero ni pensar

cuando se empalme, menuda arma. —Sebi me mira extrañado—. Teníais la puerta medio abierta y os vi esta mañana.

—Pervertida...

Cerramos el grifo y volvemos al sofá para seguir con nuestra charla. Y sin más rodeos voy a lo que importa.

—Hoy me he encontrado con Biel en el dentista, ha venido porque tenía una limpieza. ¿Y sabes qué? Me ha invitado a desayunar.

—¿Qué dices? A ver si voy a tener que ponerme en plan novio celoso.

—Anda calla, me ha invitado porque anoche vio algo que lo dejó hojoplático y quería hablar conmigo sobre el tema.

Veo como contiene un grito y su cara pasa poco a poco del interés al miedo. Casi puedo ver como su cerebro trabaja trazando una idea, intentado averiguar antes de que yo se lo cuente que es eso tan interesante.

—¿No vería a Carla o a Toni entrar en casa?

Me muerdo los mofletes por dentro y cojo uno de los cojines del sofá. Me entretengo en colocar bien el relleno mientras noto la mirada de Sebi atravesándome el cráneo. Tras unos segundos de silencio donde solo se oyen nuestras respiraciones se le acaba la paciencia.

—Bueno nena, ¿lo dices ya o te lo tengo que sacar a golpes?

—No los vio, pero sin duda lo que visualizó fue muuuucho más interesante. —Dejo el cojín de nuevo sobre el sofá, lo miro con reproche y alzando un poco la voz le contesto—. ¡Os vio a Fernando y a ti sobándoos en la entrada! Y conociéndote seguro que vio más de lo apropiado.

—¡Mecagüenlamacarena! ¿Y qué te ha dicho? —Se levanta de un salto y se pone a dar vueltas por el comedor como pollo sin cabeza, retorciéndose las manos y echándome miradas preocupadas de vez en cuando—. ¿Nos ha echado? Ay madre, claro que nos ha echado... ¿Y ahora qué hago yo?

Desde el sofá lo observo divertida, pero está tan metido en sus pensamientos que ni siquiera ha observado que me estoy riendo. Él solo sigue con su perorata.

—¿Y dónde venden cajas para la mudanza? Porque yo no pienso meterme en un contenedor a buscar... ¿Costarán muy caras? No creo... Aunque tengo muchas cosas, demasiadas... ¿Para qué coño quiero yo tantas cosas? —Grita nervioso, sentado ahora en la esquina del mueble bajo del comedor.

En ese momento oigo crujir los escalones y cuando me giro veo a Toni con el pelo revuelto y rascándose su trabajada barriga cervecera.

—¿A qué vienen tantos gritos? Algunos intentamos dormir...

—¡Qué nos echan Antonio, que nos vamos a la calle! ¡Dios mío, qué horror!

Toni lo mira con gesto contrariado y al verme a mi reír pone los ojos en blanco y se mete en la cocina.

—¿Qué nos echan?! ¿Estáis de coña no? —Esta vez es Carla, que baja corriendo los escalones de dos en dos. Lleva el pantalón del pijama y un sujetador deportivo que deja poco a la imaginación.

La rubia mira a Sebi con horror. Toni, que ha vuelto con un vaso de agua, nos observa aburrido y Sebi me apremia para que les explique todo. Es entonces cuando se da cuenta de que me estoy riendo. Abre la boca ofendido y me lanza el macetero de plástico que tenemos sobre la mesa.

—¡Serás puta! ¿Me has engañado?

Lo esquivo en el último momento, así que se estampa de pleno en la pared dejando una marca de suciedad. Me levanto con los brazos cubriéndome la cara por si se le ocurre lanzarme algo más y me acerco a él.

—No te he mentado, os vio de verdad, pero gracias a mi inteligencia suprema —digo sonriendo de lado y señalando mi cuerpo serrano—, no ha sospechado nada de nuestra mentira.

—¿Y qué le dijiste? Si lo vio liándose con Fernando y sigue creyendo vuestra trola ese tío es tonto —dice Carla sentándose en mi sitio del sofá.

Sebi, algo más calmado, y Toni se sientan a su lado.

—Le dije que teníamos una relación abierta, así de fácil.

—¡Já! Eres la mejor nena —dice Sebi levantándose y abrazándome—. ¿Desde cuando eres tan creativa?

En ese momento suena un móvil dándonos a todos un susto de muerte. Nadie reconoce la melodía así que caigo en la cuenta de que debe ser el de Biel, que he dejado antes encima de la mesa. Me acerco para mirar si es él, pero no, otra vez esa tal Eva, que tía más pesada. Lo dejo sonar hasta que finaliza la llamada.

Sebi se asoma por encima de mi hombro con su metro ochenta y levanta una ceja al comprobar que no es mi teléfono móvil.

—Es de Biel, nos confundimos al irnos de la cafetería. No deja de sonar, es una tal Eva.

Me lo quita de las manos y empieza a trastear con él mientras yo lo persigo por el comedor, pero solo tiene que levantarlo por encima de la cabeza para que me resulte imposible alcanzarlo.

—Ese tío está divorciado y tiene un cuerpazo, seguro que guarda fotos subidas de tono en la galería, vamos a ver...

—O lo mismo tiene una lista negra —dice Toni levantándose del sofá—. Échale un ojo a la lista de contactos del WhatsApp y la que esté buena me la mandas.

—¡Toni! Creí que tendrías algo más de madurez —me subo a la mesita de centro

y doy un salto para coger el móvil, pero Toni se pone frente a mí y me frena, de manera que los dos perdemos el equilibrio y caemos al suelo en una banda sonora de risas y blasfemias.

—Dejad de hacer el indio y pasadme el número de ese maromo, si está tan bueno me interesa.

Sebi sale corriendo al ver que Carla va directa hacia él y cuando vemos que corren al piso de arriba Toni y yo nos levantamos y los seguimos, subiendo las escaleras a trompicones dándonos empujones. Vemos la puerta del baño abierta y cuando nos asomamos Sebi tiene el brazo en alto y Carla trata de subirse a la pica para cogerlo, pero está mojada, así que le resbala el culo cuando lo apoya y cae sobre Sebi, estampándose contra las baldosas del suelo.

Toni y yo nos carcajamos de ellos mientras se levantan, él frotándose el trasero y ella tocándose el muslo con gesto de dolor.

—La que has liado rubia, has tirado el móvil al suelo. Está bueno, pero es demasiado mayor para ti.

—Bah, paso de tíos. Voy a echarme la siesta.

Y sale por la puerta sin dejar de frotarse, seguro que le saldrá un morado.

Me acerco donde estaban hace un momento y busco el móvil por el suelo, pero no hay rastro de él. Me arrodillo y miro en el hueco que hay tras el retrete, pero nada.

- Sebi, no está en el suelo.

- ¿Cómo qué no? Si se me ha caído de la mano, tiene que estar...

Veo su cara y se me encoge el estómago. Sigo su mirada, que lleva directa al fondo del retrete, donde flota el bonito Iphone 6 Plus, ya apagado. Ahora seguro que Eva ya no vuelve a llamar.

CAPÍTULO 8

Intercambio de pertenencias

Tras media hora dando vueltas sobre el colchón decido levantarme. He tenido un sueño rarísimo, donde Biel aparecía en casa cargando una cabina de teléfono como las de Londres sobre los hombros. No me malinterpretéis, no me fastidia haber soñado con él, pero hubiese preferido otro tipo de sueño, supongo que el aparatito adictivo que lleva toda la noche metido en un vaso de arroz debe tener algo que ver.

Cuando miro el reloj veo que son cerca de las nueve, así que tras ponerme una sudadera por encima del pijama voy al baño a acicalarme. Tengo el pelo sucio, pero no quiero despertar a los otros con el ruido de la caldera así que me hago un moño a desgana y me lavo la cara antes de bajar a desayunar.

Ninguno salió anoche, así que después de desayunar y viendo que ya son casi las diez apago la televisión y voy a la nevera, donde tenemos nuestro cuadro de tareas semanal. Me toca hacer la cocina y el comedor a fondo, me muero de pereza porque es la peor parte, pero armándome de valor pongo música, a pesar de saber que despertaré al resto, y me pongo manos a la obra.

Tal y como imaginaba, a las once ya están todos con legañas y ojeras sentados a la mesa desayunando, mientras yo me dedico a limpiar el polvo del mueble. Sebi es como un zombie, mastica y bebe su café en silencio mirando fijamente a ninguna parte, las mañanas no son lo suyo. Carla tararea la canción que está sonando mientras se unta la tostada con Nocilla. Toni, a diferencia del resto, ya va vestido y lee las noticias en el móvil, por cosas así se ha ganado el sobrenombre de viejales, tiene costumbres de abuelo.

Les meto prisa para poder barrer y fregar, pero me ignoran, siguiendo con sus cosas, así que me dedico a pasarles la mopa por encima de los pies para ver si muestran alguna señal de que siguen vivos.

—Venga ya hombre, que no quiero pasarme todo el día limpiando. Arreando a la ducha.—¡Calla ya, pesada! Que no son horas de poner la música tan alta un domingo... —Sebi le da el último sorbo a su café y me mira con su cara de por las mañanas—. ¿Ha revivido el móvil?

Se me borra la sonrisa de la cara. ¡Qué marrón! A Toni se le ocurrió el famoso truco de meterlo en arroz pero aún no me he atrevido a probarlo, además, sin saber el PIN poco puedo hacer.

—Qué va, no creo que haya funcionado. Yo se lo doy y si hay suerte lo mismo se

le enciende sin problemas y aquí paz y después gloria.

Vuelvo a apremiarles y finalmente todos se levantan y puedo acabar de limpiar con calma.

Son las cinco de la tarde y acabo de salir de la ducha. He pasado lo que queda de mañana ultimando el proyecto final del máster y después de comer me he echado una siesta de marmota sin precedentes. Carla y Toni se han ido hace dos horas al hospital a dar la bienvenida a un nuevo primo y Sebi está en su cuarto hablando con Fernando por teléfono.

Salgo de puntillas con el albornoz puesto y la toalla en la cabeza y entro en la habitación de Sebi para recoger la ropa del tendedero, el muy listo se quedó con la única habitación que tiene balcón. Ni siquiera se inmuta de mi presencia cuando paso por su lado.

Me doy tanta prisa en recogerlo todo que se me cae una pinza a la calle y al mirar donde ha caído veo algo que no esperaba y que me deja con la boca abierta.

Biel está en la acera de enfrente cerrando su todoterreno y doblando los retrovisores. Lleva un pantalón color camel y una camisa tejana arremangada, con unas converse blancas en los pies. Está guapísimo, sigo alucinando que me saque tantos años.

De repente vuelvo a la realidad y sin que me vea me asomo rápidamente al interior de la habitación.

—¡Sebi, Biel está abajo!

Tapa el auricular y le dice a Fer que espere.

—¿Cómo que está abajo? ¿Lo has llamado?

—¡Qué va! Corre coño, que va a entrar, cuelga ya.

Algo se activa en su cabeza y tras despedirse tira su móvil sobre la cama y baja las escaleras rápidamente.

Los platos de la comida están sin fregar, cuatro vasos y cuatro platos, y el comedor está lleno de ropa de Carla que ha estado probándose antes de irse. Por no hablar de las fotos por todo el salón y lienzo de la entrada, donde salen nuestras cuatro caras sonriendo y haciendo caras divertidas. Mientras le oigo recoger a toda prisa y decirme que lo entretenga salgo de nuevo al balcón. Ya ha llegado a nuestra acera y está justo enfrente de casa. No se me ocurre que hacer, estoy empezando a entrar en pánico y Biel ya ha puesto un pie en el césped.

Es justo en ese momento cuando mi perturbada y enferma mente se pone en acción, así que me quito el albornoz y lo tiro justo sobre su cabeza. Se sobresalta e instintivamente mira en mi dirección. Me asomó y me hago la sorprendida al verle.

Su cara no tiene desperdicio. Primero levanta un poco la comisura de los labios al

reconocerme, pero entonces se percata de que llevo el peluche y los bollitos al aire y su boca se abre a causa de la sorpresa. Se ha quedado congelado. Mi primer impulso es taparme, pero ya no tiene sentido, cuanto más tiempo esté embobado mejor. Veo como me mira de arriba abajo, analizando cada poro de mi piel y aunque tal vez sea cosa mía, me parece ver un latigazo de deseo en su mirada.

Carraspeo y lo saco de su letargo momentáneo.

—Aiish, perdón, estaba colgando el albornoz y se me ha caído —sí claro, él solito se ha salido de mi cuerpo y ha hecho un salto con doble tirabuzón por encima de la barandilla—. ¿Qué te trae por aquí?

Traga con dificultad y desvía la mirada al frente, hacia la puerta de entrada.

—Esto... venía a por mí móvil —lo dice bajito, sin volver a mirarme y con las mejillas sonrosadas, pero no puede evitar que se le escape una sonrisilla.

—¡Ah claro! Me di cuenta al llegar a casa —me apoyo cómodamente en la barandilla y me dispongo a conversar con él—. Vaya despiste, ¿verdad?

—Bueno, le puede pasar a cualquiera, tenemos el mismo modelo —sigue sin levantar la vista.

—Sí, vaya casualidad —hago una pequeña pausa. Sebi sigue trasteando en la planta baja por lo que debo ganar algo más de tiempo—. ¿Qué buen día hace hoy verdad? Dan ganas de ponerse a tomar el sol.

Oigo como se le escapa una carcajada, que intenta disimular con una tos. Se mete una mano en el bolsillo del pantalón y se frota la parte inferior de la nuca con la otra. Estoy segura que habrá visto a más de una mujer desnuda, pero me juego mi vespa a que nunca en esta situación.

—A mí me gusta tomar el sol así al natural —me incorporo y me señalo el cuerpo desnudo—, así luego nunca quedan marcas.

No ha podido evitar levantar la vista, supongo que ha sido un autoreflejo, pero cuando nuestras miradas se cruzan vuelve a mirar la puerta de entrada.

—Sí, tiene sentido —carraspea—. ¿Puedes darme mi teléfono? Tengo algo de prisa.

—Sí, claro, ahora mismo te abro.

Bajo tal como estoy las escaleras de dos en dos y Sebi se tapa los ojos como si le quemasen al verme.

—Pervertida, ¿pero qué haces? ¡Tápate el bizcocho!

Le grito a Biel que espere un segundo y vuelvo a subir. Me pongo una de las camisetas de Toni que acabo de recoger, que son lo suficientemente grandes para taparme entera y vuelvo abajo para abrirle, con Sebi a mi lado.

Sigue colorado, pero ya no hay rastro de vergüenza en su rostro, ahora ríe por lo bajo y nos saluda con un gesto de cabeza antes de entrar.

—Toma, creo que esto es tuyo.

Cojo el albornoz que me ofrece mientras Sebi le invita a pasar al salón, donde todas las fotos han desaparecido.

—¿Quieres tomar algo?

—No gracias, tengo que irme, solo venía a por el teléfono. —Mira curioso la decoración del comedor—. Habéis dejado esto muy bonito.

—Muchas gracias —contesta Sebi orgulloso de su trabajo como decorador oficial de la casa—. Ha quedado divino.

Tú sí que eres divino, pienso para mí, poniendo los ojos en blanco.

Voy a la cocina a recuperar su Iphone del bote de arroz y resoplo al adivinar la que se me viene encima.

Cuando regreso al comedor veo mi móvil blanco encima de la mesa.

—Supongo que se quedó sin batería, cuando lo saqué del bolsillo ya estaba apagado y no me di cuenta del error hasta que metí la clave y no la aceptó.

Le ofrezco el suyo con la cabeza baja.

—Toma el tuyo.

Lo coge mientras Sebi me mira con cara de “¿No piensas decirle lo que ha pasado, cacho perra?”

—Verás, hubo un incidente con tu teléfono... Alguien llamó y cuando lo saqué del bolso se me cayó a un charco... —lo coge y lo enciende—. Lo siento mucho, lo hemos dejado toda la noche en arroz, espero que esté bien.

No se enciende, perfecto. Le saca la batería, la vuelve a poner y prueba de nuevo, pero nada, el maldito teléfono está totalmente K.O. Se encoge de hombros y lo guarda en el bolsillo trasero de su pantalón.

—No te preocupes, pagué la garantía, así que me darán uno nuevo sin problemas.

—¿De verdad? ¡No sabes el peso que me quitas de encima! —Le abrazo en un subidón de alivio y él apoya su brazo en mi cintura, riendo.

Desde esta proximidad sus ojos son más azules de lo que imaginaba y su cuello huele a Black XS de Paco Rabanne. Me pierdo en su perfume y en el tacto de su mano sobre mi cintura, peligrosamente cerca de mi trasero.

—En fin, gracias por la visita —interrumpe Sebi—. Creo que ya hemos recuperado las pertenencias.

Nos apartamos rápidamente y me coloco bien la camiseta, que por muy grande que me vaya sigue siendo una camiseta.

—Es cierto, yo me marcho ya. —Se dirige a la puerta de entrada, pero justo antes de abrir vuelve a mirarnos—. Por cierto, me llamaron los del gas, tengo que revisar la

caldera, ya os avisaré cuando vaya a venir el técnico.

Los dos asentimos y le decimos adiós con la mano mientras abre la puerta de entrada, justo al mismo tiempo que dos figuras entran en el césped.

—Te digo que es el bebé más feo que he visto en mi vida.

—No seas exagerada, es normalito, pero tiene muchísimo pelo, parece un mono.

—Pues lo que yo te diga, feo. Y encima me ha vomitado encima, ¡qué ascazo!, estoy deseando darme una ducha.

—Pues yo pienso cenar y meterme directamente a la cama, estoy muerto.

Ven a Biel en la puerta, pero no le prestan atención y saludándole entran sin más. Sebi y yo nos hemos quedado petrificados.

Toni ve nuestras caras, el móvil encima de la mesa y mira a Biel, que está parado en la puerta con la mano en el pomo. Ata cabos y coge rápidamente a su prima del brazo para arrastrarla fuera de nuevo.

—¡Ostras, que cabeza! Venimos hablando de nuestras cosas y nos hemos equivocado de casa, lo siento vecinos.

Carla no entiende nada, pero aun así le sigue el rollo cuando los vemos doblar la esquina y desaparecer.

—Claro, como son todas iguales...

CAPÍTULO 9

Se acabó lo que se daba

Ha sido una semana complicada, desde el domingo estamos más cuidadosos que nunca en casa, por miedo a que Biel sospeche algo. Cada vez que alguien vuelve a casa avisa al resto por el móvil para ver si todo está tranquilo y no hay moros en la costa. No dijo nada al marcharse, pero su ceño fruncido no nos gustó a ninguno. No hemos vuelto a saber nada de él y aún no he decidido si eso es bueno o malo.

Casi no veo a Sebi porque pasa sus horas libres con Fernando, con el que al parecer piensa tener algo más que cuatro revolcones. Gema sigue yendo al colegio a hacer no sé qué cosas de profesora y no he vuelto a quedar con Javi desde el cumple de Sergio. Así que mi vida social se resume a un café con Sebi el lunes en mi descanso y cuatro conversaciones con Gema por Whatsapp.

Hoy es jueves y estoy en el box 3 de la clínica. Mi jefe me ha pedido que entre porque quiere hablar conmigo. Estoy sentada en esa butaca tan horrible, rodeada de cables y máquinas horripilantes que hacen ruido y me ponen la piel de gallina. Porque, aunque no están en funcionamiento, mi cabeza siempre se avanza a los acontecimientos y odio todo lo que tiene que ver con el dentista, hasta el olor me revuelve las tripas.

El doctor Sánchez entra y cierra la puerta tras de sí. Lleva unos papeles en la mano que deja sobre su mesa de trabajo antes de sentarse y girarse en mi dirección. Está serio, pero no es una novedad, él es así de insípido siempre.

—Verás Alicia, quería hablar contigo sobre un asunto. Este mes se termina tu contrato y deberíamos renovarte —hace una pequeña pausa para disfrutar de mi incertidumbre y luego prosigue—. Pero no lo vamos a hacer. Mañana será tu último día.

—¿Perdona?

El doctor resopla, está claro que todo esto le da una pereza impresionante, pero me importa una mierda, que me dé al menos una explicación.

—Verás, haces muy bien tu trabajo, pero he decidido que ya no necesitamos tus servicios.

—¿A no? ¿Y piensas recibir a los pacientes y concertar las visitas tú mismo?

—Por supuesto que no, mi sobrina Raquel ocupará tu puesto.

Claro, su sobrina, la chica de veinte años que está estudiando veterinaria y a la que han echado de su trabajo hace una semana por ser impuntual y poco profesional.

—Oh claro, que me echas para enchufar a la incompetente de tu sobrina —veo como levanta una ceja para rebatirme—. Y no me contradigas porque esas palabras salieron de tu boca hace unos días.

—Entiendo que estés enfadada, yo también lo estaría, pero es lo que hay. Si me haces el favor de firmar aquí...

Le tiro el boli que me ofrece a la cara y salgo por la puerta como un huracán, derribando sillas y empujando puertas a mi paso. Cojo mi bolso y antes de irme le dejo un pos-tit en la pantalla del ordenador donde pone “*Apáñatelas sin mí, mamón*”. Estoy que trino, tengo tanta rabia dentro que podría gritar y tirar abajo el edificio, pero en lugar de eso me siento en la pastelería de Lara y le pido un trozo enorme de tarta, sin café ni nada, solo tarta.

Lara se sienta un momento a mi lado mientras yo miro el móvil sin ver nada.

—¿Un día duro?

—Acaban de echarme. —Resopla compadeciéndose de mí—. Y lo peor es que lo han hecho para que la sobrina del jefe ocupe mi puesto.

—Así está el trabajo hoy en día, te echan cuando quieran y sin necesidad de tener un motivo real. Por eso yo decidí ser mi propia jefa. Da más quebraderos de cabeza, pero al menos sé que si todo se va a pique será por mi culpa y no porque alguien haya decidido que ya no valgo.

—Es imposible que esto se vaya a pique —digo saboreando la porción de tarta de zanahoria con los ojos medio cerrados.

Ella me sonrío y se levanta de nuevo porque una pareja de ancianos ha entrado en la pastelería.

Mientras me termino el desayuno improvisado dejo que mi mente haga lo que quiera y decide recordar por qué me licencié en filología inglesa.

Una de mis pasiones es viajar, adoro descubrir lugares nuevos, adentrarme en culturas diferentes a las mías y conocer gente de todas partes.

Cuando tenía trece años me gustaba organizar viajes con mis padres, lo pasábamos genial y aunque muchas veces ni siquiera los hacíamos por falta de dinero, pasábamos horas leyendo en foros y hojeando guías para luego escribir la ruta que haríamos en caso de poder ir. Volábamos a Australia, cogíamos un crucero a los fiordos (sin olvidarnos de comprar biodramina antes porque mi padre lo pasaba fatal en los barcos), admirábamos la Patagonia y pasábamos calor descubriendo Tailandia en plan mochilero. Y aunque luego no salíamos de España y lo más lejos que fuimos fue a Francia, nosotros guardábamos todas esas guías por si algún día podíamos cumplir nuestro sueño. Mi madre siempre me decía “*Cuando seas más mayor y domines el inglés haremos alguno de estos viajes, aunque solo sea uno*” y me lo tomé

tan en serio que no solo domino el inglés, sino que me defiendo con el francés y el italiano.

Pero todos esos sueños y metas quedaron truncados el día que murieron en un accidente de tráfico, teniendo yo dieciséis años. En su momento me enfadé tanto que perjuré que jamás viajaría si no era con ellos, que ya no tenía sentido porque nada sería bonito sin escuchar a mi madre quejarse del calor y del frío, ni tener que soportar como mi padre nos quitaba horas de sueño para aprovechar el viaje. Hasta que mi abuela, la persona más buena y sabia que he conocido en la vida me dijo: *“Te equivocas, debes viajar todo lo que puedas porque siempre los llevarás contigo y se sentirán orgullosos de que hayas cumplido tu sola el sueño de los tres”* Y como yo hago todo lo que me dice mi abuela guardé en un cofre todas esas guías para un día, cuando tuviese dinero suficiente, emprender esos viajes y sentirlos un poco más cerca.

Y con todos esos recuerdos recientes en mi cabeza y el enfado un poco más controlado, decido que perder un trabajo que nunca me llenó no es tan duro como parece y que es el momento perfecto para encontrar algo de lo mío. Así que le dejo a Lara tres euros encima de la mesa y con paso decidido me dirijo a la clínica.

El doctor Sánchez está sentado en mi sitio intentando guardar una cita que acaban de concertar, pero no se aclara. Ha abierto un Excel en lugar del programa de reservas y tiene abierto el calendario del ordenador en el año 2015.

Dejo mi bolso de nuevo en el armario, le hago levantarse y en un momento guardo la cita y cierro todos los programas. Veo que el pos-tit que le dejé está a un lado del teclado así que haciendo una bola con él lo tiro a la papelería.

—Siento lo de antes, pero entenderás que no es justo.

Él no contesta, se limita a asentir desde el otro lado del mostrador.

—Dile a tu sobrina que venga esta tarde a las cuatro, le explicaré un poco como funciona esto y me irá. Mañana no vendré, me debes dos días de fiesta así que me cojo uno.

—Me parece bien, le diré a Raquel que venga luego. Ahora te traigo los papeles para que los firmes. —Se gira y desaparece por uno de los pasillos de los boxes.

Me paso lo que queda de mañana guardando visitas y llamando por teléfono para confirmar las que ya tenía. Tal vez Raquel no tenga ni idea y todo sea un desastre de aquí a unos días, pero al menos quiero irme con la conciencia tranquila de que lo he dejado todo cerrado y bien hecho.

A las cuatro y media aparece una chica morena, de ojos negros y largas pestañas, con un cuerpo voluptuoso y una sonrisa en la cara. Se presenta como la futura recepcionista y cogiendo una silla de la sala de espera se sienta a mi lado. Ni siquiera trae una libreta para tomar notas, así que le paso un folio en blanco y con más paciencia que un santo le explico paso a paso todo lo que deberá hacer. Por su cara creo que no se ha entrado ni de la mitad, pero a mí ya me resbala, así que, a las seis

en punto, con mis papeles del despido y una hoja de recomendación bajo el brazo, salgo por la puerta para no volver, ni para un empaste.

CAPÍTULO 10

Verbena de San Juan

Es 23 de junio y son las seis y media de la tarde. Carla y Toni se han ido por la mañana a pasar la verbena con su familia, y a mí sigue sorprendiéndome que la rubia sea tan familiar, con lo fiestera que es y prefiere pasar una noche como la de hoy en familia en lugar de rodeada de amigos. Además, es el día que ha escogido Toni para presentarles a Carmen, su nueva novia.

Sebi acaba de meterse a la ducha mientras yo en la cocina vigilo que no se queme nuestra empanada de carne. Vamos a cenar a casa de Gema y Sergio, como cada año, y Sebi está muy nervioso porque es el primer plan de amigos oficial al que viene Fer. Hace casi un mes que están juntos y nunca antes lo había visto tan ilusionado, así que estoy deseando conocer mejor al rubio de pene grande, porque tal vez no haya hablado mucho con él, pero no me olvido de la visión de su cuerpo desnudo.

Me sobresalto al escuchar la música de mi teléfono móvil.

—¡Hola yaya! —Contesto feliz al ver quien es en la pantalla—. ¿Cómo estás?

—Hola cariño. Pues estaba viendo la novela y me he acordado de ti. ¿Qué harás esta noche?

—Iremos a casa de Gema, como siempre. ¿Vosotros iréis a casa de Jacinta?

—Uy no creo cielo, tu abuelo dice que le duelen las piernas así que cenaremos en casa y después pienso quitarme el audífono para dormir en condiciones.

Me río por la ocurrencia, mi abuela odia los petardos, parece un perrillo. Me levanto mientras me cuenta el último cotilleo de la vecina y con cuidado saco la bandeja con la empanada del horno y la pongo en la encimera para que se enfríe.

Intentamos llamarnos una vez a la semana para ponernos al día y cuando lo hacemos podemos tirarnos horas al teléfono, así que conecto el manos libres y tras coger el esmalte rojo me pongo a pintarme las uñas.

Mientras mi abuela me cuenta el último desamor de la hija del frutero, Sebi entra en la cocina ya vestido y le echa un vistazo a nuestra aportación para la cena. Sin avisar coge mi móvil y se lo lleva al comedor mientras habla con mi abuela como si fuese la suya propia, lo que me obliga a caminar dando saltitos con los talones para no estropear la pedicura casera y sentarme a su lado mientras los escucho bromear.

A las ocho menos cuarto decido que es momento de empezar a arreglarme así que

me despido de mi abuela y dejo que Sebi y ella sigan con sus cosas, lo que supone que Sebi intente convencerla para hacerse un peinado más moderno, porque según él mi abuela es demasiado guapa para llevar ese corte de vieja.

—Pero Conchi seguro que te quedaría genial, con esa carita de bizcocho de limón que tienes, además si te lo pones...

Una vez en mi cuarto pongo mi lista de Spotify y dejo de escucharlos. Empiezo a sacar supuestos modelitos y los dejo todos encima de la cama, con sus correspondientes complementos encima para hacerme una idea con un solo vistazo.

He de admitir que no soy muy presumida y siempre prefiero la comodidad al postureo, pero para una noche especial me doy el lujo de ponerme mona, así que tras probarme las tres opciones, el ganador es un mono negro crochet de pantalón corto, con unas cuñas marrones y negras y un collar largo y dorado con una llave como colgante.

En Barcelona siempre hay mucha humedad y esta noche especialmente, así que me hago una trenza a un lado medio despeinada y me pongo una cinta trenzada marrón en la cabeza, de manera que pase recta por mi frente.

Para cuando salgo del baño Sebi está sentado en mi cama toqueteando el portátil.

—¿Ya se ha cansado mi abuela de escucharte?

—Me ha dicho que tenía unas almejas al fuego, pero creo que tanto tinte y corte asimétrico la han asustado.

—Es que cuando quieres eres muy pesado.

Paso por su lado y cojo mi perfume Tresor De Lacomme Midnight y me echo unas gotitas tras las orejas, en el cuello y en las muñecas. Cuando me giro Sebi me está mirando de arriba abajo de forma descarada.

—Nena cuando te arreglas estás buenísima. Si fuera hetero te tiraba en la cama y te hacía gritar hasta que te desmayases.

—Perdona listillo, yo estoy buena siempre, lo que pasa es que los superficiales como tú solo me veis si llevo rímel.

—Será eso —dice levantándose y saliendo al pasillo camino de su cuarto—, seguro que esas converse mugrientas que no te quitas ni para cagar no tienen nada que ver...

Le insulto y cogiendo mí bolso camel con flecos bajo al comedor a esperarlo. Yo quería ir en mi Vespa, pero Sebi ha insistido en que vaya en el coche de Fer, lo que me obliga a depender de ellos para volver a casa. Según él es una tontería llevar dos transportes cuando todos cabemos en un coche, pero yo sé que lo hace para que Fer y yo nos conozcamos un poco antes de llegar. Así, cuando estemos allí, no habrá ese silencio incómodo, algo que a mí parece no debe de pasar, ya que Fer es el primo de Sergio, por lo tanto, a ellos ya los conoce.

Gema y Sergio viven en un barrio muy bonito de Barcelona pero es un horror

para aparcar, por lo que cuando llegamos son las nueve y media, treinta minutos más tarde de la hora acordada. Sebi entra disculpándose y Fer hace lo mismo, yo paso porque sé lo tardona que es Gema y estoy segura de que no estaba lista a la hora ni de broma, por eso casi siempre organiza los eventos de este tipo ella, para no tener prisa.

El piso no es muy grande, solo tiene una habitación, un baño pequeño y un comedor que conecta con la cocina a modo de office, pero tienen una terraza enorme llena de macetas y una caseta de madera que utilizan a modo de trastero, para guardar todo lo que no les cabe en su pequeño piso.

Han colocado la mesa grande de madera en el centro del patio y han colgado unas bolas de luces blancas de lado a lado, lo que le da un ambiente bohemio precioso. La mesa ya está llena de platos y bebidas, así que coloco nuestra empanada en el poco hueco que queda y Fer deja la botella de Lambrusco que ha traído.

Han puesto unos cartelitos con el nombre de cada uno que sin duda ha hecho Gema, la reina de las manualidades. Me siento en mi sitio y cuento las sillas. Hay seis y una no me cuadra. Intuyo que Gema habrá invitado a Javi y sonrío, si él viene seguro que lo pasaremos bien, es un bromista.

Pero mi suposición se va al traste cuando todos ocupan sus puestos. Gema, que se ha puesto una camisa de tirantes color coral y unos pitillos negros, se sienta a mi lado, con Sergio a su derecha. Fer se sienta al lado de su primo y Sebi a su lado, por lo tanto, la silla de mi izquierda en la que debería estar Javi queda ocupada por un chico alto y muy musculado que me sonrío a modo de saludo. Lo reconozco como uno de los amigos de Sergio que vino a su cumpleaños.

Le suelto un “*hola*” educado y me giro para mirar a Gema, pero parece ser que le ha entrado un hambre voraz porque se dedica a recopilar comida de los platos del centro y a servir Lambrusco a todos. Estoy siendo víctima de un claro ataque de “*Celestina*” traidora, pero guardo mi mal humor en un cofre con detalles dorados para entregárselo a Gema cuando sea el momento.

La cena se llena de buen rollo, de conversaciones paralelas, de los típicos recuerdos divertidos que salen cada año y que nos siguen haciendo la misma gracia, de “*ponme un poco más de vino, que estamos de verbena*”, de “*creo que como me coma una croqueta más voy a reventar*” y muy a mi pesar, de intentos burdos de flirteo por parte de Omar, el desconocido que se sienta a mi izquierda.

No soy ciega y el tío está bueno. Es alto, como a mí me gustan, con un cuerpo de gimnasio que ni el mismísimo Vin Diesel. Tiene muchos tatuajes, un bonito pelo rubio y ojos negros de largas pestañas. Hasta ahí todo correcto, pero lleva las cejas mejor depiladas que yo, una camiseta de tirantes con la que enseña más que si no llevase nada, unos pantalones tan ceñidos por la parte del paquete que me dicen hacia qué lado carga y unas manos muy largas. He perdido la cuenta de las veces que distraídamente he tenido que quitar su mano de mi pierna y las otras tantas que he ignorado como sus ojos iban a mis pechos, supongo que en busca de un sobresaliente canalillo que no tengo. Un asco de tío, vamos.

Gema me conoce, por lo que descarto que haya sido idea suya intentar emparejarme con Omar, así que mi cofre del odio tiene nuevo destino: Sergio.

Fer me encanta, es perfecto para Sebi porque no se parece en nada a él. Es correcto, serio pero divertido a la vez, con un humor negro que ha conseguido hacernos llorar de risa y a simple vista hetero de los pies a la cabeza. Pero lo que más me ha gustado de él es como lo mira, con una mezcla de adoración y lujuria que me ha puesto los pezones duros hasta a mí.

Recogemos la mesa y ponemos un poco de música mientras Gema y yo preparamos mojitos para todos.

—Dile a tu novio que le voy a cortar los huevos.

—No te preocupes, creo que la segunda vez que Omar te ha puesto la mano en el muslo se ha dado cuenta de su error, eres demasiado expresiva.

—Y ese tío es subnormal.

—Dale algo de cancha que quiero pedirle que me haga las cejas. ¿Has visto lo bien que las tiene?

Las dos nos reímos a carcajadas. Noto como me vibra el móvil en el bolsillo del mono, me seco las manos rápidamente y lo saco, temiendo que pueda ser mi abuela y haya pasado algo. Me tranquilizo al ver que es un *Whatsapp*, una tranquilidad que dura poco cuando leo el remitente: Biel Propietario.

—Ay madre...

Gema se gira asustada y me pregunta si pasa algo. Yo contesto enseñándole el móvil. Está al tanto de lo que pasó en casa el otro día, así que medio achispada como va sale gritando al patio llamando a Sebi.

—¡Sebiiii! El calvo sexy, corre veen!

Vuelve dando saltitos e intuyo que Sebi la ha tomado por borracha y la ha ignorado, porque no viene con ella. Me armo de valor y abro el mensaje.

Te lo dije, ya tengo móvil nuevo. ¡Feliz verbena!

Y viene acompañado de una foto de un Iphone 6 idéntico al que cayó accidentalmente al wáter. No lo puedo evitar y sonrío. Releo un par de veces más el corto mensaje y pienso si debo contestar y qué, mientras Gema sigue haciendo mojitos mirándome por encima del hombro para que le cuente que me decía el mensaje.

Al rato estamos todos sentados en la terraza de nuevo bebiendo y bromeando. Omar tiene su brazo sobre el respaldo de mi silla y me habla muy cerca del cuello, demasiado cerca. Me está contando algo sobre un viaje a Dubai que tiene planeado para agosto, pero sorprendentemente es la primera vez en la que me hablan de viajes

y no me importa una mierda. Antes preferiría escuchar una exposición sobre bites y páginas web de las que hace Sergio. Mi cabeza solo hace que pensar en el mensaje de Biel, así que tirando los modales por la ventana ignoro al chulo playa y saco mi móvil.

¡Me alegro un montón! Ahora ya podrás atender las llamadas de la misteriosa Eva. ¡Feliz verbena a ti también! Un beso.

Sí, lo admito, he puesto lo de Eva esperando un mensaje de vuelta y una explicación del tipo: “*Eva es mi hermana*” o “*Eva es en realidad Evaristo, no es ningún pibón al que me tiro cada noche*”. Pero no llega mensaje de vuelta.

Entonces, justo cuando vuelvo a guardar mi teléfono, Gema se levanta y hace un gesto para llamar la atención de todos.

—Bueno, antes de que estemos todos demasiado borrachos para recordarlo, quería contaros algo. —Mira a Sergio y este asiente indicándole que siga, con una sonrisa misteriosamente grande en los labios—. ¡Nos casamos!

—¿Cómooooo? La madre del tatooooo —grita Sebi dejando el vaso sobre la mesa y aplaudiendo.

—¿Qué dices? —Me levanto de un salto y la abrazo, con tanta efusividad que parte de su mojito cae sobre la mesa—. ¿Cuándo, cómo, dónde, de qué color me compro el vestido?

Gema sonrío, está claro que no puede estar más feliz. Pero es Sergio quién contesta.

—Me lo pidió el día de mi cumpleaños, pero antes de contarlo queríamos decírselo a nuestra familia.

—Yo ya lo sabía —dice Fer, claramente feliz por la noticia—, pero pidió que guardase el secreto hasta hoy.

—¡Serás maricón! A mí tenías que contármelo... —Sebi le da un manotazo en el brazo a modo de reprimenda.

Me olvido del pesado de Omar, de su brazo sobre mis hombros e incluso del mensaje de Biel, solo puedo sonreír y aplaudir por Gema, mi amiga de la infancia, la valiente mujer que harta de esperar a que su novio le pida matrimonio por miedo al rechazo se arma de valor y es ella quién da el paso. ¡Un hurra por Gema!

CAPÍTULO 11

A todo cerdo le llega su San Martín

No me gusta nada ir a Ikea, me parece que siempre veo lo mismo y me aburre tanto pasillo y tanta flecha, pero lo odio soberanamente más cuando voy con Sebi. A él le gusta hacer el recorrido cada vez que vamos, parándose a mirar todos los detalles, comentando lo bien que han utilizado esos dos colores, lo cómoda que parece esa butaca de orejas y lo mucho que necesita una nueva lámpara de pie para su cuarto. Y por supuesto luego toca bajar a la planta de los accesorios, donde se vuelve loco de atar comprando cosas que no necesita, como velas perfumadas que solo huelen en la tienda y que cuando llegas a casa no hacen más que molestar. Pero el otro día su cajonera vintage se cayó literalmente a trozos y necesitaba una nueva, así que accedí a acompañarlos a él y a Fer a por una nueva.

Cuando cargamos todo, apenas tengo sitio para poner los pies, y es que el Citroën C2 no es muy grande y Sebi lo ha cargado hasta los topes con su nueva cómoda NORDLI de ocho cajones, su lámpara de pie KLABB de un metro y medio y sus malditas velas de vainilla tamaño XL, además de varias cosas que necesitábamos para la casa.

Cuando entre los dos vacían el coche y consigo despegar mi culo del asiento y ponerme en pie, le doy gracias a quién se encargue del tiempo por haberle dado hoy al botón de nublado, me estaba asfixiando entre tanta caja.

Nos despedimos de Fer, que ha de irse a trabajar, y entre los dos cogemos todo lo que podemos y lo metemos en casa. Saludamos y pedimos ayuda, pero nadie acude a pesar de que escuchamos ruido en la cocina.

—¿Qué pasa, aquí nadie ayuda? —Grita Sebi apoyando una de las cajas de su cómoda en la pared.

Viendo que nadie acude a nuestra llamada, metemos lo que queda en la calle y cerramos la puerta.

Cuando nos giramos vemos que al fin ha venido alguien, alguien que no debería de estar en casa.

Biel nos mira más serio de lo que lo hemos visto nunca. Tiene el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho. Está enfadado, de eso no cabe la menor duda.

—He venido a mirar la caldera, como os dije. Vuestra compañera de piso —y resalta esta palabra más de la cuenta—, me ha abierto. Os está esperando en el

comedor.

Y dicho esto da media vuelta y vuelve a la cocina. Nos miramos horrorizados y lentamente entramos al comedor, donde Carla no para de dar vueltas y morderse las uñas.

—No he podido hacer nada —nos susurra nerviosa—. Ha venido hace diez minutos, pensaba que erais vosotros. He visto al técnico, me ha preguntado si vivía aquí y le he dicho que sí, pero cuando ha entrado, él venía detrás.

—Mierda... —esto no pinta nada bien—. ¿Y qué te ha dicho?

—Me ha preguntado por vosotros, le he dicho que estabais a punto de llegar y me ha pedido que os espere en el comedor. Joder no sabía qué hacer, os he llamado, pero ninguno me lo ha cogido.

No sabemos qué hacer, nos ha descubierto y digamos lo que digamos nada colará, ni aunque nos quedemos en pelotas los tres. Estamos jodidos, muy jodidos.

Nos sentamos en el sofá en silencio sin siquiera mirarnos, con el sonido que viene de la cocina de fondo. A la media hora vemos como el técnico sale con su maletín y antes de desaparecer por la puerta se despide de nosotros.

Biel aparece entonces en el marco de la puerta, con el ceño más fruncido que antes y un brillo diabólico en los ojos.

—¿Alguien piensa explicarme qué demonios pasa aquí, en mí casa?

Me mira, luego a Sebi y finalmente vuelve a plantar su intensa mirada en mí. Casi puedo sentir como me destripa por el odio, así que me callo, no me atrevo a decir nada.

—¿No erais una pareja feliz a punto de casarse? Ay no, perdonad, una pareja abierta, sin duda una excusa genial.

—Lo siento, no queríamos engañarte, pero es que todo surgió...

—¡Si no queríais engañarme no haberlo hecho! —grita fuera de sí, sacando humo por la nariz—. Lleváis más de un año aquí y me habéis mentido a la cara. ¿Os creéis que soy gilipollas? ¿Qué no iba a darme cuenta?

Miro a Sebi en busca de ayuda, pero está paralizado, ni siquiera es capaz de levantar la mirada del suelo. Carla me mira asustada, sin duda no sabe qué hacer. Así que armándome de valor decido que la única opción que tenemos es ser sinceros y besarle un poco los zapatos para que nos perdone.

—No era nuestra intención tomarte por tonto —creo que es mejor no volver a decir la palabra gilipollas—, solo creímos que no estaba mal compartir piso, no hemos hecho nada malo y nunca has tenido queja de los vecinos, tenemos la casa en perfectas condiciones y siempre hemos pagado al día. Lo siento, de verdad que lo sentimos mucho, no queríamos que esto acabara así.

Parece que mis pucheros y mis disculpas han conseguido aplacar su mal humor.

Sigue enfadado, pero al menos ya no grita.

—Pues perdonad que os diga, pero pensáis con el culo —resopla.

En ese momento se oye la cerradura y Toni entra por la puerta. Deja las llaves en su sitio y nos saluda mirando las cajas de Ikea que hace un momento dejamos en la pared.

—¡Ya estoy en casa! ¿Qué son estas...?

Entonces se gira y ve el percal. Biel lo mira y señalándole con el dedo se gira de nuevo a nosotros.

—¿También vive aquí? ¿Pero esto qué mierda es, un hotel?

Todo lo que había conseguido se va al traste, vuelve a soltar humo por la nariz y a gritar, está fuera de sí.

Me levanto para intentar tranquilizarlo y darle alguna explicación más, pero no quiere escucharme.

—Se acabó, esto ya es la ostia... ¡Os quiero a todos fuera de mi casa!

Toni se echa a un lado al ver que se gira y le deja pasar. Biel abre la puerta y cuando está a punto de irse se gira una última vez.

—Tenéis dos meses, el veintisiete de agosto os quiero fuera.

Y tras decir eso da un portazo que hace temblar toda la casa.

CAPÍTULO 12

Un descabellado plan

Hace un par de horas que Biel se ha marchado y estamos los cuatro en el suelo del comedor intentando montar la maldita cómoda de Sebi. A ninguno nos apetece hacerlo, pero es lo único que se nos ha ocurrido para mantenernos ocupados.

—Pásame la llave esa pequeña, hay que apretar el tornillo con eso —dice Toni arrodillado frente a mí.

—Toma —se la doy—, pero no es ese tornillo, es el corto, el que tiene Carla bajo el pie.

La rubia se lo da y resopla harta de tantos tornillos y tanto plano.

—Esto es una mierda, no quiero irme de esta casa. ¿Qué coño vamos a hacer?

Todos soltamos lo que tenemos entre manos y sentándonos en círculo decidimos que no sirve de nada aplazar el problema, porque queramos o no, tenemos dos meses para dejar la casa y buscarnos la vida.

—Yo me quiero morir... —lloriquea Sebi acariciándose la parte baja de la cabeza, algo que hace siempre que está nervioso—. No tengo donde ir, maldita la hora que se me ocurrió el engaño.

Ahora es uno de esos momentos perfectos para decir un “*Ya te lo dije*”, porque en su momento la mentira de la parejita me pareció mala idea, pero decido que no es buena idea echar más leña al fuego, así que me pongo en la postura de la chica positiva que no soy e intento subir los ánimos al grupo.

—Vamos a ver, tenemos dos meses para encontrar otro sitio donde vivir, ¿no creo que sea tan difícil, no? No tardamos más de tres semanas en encontrar esta casa.

—Pero es que yo no me quiero ir de aquí...

Toni se levanta y sacudiéndose los pantalones nos pide que nos sentemos en el sofá. Se pone frente a nosotros y nos mira con cara de culpabilidad.

—No tenía pensado daros la noticia así, había pensado más bien en una cena y unos Gin Tonics, pero dadas las circunstancias... Carmen me pidió que me fuese a vivir con ella y acepté.

Lo cierto es que no nos pilla en bragas a ninguno porque, aunque solo llevan saliendo unos tres meses, él pasa más tiempo en su casa que en la nuestra, así que era

cuestión de tiempo. Carla aplaude sarcástica diciendo que se alegra mucho por él pero que los demás seguimos quedándonos en la calle.

—No seáis tan dramáticos, nadie se va a quedar en la calle. Encontraréis algo seguro y si os falta tiempo siempre podéis volver a casa hasta entonces. —Ahora se dirige a su prima directamente mientras yo miro como Sebi se frota la barbilla pensativo, ignorando al resto—. Si no quieres volver a casa puedes quedarte con nosotros hasta que encuentres algo, seguro que a Carmen no le importa.

—¡Estarás de coña! No pienso meterme en un piso con un par de tortolitos que acaban de irse a vivir juntos...

Toni se ríe y le dice que como ella quiera.

—¿Y tú no piensas decir nada, Sebi?

Me extraña mucho que esté tan callado, es la cotorra oficial de la casa y en un momento como este debería de estar gritando y haciendo aspavientos como un ganso, pero en lugar de eso sigue ahí sentado, rascándose la barbilla y mirando sus bonitos mocasines marrones.

—¿Sebi? —Esta vez es Carla la que llama su atención, zarandeándole el hombro.

—Perdón, ¿qué?

—Que grites, que llores, yo que sé, haz algo para acompañarme en mi desesperación, porque estos dos parece que están tan tranquilos...

—No estoy tranquila, no pienso volver a casa de mis abuelos y mucho menos ahora que no tengo trabajo. Solo les produciría gastos y bastante tienen con los suyos, pero pienso que si me pongo en plan negativo no voy a llegar a ninguna parte.

En ese momento llaman a la puerta, es nuestra comida china, así que Toni, que es el único que está de pie, se acerca a abrir y paga al repartidor, sin darle propina, por supuesto, eso no va con él. Tras dejarnos las cosas en la cocina, se va diciendo algo sobre que había quedado con Carmen, pero seguimos con nuestro estado de zombies desesperados, así que nadie le contesta ni se despide de él cuando escuchamos la puerta.

Carla pone la mesa y yo llevo toda la comida, mientras Sebi sigue allí sentado en el sofá con una expresión rara en la cara que me preocupa y no consigo descifrar, está como ido.

Carla y yo comemos en silencio o más bien guarreamos con los fideos y el arroz tres delicias, porque de repente se nos ha encogido el estómago, pero Sebi, que al fin parece haber vuelto a nuestro planeta, engulle la comida con media sonrisa en los labios.

—Sebi, vete a la mierda —salta la rubia soltando los palillos sobre el plato de forma estridente—. ¿Ahora de qué coño te ríes?

—Sí, Carla tiene razón, no sé si te prefería sumido en la tristeza o con esa cara de chiste.

Amplía su sonrisa y cuando acaba su plato de arroz deja los palillos colocados de forma vertical sobre la servilleta y sacudiéndose las manos nos mira.

—Tengo un plan... Que digo un plan: ¡Un planazo! No iremos a ninguna parte.

Las dos nos miramos con el ceño fruncido sin entender nada, así que le apremiamos a que se explique.

—¡Te lo tienes que follar, Ali!

—¡¿Quéeee?!

Se pone a dar saltos como un loco mientras ríe y da vueltas por el comedor. Carla me susurra que definitivamente se ha vuelto loco y levantándose de la mesa se sienta en el sofá. Yo sigo allí parada, intentando recordar si aún tengo el número de la psicóloga tan maja que visitaba cuando murieron mis padres.

—Sí, sí, está clarísimo. ¡Soy un genio! Vamos a ver cariño mío, tienes un cuerpazo moreno que quita el hipo, aunque para mi gusto te faltan tetas, pero bueno a él parece no importarle porque está claro que, por la forma en que te mira, le pones palote. —Carla ha pasado de la preocupación porque Sebi estuviese loco a carcajearse de mi cara de estupefacción—. Así que solo tienes que conquistarlo, meterte en su cama, hacer realidad todas sus fantasías sexuales y una vez que esté satisfecho, nos perdonará nuestra mentira y nos dejará vivir aquí eternamente. —Aplaude como un niño emocionado—. Con un poco de suerte hasta nos pinta la casa entera, que falta le hace.

Esto ya es el colmo, mi mejor amigo está para encerrarlo. Resoplo e ignorando su mierda de plan recojo la mesa. Tras unos segundos, escucho los pasos de Carla y Sebi y cuando me giro los veo entrar en la cocina.

—¿Qué me dices?

—Te digo que estás como una puta cabra.

Carla no ha dejado de reírse y viendo mi cara se disculpa.

—Lo siento, pero es que no me esperaba un plan así, me ha pillado por sorpresa. Aunque si lo pensamos detenidamente, el Biel ese está muy bueno, no sé cuántos años tendrá, pero sin duda se conserva muy bien, y esos brazos...

—Pues tíratelo tú sí tanto te gusta.

—No me importaría la verdad, pero por lo que dice Sebi la que le pone palote eres tú —repite la frase del loco de mi amigo.

—¿Me lo estáis diciendo en serio? —Los dos asienten a la vez—. Estáis fatal... ¿No veis que ese plan no va a funcionar?

—Con esa actitud desde luego que no.

—Vamos a ver —digo dispuesta a hacerles entrar en razón—. No digo que no esté bueno, porque tengo ojos en la cara y pelos en el chichi, pero ese tío no querrá ni acercarse a mí después del engaño y aunque se alineasen los planetas y lograse un

acercamiento, no es ningún niñato de instituto con las hormonas por las nubes... Además, ¡Es padre!

—Y, ¿qué pasa? ¿Qué los padres no follan? —La rubia se ha unido a la locura de Sebi, definitivamente los tengo en mi contra.

Me estoy poniendo de los nervios porque no entiendo cómo pueden ver factible una locura como esa.

Es verdad que Biel es muy guapo y tiene un cuerpo que quita el hipo, además de esos ojos azules que nublan el *sentío*, y no voy a negar que no me importaría compartir colchón con él, pero de ahí a aceptar el maldito plan hay un pase.

—Vamos a ver Ali, ¿qué es lo peor que puede pasar? Si no consigues conquistarlo no importará porque nos tendremos que ir y no volverás a verlo nunca. Y en el caso de que consigas tirártelo, pero aun así no acepte que nos quedemos en la casa, un orgasmo que te llevas, oye, que nunca están de más.

—Ni de coña...

Y resoplando salgo de la cocina para subir a mi habitación. Tiro las bambas a una esquina y me estiro sobre la cama mirando el techo. En dos meses estaré en otra habitación, mirando otro techo.

La melancolía me absorbe, son muchos los momentos que hemos vivido en esta casa. El primer mes y medio fue una locura porque no encontrábamos a nadie para vivir con nosotros, solo entrevistamos a dos chicas que no nos gustaron a ninguno de los dos y nadie más se interesaba por nuestro anuncio. Supongo que el vivir en una urbanización sin mucho transporte público cerca nos cerraba muchas puertas. Pero entonces Sebi se enteró de que Toni, el transportista de su frutería, estaba buscando piso porque lo habían echado del suyo por fin de contrato, así que, sin preguntarme siquiera, se lo propuso. Fue un comienzo incómodo, Toni intentó tirarme los trastos en más de una ocasión y a mí me sabía mal mandarlo a la mierda porque iba a tener que verle la cara cada día. Hasta que una tarde, mientras veíamos una película los dos en el sofá y Toni dejaba caer su brazo sobre mi hombro, se me hincharon los ovarios hasta el límite.

—Mira Toni, ya no puedo más. Me caes muy bien y me pareces un tío genial, pero esta manía que tienes de toquetearme a la mínima ocasión y tus comentarios subidos de tono me están hartando.

Toni bajó su brazo al momento y riéndose se apartó un poco de mí. No se lo había tomado tan mal como esperaba.

—Muy bien, morena, solo tenías que decirlo. No sabía si es que eras tan maja que no querías mandarme a la mierda o que te gustaba y no sabías como dar el paso. Ahora que ya lo tengo claro, te dejaré tranquila. Aunque dejaré la puerta de mi cuarto abierta por si una noche de calentón quieres venir a visitarme.

A día de hoy aún deja la puerta abierta, aunque sabe perfectamente que no voy a entrar.

Y cuatro meses después, la joven y sexual prima de Toni llegó a nuestras vidas. Antes de instalarse definitivamente le había pedido a su primo el favor de dormir alguna noche en nuestra casa, así que entre todos decidimos que, teniendo una habitación libre, era tontería que no se instalase, por lo que la rubia vino con su ropa y sus pares de zapatos a la habitación del fondo, la más pequeña de todas. Con ella todo fue más difícil, a día de hoy aún lo es, porque tiene un carácter muy especial: un día se comporta como tu mejor amiga y al siguiente te putea sin pestañear, todo por su beneficio. Sin duda es la persona más egoísta que he conocido jamás, pero aprendimos a vivir con ella y hasta hoy.

Estoy recordando todos esos momentos cuando unos golpecitos en la puerta me devuelven a la realidad.

Me incorporo a tiempo de ver como Sebi entra despacio y se sienta a los pies de la cama.

—Mira cariño, sé que es una locura y que posiblemente tengas razón y no funcione, pero tampoco es tan complicado.

—Ya te he dicho que no pienso hacerlo, no tiene ningún sentido.

—Pero solo tienes que hablar con él y ser su amiga, tal vez ni siquiera tengas que tirártelo, no es tan complicado. —Pongo los ojos en blanco y resoplo, no hay manera de que entre en razón.

Me mira con ojitos de cordero degollado, haciendo un puchero. Carla aparece entonces en el marco de la puerta.

—Va Ali, no es tan complicado, hazlo por nosotros, al menos de esta forma tendremos algo a lo que aferrarnos mientras nos sale otra cosa.

—Claro, por favor...

Miro primero a Carla, que desde la puerta me suplica con la mirada, y luego a mi mejor amigo, que está arrodillado encima de mi cama con las palmas de las manos juntas. Sin duda, me arrepentiré de esto.

—Está bien, lo haré.

CAPÍTULO 13

Clases particulares

Es 29 de junio y estoy muerta de calor, daría lo que fuera por estar en la playa torrándome al sol y buceando entre las bonitas aguas de la Costa Brava. Pero en lugar de eso, estoy sentada en una silla de plástico blanco, de esas a las que se les quitan las patas y se ponen en la parte trasera de las bicicletas a modo de sillita, en una habitación con paredes blancas llenas de manchurroneos y posters de tiempos verbales, con un sospechoso olor a humedad que me hace arrugar la nariz. Nunca traería a mis hijos a esta apestosa academia, pero necesito un trabajo ya o no tendré que preocuparme de buscar piso por qué no tendré dinero para pagarlo.

Por lo que sé, solo somos dos candidatos para el puesto y creo tener muchas opciones de ser la escogida porque mi rival acaba de entrar y yo jamás lo contrataría. Es un hombre bajito, de unos cincuenta años, con una enorme barriga a rebosar de croquetas y cervezas y un pelo negro con raya al medio con más grasa que la freidora del bar de al lado. Cuando he entrado, él ya estaba esperando y me ha echado una mirada de depredador sexual que por poco no me hace salir huyendo gritando y moviendo los brazos despavoridamente. Pero como os he dicho, necesito el trabajo, así que aquí me tenéis, sentada en la silla blanca de plástico, con mis mejores pitillo y una blusa tres cuartos color mostaza. Fijaos si estoy desesperada que hasta me he puesto mis gafas de pasta, esas que me dan ese aire tan sofisticado y profesional que de serie no tengo.

Cuando veo abrirse la puerta dejo de morderme las uñas y descruzo las piernas en un intento de parecer relajada. El depravado de pelo grasiento sale con una carpeta nueva bajo el brazo y una sonrisa en los labios. Se despide del entrevistador y con un asqueroso guiño pasa por mi lado y sale por la puerta sin decir nada.

—¿Alicia Morales? —Asiento con la cabeza y con una sonrisa me levanto de un salto y le sigo dentro de la sala.

Se trata de un despacho de pequeñas dimensiones, con un viejo escritorio de madera oscuro tras el que se sienta mi entrevistador y me invita a que haga lo mismo, esta vez en una silla de madera plegable.

Veinte minutos después salgo con la misma carpeta que el depravado y la promesa de que me llamará pronto para comunicarme si me contratan o no. No las tengo todas conmigo porque me ha dejado claro que no entiende como quiero ser una simple profesora de repaso con mi currículum, y a pesar de que he intentado

convencerle que lo que verdaderamente me importa es ayudar a los niños y ver como aprenden, tengo claro que mi nivel de inglés es superior al suyo, porque no se ha dignado a decirme una sola frase, se ha limitado a un simple *bye* al despedirse.

Llego a la pastelería de Lara a las once y media y Gema ya está esperando en la terraza con un cigarrillo en los labios y un cortado en la mesa. Le doy dos besos al llegar a la mesa y me siento mientras Lara, que me ha visto llegar, se acerca a nosotras.

—Buenos días Ali, ¿qué te pongo?

—Lo de siempre, pero esta vez necesito chocolate, así que ponme un croissant de esos rellenos de Nutella.

—¿Un día duro? —dice mientras anota el pedido en la libretita y se la guarda en el bolsillo del delantal.

—Digamos que no ha empezado muy bien.

—No hay nada que un croissant de Nutella no pueda arreglar.

Y guiñándome un ojo se marcha dentro a preparar mi café.

Gema está más feliz de la cuenta, teniendo en cuenta lo estresada que ha estado estos últimos días de curso, así que intuyo que ya está de vacaciones.

—¿Libre de renacuajos y padres tocapelotas?

—¡Tan libre como los pájaros! —dice reclinándose en la silla y abriendo los brazos—. Empiezan oficialmente mis vacaciones.

—Pues bien por ti nena, porque yo este año me quedo sin. Acabo de hacer la entrevista para la academia de repaso de la que te hablé y...

En ese momento suena mi móvil y sacándolo del bolsillo veo que me llama un número que no tengo. Arriesgándome a que me den el sermón con cualquier oferta telefónica contesto.

—¿Alicia? —Asiento mientras le doy las gracias a Lara con un gesto de la mano por traerme el desayuno—. Soy Ignacio, de la academia *Ready*. Acabamos de tener una entrevista y quería informarte que, aunque tienes un currículum espectacular, no has sido la elegida, pero te tendremos en cuenta para un futuro.

—Oh... vaya, realmente estaba muy interesada. Muchas gracias.

—Gracias a ti por interesarte, ha sido un placer. Un saludo.

Pongo los ojos en blanco mientras dejo el móvil sobre la mesa. Gema da un sorbo a su café y me sonrío mientras yo bebo del mío.

—¿Muy interesada? Pero si dijiste que era una mierda de academia.

—Sí, y sigue siendo una mierda, pero es del único sitio que me han llamado.

Pasamos la siguiente hora riéndonos del depravado de pelo graso que me ha

quitado el puesto de trabajo y de las vacaciones que le gustaría hacer a Gema y no va poder por los gastos de la boda. Entonces, entre playa y playa de Cabo Verde, Gema da un golpe a la mesa dándome un susto de muerte.

—¡Tía, ya tengo trabajo para ti! No sé cómo no se me ha ocurrido antes. Varios padres me preguntaron si conocía a alguien que diera clases particulares.

Y sacando su móvil del bolso se pone a buscar algo.

—Pero yo no soy profesora, yo busco algo que tenga que ver con el inglés.

—Ya lo sé, calla un momento —y sigue mirando su teléfono mientras se enciende otro cigarrillo—. ¡Ya está! Y qué causalidad... —dando una calada suelta una risilla molesta.

—¿Qué?

—Tengo un padre que quería clases de inglés para su hija. Le dije que no conocía a nadie porque en su momento aún estabas en la clínica, pero puedo llamarle para preguntarle si aún le interesa. O mejor aún, puedes llamarle tú, creo que lo conoces.

Me enseña la nota del móvil que estaba mirando. Entre una lista de nombres y asignaturas pone “Emma – Inglés”. De primeras no caigo e intento recordar alguna mujer llamada así, pero su risa y su gesto burlón me trae a la memoria una niña rubia y tímida cogida de la mano de su padre.

—¿Biel? No me jodas... No, no, imposible.

Gema deja de reírse y me pregunta el motivo, claramente no entiende nada, así que me acomodo en mi silla y le explico todo lo sucedido el fin de semana. Su cara pasa del asombro al horror en cuestión de segundos, pasando finalmente a una sonora carcajada al escuchar el brillante plan de Sebi que yo estúpidamente acepté.

—Sebi es genial, me encanta.

—¿Tú también? ¿Pero es que soy la única que ve que es un plan malísimo?

—Será todo lo malo que quieras, pero lo has aceptado. Además, me lo voy a pasar teta viendo como intentas conquistarlo. —Y recuperando su teléfono de mi mano, se pone a buscar de nuevo en él—. Ahora mismo lo llamo.

Rápidamente me apoyo en la mesa para intentar quitárselo, pero ha sido más rápida que yo y ha echado la silla hacia atrás para que no pueda alcanzarla.

—Hola Biel, soy Gema, la tutora de Emma. Le llamaba para preguntarle si ya tiene profesora de inglés para su hija, en caso de no ser así yo conozco a una muy buena. Si le interesa espero su llamada, un saludo.

Cuelga. Por suerte era el contestador.

Si me pongo a pensarlo, es buena idea utilizar la excusa de la profesora de inglés para acercarme a él, pero cuando acepté el plan no tenía intención de esforzarme mucho en lograrlo. Lo único que tenía pensado hacer era llamarle para disculparme y que él me colgase y me mandase a buscar setas, así cumpliría mi palabra y dejaría

contentos a mis amigos con el pretexto de haberlo intentando.

A la una ya hemos pagado y nos despedimos al lado de mi vespa. Gema promete llamarme si hay novedades y yo cruzo los dedos para que Biel la llame diciendo que ya tiene profesora para su hija.

CAPÍTULO 14

Abuelita dime tú

Mi abuela está tan contenta de tenerme en casa que no para de hablar y caminar de aquí para allí preparando la comida, de forma que me veo obligada a seguirla como un perro para poder mantener una conversación. Mi abuelo, por el contrario, tras darme el beso y abrazo de rigor, se ha quedado sentado en su sillón ojeando el periódico mientras acabamos de prepararlo todo.

—¿Y dices que Gema se casa? Ya era hora, llevan tantos años juntos que ya ni me acuerdo cuando empezaron.

—Pues sí, y porqué se lo pidió ella, si no, con lo cagado que es Sergio para algunas cosas, seguirían igual. Está muy ilusionada, dice que no piensa esperar un año para hacerlo.

—Eso es que está en cinta —grita mi abuelo desde el salón, dejándonos claro que está más pendiente de lo que hablamos que de lo que pueda poner en el periódico.

—¿Qué dices yayo? Estaba desesperada, que es diferente.

—Una mujer pidiendo matrimonio... Habrase visto semejante cosa...

—José deja de cuchichear, si la niña se quiere casar que se case, bien que ha hecho.

Llevamos el pisto con patatas a la mesa y nos sentamos. Mi abuelo pone la televisión para ver las noticias, pero los tres sabemos que solo servirá como sonido ambiente porque en cuanto empezamos a comer nadie le presta atención.

Tienen el piso igual desde hace años, incluso desde antes de que murieran mis padres. Mi abuela dice que es porque ahora se lleva lo vintage y ella siempre va a la moda y mi abuelo, siempre con los pies en el suelo, dice que ya son viejos para comprar muebles nuevos, que cuando se mueran ya decorarán el ataúd. Y lo cierto es que estoy contenta de que todo siga igual después de tantos años, me hace sentir como en casa. Siempre que vengo recuerdo a mis padres y los domingos que pasábamos visitando a los abuelos.

Cuando estamos devorando como animales el flan casero de mi abuela, me suena el móvil, así que corro al bolso y contesto con la boca llena y sin mirar siquiera quien llama.

—¿Mhhsiiip?

—Traga primero, ¡cerda! —Mi querida y dulce Gema me contesta al otro lado del auricular.

Obedezco antes de saludar y trago.

—Ya, dime.

—Tengo buenas noticias, he hablado con Biel —la muy cerda hace una pausa dramática para que mi sufrimiento suba lentamente hasta niveles insospechados—. Y... ¡Ha aceptado entrevistarte! No me preguntes como lo he conseguido, solo di que soy la mejor amiga del mundo mundial.

—No te lo tengas tan creído, no te pienses que me emociona mucho ir a esa entrevista, no sé a qué voy a tener que enfrentarme después de la pillada del otro día.

Mi abuelo aprovecha que estoy hablando por teléfono para comerse mi último trozo de flan y con la boca llena sonrío y me saca la lengua. ¡Qué listillo! Mi abuela, que ya ha terminado, empieza a recoger los platos.

—No seas tonta —me explica Gema—. No ha sido tan difícil. Le dije que tenía una amiga licenciada en Filología inglesa que se acababa de quedar sin trabajo y estaba interesada en dar clases particulares, además de añadir disimuladamente que adoras a los niños.

Tuerzo el gesto porque eso que dice no es del todo cierto. No odio a los niños, pero no soy de esas chicas que sueñan con formar una gran familia y tener una trupe de niños gritando y correteando por casa. Me llevo bien con ellos cuando es necesario, pero tampoco suspiro cuando veo un bebé por la calle. Muchas veces me sorprende maquinando mil formas dolorosas de asesinar a esos niños escandalosos y toca pelotas a los que sus padres no les han enseñado a comportarse.

—Así que no ha dudado en pedirme tu número para concertar una cita —Gema sigue con su explicación mientras yo miro por la ventana—. Se lo he dado y cuando le he dicho tu nombre se ha creado un pequeño silencio. Entonces me ha preguntado si esa Alicia es la misma que vive en su casa con su prometido gay y dos amigos más.

—¿Te ha dicho eso? —La oigo reírse al otro lado de la línea—. Esto no pinta bien...

—Le he dicho que sí, que eras la misma, pero que no te juzgase por eso, que eras muy buena en lo tuyo. Así que al final me ha dicho que vayas el viernes a las cuatro a su casa.

—¿En serio ha aceptado? Querrá asesinarme y eliminar las pruebas sin ser visto.

Gema me dice que me deje de tonterías y que me mandará la dirección en un Whatsapp más tarde. Tras colgar, vuelvo a dejar el teléfono en el bolso y me dirijo a la cocina para ayudar a mi abuela con los cafés y las pastas. Como siempre, me lo ha preparado con leche, cuando estoy harta de decirle que tras una buena comilona lo quiero solo. Pero me callo y me dedico a llevar los vasos a la mesa mientras ella me sigue con un plato lleno de galletas caseras.

—¿Quién te ha llamado? ¿Era Eusebio? Tengo muchas ganas de verlo, hace semanas que no viene contigo.

—Sí, es que se ha echado novio, muy guapo por cierto, y ya lo conoces, cuando está con alguien no tiene tiempo para otras cosas.

—¿Aún es gay ese amigo tuyo? —dice mi abuelo, pronunciando a en lugar de e mientras se echa azúcar en su poleo menta. Odia el café.

—¡José! Pues claro que sí, esas cosas no se pasan, se es gay toda la vida. Y orgullosos que tienen que estar sus padres, es tan buen niño...

—No era Sebi, era Gema. Me ha conseguido una entrevista de trabajo para hacerle de profesora de inglés a una niña de su colegio.

—¡Eso es perfecto! —dice dejando la cucharilla en el plato y dando una palmadita al aire—. Ponte bien guapa y esas gafitas tan monas que te hacen parecer tan lista.

—Mi niña es lista con o sin gafas. —¡Olé mi abuelo!

—No os ilusionéis, no estoy muy segura de que me vayan a coger. El padre de la niña es el dueño de nuestra casa y...

Me dedico los siguientes veinte minutos a explicarles que Biel no sabía que éramos cuatro en la casa y todo el lío en el que nos hemos metido nosotros solos. Mi abuelo solo mueve la cabeza a modo de negación mientras se levanta de la mesa y vuelve a su sillón. Mi abuela, en cambio, me escucha tan concentrada que se le ha enfriado el café.

Cuando termino explicándoles el plan de Sebi, tengo la esperanza de que alguno de los dos me convenza para que no siga con ello, pero parece ser que todo el mundo está en mi contra, porque les parece algo muy divertido e incluso productivo.

—Pues me parece muy buena idea, si dices que es tan guapo lo mismo hasta te emparejamos.

—Yaya, ¿de verdad no te parece una locura? Bueno, a ti todo lo que diga Sebi siempre te parece bien...

—Claro que sí niña, tú ves a esa entrevista todo lo guapa que puedas y con un buen escote, ya verás cómo se le olvidan todas las mentiras.

—Pero si no tiene pecho Conchi, como va a llevar escote... Ha salido como su madre.

—¡Yayo! Pero es verdad, mis dos huevos fritos no van a escandalizar a nadie...

—Pues resalta ese pandero que te ha dado el señor, que bien puesto lo tienes.

Y tras decir eso le da un último sorbo al café, sentenciando. Así es mi abuela.

CAPÍTULO 15

Trabajo con segundas

“Vamos Ali, eres una crack, eres guapa, simpática, con unos ojazos atigrados que quitan el sentío, un cuerpo que no está mal y un inglés de puta madre”

Me voy ovacionando y aplaudiendo mentalmente para infundirme ánimos mientras camino a paso ligero hacia el portal que me indicó Gema. Por más que he insistido, Sebi no se ha compadecido de mí, según parece es más importante un mes aniversario que yo. Ya ves tú, hay uno de esos cada mes, pero no cada día tu mejor amiga tiene una entrevista con el dueño buenorro de vuestra casa que acaba de echaros. ¡Ay madre! Necesito más ánimo, que alguien llame al público de la ruleta de la fortuna.

Cuando entro al portal me tiemblan las piernas y doy gracias por no haberme calzado unos taconazos, a estas alturas ya estaría en el suelo. Un hombre regordete me dedica una sonrisa amable mientras me invita a acercarme a su mostrador.

—¡Hola bonita! ¿A quién vienes a ver?

¿Tienen portero? Yo pensaba que eso solo se llevaba en las películas.

—Hola señor, vengo a ver a Biel.

Me mira con cara de, “¿Biel qué?” Pero me encojo de hombros porque no tengo ni idea de cómo se apellida. Pacientemente saca un papel del primer cajón del escritorio y pasa el dedo por una larga lista hasta que se detiene en un nombre.

—Ajá, el señor arquitecto. Es el cuarto A.

—¡Muchas gracias!

Me vuelvo y me dirijo al ascensor, pero noto unos toquecitos sobre mi hombro. Me giro asustada para encontrarme a mi nuevo amigo el portero a pocos centímetros de mí.

—Lo siento, pero el ascensor no funciona, tendrá que subir usted por las escaleras. —Cogiéndome con suavidad de brazo me gira hacia la izquierda y me señala con el dedo —. Es por esa puerta azul, la de la izquierda.

Vuelvo a darle las gracias y me encamino valiente a la dichosa puerta azul, pero toda mi valentía y mis ganas se tiran por tierra cuando veo lo empinadas que son. Sin pensarlo más, resoplo y empiezo mi larga y lenta ascensión. Cuando llego a la cuarta planta estoy muerta de calor y me suda el bigote. ¿Me he puesto desodorante hoy?

Espero que sí porque si no lo tumbaré nada más abrir la puerta.

Tiene uno de esos felpudos de IKEA que tiene todo mundo, y como el del resto de la gente, está lleno de pelusa en los bordes. Parece ser que aquí tienen portero, pero no un servicio de limpieza como Dios manda.

Me coloco delante de la puerta, inspiro y expiro profundamente y, tras colocarme bien el sujetador y tocarme el moño para ver que no se ha escapado ningún pelo, llamo al timbre. Transcurren diez largos segundos hasta que escucho abrirse la puerta.

Un Biel serio me recibe al otro lado del umbral. Lleva un pantalón de traje gris y una camisa granate arremangada, está guapísimo. Levanto la mirada para verle bien los ojos y sonrío tímidamente.

—Hola.

—Hola Alicia, pasa. —Y tras hacerme un gesto con la mano, se echa a un lado para dejarme entrar.

Al pasar por su lado rozo ligeramente su mano y me estremezco. Vuelvo a estar de los nervios. Cruzo el recibidor y me paro en seco al entrar al salón. Es una estancia grande y abierta que consta de un comedor y una cocina en isla con suelos de parqué oscuro y paredes de piedra. Hay un gran sofá marrón delante de mí, al lado de uno de esos sillones tan molones que dan masajes y frente a una mesa de palets blanca. Veo una alfombra color crudo debajo y al levantar la vista me encuentro con un mueble bajo y blanco de madera antigua y una televisión plana de cincuenta pulgadas.

—Vaya, tienes un piso guapísimo.

Biel ha cerrado la puerta y está de pie a mi derecha. No me dice nada, pero entonces noto su mano caliente en mis riñones y cuando lo miro veo que me está señalado el sillón de masajes para que me siente. Ignoro la cocina de color negro mate con complementos blancos y me siento donde me indica.

No sé cómo poner las piernas. Primero las dejo abiertas, luego las junto de forma que se toquen las rodillas, pero estoy incomodísima, así que las cruzo y me pongo recta, con las manos juntas sobre la barriga, esperando que hable primero.

—Gema me ha hablado muy bien de ti, se nota que sois amigas. —dice mientras se sienta en el sofá con las piernas cruzadas—. ¿De verdad eres licenciada en Filología inglesa?

¿Es duda eso que noto en su voz?

—¡Exactly! —No Ali, por ahí no vas bien, no le ha hecho ni puñetera gracia—. Sí, claro.

—Verás, Emma, mi hija, es buena estudiante y muy aplicada, pero con el inglés no hay manera. Así que, quería aprovechar este verano para reforzar esa asignatura y que el año que viene no tenga tanto problema.

—Claro, lo entiendo.

—¿Alguna vez has dado clases particulares?

Estoy a punto de decir que sí, pero cuando levanto la mirada y veo sus ojos, algo dentro de mí se activa. Aunque está serio noto ternura en ellos, no merece más mentiras, ni siquiera de esas piadosas que se dicen para obtener un trabajo.

—La verdad es que no, me acomodé en la clínica y no busqué nada de lo mío, pero hice las prácticas en un instituto.

—Supongo que en realidad no importa, siempre y cuando tengas paciencia y ganas de enseñar.

—Por supuesto, estoy muy ilusionada por trabajar en algo relacionado con lo mío. Y, sinceramente, necesito este trabajo. En unos meses tengo que dejar la casa donde vivo y necesito dinero para pagar una mudanza y un nuevo alquiler.

No he podido evitarlo. Me muerdo el labio para contener la sonrisa que se escapa de mis labios, pero está claro que se ha notado. Biel levanta una ceja mientras se endereza en el sofá, sigue serio, pero no aguanta mucho y al momento sonrío abiertamente, mostrando un hoyuelo sexy que le sale en la mejilla.

—Ya, bueno, son cosas que pasan.

Ha cambiado su semblante y bajo su camisa noto como se le relajan los hombros, sin duda estaba siendo un momento incómodo también para él.

—¿Estás disponible lunes, martes y viernes por la tarde?

—Súper disponible para ti.

Otra vez esa sonrisa, otra vez ese dichoso hoyuelo, otra vez ese brillo en los ojos. Otra vez ese grito en mis bragas.

—Muy bien, pues creo que ya no hay mucho más que decir. Serían dos horas, tres días a la semana, y la idea es que no solo la ayudes con el inglés, sino también con otras asignaturas si hiciese falta, aunque ella no tiene problemas con el resto.

—Claro, me parece bien.

Acordamos cuanto me pagará y el horario. Me comenta que tiene pensado redactar un contrato pero que no ha tenido tiempo. Todo me parece bien, hasta sería capaz de venir con minifalda y coletas rollo Britney Spears si hiciese falta. ¡Tengo trabajo!

CAPÍTULO 16

Vuelta al mundo laboral

—Sigo pensando que esos shorts son demasiado largos, necesitamos que se vea carne si queremos conseguir nuestro objetivo.

Estoy correteando entre mi habitación y el baño mientras me arreglo para mi primer día de trabajo y Sebi y Fer no tienen nada mejor que hacer que supervisar todos mis pasos y ponerme más nerviosa, si eso es posible.

—Te recuerdo que soy profesora de una niña de ocho años, no querrás que salga por patas.

—Pues sí, eso es exactamente lo que quiero —comenta Sebi estirado en mi cama y con la cabeza encima de Fer, que le acaricia en silencio el pelo—. Que se vaya por patas y tú y el calvito os entreguéis a un desenfreno sexual tal, que no puedas ni subirte a la moto para volver a casa.

—¡Qué flipado cariño!

Minipunto para Fer. A estas alturas he decidido ignorar cualquier comentario que haga mi querido amigo y compañero de piso respecto al dichoso plan que jamás debí aceptar. Tengo trabajo y pienso mantenerlo, al menos hasta después del verano. No me apetece nada pasarme las sofocantes horas de calor doblando camisetas y colgando perchas en cualquier tienda con música house.

Es seis de Julio y hace un calor de infierno, de ese que se te pega y no te lo quitas ni con mil duchas de agua fría, así que, he elegido unos shorts tejanos y una camiseta granate de manga corta holgada. Estoy bastante nerviosa, porque como ya os he comentado, los diabólicos niños pequeños no son lo mío. Me hago pis tan constantemente que no me ha importado lo más mínimo que Toni estuviese en la ducha para entrar a echar un ríu.

Metó mis diccionarios, algunos de mis apuntes de la universidad por si mi alumna de primaria necesita teoría universitaria, una libreta y mi recién estrenado estuche en la mochila como si fuese mi primer día de instituto. Mientras me ato las converse le pido a la empalagosa parejita que bajen mi mochila y mi casco mientras voy a mear otra vez.

Me encuentro un atasco en mitad de la ronda, pero ir en moto va genial para este tipo de problemas, así que, con cuidado de no llevarme ningún susto, voy esquivando

coches y buscando huecos donde poder meter mi vespa. Llego diez minutos antes de la hora y me planteo meterme en algún bar cercano a tomarme un café, pero entonces me doy cuenta que soy tan lista que no he cogido la cartera. Mucho libro y mucho boli y me dejo lo más importante, por lo que estaciono la vespa en la calle de enfrente y colgándome la mochila del hombro me acerco al portal. Me llevo una gran decepción al no ver a mi amigo el portero, habría sido la excusa perfecta para hacer tiempo hasta las cinco. Sin pensarlo más y tras comprobar que el ascensor sigue averiado, me dirijo resuelta y decidida a las empinadas escaleras.

Cuando llego arriba, tengo el mismo calor o más que el viernes, pero sin pensarlo llamo al timbre.

Cuando Biel abre se le escapa la risa y, tras echarme una mirada nada disimulada de arriba abajo, me dice:

—Lo siento, no he pedido nada para comer, debe haberse equivocado.

—¿Cómo?

Echándose a un lado me deja pasar carcajeándose a mi espalda y cierra la puerta. Es entonces cuando me veo reflejada en el espejo que cubre la pared del recibidor y lo entiendo todo. Entiendo porque voy tan ligera y sin nada en las manos, porque al cruzar la calle un chaval me ha preguntado *“El paquete donde lo guardas”* y el porqué de su cara. No me he quitado el casco.

Avergonzada, me lo saco por la cabeza y me lo cuelgo del brazo. ¿Dónde estará el lavabo en esta casa? Necesito mear.

El piso está exactamente igual que el viernes, con la diferencia de una pequeña personita rubia sentada a la mesa, de espaldas a mí. Sé que tiene ocho años, que es muy buena, por lo que me ha contado Gema, y que tiene un pelo precioso, pero ahora mismo solo puedo ver la silueta del pequeño y terrorífico payaso de *Saw* en su triciclo, viniendo lentamente hacia mí y deteniéndose a dos pasos diciendo: *“Vamos a jugar a un juego, las reglas son sencillas...”*

—Emma, ven, ésta es Alicia.

Emma se levanta torpemente de la silla y se coloca al lado su padre, cogiéndolo del brazo. Me mira tímidamente sin decir nada, así que reúno todo mi valor y decido comportarme como una profesora adulta.

—Hola bonita, ¿quién es la más guapa? ¡Tú!

Perfecto Alicia, ahora solo te queda pedirle que te traiga la pelota.

Se produce un silencio incómodo en el que yo borro mi sonrisa psicópata de la cara, Emma se esconde un poco más detrás de su padre y Biel me mira con una ceja levantada.

—Lo siento, estoy algo nerviosa. —Cojo aire profundamente y agachándome un poco me pongo a la altura de la niña—. Hola Emma, soy Alicia, vengo a ayudarte con el inglés.

Veo unos ojitos azules exactamente igual a los de Biel y un flequillo rubio asomarse tras la cadera de éste.

—Hola.

Y rápidamente vuelve a subirse a la silla y a seguir coloreando. Biel le revuelve cariñosamente el pelo y se gira hacia mí.

—Es un poco tímida, pero ya verás que pronto coge confianza. Luego solo querrás que se calle.

—No te preocupes, creo que nos llevaremos bien.

Después de una visita al baño, precioso por cierto, me siento a la mesa con Emma y le pido que me explique qué fue lo último que hicieron en clase. Es cierto que al principio solo contesta con monosílabos y tengo que sacarle las palabras con sacacorchos, pero poco a poco, después de dos ejercicios corregidos, parece que ha perdido el miedo.

—Eres muy guapa y estás muy morena.

—Es que el verano me sienta muy bien. ¿Tú no estás más contenta cuando empiezan las vacaciones?

—Sííí, porque mi padre me lleva a la playa y hacemos muchas excursiones, y mi madre me ha dicho que iremos de viaje a París, para ver la torre grande y a Mickey Mouse.

—¿Ah sí? Pues que suerte tienes, yo hace mucho tiempo que quiero ir a París.

—Vente con nosotras. —Se inclina hacia un lado y mirando detrás de mí le grita a su padre—. ¿Papá, puede venir a París?

Me encojo todo lo que puedo en mi silla y me reclino sobre los ejercicios, aunque subo al máximo el volumen de mi sonotone natural y presto atención a la respuesta de Biel, por si tengo que preparar la maleta.

—Pregúntaselo a tu madre, es ella quién te va a llevar.

—Vale, pues cuando venga a recogerme se lo digo. Seguro que dice que sí. Mi madre es muy guapa, ¿sabes?

—Seguro que sí. Pero no hace falta que se lo preguntes, no podré ir con vosotras porque tengo que hacer una mudanza.

Me encargo de subir el tono en la última parte de la frase, pero lo único que obtengo como respuesta es el ruido del grifo de la cocina al abrirse.

Al principio Biel nos deja solas, diciendo que tiene que acabar un trabajo y que si lo necesitamos lo llamemos. Acto seguido desaparece por el pasillo y no aparece hasta una hora más tarde. Ahora está en la cocina, no me he atrevido a girarme y chafardear, pero considerando que son las seis y media, supongo que estará haciendo algo de merienda para Emma.

Estoy muy tranquila hasta que Biel se sienta a mi lado y le acerca un bocadillo y un zumo a su hija. Su cercanía me pone nerviosa, como en ese estado de tensión que tienes cuando ves una película de miedo y esperas que llegue el susto. Sentir su olor, que empieza a ser familiar, y notar su calor corporal, aun a pesar de la corta distancia que nos separa, me acelera el pulso.

—Emma, puedes ver un rato la tele si quieres.

—¡Vale!

Se va dando saltitos con el bocadillo en una mano y el zumo en la otra mientras canturrea: “Patio, patio, patio”.

Yo sigo enfrascada en corregir los ejercicios que ya tengo corregidos y que ha hecho perfectamente bien.

—¿Fumas?

—¿Eh? —Me giro en su dirección y veo que está apoyado tranquilamente en el respaldo de la silla y juguetea con uno de los rotuladores que hasta hace un momento había encima de la mesa—. No, gracias.

—Lo decía porque puedes aprovechar para descansar este rato que Emma está merendando.

—Estoy bien, le prepararé unas viñetas para cuando terminé.

—No fumas, pero sí comes, ¿no?

—Sí claro que como, cuatro veces al día, a veces cinco.

Suelta una carcajada y vuelve a la cocina, donde empieza a abrir armarios.

—Tengo galletas, pan y embutido. ¿Qué te apetece?

—Pues por apetecerme me comería un gofre calentito de chocolate...

—¡Yo otro! —dice Emma levantado una de las manos, pero sin dejar de mirar los dibujos.

—Pero con unas galletas me conformo —concluyo.

Biel asiente y coloca unas cuantas galletas de chocolate encima de la mesa. Pero en lugar de sentarse vuelve a la cocina y me pregunta:

—¿Café solo sin azúcar?

Asiento sorprendido porque lo recuerde. Merendamos juntos mientras le enseño lo que hemos hecho hoy. Le explico que creo que el problema de Emma está en que como no lo entiende, se aburre y no se esfuerza. En clase deberían plantearse de forma diferente, hacerlo más atractivo para los niños.

Cuando terminamos y Emma vuelve con nosotros seguimos con la clase, esta vez los tres juntos. Poco a poco me olvido de la tensión de tener a Biel tan cerca y me relajo, tanto que se me va la olla y me pongo a imitar a un cerdo para que Emma diga

Pig.

A las siete en punto empiezo a recoger todos los papeles y voy al baño por última vez. Nota mental: visitar al ginecólogo para tratar mis problemas de orina.

Cuando acabo de guardarlo todo en la mochila y me levanto preparada para irme, Emma me coge del brazo y me arrastra a su cuarto. Es la primera puerta del pasillo, donde me encuentro con una habitación color verde lima, una cama perfectamente hecha y un armario lleno de pegatinas en la parte de abajo.

Emma está frente a un escritorio de madera que hay bajo la ventana, al fondo de la habitación. Con la mano me indica que me acerque.

—Ven, quiero presentarte a mi nueva mascota.

Me acerco sigilosa colocándome la mochila al hombro. Sobre la mesa hay una urna de cristal enorme. Temo que se trate de una serpiente o una iguana, los reptiles me dan tanto asco como comer membrillo. Cuando llego a la altura de Emma, veo que la niña se pone de puntillas para intentar coger lo que hay dentro, algo que aún no distingo entre tanta piedra y plantas artificiales, pero está claro que no lo consigue porque oigo como refunfuña. En ese momento una mano masculina me agarra débilmente la cintura y me aparta a un lado. Biel mete las manos en la urna y saca un caparazón de tortuga enorme, el doble de grande que la palma de mi mano.

—Mira Alicia, ésta es *Veloz*, me la regaló mi padre por mi cumpleaños.

Emma está muy sonriente y orgullosa de su enorme mascota, pero yo no puedo evitar poner cara de asco cuando Biel se gira hacia mí y extiende los brazos para que la vea.

—Qué asco... —susurro de manera que solo Biel ha podido escucharme.

En sus labios se dibuja una media sonrisa traviesa, de esas que hacen que tus bragas bailen la macarena.

—Emma, ¿dejamos que la coja? —dice girándose hacia la pequeña.

La niña asiente efusivamente y se coloca a mi lado. Estoy a punto de largarme de allí haciendo el *moonwalk* cuando Biel me sube las muñecas con una de sus manos, mientras con la otra me coloca lentamente a *Veloz* en ellas. Me quedo más tiesa que la mojama, muerta del asco al notar esa mezcla entre rugosa y viscosa en las palmas de mis manos.

—Mi padre le puso *Veloz* pero no me gusta. ¿Tú como la llamarías?

Me quedo mirando el enorme caparazón cuando de repente, muy lentamente, asoma la cabeza. Una masa de carne oscura y arrugada sale poco a poco, haciéndose más larga cada vez. Cuando toda su superficie está fuera mueve la cabecita de lado a lado. Parece que me mira la muy cabrona.

—Parece un mojón... —lo digo en voz baja pero esta vez me han escuchado los dos, porque Emma ladea ligeramente la cabeza pensativa.

—¿Mojón?

Mira su mascota y tocándose un mechón de pelo se queda en silencio, momento que yo aprovecho para mirar a Biel y hacerle un gesto desesperado con la cabeza para que me quite esa cosa asquerosa que se está moviendo en mis manos.

Cuando Biel la está poniendo en la urna junto a un trozo de roca, Emma nos da un susto de muerte empezando a saltar.

—¡Sííí! Me gusta *Mojón* —y acercándose a la tortuga de unos golpecitos en el cristal mientras mira a su mascota.

Cuando levanto la vista veo a Biel mirarme conteniendo una carcajada. En ese momento suena *Jump* de Simple Plan en mi móvil y me sobresalto. Lo saco del bolsillo lateral de la mochila, pero ya ha dejado de sonar. El nombre de Sebi aparece en la pantalla.

—Tengo que irme —digo metiendo de nuevo el teléfono en su sitio y volviendo al salón.

Biel y Emma me siguen y me acompañan hasta la puerta cogidos de la mano, donde cojo el casco y me despido con un tímido “*Hasta el próximo día*” antes de salir por la puerta. Antes de que Biel cierre me da tiempo a escuchar a Emma.

—Papá, ¿qué es un mojón?

CAPÍTULO 17

La casa de los horrores

Dicen que se necesitan veintiún días para coger un hábito, pero a mí con una semana me ha bastado para hacerme a mi nueva rutina. Aprovecho las mañanas para buscar pisos en Internet, tomar el sol en la terraza, tirarme en el sofá a la bartola o ayudar a Gema con los preparativos de la boda, que se han empeñado en hacer algo rápido e íntimo. Y por las tardes, después de comer, preparo los ejercicios para Emma, que ya no son solo de la asignatura de inglés, y cotilleo un poco con Sebi, antes de que éste vuelva a la frutería.

Siempre llego a casa de Biel a las cuatro y media, así dispongo de tiempo de sobra para tomarme un café con Paco, el portero. Es muy agradable y siempre tiene algo interesante que contarme, me lo paso pipa con él. Biel siempre nos deja la primera hora solas para luego unirse a nosotras con el habitual plato de galletas al lado. En esta semana me ha dado tiempo a descubrir que le gusta el Jazz, el café muy dulce, odia el chocolate y es un cocinero excepcional. No he tenido tiempo de probar ninguno de sus platos, pero huelen que alimentan y Emma no deja de repetir que su padre es mejor que “el Arguiñano ese que sale en la tele”.

Sebi y yo estamos en el portal de nuestro posible futuro piso en el barrio de Gràcia, en Barcelona. Llevamos diez minutos esperando a la chica de la inmobiliaria y lo único que nos ha quedado claro por ahora es que necesitan contratar un buen servicio de limpieza, porque la entrada huele a orín que echa para atrás.

—Mira, ahí viene Dolores Umbridge —dice Sebi señalando a la esquina de la calle.

Efectivamente veo acercarse a Lola, la dueña de la inmobiliaria en la que hemos puesto todas nuestras esperanzas. Sonríe al ver que hoy más que nunca se parece al odiado personaje de Harry Potter. Lleva una falda negra hasta la rodilla que acaba en un pequeño volante y una blusa rosa chicle con chorreras en el cuello. Colgado al brazo lleva un enorme bolso rosa también, con detalles dorados, a juego con sus zapatos de abuela moderna.

—Hola chicos, siento la espera, me ha costado horrores aparcar. Subamos, os va a encantar.

La seguimos tres pisos arriba, esquivando bolas de pelusa asesinas que amenazan con tragarnos y nos paramos frente a una puerta de madera desgastada con el número dos encima. Lola saca un juego de llaves y la introduce en la cerradura. Cuando abre

la puerta la oímos chirriar y nos miramos con cara de circunstancia. Bienvenidos a la casa del terror.

Está todo a oscuras y, hasta que Lola no levanta las persianas y deja entrar la luz de la calle, no podemos distinguir nada. Estamos frente a un pasillo largo, al fondo del cual hay dos habitaciones. Una es pequeña y un poco alargada, con tres paredes color beige y la de fondo cubierta de un papel floreado horrendo. Pienso que si quitamos el papel y le damos una buena mano de pintura no está tan mal, además esa gran ventana le da mucha luz a la estancia. La segunda habitación, justo enfrente, no es pequeña, es minúscula. Un cuadrado donde aún tengo dudas que quepa una cama de matrimonio, con las cuatro paredes color granate y sin ventanas.

A mi derecha, Sebi se lleva la mano a la boca y escucho como suelta aire por lo bajo, pero no dice nada, algo que me sorprende, se está conteniendo muy bien.

La puerta que hay al lado de la minúscula habitación resulta ser el baño. Es pequeño, pero me esperaba algo mucho peor. En las paredes hay unos azulejos blancos con un pequeño dibujo en el extremo superior derecho que no sé qué leches es. Tiene una pequeña ducha con una cortina marrón desgastada y manchada en la parte baja por la cal del agua, un lavabo redondo y un wáter, nada más. Ni armario, ni perchas en la puerta, nada. Solo ese terrible ruido de la cisterna que dejamos a modo de hilo musical cuando salimos y nos dirigimos al salón. Una estancia cuadrada, con mucha luz y esta vez sí, grande. Solo hay un mueble de madera antiguo que dejaron los anteriores inquilinos, pero intento imaginarme nuestro sofá y nuestros muebles y aún me sobra espacio, para poner los armarios que no caben en las habitaciones, pienso.

Noto a Sebi inquieto a mi lado, pero sigue callado, algo que estoy segura le está costando un gran esfuerzo.

—Bueno, y ahora solo queda la cocina. Es lo que peor está, pero con unos pocos detalles lo dejáis perfecto, ya veréis. El resto de la casa está genial, no es muy grande pero para vosotros dos es más que suficiente. ¿Y qué me decís del salón? Es grandioso...

Lola sigue hablando, pero ninguno de los dos la escuchamos, nos hemos quedado con la frase “Es lo que peor está...”. Si el resto del piso no es ninguna joya, ¿cómo estará la cocina?

Cuando abre la puerta y nos deja pasar comprendemos porqué ha dejado esta estancia para el final.

Es alargada, estrecha, oscura y mugrienta. Tiene un mármol bajísimo con manchas de humedad, una pica de latón desconchada y unos fogones literalmente quemados. Hay un hueco en el extremo izquierdo para una nevera pequeña y no veo rastro de hueco para la lavadora. Por no hablar del olor, a humedad y moho.

Un gritito a mi derecha me hace apartar la vista del suelo, que está lleno de polvo y juro que me ha parecido ver una cucaracha.

—¡Esto ya es el colmo! —Sebi se da la vuelta, camino a la puerta, y las dos lo seguimos, yo divertida y Lola preocupada—. ¿Cómo tienes el valor de enseñarnos esta mierda, Lola? ¿Es que piensas que por ser jóvenes no tenemos criterio ni gusto? Por favor, esto da asco. Se acabó, no queremos que nos enseñes más pisos, con este hemos tenido suficiente. —Empieza a bajar las escaleras casi corriendo, como si temiese que la cucaracha de la cocina le siga hasta la calle.

Lola cierra la puerta en silencio y las dos bajamos a la calle, donde Sebi sigue maldiciendo apoyado en la pared, con el móvil en la mano.

—Alicia, siento mucho que no os haya gustado, pero por el precio que me pedís no he encontrado otra cosa.

—No te preocupes, pero no vamos a quedarnos con este piso. Gracias de todas formas.

Le doy la mano y cogiendo a mi amigo del brazo nos marchamos de allí. Nos dirigimos a la calle Martínez de la Rosa y entramos al Kuai Momos, el restaurante tailandés preferido de Sebi.

—Menuda mierda de piso —me comenta Sebi sin mirarme, con la carta en la mano mientras decide que elegir—. ¿Tú has visto la segunda habitación? Nena, ahí no cabe ni mi zapatero. ¿Y el ruido de la cisterna cuando hemos entrado al baño? Y la cocina... ¡Por Dios qué asco! Me apuesto mis New Balance nuevas a que el antiguo propietario descuartizaba a gente en ese mármol roñoso y luego los escondía en la cisterna del wáter.

Suelto tal carcajada que asusto a la pareja que hay en la mesa de al lado, dos adolescentes que se toquetean por debajo de la mesa.

—Qué exagerado eres, era una mierda sí, pero es que por el precio que le pedimos no sé qué esperas encontrar en Barcelona. Tendremos que mirar más lejos del centro.

Me mira haciendo un puchero. Sé que quiere buscar piso en este barrio porque Fer vive cerca, pero por más que quiera contentarlo no podemos permitirnos pagar más de doscientos cincuenta euros cada uno, gastos incluidos.

Cuando nos sirven nuestra comida empezamos a engullir, con los nervios por ver el piso no hemos desayudado nada y estamos hambrientos. Sebi está sentado con las piernas cruzadas y tiene el bolso en la silla de al lado. Lo miro sorber sus fideos con elegancia y no puedo evitar sonreír. Es mi mejor amigo y compañero de piso, pero cuando me paro a pensar todo lo que hemos pasado juntos y lo mucho que me ha ayudado a superar mis baches, me doy cuenta que es más que eso, es como un hermano. Él es esa persona a la que siempre acudes cuando necesitas algo, ya sea para un consejo o para asesorarte en moda. Es esa persona en la que primero piensas cuando te pasa algo interesante. Es esa persona que siempre nombras cuando conoces a alguien nuevo. Simplemente es mi indispensable. Y entonces me doy cuenta de que he sido muy egoísta, dando por hecho que quiere seguir viviendo conmigo, obviando que tal vez lo que realmente quiere es empezar algo más serio con Fer, compartiendo piso.

—¿Qué pasa, tengo algo entre los dientes?

Llevo un rato mirándolo en silencio. Su pregunta me hace salir de mi ensimismamiento y empiezo a comer.

—Qué va, es que estaba pensando. ¿Fer y tu habéis hablando alguna vez de vivir juntos?

—Pues... algo hemos comentado, pero nada serio. ¿Por? ¿Quieres que se venga a vivir con nosotros?

—No, hombre, no es eso. Es que estaba pensando que tal vez queréis vivir los dos solos.

—¿Y qué pasa contigo?

—Pues conmigo nada, puedo buscar una habitación en algún piso, a las malas puedo decirle a Carla que se busque algo conmigo.

Sebi escupe el trozo de pollo que tiene en la boca y me mira como si acabase de decir que me gusta sacarme mocos y comérmelos poco a poco.

—¿Tú y Carla solas? ¿Es que te has vuelto loca o qué? Esa rubia está cañón y tolera muy bien el alcohol, pero vivir con ella es como jugar a la ruleta rusa, nunca sabes cuándo va a estallar.

—Ya lo sé, era solo una idea —dejo los palillos en la mesa y le doy un sorbo a mi agua—. Da igual, lo que quiero decir es que si quieres irte a vivir con Fer, hazlo. Ya me las apañaré.

No le dejo contestar y doy el tema por zanjado. Tal vez no había pensado en irse con Fer, pero ahora que le he dado la opción prefiero dejar que lo medite y decida lo que más le apetezca. A las malas siempre puedo volver con mis abuelos, sin duda eso será mejor que vivir con Carla.

CAPÍTULO 18

Los balones fuera

Entro al portal dejando un rastro de agua tras de mí. Al final las nubes amenazantes que se han formado mientras Sebi y yo volvíamos a casa han cumplido su cometido y está cayendo el diluvio universal.

—¡Quieta ahí niña, que me vas a poner el suelo perdido!

Paco corre hacia mí con las manos en alto, así que me quedo quieta como una estatua en la puerta.

—Pero déjame pasar que tengo que quitarme esto de encima – digo señalando el pantalón impermeable y el chubasquero.

Sin mucho entusiasmo Paco se acerca despacio y me coge el casco para que yo pueda cerrar la puerta y quitarme todo de encima. Mientras me saco con cuidado los pantalones, él va detrás del mostrador de recepción y viene a los pocos segundos con una bolsa de plástico del supermercado de enfrente.

—Toma, mete eso aquí dentro.

Hago un gurrño con las prendas mojadas y lo meto a presión en la bolsa.

—Qué asco de día se ha puesto, en verano no debería llover.

—Lo que no entiendo es como has venido hasta aquí en moto, que podrías caerte chiquilla.

—Era eso o caminar, no tengo tarjeta para el metro. Espero que para cuando salga haya aflojado un poco.

—No pondría la mano en el fuego...

Suena el teléfono y se despide de mí para atender la llamada. Yo cojo la bolsa de plástico y el casco y, con la mochila aún colgada sobre el pecho, me subo al ascensor. Cuando me miro en el espejo veo que tengo un aspecto horrible, mi pelo no se lleva muy bien con la humedad. Ayudándome de las manos me hago un moño bajo y me meto los mechones sueltos tras las orejas. Llego a la puerta y antes de picar al timbre me echo unas gotas de colonia de mango. ¿Por qué me tomaré yo tantas molestias por una niña de ocho años? No es por la niña Alicia, no te engañes, es por el padre.

Se me borra la sonrisa de la cara cuando veo quien hay tras el marco de la puerta. Es una mujer muy guapa, de esas que aparentan tener veinte años menos de los que

realmente tienen. Lleva el pelo corto teñido de rubio platino y peinado hacia arriba, con unos labios rojo rubí que sonríen amablemente y unos ojos azules coronados por largas pestañas negras. Casi noto como se me mueve el pelo cada vez que pestañea.

Miro al número que hay sobre la puerta para comprobar que no me he equivocado.

—Hola, tú debes de ser Alicia —asiento mientras me hace pasar—. Yo soy Marga, la madre de Biel.

Ya decía yo que esos ojos azules me sonaban de algo.

—Encantada.

—Mi hijo tenía una reunión hoy y vendrá más tarde, así que os quedáis solas hasta que llegue, supongo que llegará pasadas las seis.

Mientras habla se acerca al sofá, donde Emma está viendo la televisión, y coge un gran bolso de Desigual.

—¿Usted no se queda?

—No querida, no puedo, hoy tengo tarde de chismorreos con las amigas —se acerca a su nieta y le da dos sonoros besos, los dos en la misma mejilla—. Pero la dejo en buenas manos, Emma me ha dicho que eres muy simpática. Y muy guapa, debo añadir.

Me guiña un ojo y sin decir más que un simple “Adiós” sale por la puerta. Me quedo unos segundos de pie mirando la puerta de entrada, entre sorprendida y asustada. ¿Qué hago yo sola con una niña de ocho años? Seguro que se tropieza, se abre la cabeza y muere desangrada, o tal vez quiera merendar, yo le haga un bocadillo y muera a causa de alguna alergia alimenticia que desconozco.

Dejo mis cosas encima de la mesa y pidiéndole a Emma que prepare todas las cosas me escabullo un momento al baño con el móvil en la mano.

—¿Sí?

—Gema, necesito tu ayuda. Biel está trabajando y me ha dejado sola con la niña. ¿Qué hago?

La oigo reírse a través del auricular.

—Pues lo que haces cada día, ¿o es qué Biel os da clases a las dos?

—¿Y si le pasa algo? —pregunto preocupada.

—¿Qué quieres que le pase? ¿Qué se corte con un folio?

Medito su respuesta y me doy cuenta que quizás estoy exagerando. ¿Qué podría pasar?

—Tú por si acaso no te alejes del teléfono —me despido y cuelgo.

Guardo el móvil en el bolsillo y vuelvo al salón, donde Emma ya está sentada a la

mesa con todo preparado.

—¿Empezamos?

Es viernes y Emma y yo acordamos que el último día de la semana descansaríamos media hora para jugar un rato, por lo tanto, a las seis dejamos los libros y pienso qué hacer mientras Emma coge un paquete de galletas y se sienta al sofá a merendar.

Entro en su cuarto y echo un vistazo. ¿Muñecas? Qué palo... ¿Juegos de mesa? Ya jugamos la semana pasada. Lo más fácil sería ponernos a dibujar, pero sé que Emma no querrá porque ya hemos dibujado en unos ejercicios. ¡Ayuda! O mejor dicho, ¡ help!

Cuando estoy saliendo por la puerta sin ninguna idea, me tropiezo con una pelota de plástico que había tras la puerta y debe de haber rodado hasta allí al abrirla. La cojo y veo que no pesa y es suficientemente pequeña como para cogerla con las manos. ¡Plin! Se me ilumina la bombilla.

—Ven Emma, ya sé a qué vamos a jugar.

La niña viene saltando y sonriendo. Le pido que me ayude a apartar la mesa y mover el sofá para tener más sitio.

—Bien, vamos a jugar y a aprender a la vez. Yo te diré una palabra y te pasaré la pelota. Tú tienes que traducirla al inglés y devolvérmela. ¿Vale? Pero tiene que ser rápido, sino hay penalización.

—¿Qué penalización?

—Menos tiempo de juego la semana que viene.

Tuerce el gesto por la penalización, pero sorprendentemente le gusta el juego que me he sacado de la manga, así que se coloca frente al mueble de la televisión y yo al lado de la mesa. Veo como abre las patitas y se coloca en posición para coger la pelota. Al final voy a cogerle cariño.

—¿Preparada? —Asiente enérgicamente la cabeza y levanta las manos—. ¡Empezamos! Cerdo.

Le tiro la pelota, no muy fuerte, de manera que tiene que dar un paso adelante para cogerla. Vuelve rápidamente a su posición inicial con la pelota en la mano y grita.

—¡Pig! —Me lanza la pelota, un poco más fuerte.

Yo la cojo al aire y vuelvo a la carga.

—Perro

Nos pasamos así unos diez minutos, agotando animales y colores y pasando a prendas de ropa, que no acierta ni una la pobre. Si cumpliese mi palabra de la penalización no habría juegos en todo el mes. Intentamos hacerlo tan deprisa que hasta yo me estoy divirtiendo, y cada vez nos alejamos más para poder tirar más

fuerte y hacerlo más difícil, de manera que yo ya estoy en la entrada del pasillo.

—Camiseta.

Le lanzo la pelota bien alta y un poco más fuerte que antes justo en el momento en el que suena el telefonillo de la portería. Emma se gira hacia la puerta sorprendida por el repentino sonido, olvidando la pelota, que en esos momentos vuela a toda velocidad hacia su cara. Yo grito su nombre y estiro los brazos. Ella me mira, abre los ojos con horror y... la pelota le da de pleno en la boca.

La niña se agacha quejándose en el suelo, yo me acerco corriendo y cuando le retiro las manos las veo llenas de sangre. ¿Qué hago? Entrar en pánico, por supuesto.

—Mierda, mierda, mierda.

Emma se asusta al verse la sangre y rompe a llorar. Yo me quedo unos segundos petrificada mientras veo como no deja de salirle sangre del labio, hasta que al fin reacciono.

—Tranquila Emma, no es nada. Ven, vamos a limpiarte.

La niña no quiere caminar, así que la cojo en brazos sorprendiéndome de lo poco que pesa, y corremos al baño. Allí la siento en el retrete y con una toalla mojada la obligo a apretarse el labio.

—Duele... —Lloriquea mientras se acerca la toalla al labio.

La hemorragia sigue sin parar por más que aprieto y la toalla se está manchando de sangre. Estoy más tranquila porque al limpiarle el labio he visto que solo tiene una brecha, así que mi mente se libra del pánico y recuerdo que hace un par de años, jugando a las palas en la playa con Sebi, me abrí el labio dándome con una de las palas y al echarme agua salada la hemorragia paró. ¡Sal, necesito sal!

Corro a la cocina y rebusco entre los armarios el bote de sal, sacando todo su contenido y esparciéndolo por la encimera.

En esas estoy cuando escucho girar la llave en la cerradura. Biel aparece por la puerta, con la chaqueta del traje doblada sobre su brazo y me mira con asombro.

—¿Qué haces?

Debo de tener una cara horrible porque deja la chaqueta y las llaves sobre la mesa y se acerca a mí.

—Sal, sal, sal, ¿dónde está?

—¿Qué?

—¡La sal! ¿Dónde la tienes? —grito.

Él abre el armario bajo de la derecha y saca un recipiente redondo donde pone “Sal” y me lo ofrece. En ese momento se percata de que Emma está lloriqueando en el baño y echándome una mirada interrogativa corre hacia allí.

Le sigo, quedándome en la puerta a la espera de que se ponga como un basilisco y

empiece a gritar, pero en lugar de eso se arrodilla frente a su hija y le retira la toalla para verle el labio. Me pide la sal y cogiendo un poco con el dedo se la pone a Emma en la herida.

Ella se queja cuando le toca, pero al menos ya no llora.

—Ya está, ya no te saldrá más sangre.

Emma salta del retrete y se abraza al cuello de su padre, que la sujeta del trasero y se pone en pie con ella en brazos.

Yo sigo parada en la puerta con el bote de sal en las manos.

—Quita esa cara, Alicia —me dice Biel con una sonrisa en los labios—, no ha pasado nada.

No digo nada, me limito a echarme a un lado para dejarle pasar y le sigo al salón como un fantasma.

—Ya no te sale sangre, pero vamos a ir a urgencias a que te lo vean, ¿vale? —le dice a Emma mientras la sienta en el sofá.

La niña asiente con la cabeza sorbiendo mocos por la nariz. Biel pasa por mi lado y entra en la habitación de Emma, de donde sale segundos después con sus zapatillas.

—Puedes irte ya si quieres —me dice mientras le ata los cordones.

—No, no, voy con vosotros.

Tengo un nudo inmenso de culpabilidad en el estómago. Sé que no ha sido culpa mía y que al final todo quedará en un susto, pero la que ha tirado la pelota he sido yo y no se me borra la imagen de Emma sangrando como un cerdo en el matadero.

Biel conduce despacio, moviendo los dedos al son de *Ordinary Love* de U2, mientras Emma la tararea en el asiento de atrás. En otras circunstancias me pondría a cantar a voz en grito, porque adoro esta canción, pero hoy me limito a mirar la carretera.

—Alicia, ya no creo que le salga más sangre, no hacía falta que trajeras la sal.

Le miro confundido y veo como señala mi regazo, donde aún sujeto con fuerza el bote de sal, como si fuese una granada dispuesta a estallar al mínimo movimiento.

Biel sonrío. Al principio solo es un tímido gesto en la comisura de sus labios, pero poco a poco sus dientes blancos aparecen y dan paso a esa bonita sonrisa, consiguiendo que mi nudo se deshaga y contagiándome el gesto.

—No me he dado cuenta.

—No te preocupes, de verdad, ya ves que Emma está bien.

Me asomo por el hueco que hay entre los dos asientos y veo a Emma sonriendo. Tiene el labio inferior más grande que el de Carmen de Mairena, pero parece estar bien.

—Vaya susto, ¿eh? Salía mucha sangre.

Le digo lo mucho que siento lo ocurrido y me acomodo de nuevo en mi asiento. Biel sigue mirando.

—No tienes hermanos pequeños, ¿verdad? —Niego con la cabeza a modo de respuesta—. Este tipo de cosas pasan muy a menudo cuando se tienen niños en casa. Mi hermana pequeña era un bicho y cada dos por tres teníamos que correr a urgencias, así que cuando llegó Emma ya estaba curado de espantos en este tipo de cosas.

Pasamos el poco trayecto que nos queda hablando de las trastadas que hacía Bea, su hermana pequeña. Para cuando llegamos a la sala de espera ya no hay ni rastro de ese maldito nudo de culpabilidad.

CAPÍTULO 19

Pescado crudo para cenar

Una hora más tarde estamos de nuevo en el Dodge camino a casa, con Emma comiendo un bocadillo en su asiento y dos puntos de tiritas en el labio.

—¿Te llevo a casa?

Había olvidado por completo que todas mis cosas están aún en la suya.

—No, tengo todas mis cosas en tu casa y la moto, pero gracias.

Ya ha dejado de llover y el día está empezando a desaparecer con un precioso cielo que nos regala una puesta de sol para enmarcar.

Con todo el revuelo de la sangre y Emma llorando no nos habíamos dado cuenta de cómo habíamos dejado la casa, pero cuando entramos al comedor vemos que no sólo le di un pelotazo a Emma, la muy hija puta de la pelota rebotó en un bonito jarrón con dibujos étnicos y ahora descansa en el suelo hecho pedazos. Por no hablar del caminito de sangre seca que va dirección al baño.

Biel ignora el estropicio y le pide a Emma que se prepare el pijama y las cosas para ducharse. La niña corre a su cuarto mientras yo dejo el bote de sal otra vez en su sitio.

—¿Dónde guardas la escoba y el recogedor?

—En ese armario de ahí —me lo señala—. Pero deja eso, lo recogeré cuando acueste a Emma, que ya son las ocho y cuarto.

Ignoro su orden y cojo todos los bártulos para dejar el comedor tal y como lo encontré cuando llegué hoy a las cinco de la tarde.

Le miro de reojo y le veo poner los ojos en blanco, pero no vuelve a insistir, en lugar de eso desaparece por el pasillo.

Acabo pronto, aún no han salido del baño y me sabe mal irme sin despedirme, así que meto todas mis cosas en la mochila y me siento en el cómodo sillón a esperar.

Salen los dos con el pijama puesto. Emma lleva un pantaloncito corto de seda rosa y una camiseta de tirantes blanca con cerditos rosas a juego. Biel se ha puesto un pantalón ancho de chándal color gris que le llega por encima de la rodilla y deja poco a la imaginación en su parte más íntima. Arriba lleva una camiseta de baloncesto de los Boston Celtics y va descalzo, como Emma. Sus brazos son fuertes y marcados, sin

exagerar, con un poco de bello oscuro. ¡Joder, qué bueno está sin traje! Que no se lo vuelva a poner jamás.

Emma viene hacia mí y enredando sus bracitos en mi cuello me da un abrazo.

—La semana que viene repetimos juego, me he divertido mucho. Buenas noches.

—Pero esta vez con globos de agua —bromea Biel.

Le doy un beso en la cabeza y la dejo irse con su padre a la cama. Poco después, Biel vuelve al salón y se deja caer en el sofá.

—Menudo día de emociones, ¿eh?

Está relajado y sonrío. Siempre pensé que era un hombre serio, de esos que solo sonrían en la intimidad de su hogar cuando nadie les ve, pero Biel no es así. Es alto y fuerte, de ojos profundos, por lo que la primera impresión es intimidante, pero cuando te atreves a mirar más allá descubres que te equivocas. Es tierno, divertido y amable, y posee una de esas sonrisas que llegan a lo más hondo, de esas que te pellizcan el corazón y te hacen sonreír, aunque no quieras. ¿Y sabéis qué? Me enamoro fácilmente de esas malditas sonrisas.

—¿Te gusta el sushi? —Me pregunta incorporándose y cogiendo su teléfono móvil de encima de la mesa.

—Claro que sí, ¿a quién no le gusta?

—Mi hija lo odia, todo lo que huela a pescado le da náuseas. —Coge su móvil y busca un número—. Te invito a cenar, odio comer sushi solo, me siento como Sheldon Cooper.

No hay nada que me apetezca más en este momento que quedarme a cenar con él, incluso sería capaz de rechazar un viaje de última hora a Dubai, pero esta noche he quedado con Sebi y Fer para cenar en un nuevo italiano que han abierto al lado de casa.

Me he quedado callada demasiado tiempo y Biel ata cabos.

—Claro, es viernes por la noche y seguro que ya tienes plan, no te preocupes, me pondré algún capítulo de *The Flash* para completar el personaje.

Pulsa un botón y se coloca el teléfono en la oreja. Un pequeño destello de desilusión le ha cruzado la mirada, ha sido solo un microsegundo, pero lo suficiente como para anular mi plan de esta noche.

—Soy una auténtica devoradora de uramaki y california, odio los de pepino y me pirran los de pato —me levanto y corro a mi mochila para coger el móvil.

Antes de salir por la puerta me giro para mirarle y le veo sonriendo, haciendo ya el pedido.

—¡Y quiero unas gyozas! —grito antes de salir al rellano.

Sebi me contesta enseguida.

—¿Dónde estás? Te he llamado mil veces.

—No mientas, sólo tengo un whatsapp y una llamada —le oigo reír por lo bajo—. Pero eso no importa, te llamo porque no voy a poder ir esta noche.

—¿Por qué, zorrupia? ¿Javi te ha llamado para un revolcón y nos dejas tirados por un buen pollón?

—No es tan grande, la verdad. Pero no es eso, Biel me ha invitado a cenar en su casa. Es una historia muy larga, mañana te cuento.

Escucho un ruido sordo de fondo y de pronto el sonido de dos besos húmedos se cuela a través del auricular. Fer debe de haber llegado a casa.

—Oiiish por favor, con lo que te gusta a ti el sushi. No comas mucho que se te pone barriga cervecera.

—Anda calla y mándame fotos de la cena. Dale un beso a Fer.

—Hasta luego.

“*Nos deja tirados por un pollón*” le oigo decir antes de colgar. Que obsesión tiene este chico por las pollas.

Cuando vuelvo dentro, Biel ya ha colgado y está preparando la mesa baja del salón. Ha puesto un mantel granate, dos servilletas de tela negra con detalles del mismo color que el mantel, dos copas de cristal y dos pares de palillos negros.

Cuando escucha el sonido de la puerta al cerrarse me llama desde la cocina. Me enseña las dos botellas de vino que tiene sujetas en cada mano.

—¿Vino blanco o Lambrusco?

—Con sushi siempre vino blanco. Y bien frío.

Me guiña un ojo en señal de aprobación y mientras abre la botella, cojo mis cosas y me escabullo al baño, donde todavía huele a champú.

Dejo la mochila encima del retrete y la abro. En la vida hay que ser precavido y llevar siempre a mano todo lo que te pueda hacer falta en una urgencia. Así que a mis veintisiete años ya os podéis imaginar lo que llevo. Un pequeño pack de aseo que consta de minicepillo y pasta de dientes, peine, toallitas húmedas y algo de maquillaje, en este caso eyeliner, colorete y brillo de labios, y un botecito de colonia. Aunque en esta mochila no lo llevo, siempre tengo un tanga de repuesto, nunca sabes cuándo te va hacer falta.

Me lavo los dientes, me peino y le doy algo de vida a mi cara, haciendo especial hincapié en los ojos. Cuando termino y le echo un ojo al espejo quedo más o menos convencida. El eyeliner destaca mis ojos claros, que de por sí llaman la atención sobre mi piel morena, y el brillo ha conseguido darle más volumen a mis labios. El pelo negro y lacio me cae sobre los hombros sin control alguno, con pequeñas ondas debido al moño que he llevado toda la tarde, pero descarto la idea de volver a recogerlo y lo dejo tal cual. Vuelvo a ponerme unas gotitas de colonia, como hice al

llegar esta tarde, y regreso al salón.

Biel ya está sentado en el sofá. Ha puesto música de fondo, alguna canción de jazz que no conozco pero que tiene una melodía muy agradable. Juro que estaba convencida de sentarme en el sillón, pero mi cuerpo va por su cuenta y me arrastra al sofá, junto a él.

—No sé si te gusta el Jazz, si quieres puedes mirar los CD's que hay sobre la mini cadena.

—No, así está bien.

Silencio. Biel aprovecha para rellenar las dos copas de vino y me pasa la mía. Empiezo a temer que vayamos a tener una cena cargada de silencios incómodos que nos hagan hablar de cualquier banalidad como el tiempo, pero mis miedos desaparecen rápidamente.

—Siempre que abro una botella de vino o cava me gusta brindar, soy de los que piensa que cada botella tiene que tener una finalidad —acerca su copa a la mía y yo imito el gesto—. Así que brindo por no volver a pisar urgencias en mucho tiempo.

—Brindo por eso.

El sonido de las copas inunda el salón y los dos damos un sorbo a nuestro vino. Está muy frío, como a mí me gusta, y con un ligero toque dulce al final. Vacío mi copa y Biel la vuelve a llenar.

—Suerte que tengo dos botellas más. —Bromea.

—Si me tomo dos botellas más, Emma tendrá que hacerme un hueco en su cama esta noche.

—La mía es más grande.

Así que no solo es divertido y amable, también provocador. Pues bien, a ese juego no me gana nadie. Dejo mi copa encima de la mesa y bajándome las perneras del pantalón corto acerco mi trasero al suyo, de manera que ahora nuestros brazos se rozan con cada movimiento. ¿No se supone que debo conquistarle? Manos a la obra, Alicia.

—Es más grande, pero te aseguro que se me quedaría pequeña.

Biel levanta una ceja sorprendido, supongo que no se esperaba esa respuesta. Pero en lugar de acobardarse y cambiar de tema, decide seguirme el rollo.

—¿Qué se supone que harías tú para que la cama se te quede pequeña?

El muy cabrón sabe cómo jugar a esto. No te acobardes Alicia, no dejes que domine la situación. Y por el amor de Dios, deja de lanzarle miradas distraídas al bulto de su pantalón.

—¿Quieres saber que me gusta hacer en una cama grande cuando voy borracha? —Él asiente, atento—. La croqueta, me gusta hacer la croqueta. Me pongo en los pies de la cama y ruedo hasta el cabecero, con los brazos y las piernas estiradas, y así una

y otra vez. Al final toda cama parece pequeña.

Suelta una enorme carcajada y rompe a reír, contagiándome. Estoy segura que me imaginaba haciendo de todo en la cama menos eso.

En ese momento llaman a la puerta. Biel coge la cartera y va a abrir. Cuando vuelve cargado con dos bolsas de plástico y las deja sobre la mesa, me llega ese delicioso olor a sushi y comida japonesa. Se me hace la boca agua. Ha pedido todo lo que le he dicho y algo más que no he visto antes en mi vida. ¿Eso son judías verdes?

—¿Qué es eso? —Las señalo con el palillo y empiezo a devorar mis Yakisoba.

—Edamame. ¿No decías que te encantaba la comida japonesa?

—Y me gusta, pero la comida japonesa normal, como el sushi y los fideos —Contesto orgullosa con la boca llena de comida.

—¿Y esto sabes lo que es? —Coge un bote pequeño lleno de una masa verde y me lo acerca.

Ya caí en la trampa la primera vez que comí sushi, cuando Sergio me dijo que era guacamole, con lo que a mí me gusta el guacamole. Ya os podéis imaginar lo que pasó, creo que me comí una barra de pan entera y me acabé la botella de litro y medio de CocaCola. A día de hoy, aún no tengo claro si me mosqueó más el picor del wasabi o la decepción de que no fuese guacamole. Un día mojé un nigiri de salmón en guacamole por curiosidad y os aseguro que es algo repugnante.

—No pienso caer, es wasabi y sé que pica más que un mosquito tigre en una barbacoa nocturna.

Biel suelta una carcajada y se da un golpe con el puño en la rodilla, lamentándose de no poder colármela. Coge una pizca de wasabi y se la echa a la soja.

—¿Y sabes cómo se escribe, señorita experta en comida japonesa?

—Por supuesto que sí —¿Lo sé? —. Guasavi. Ge, u, a, ese, a, uve y i latina.

Se atraganta y se pone rápidamente la servilleta en la boca para no poner todo perdido de arroz.

—Ay madre, qué decepción ¿Y a ti te estoy pagando por darle clases a mi hija?

—¿Era coña melón! Claro que sé cómo se escribe, y aunque no fuese así no pienso admitirlo, no quiero perder mi única fuente de ingresos.

—Y ahora me llamas melón —se acaricia la calva con la mano derecha y frunce el ceño. ¿Será tan suave como parece? —. Estás jugando con fuego.

Soy una persona bastante extrovertida e intento ir con cuidado cuando hablo con alguien nuevo, si me dejo llevar no controlo lo que digo y suelto de todo por mi boquita de piñón, por eso procuro pensar antes de hablar, pero a veces no lo consigo.

—¿A qué edad te quedaste calvo? Porque eres mayor que yo, pero no tanto, ¿no? ¿Qué edad tienes?

Toma jeroma pastillas de goma. Me quedo parada con los palillos en alto, esperando que me eche de su casa a patadas. No me disculpo, simplemente dejo que mis palabras se queden flotando entre los dos como si nada y sigo comiendo.

He llegado a la conclusión de que Biel se divierte con mis preguntas salidas de tiesto porque, en lugar de ignorarme, decide contestar.

—Hace años tenía un melenón rubio a lo Justin Bieber, pero a partir de los veintiocho la cosa fue cada vez a menos hasta que no me quedó más remedio que raparme. Tampoco me importó mucho, en realidad así es mucho más práctico, aunque en invierno paso un frío de cojones — deja su bandeja de sushi vacía sobre la mesa y ataca el Edamame—. Mi madre lo pasó peor, no paraba de decir “hijo, con el pelo que tú tenías...”, aún lo dice de vez en cuando.

—Pues no es por hacerte la pelota, pero no te queda tan mal, no te imagino con pelo y mucho menos rubio.

—¿Y de quién te crees que es la melena de Emma?

—Pues no sé, de su madre quizás, no la conozco.

—Ni falta que hace... —lo dice con rabia contenida y no sé por qué eso me alegra.

Sin darnos cuenta hemos acabado con toda la comida y la botella de vino. Ayudo a Biel a recoger y antes de que pueda negarme, saca una tarrina de helado de vainilla con nueces de macadamia y, con una cuchara cada uno, volvemos al sofá.

—¿Cómo decidiste estudiar arquitectura? —Me he propuesto hacer que olvide mi vomitona verbal de hace un momento.

Se lleva una cucharada de helado a la boca y cierra los ojos disfrutando del sabor.

—Siempre me he movido en la rama científica, supongo que tener un padre cirujano ayuda. Un día le pedí a mi padre que me hiciese una casa en el árbol del jardín de mis abuelos. Él me dijo que eso era imposible y que solo salía en las películas, que me dejase de chorradas. Siempre ha sido un hombre muy racional — no sé si lo que noto en su voz es admiración y resquemor—. Yo lo olvidé, si él lo decía es que tenía razón. Pero cuando estaba en Bachillerato, fui a casa de mi novia por aquél entonces y vi que tenía una casa en un árbol, era una chapuza hecha con cuatro maderas que ni de broma aguantaría su peso, pero eso me hizo recordar y me puse a buscar si sería posible hacerla. Una cosa llevó a la otra y el resto ya es historia.

—¡Ostras, yo también quiero una casa en un árbol! Podrías hacerme una.

Los dos reímos y seguimos comiendo helado. Si el sushi no me ponía barriga cervecera como Sebi había predicho, el helado lo haría.

Biel está concentrado en rebañar los bordes del bote mientras yo lo miro distraída. Se me hace raro estar compartiendo este momento de intimidad con él, nunca pensé que llegaríamos a estar en esta situación. Cuando Sebi tuvo la brillante idea de conquistarlo me pareció una auténtica locura, un padre de treinta y muchos, hurra y

serio nunca se dejaría conquistar y mucho menos por mí. Ahora que estábamos teniendo lo que parece una cita. ¿Porque esto es una cita? No tengo ni idea, pero lo que si tengo claro es que jamás pensé que me sentiría tan a gusto estando a solas con él, compartiendo una tarrina de helado sentados en el sofá. Tal vez no era tan mala idea, al fin y al cabo. Siempre y cuando nunca olvide las normas del juego: Él debe interesarse, no yo.

CAPÍTULO 20

A la caza del vestido

Son las diez de la mañana y estoy sentada en un banco de Avenida Diagonal con mi vestido largo color negro, mi chaleco marrón de flecos y mis cuñas, maquillada como si me fuese de fiesta para tapar mis prominentes ojeras: más mona que Chita. Y no es porque tenga una cita, ni una importante entrevista de trabajo, simplemente Gema me ha liado para que vaya con ella y su madre a mirar vestidos de novia. Según me ha dicho, debo ir arreglada y mona porque son tiendas sofisticadas, de esas en las que te miran con cara de asco.

Sebi se ha cogido un mosqueo de campeonato por no poder venir, cuando se enteró ayer casi sacaba humo por su chata nariz. Empezó a pagarlo conmigo, que era quien más a mano tenía. Que si yo no tengo sentido de la moda, que mi gusto es horrible y simplón, que me he quedado en la adolescencia con mis zapatillas y que no soy capaz de distinguir entre un blanco roto y un blanco perla. Ahí no le quito razón, no lo sé, es verdad, pero el blanco normal lo tengo dominadísimo. Por suerte, Gema lo calmó diciendo que solo era un primer vistazo, que cuando fuese la elección final necesitaría su ayuda y su gusto para poder tomar una decisión definitiva. Yo le hubiese cedido mi puesto encantada.

No me malinterpretéis, estoy deseando ver a mi amiga de toda la vida vestida de blanco, pero prefiero verla directamente en la boda con toda la parafernalia y no subida en una plataforma redonda, rodeada de espejos y con pinzas ortopédicas por todo el vestido. Por no hablar de que su madre es quien paga el vestido, por lo tanto, cree tener todo el derecho de hacer y deshacer a su antojo.

Es una madre muy madre, se desvive tanto por su única hija que se hace pesada. Siempre encima de ella, siempre con esa creencia de tener que decidir sobre su vida, con esos aires de aspirar a algo que no es para ir con la cabeza bien alta cada vez que vuelve al pueblo, de esas que si dice blanco es blanco, por más que tú lo veas más negro que el sobaco de Eddie Murphy. Pero muy maja, la mujer. Se llevó un disgusto enorme cuando Gema le dijo que iban a tener una boda pequeña e íntima y que solo invitaría a la familia más cercana y amigos. Aceptó la boda a regañadientes, con la condición de que ella pagaría el vestido y que iba a ser un vestido impresionante, porque su hija debía ser la novia más guapa. Yo pienso que lo hace para poder presumir de vestido en el pueblo, pero oye que yo en cosas de familia no me meto.

Para cuando llegan, ya me he comido dos donuts dálmata yo sola. Hay gente que toma café o CocaCola para combatir el sueño, yo como. Como cuando tengo sueño,

cuando estoy aburrida, cuando tengo nervios o ansiedad y a veces también cuando tengo hambre. No sé dónde lo meto porque voy escasa de todo, pero me sienta de maravilla, y si lleva chocolate mejor que mejor.

—Buenos días Alicia, qué madrugadora —Puri me da dos sonoros besos en las mejillas.

—Qué remedio...

Gema se limita a sonreír y cogirme del brazo para entrar juntas a Rosa Clará, seguidas de su madre.

A los diez minutos de estar en la tienda nos damos cuenta que no habrá ni tarta ni champán como ella había fantaseado, y que bien podría haber venido con mis tejanos rotos y mis converse andrajosas que me hubiesen atendido igual. Al menos las dependientes son muy majas y he visto una Dolce Gusto en la sala de las revistas. Algo es algo.

Mientras madre e hija ojean los catálogos de vestidos, yo me preparo un café expreso intenso y me siento a su lado, haciendo como que estoy súper interesada en los vestidos cuando realmente saboreo mi café en silencio y con la mente en blanco. Tan en blanco que de repente me doy cuenta que estoy sentada sola. Gema y su madre han seguido a una de las dependientas, la de los labios rojo putón, hasta uno de los probadores. Le doy un último sorbo al café y corro dentro, donde Gema ya está en ropa interior subida a una pequeña plataforma redonda rodeada de espejos. Puri se ha sentado en el único taburete que hay, así que resignada me apoyo en la pared y me preparo para superar el interminable desfile de vestidos vaporosos.

—Me estoy meando de los nervios. ¿Y si no he escogido el vestido apropiado? He elegido unos cuantos, pero quizás no he visto el mejor y me quedo con el equivocado —Gema juguetea con uno de sus mechones mientras esperamos que traigan los vestidos escogidos.

—No será por el cava que nos han dado...

Pone los ojos en blanco como respuesta a mi queja.

—Yo que sé, mi madre me dijo que íbamos a los sitios más sofisticados de Barcelona y yo sola me monté la película.

—Muchas películas has visto tú.

—Pues las mismas que tú listilla, que bien que te has puesto mona por si acaso.

Alguien choca conmigo desde atrás, de manera que pierdo el equilibrio y casi caigo de morros a los pies de la futura novia. Es la de los labios rojo putón, que viene tan cargada de vestidos que no ve donde pisa.

—Los he traído todos menos los dos últimos, que no había de tu talla.

—Aiiish Gema – se lamenta Puri – no tienen el del lazo.

—Tengo uno parecido – la dependiente coloca todos los vestidos menos uno en el

perchero—. Cuando terminemos con estos, si queréis, os lo saco.

Entonces le pide a Gema que levante los brazos y, poniéndose de puntillas sobre sus tacones de quince centímetros, se lo pasa por la cabeza. Cae con gracia, pero solo hasta la cintura, por más que Gema mete tripa no pasa de ahí. Bien empezamos.

Se da por vencida y quitándoselo a mi amiga lo deja en el perchero. Coge el segundo y repite el proceso anterior. Esta vez sí entra, es tan grande que parece que le han echado un nórdico por encima. Es entonces cuando aparecen las temidas pinzas ortopédicas. Las coloca por todo el vestido, de manera que este queda perfectamente pegado al cuerpo de Gema.

Puri se levanta y acercándose, la observa de arriba abajo, analizando todos los pliegues del vestido y acariciando la tela. Gema arruga la nariz al ver el resultado e ignorando a su madre, me mira.

—¿Qué te parece?

Analizo su cara antes de contestar, y como no noto nada de ilusión en su mirada respondo sin tapujos.

—Te queda fatal, pareces un choricillo.

—No digas eso mujer —la dependienta intenta suavizar el momento, pero solo hay que verle la cara para saber qué opina lo mismo que yo.

—¿Todos son corte sirena?

Esta vez es Puri quien contesta.

—Todos menos uno, eran los más bonitos, quedaban preciosos.

—Tal vez sea el vestido, no os preocupéis, tenemos más. Vamos, probemos el tercero a ver qué tal.

Podría callarme, ser una amiga paciente y ver cómo, tras probarlos todos, van descartando uno a uno, pero tengo sueño y ganas de sentarme, así que no tengo el moño para florituras.

—Puedes probarte todos, pero no te va a gustar ninguno.

—Tú que sabrás —Puri ya se ha enfadado—. Vamos Gema, quítate este y probemos el tercero.

Gema obedece a su madre, pero antes de que la dependiente pueda metérselo por la cabeza, se gira con los brazos en la cintura y me mira.

—Suéltalo.

—¿Qué nivel de sinceridad quieres?

—Voy a comprar el vestido de mi boda, quiero el cien por cien.

—Los vestidos sirena te van a quedar fatal porque por suerte o por desgracia tienes unas caderas bien majas. Así que sácales partido, ponte algo ceñido bajo el

pecho o yo que sé, pero esto no. Y tienes unos buenos melones, así que no los escondas en esa palabra de honor, ponte un buen escote para que a Sergio se le caiga la chorra cuando te vea entrar por la puerta, todos sabemos lo mucho que le gustan tus tetas.

La cara de Puri es un cuadro de Picasso, la dependienta intenta ocultar una sonrisa mientras que Gema se muerde el interior del moflete mirando su reflejo. Se producen unos intensos segundos de silencio en los que nadie se mueve, hasta que Puri reacciona.

—¿Pero qué estás diciendo niña? Mi hija no va a llevar el pecho fuera ante los ojos del señor, por el amor de Dios, que se casa en una iglesia.

Ahora soy yo quien enmudece. Gema es rápida como una liebre y sin que su madre la vea me echa una mirada de advertencia. Entonces todo cobra sentido y entiendo por qué no quiso que viniese Sebi. Él es más agradable, más entendido en moda y con un gusto mucho más sofisticado que el mío, pero tiene la lengua muy larga, y eso hoy a Gema no le interesa.

Puri me ha llamado niña, a mí que hace ya muchos años que tengo el bosque lleno de árboles, y estoy a punto de decirle que su hija no se casará antes los ojos del Señor, como mucho los del señor alcalde, cuando me doy cuenta que a mí todo esto de los vestidos de novia y la boda, ni me va ni me viene, así que me limito a callar.

Cuatro vestidos corte sirena después, se dan cuenta que ninguno le queda bien y pasan al último escogido. Se trata de uno ceñido bajo el pecho, color blanco perla, o eso dice la dependienta porque yo lo veo blanco a secas, con pedrería en los tirantes y bajo el escote palabra de honor. Sí, he dicho palabra de honor, Puri es más terca que su hija, si eso es posible. Le queda muy bien, disimula sus caderas y le da un toque de princesa de cuento, pero Gema no parece opinar lo mismo.

—No me gusta... Es muy bonito y me queda muy bien, pero no tiene casi cola, y yo quiero una bien larga, y el escote no me convence, creo que estropea todo lo bonito que hace la falda... —resopla y se gira para mirar a la dependienta—. Lo siento, pero este tampoco. No me gusta ninguno.

—No te preocupes, es un día muy importante, nunca se acierta con el primero.

Ni con el quinto, pienso yo.

Gema vuelve a estar en ropa interior y donde antes había nervios y emoción, ahora solo veo agobio.

—Si queréis os puedo sacar el que os dije que tenía un lazo, no es corte sirena, así que tal vez...

—No, no, no —Gema niega mientras baja de la plataforma y busca su ropa — ya estoy harta de vestidos, por hoy ya he tenido suficiente.

Aprovecho que la dependienta sale del probador para escabullirme detrás y esperar a madre e hija fuera, comiendo una de esas galletitas que tenían tan buena

pinta.

Pasamos por otra tienda más, pero todo es en vano, Gema está de un humor de perros y nada le parece bien. Todo es demasiado llamativo, demasiado recatado, demasiado brillante e incluso demasiado blanco, hasta se ha probado uno color crudo. Era horrible, pero he disfrutado de lo lindo viendo la cara de horror de Puri cuando lo ha escogido.

A la una y media estamos sentadas en la terraza de un Starbucks devorando un par de sándwiches. Por suerte, Puri no se ha quedado a comer.

—Esto es un asco, todos los vestidos me parecen iguales.

—Es que casi todos son iguales.

—Yo pensaba que sería diferente, que me probaría uno y me quedaría como un guante, me brillarían los ojos y sonaría música celestial porque ese era el vestido, con letras mayúsculas.

—Sigo pensando que has visto muchas películas. —Le doy un sorbo a mi bebida—. Si quieres te toco las palmas con el próximo vestido que te pruebes.

—No pienso probarme otro vestido en mucho tiempo, será lo último que escoja.

—Muy bien, tú al revés del mundo, así me gusta. Seguro que a tu madre le parece una idea brillante.

En ese momento la llaman al móvil. Supongo que es Sergio, porque me hace un gesto con la mano y se levanta de la mesa para hablar con él. Yo sigo con mi delicia alimenticia, con el convencimiento de que no volveré a mirar vestidos si Puri viene con nosotras, que vaya Sebi que para algo lo está deseando.

Una risa masculina me saca de mis pensamientos, me resulta familiar. Me giro para ver pasar a una pareja caminando por mi lado. Ella es rubia, con el pelo rapado por un lado y con un mechón largo y liso que le cae por el otro. Lleva un vestido lencero color negro por encima de las rodillas y una americana gris, va subida a unos botines negros de tacón ancho y lleva una cartera de lentejuelas en la mano izquierda. Él, bastante más alto que ella, le pasa el brazo por encima de los hombros mientras caminan y bromean. Lleva unos tejanos oscuros, una camiseta de manga corta verde caqui y unas Rayban negras tapando su mirada. Pasan de largo cuando me doy cuenta de que él tiene un culo de infarto que me suena mucho. ¡Mierda, es Biel!

¿Quién será esa chica? ¿Le van las jovencitas? Vamos a ver...

Le doy un sorbo a mi bebida y me levanto rápidamente. Intentando no ser descubierta, los sigo unos pasos por detrás, disimulando con el móvil en la mano, pero no es tarea fácil, hay demasiada gente por la calle y los estoy perdiendo. Con cuidado de no ser atropellada, me meto en el carril bici y avanzo por ese lado, llegando casi a su altura.

Ella es realmente guapa y tiene unos ojos claros muy risueños que lo miran con

admiración. Se han parado delante de un bloque de pisos y siguen hablando, al parecer esperan a que llegue alguien. Desde tan lejos no oigo lo que dicen, así que vuelvo a la acera y, poniéndome detrás de dos mujeres bien entradas en carne, me acerco a la entrada del edificio y me coloco detrás de unos matorros que hay a la derecha, en una pequeña zona de césped. Me arrodillo para que no me vean y presto atención a la conversación.

—Llega tarde, vaya profesionalidad...

—Solo han pasado cinco minutos, ten un poco de paciencia —Biel intenta calmar a su acompañante.

—Es que estoy deseando que veas el piso, seguro que te encanta ya verás — contesta ella emocionada, con voz dulce.

—No te precipites, que ya nos conocemos.

—Qué sí qué sí, en cuanto lo veas querrás mudarte, ya verás.

¿Mudarse? ¿Biel cambia de piso? Me giro para mirar el nombre de la calle, pero no lo encuentro. De todas formas, que viva en el centro de Barcelona no me va muy bien para venir cada día a darle clases a Emma, demasiado tráfico para mi gusto. Pero vamos a ver Ali, céntrate que a ti lo que de verdad te importa es que se vaya a mudar con esta tía. ¿Tiene novia? Pues vaya mierda, nuestro plan al traste.

En ese momento llega un hombre con el pelo blanco y traje marrón. Le da la mano a él y dos besos a ella.

—Siento el retraso, los sábados es una locura encontrar aparcamiento por aquí — Y viendo que Biel pone mala cara intenta enmendar su error—. Pero el piso tiene parking, no debéis preocuparos por eso.

—Lo ves Biel, tiene parquin —ella le da un beso en el tríceps a Biel y, cogiendo al hombre de pelo blanco con toda la confianza del mundo, entran.

Biel se queda unos segundos mirando la entrada del edificio.

Noto algo húmedo en la oreja y al girarme veo a un dogo enorme olfateando mi cara. Me pego tal susto que caigo hacia delante con un grito, aterrizando entre los matorrales. Algo que debe de haber excitado al animalito porque el muy cerdo me está intentado montar por detrás. La dueña, una niña de unos catorce años, intenta sujetarlo y apartarlo de mí, pero el perro se ha enamorado porque no me suelta ni de broma, me tiene ahí cogida por las caderas con sus largas patatas delanteras y toma, toma movimiento de cadera, todo un portento de animal. Al fin, mientras escupo unos cuantos trozos de matorro que me han entrado en la boca con la caída, noto que la presión en mi trasero disminuye y oigo a la niña disculparse a la vez que se aleja.

—Lo siento, ha sido sin querer, es que es muy cariñoso...

—¡Castras al pobre animal! —grito todavía en el suelo.

Tengo el culo mojado, por favor que sean babas. Pongo las manos en la tierra y con impulso me levanto algo dolorida. Me sacudo el vestido intentando dejarlo

decente y levanto la vista dispuesta a lanzar una mirada asesina a todo el que haya visto la escena y pretenda reírse de mí. Pero no hay ninguna aglomeración de gente señalándome con el dedo y descojonándose, es peor, porque cuando termino de limpiarme el vestido y levanto la vista, Biel se encuentra delante de mí con la mano en los labios, intentado ocultar una descarada risa.

—¿Pero qué haces?

—Pues aquí, podando un poco los arbustos estos, ¡no te jode!

Ahora ya ni mano ni nada, se ríe en mi cara el muy cabrón. Claro que para ser justos no me extraña, de ser yo estaría por los suelos muerta de la risa y señalándole con el dedo.

—Perdón, no me he expresado bien, quería decir: ¿Cómo tú por aquí?

—Pues eso, podando estoy. ¿Qué te parece? Los fines de semana hago esto, no me pagas suficiente con las clases.

Me niego a admitir que lo he visto pasar con su jovencísima novia rubia y he decidido hacer de inspector Gadget y espiarlos.

—Bonito uniforme, aunque no parece muy cómodo. —dice Biel arrugando la nariz.

—Bueno, ya sabes cómo son las empresas hoy en día, hay que sacarles partido a sus trabajadoras poniéndolas monas. ¿Y tú qué haces por aquí?

—Paseando.

—¿Solo?

—No, mi acompañante acaba de entrar al edificio, yo iba a ir detrás pero algo me ha distraído.

—Ya sabes, en las calles de Barcelona siempre hay cosas interesantes que ver. Oye, huele a mierda, ¿verdad?

Ahora entiendo el gesto de Biel, me está llegando un olorcito poco agradable. Me miro la suela de las cuñas, pero están impolutas.

—Has pisado una mierda.

—No creo, ese olor procede de ti. —Se tapa la nariz y se aparta un poco, señalándome con el dedo.

—No, acabo de mirar y no he pisado nada.

Y le enseño ambas suelas, pero Biel niega con la cabeza y no deja de señalarme con el dedo.

—Yo que tú me miraría las manos.

Le hago caso y veo que tengo toda la mano derecha llena de mierda, así, literal. Un buen pegote marrón tirando a amarillo me cubre toda la palma y parte de los

dedos. Cuando miro al suelo veo mi móvil, el que hasta hace un rato llevaba en la misma mano, incrustado en la mierda. No me lo puedo creer ¿Y ahora qué? ¿Tendré todo el vestido rascado por detrás y llevaré el culo al fresco? Pero por suerte, al tocarlo con la mano limpia, compruebo que el vestido está perfecto, sucio pero perfecto.

—¡Mierda!

—Sí, exacto, es mierda.

—¿Y ahora cómo me limpio?

No llevo nada encima, a parte del móvil que acabo de recuperar del suelo, y la gente que pasa a nuestro lado ya empieza a taparse la cara y a mirarme. ¿Qué hago?

Biel se palpa los bolsillos del tejano. Tengo la esperanza de que me saque un pañuelo, pero en lugar de eso coge su móvil y teclea algo antes de ponérselo en la oreja.

—Hola... Sí, ahora subo, me he entretenido. ¿Hay agua en el piso? Vale, ya subo.

Vuelve a guardarse el móvil.

—Ven, vamos a limpiarte.

Me coge la mano limpia y me arrastra dentro del edificio. No quiero presentarme delante de su novia con este aspecto y oliendo a mierda, pero por más que me niego y le digo que no pasa nada, que ya me limpiaré en el lavabo de la cafetería, Biel insiste en que no puedo pasearme con esta peste por la calle y que solo será un momento.

Se trata de un edificio antiguo, con una enorme portezuela que da paso a una escalinata blanca que sube hasta desaparecer. Biel me suelta y empieza a subir, yo miro a izquierda y derecha, pero ni rastro de ascensor.

—Vamos, es el cuarto piso —abro los ojos—. Y no busques, no tiene ascensor.

Desaparece escalinata arriba. Yo resoplo y resignada le sigo, pero a pesar de haber bajado el ritmo en el segundo piso, he de pararme en el tercero a coger aire. Estas escaleras son más empinadas que las del piso de Biel. Tengo que hacer deporte, mi forma física es lamentable. Biel me apremia desde el cuarto y cuando al fin llego a su altura entramos en el cuarto primera. Alguien ha tenido la amabilidad de dejar la puerta abierta.

Nada más entrar me doy cuenta que se trata de un loft. Es un amplio espacio rectangular de paredes blancas y lisas, con una columna circular en una esquina y con una puerta al fondo, frente a la cual se encuentran el hombre de pelo blanco y la guapa rubia, que sonrío al ver a Biel y cambia el gesto al verme a mí.

—¿Y tú quién eres?

—Es Alicia, la profesora de inglés de Emma. Ha tenido un percance y le he dicho que podía subir a limpiarse.

Yo sonrío levantado la mano manchada. Ellos responden apartándose de la puerta

y dándome paso.

—Aquí tienes el baño.

Cierro la puerta tras de mí. ¡Qué bochorno! Mientras abro el grifo y me limpio la mano escucho como hablan sobre el loft.

—Como le he dicho a la señorita, tiene muchas posibilidades. Se pueden poner incluso paredes de pladour, eso es cosa vuestra, pero yo creo que un espacio abierto lo hace más especial y con estos ventanales tendríais luz casi todo el día.

El hombre sigue intentando venderles la moto, no puedo negar que se esfuerza, mucho más que la inepta de nuestra inmobiliaria, que solo nos enseña cuchitriles rateros. Aunque esto tan céntrico seguro que no es barato. Busco una toalla para secarme, pero como es lógico no hay ni rastro, ni de ella ni de papel higiénico, así que me sacudo bien las manos y me las paso por el vestido para acabar de secarlas. El móvil no tiene arreglo posible, no puedo pasarlo por el grifo, en casa ya lo limpiaré con una toallita húmeda. Cojo la bolsa de basura que hay en la papelera y lo meto dentro.

Cuando salgo no hay nadie en la habitación. ¿Se han olvidado de mí? Si no he tardado ni cinco minutos... Pero un ruido me indica que tras el gran ventanal hay un balcón. Allí están los tres. La rubia y el hombre miran algo que éste señala a lo lejos mientras Biel los escucha desganado. Yo le doy un apretón en el hombro para que me mire.

—Yo ya estoy, creo que me voy. Gracias por dejarme subir.

—Espera, nosotros también bajamos ya.

Entramos los cuatro. La rubia se agarra al brazo de Biel y le dice algo bajito. No me entero, así que miro al techo disimuladamente y moviendo mis talones lentamente me acerco a ellos.

—... y tiene razón, no van a hacer ningún piso delante, habrá mucha luz.

—Claro, porque está en una calle principal, con mucho tráfico y ruido.

—Pero eso a mi no me importa, vamos dime que te ha gustado.

—No está mal, pero es muy pequeño para mi gusto.

—Pero no para el mío.

Dando un saltito se aparta de él y se dirige al de la inmobiliaria.

—Nos ha gustado mucho, muchas gracias, era como me imaginaba.

—Él no parece tan seguro.

Biel lo mira ceñudo. Se queda unos segundos en silencio, dialogando consigo mismo si callar o hablar y parece que se decide por lo segundo porque, acto seguido, con las manos en los bolsillos, da rienda suelta a su sabiduría arquitectónica.

—No, la verdad es que no. Es muy luminoso, pero no nos has dicho nada de sus

carencias. Esa columna de ahí es claramente una biga de apoyo, está colocada en plan moderno, pero sin ella toda la estructura se vendría abajo, lo que deja mucho que desear al conjunto del edificio. Las paredes son de cartón piedra, me apuesto lo que sea a qué se puede escuchar la televisión del vecino si todo está en silencio. Y has dicho qué el dueño pondrá la cocina y cargará con los gastos, pero eso aún está por ver.

Nos hemos quedado todos callados. Yo lo miro embobada, ella pone morritos y resopla por lo bajo y el señor de pelo blanco se está mirando los zapatos. Nadie dice nada y a mí esos momentos de silencio me ponen muy nerviosa.

—¿Y si no se ponen paredes donde va a dormir Emma?

¿Por qué me meto donde no me llaman? El filtro, Ali, pásalo todo por el filtro antes de hablar.

Biel y la rubia me miran interrogantes mientras el otro va a apagar la luz del baño y cerrar la puerta.

—Pues no va a vivir aquí, pero si viene alguna vez puede dormir conmigo — contesta ella.

—¿Contigo? ¡¿La vais a meter en la cama con vosotros?!

Estoy horrorizada, escandalizada. ¿Pero qué es eso de que no va a vivir aquí?

—¿Pero qué clase de padre eres? Pensé que eras diferente, y ahora resulta que vas a dejar a tu hija para vivir con esta jovencita, si podrías ser su padre hombre, que vergüenza...

Y así, haciendo aspavientos y con la cabeza bien alta, salgo por la puerta, indignada, como si yo tuviese algo que ver con todo eso.

Bajo las escaleras a buen paso, olvidándome del loft y llego abajo en un momento.

—¿Pero se puede saber qué te pasa?

La voz de Biel me detiene cuando estoy girando el pomo de la portezuela para salir. Tras él baja su amiguita, con un gesto en la cara que no distingo si es de risa o de enfado.

—¿A mí? Nada, estoy perfectamente, ¿y tú qué tal?

—¿A qué ha venido lo de ahí arriba? —Parece algo enfadado.

Por primera vez hago uso del dichoso filtro y me callo. Dicen que quién calla otorga ¿no? Pues aquí estoy, otorgando.

—No es asunto tuyo, pero ella es Bea, mi hermana pequeña, ¿recuerdas que te hablé de ella?

Sí, recuerdo que me dijo que tenía una hermana pequeña que se llamaba Bea y que tenía diez años menos que él, pero son pocos datos para intuir que ella era su

hermana, ¿no? Claro que ahora que me acuerdo me dijo que era rubia y muy guapa.

Tú ni mu Alicia, que calladita estás más guapa.

—¿Qué pasa, no vas a decir nada?

No, no tenía la intención, pero ya que insistes...

—Encantada Bea, tienes una sobrina muy maja.

Ella me estruja la mano sonriente, devolviéndome el saludo.

—Un placer.

—Pues bien, si esto es todo, yo me voy, que tengo un tema.

Y sin más, salgo por la puerta, dejando a Bea riendo, a Biel estupefacto y con el ceño fruncido y al hombre de pelo blanco desaparecido. A paso ligero, con mi bolsa de basura en la mano, vuelvo a la cafetería con Gema.

CAPÍTULO 21

Tablas

Cuando llego a casa me meto en la ducha, ignorando las quejas de Sebi y Carla por la peste que deja mi móvil. Me pongo un pijama limpio y bajo descalza al comedor, dispuesta a pasarme la tarde allí incrustada, sin más preocupaciones que tener el vaso siempre lleno de té helado.

Carla se va con su nuevo ligue, un tal Héctor con el que se ve desde hace una semana, y Sebi se sienta a mi lado, con toda la intención de acompañarme en mis planes.

—¿Habéis encontrado vestido?

—¡Qué va! Creo que va a ser misión imposible, ha salido de mal humor.

—Claro, eso le pasa por no llevarme. —Qué digno él.

—Yo no pienso ir más, qué agobio, además paso de aguantar a su madre.

—¿Por qué? Pero si Puri es muy maja.

—Será contigo, porque conmigo...

—Es que tú eres una saboría, no hay quien te aguante cuando te cruzas hija.

—Será eso.

Suena mi móvil. Sebi lo coge con la punta de los dedos para no tocarlo mucho y me lo acerca con gesto de asco. Creo que debo lavarlo más a fondo, el olor no ha desaparecido.

Cuando lo cojo, veo que pone Biel en la pantalla. Lo dejo caer al sofá horrorizada y me levanto espantada, como si fuese él en persona.

—¿Pero qué haces? Cógelo, que seguro que quiere quedar, por lo que me contaste la cena del sushi fue muy bien.

Lo coge y lo levanta en mi dirección, pero yo niego y me alejo aún más, colocándome en la puerta del comedor.

—Que no, que no, es mejor que no lo coja.

La música termina y yo suspiro aliviada.

—Pero qué rancia eres, con lo bueno que está —se queda callado porque mi móvil vuelve a sonar.

Yo niego con la cabeza, pero Sebi me ignora y en lugar de acercarme el teléfono descuelga y se lo pone en la oreja.

—¿Sí?

—¡No! Cuelga, cuelga.

—Soy Sebi, espera un momento, ahora te la paso.

Se levanta del sofá para darme el móvil, pero yo salgo corriendo gritando que no quiero.

—No quiero, dile que no estoy, que estoy cagando, yo que sé, pero que no me puedo poner.

Sebi me sigue hasta la cocina y asiente al teléfono. Insiste tirándome del brazo, pero yo me niego, así que el muy listo pone el altavoz, dejándome sin salida.

—Dile que la estoy escuchando.

—Ya está, he puesto el altavoz, ya puede escucharte.

—Cabrón —le susurro a Sebi por lo bajo.

—Gracias. Hola Alicia, creo que tenemos una charla pendiente.

—Sí, ya lo creo que sí —Sebi está disfrutando de lo lindo, el muy maruja.

—¿Ah sí? Pues no veo el motivo.

—¿Tú ves normal el show que has montado hoy?

—¿Qué show? —Mi querido amigo no tiene ni idea de lo que ha pasado esta mañana, así que su cara es todo un poema.

—¿No te lo ha contado?

—No, pero estoy deseando saberlo. Cuenta, cuenta.

—Tu querida amiga ha montado todo un circo en plan mujer despechada esta mañana delante de mi hermana pequeña.

—Oiish, no me extraña nada, pero los detalles, quiero los detalles.

Me he cansado de tanto marujeo, así que cojo el móvil, quito el altavoz y me lo pongo en la oreja, ignorando el gesto de indignación del rostro de mi amigo.

—Vale, lo siento. No sé qué me ha pasado, pero la situación era un poco rara. Tú viendo pisos con esa chica tan joven, hablando de mudanzas. Yo que sé.

—Ya, pero eso no era asunto tuyo, además no entiendo por qué te has puesto así, preguntar hubiese sido lo normal.

—Pero es que yo no soy normal, ya deberías de haberte dado cuenta.

—Supongo que forma parte de tu encanto. —Y entonces me doy cuenta de que Biel no está enfadado, solo quiere aclarar las cosas.

Más relajada, vuelvo al sofá con Sebi pisándome los talones y sin perder ni una palabra de mi conversación. Solo le faltan las palomitas.

—Ya te acostumbrarás, ser normal me aburre.

—Será divertido, estoy seguro.

—¿Entonces todo olvidado?

—Supongo que sí, lo dejamos en tablas.

—¡Bien! Oye, ¿y tu hermana que ha dicho?

—Se ha descojonado de lo lindo, dice que eres muy divertida.

—Bueno, mejor eso que no que piense que soy una descerebrada.

—Dudo que lo piense, tiene idas tan locas como las tuyas. Se ha empeñado en que estamos liados.

—¿Qué me dices? ¿En serio?

—Sí, y por más que le he explicado que solo eres la profesora de inglés de Emma, no había quien la bajara del burro.

—Bueno tampoco sería tan raro, somos dos adultos de buen ver, solteros y sin compromiso. —digo mientras jugueteo con uno de mis mechones.

—Yo sí tengo uno, se llama Emma y tiene ocho años.

—Sabía que te gustaban jovencitas, pero no tanto.

Oigo una carcajada al otro lado de la línea.

—Tengo que colgar, estoy adelantando trabajo. ¿Nos vemos el lunes?

—Si no me has despedido, sí.

—Por ahora no, pero no vuelvas a darle un balonazo a mi hija o me lo tendré que plantear.

—¡Hecho!

Con un saludo cordial terminamos la llamada.

—¿Pero que ha sido ese tonto, zorrupia?

—Trae el tarro de helado con dos cucharas y te lo cuento.

Y así pasamos la tarde, entre cotilleos y confidencias.

CAPÍTULO 22

Horas extra

El lunes llegué a casa de Biel un poco nerviosa, sin saber que iba a encontrarme, porque a pesar de haberlo aclarado todo por teléfono, no las tenía todas conmigo. Pero Biel me recibió con una sonrisa y Emma se tiró a mis brazos para enseñarme su labio, que ya estaba perfectamente. En poco tiempo le había cogido muchísimo cariño a esa niña, era un poco pesada cuando quería jugar, ¿pero qué niño no lo es? Aun así, no me he convertido en una supernani, sigo evitando a esos renacuajos y valoro más que nunca el trabajo de Gema, que los soporta tantas horas. Tantos meses al año. ¡Qué agobio!

Hoy es viernes y estamos acabando el cuaderno de verano mientras Biel, sentado en el sofá, lee un libro. Creo que voy echar de menos estos momentos cuando se acaben las vacaciones.

—Y ahora que habéis acabado ¿qué vais a hacer? —pregunta Biel levantado la vista de las páginas y mirándonos desde el respaldo del sofá.

—¡Jugar! —grita Emma tirando el lápiz sobre la mesa

—Yo voto por merendar primero y luego jugar —Emma asiente y se levanta de la silla—. Pero antes tenemos que recoger todo esto.

Ella se acerca resoplando pero obedece, así que entre las dos guardamos todo lo de la mesa en su mochila. En ese momento suena el móvil de Biel.

—¿Sí? —contesta cerrando el libro y dejándolo en el reposabrazos—. Espera, no te estreses, te dejé todo listo en el primer cajón... ¿Entonces por qué me llamas?

Se levanta del sofá y camina por el comedor mientras sigue su conversación. Nosotras cogemos la Nocilla y las galletas de la cocina y volvemos a sentarnos a la mesa.

—No, pero ahora no puedo ir, estoy con mi hija. ¿Cómo me la voy a llevar? —Algo no le gusta, porque ha aumentado su tono de voz—. Lo dejé todo listo, me importa una mierda que ahora haya cambiado de opinión.

Emma se sorprende por el taco que ha soltado su padre y se tapa la boca con las dos manos. Yo le susurro que cuando cuelgue vaya y le eche bronca.

—Que sí que sí, no hace falta que me recuerdes lo que nos jugamos, pero esto no va a quedar así. En veinte minutos estoy allí.

Y sin decir nada más cuelga y se mete el teléfono en el bolsillo trasero de los tejanos. Resopla y se toca el pelo pensativo. Parece que ha olvidado que estamos allí hasta que se acerca a nosotras y se apoya en mi lado de la mesa, donde estoy comiendo Nocilla a cucharadas.

—Tengo que pedirte un favor enorme. —Asiento sacándome la cuchara de la boca—. Me han llamado del trabajo, ha surgido algo y debo ir para cerrar un proyecto. ¿Puedes quedarte con Emma? Sé que en media hora te vas y no eres canguro, pero es que...

—Sí claro, no te preocupes —le interrumpo—. No tengo nada que hacer hoy.

—Mil gracias —suspira aliviado—. No será mucho rato, intentaré acabar pronto.

Y acariciándome el brazo se mete en su habitación. Yo me miro el brazo derecho, justo donde acaba de tocarme y sonrío. Aún noto su calor, esa simple caricia ha dejado un rastro de familiaridad y satisfacción justo donde me ha tocado. Porque, aunque no solemos tener mucho contacto físico, el poco que tenemos ya me resulta familiar. La forma en la que sus manos siempre están calientes, su perfume, que es diferente al de su hogar, pero igual de agradable, y la curva de sus labios cada vez que sonrío. Incluso el sonido de sus pisadas me resulta familiar.

Cuando sale, Emma y yo ya estamos sentadas en el sofá viendo la televisión. Biel lleva unos Levis, una camiseta sencilla gris claro y una americana gris oscuro arremangada. Calza unos zapatos marrones y un cinturón del mismo color. Está guapísimo.

Se acerca a Emma y le besa el cogote.

—Tengo que ir a la oficina un momento. Vuelvo enseguida ¿vale? —Emma asiente sin apartar la vista de la pantalla de plasma—. Pórtate bien.

—No tocaremos ninguna pelota, lo prometo —bromeo.

—Eso espero —Biel se acerca a la cocina y se bebe un vaso de agua—. Te lo pagaré como horas extra, lo prometo.

—No te voy a decir que no, el dinero me viene muy bien. Pero no te preocupes, no me importa quedarme con ella.

—Mil gracias, de verdad.

Pasa por nuestro lado del sofá y se dirige al recibidor.

—¿Y no hay beso en el cogote para mí? —le digo girándome en el sofá para poder verle la cara.

Él disimula una sonrisa y acercándose a mí me besa la cabeza, pero el beso es más largo y menos sonoro que el de su hija. Yo levanto la mirada, de manera que mis ojos quedan a la altura de los suyos y le sonrío traviesa.

—¿Contenta? —me susurra.

—Bueno, es mejor que nada.

Vuelve a sonar su teléfono. Resopla y sin apartarse de mí lo saca del bolsillo trasero de sus Levis y se lo pone en la oreja.

—Ya estoy en camino, ofréceles un café y diles que llego en un momento.

Cuelga y vuelve a meterse el móvil en el bolsillo. Mira a Emma de reojo, pero la niña sigue embobada, así que de forma rápida me besa la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios, y sin decir más coge las llaves y sale por la puerta.

Ya son las ocho y no creo que deba tener a la niña viendo la tele toda la noche, así que le pido que se arregle y juntas bajamos al supermercado del final de la calle. Compramos todo lo necesario para hacer la cena juntas y volvemos a casa. Mientras saco todo el contenido de la bolsa y preparo la cocina, Emma se pone el pijama. Cuando vuelve veo que se ha puesto el pantalón al revés.

—¿No ves nada raro en tu pijama?

Ella mira abajo, primero la camiseta, estirándola para verse bien el dibujo de Snoopy y luego el pantalón corto. Encogiéndose de hombros me mira.

—¿Qué está un poco arrugado?

—No —me río—, que tienes el pantalón del revés.

Vuelve a mirar para abajo y aunque no está muy convencida de que yo tenga razón, se lo quita y se lo pone bien.

La subo a un taburete pequeño que Biel tiene por allí y le pido que vaya untando las rebanadas de pan con mantequilla con uno de esos cuchillos pequeños que no cortan, que ya salí escarmentada con la pelota el otro día y no pretendo que se corte un dedo esta vez.

Mientras la sartén se va calentando en la vitro, cojo el queso y el jamón dulce y juntas lo colocamos en el pan. Mientras ella pone la mesa, yo hago los bikinis en la sartén y en un momento estamos sentadas al sofá cenando.

—¿Te cae bien mi padre? —me pregunta con la boca manchada de queso.

—Sí, claro que sí.

—¿A qué es guapo? —Yo simplemente asiento—. La mamá de Clara siempre le sonrío y le toca mucho. Creo que a papá le cae mal.

—Eso es porque la mamá de tu amiga Clara también piensa que es guapo.

—Pero ella es fea y tiene una risa muy fuerte, no me gusta. Mi madre es muy guapa y mi padre tampoco la deja que le toque mucho los brazos. Quizás es porque las dos son rubias, porque tú no lo eres y si te deja acercarte.

Vaya con Emma, empieza pronto a marujear, seguro que se llevaría genial con Sebi.

—Porque yo le caigo bien, no creo que tenga nada que ver con el color del pelo.

—Será eso.

Parece quedarse pensativa mientras yo rezo por que cambie de tema.

—¿Tú tienes novio?

—No, solo tengo amigos.

En ese momento escuchamos la puerta de entrada, Biel ha llegado pronto, como prometió. Pero entonces escucho unos tacones pisando el parqué y cuando me giro no es a él a quien veo. Es una mujer alta, delgada y rubia. Lleva un vestido rojo de encaje, con escote corazón y con la falda estrecha hasta las rodillas. La larga y rizada melena rubia le cae por los hombros de forma desordenada y sus labios rojos se endurecen al verme en el sofá.

—¡¡Mamii!!

Emma se levanta corriendo y se tira en brazos de su madre. Yo me quedo allí sentada, sin saber qué hacer ni cómo actuar.

—Hola cariño —la besa en la mejilla y la deja volver al sofá, donde aún le queda un poco de cena.

Yo susurro un tímido hola que ella ignora. Deja el bolso encima de la mesa y me habla desde allí.

—¿Y tú quién eres?

Tiene una voz fría y dura que me pone la piel de gallina.

—Soy Alicia, le doy clases de inglés a Emma.

—Sí mami, ya te hablé de ella.

Sin moverse de donde está, sigue hablando, ignorando a su hija.

—Emma cariño, recoge tu plato y métete en la cama, que ahora va mamá.

—Pero quería esperar a papá, ha dicho que volvería pronto.

—Obedece Emma, cuando papá llegue irá a verte.

Emma no parece muy convencida, pero aun así obedece a su madre. No se lo reprocho, con ese carácter hasta yo estoy a punto de meterme en la cama con ella.

Tras dejar su plato y su vaso en el fregadero, se acerca a darme un beso rápido y se mete en su cuarto. Yo me levanto para recoger lo que queda en la mesa e ignoro la dura mirada que me echa la mujer maravilla.

—¿Dónde está Biel?

—Le han llamado y ha tenido que ir a la oficina.

—Tú no eres quién para quedarte a solas con mi hija, y menos después de partírle el labio. Aun no entiendo como Biel no te despidió.

Esto tiene toda la pinta de convertirse en una pelea de gatas, pero no pienso entrar en el juego, más que nada porque ni siquiera sé cómo se llama, así que me limito a contestar.

—Aquello fue un accidente.

—Un accidente que no debería haber ocurrido. No quiero que vuelvas a quedarte a solas con mi hija nunca más.

—¿Y piensas que habría sido mejor que se quedase sola?

—Pienso que deberías haberte ido hace rato, si no me equivoco tus clases acaban a las siete.

—Me contrató Biel, por lo tanto, es él quien debe decirme qué debo hacer. Y si me pide que me quede cuidando de Emma porque debe salir un momento, yo lo hago.

—¿Qué pasa, que haces todo lo te que pide? ¿También te arrodillas cuando te lo ordena?

Quizás no sé cómo se llama, pero si me ha quedado claro que es una zorrupia de cuidado. Cojo aire y me obligo a recordar que Emma sigue en su cuarto para no abalanzarme sobre ella y arrancarle esos asquerosos rizos rubios.

—No necesita pedírmelo.

Y dicho esto cojo mi bolso de la silla del comedor y me voy.

Antes de subirme a la Vespa saco el móvil y marco el número de Biel, pero tras los tonos de rigor, me salta el contestador. Pruebo de nuevo al llegar a casa, pero nada, no contesta. Pienso en dejarle un mensaje por si lo escucha antes de llegar a casa, pero decido que es mejor no meterme donde no me llaman, ya se lo encontrará cuando entre por la puerta.

CAPÍTULO 23

El primer adiós

Cuando entro por la puerta algo me golpea el tobillo y caigo de bruces hacia delante, sobre algo duro.

—¡Cuidado, que me rompes las cajas!

Toni me ofrece la mano y me ayuda a levantarme. Cuando pongo los pies en el suelo y veo las dos maletas y las tres cajas, recuerdo que hoy íbamos a cenar los cuatro juntos para despedir a Toni, que se muda con su novia.

—Ostras, lo siento. He tenido que quedarme con Emma porque a Biel lo han llamado del trabajo. —Lo miro con ojos de cachorrito—. ¡Perdón!

Él hace un gesto con la mano, como espantando humo hacía un lado, y cierra la puerta detrás de mí.

—No te preocupes, Carla tampoco ha venido, tú al menos avisaste a Sebi, pero ella ha llegado hace media hora como si nada.

—Ya, pero prometí hacer hojaldres de queso de cabra, tus favoritos.

—Que no me voy a Vietnam, otro día me invitáis a cenar y me pongo hasta el culo.

Se toca la ya prominente barriga y juntos pasamos al comedor, donde Carla y Sebi esperan de pie al lado de la mesa.

—Bueno chicos, yo me voy que se ha hecho tarde.

Tengo una sensación rara en el estómago, supongo que es parecida a la que sienten tus padres cuando por primera vez te vas de casa.

Toni no es mi mejor amigo, ni siquiera sé si lo puedo considerar amigo, pero ha sido un compañero de piso excepcional con quién he compartido muchos momentos, tanto buenos como malos. Hemos reído juntos, hemos discutido, poco, pero hemos discutido, porque con él es muy difícil enzarzarse en una pelea. Me ha mimado cuando he estado con fiebre y me ha hecho de padre en más de una ocasión advirtiéndome sobre alguno de los guaperas que he llevado a casa, incluso una vez me sujetó el pelo mientras echaba los restos de la cena por la boca, claro que aquello fue culpa de sus deliciosos cócteles bomba.

Estamos los cuatro ahí parados sin decir nada, supongo que, como yo, ninguno

sabe qué decir. Despierto del letargo de melancolía y me abalanzo sobre su espalda, en plan monito, para darle un enorme abrazo.

—Te vamos a echar mucho de menos, viejales.

Mis compañeros hacen lo mismo desde delante, de manera que Toni queda oculto entre un amasijo de brazos y manos. Nos está diciendo algo, pero no se le oye. Sebi se separa el primero y veo que está tristemente afectado.

—Joder, ya no va a ser igual.

—No te preocupes, pronto todos nos iremos —Carla es la siguiente.

Yo en lugar de apartarme, salto y me pongo a caballito. Toni es de constitución fuerte y yo peso muy poco, así que se mueve hacia la puerta sin necesidad de agarrarme.

—No recordaba haber cogido mochila —bromea dejando su copia de las llaves sobre la madera que hace de mueble de recibidor.

—Jooo, no te vayas...

—Todos tendréis que iros, a no ser que la morena ya haya bajado al pilón del propietario.

—No he bajado a ningún pilón.

—Pues entonces, si me lo permitís, una chica guapa me está esperando en la cama con lencería sexy para darme la bienvenida al hogar.

Me bajo al fin de su espalda y los cuatro lo ayudamos a meter todas sus cosas en el camión que tiene aparcado en la puerta de casa.

Diez minutos después, tras miles de besos y abrazos, lo despedimos como tres tontos con la mano, viendo como su camión gira la esquina. Al entrar me siento rara, como si alguien nos hubiese robado una parte de la casa y la atmósfera hubiese cambiado.

—Yo me acuesto ya, mañana Héctor va a llevarme a pasar el día a Girona y hemos quedado temprano.

—¿Vas en serio con él? Os veis mucho últimamente.

—No lo sé, sólo sé que está cañón y me da muchos caprichos, así que por ahora seguiremos viéndonos.

Y con una sonrisa en los labios sube a su cuarto y cierra la puerta. Yo ayudo a Sebi a recoger lo que ha quedado de la cena.

—Toni tiene razón, todos tendremos que irnos.

—Solo queda un mes y aún no tenemos piso nuevo ni hemos empezado a recoger nuestras cosas.

—¿Has vuelto a hablar con Biel sobre el tema?

—No...

—Pues deberías, porque no creo que encontremos otro piso económico y que esté tan bien como esta casa.

Sé que prometí hacerlo, preguntarle si nos daba más tiempo hasta que encontrásemos algo, pero cuando estoy con él en lo último que pienso es en la casa y en la mudanza. Tengo la equivocada esperanza de que se le haya olvidado y nos deje quedarnos, pero ni yo misma me lo creo.

—El lunes hablaré con él.

Nos sentamos al sofá con el portátil y miramos pisos, o más bien descartamos pisos, porque no hay nada decente que merezca la pena ver.

Cuando ya hemos dejado por imposible la búsqueda y estamos viendo vídeos por Youtube, suena mi móvil. Es Biel.

—¿Sí?

—Hola Alicia, llamaba para disculparme —es su voz, pero lo noto diferente, me habla como en un susurro, sin ganas—. Siento lo de Eva, no debería haberte echado así, no tenía ningún derecho. De hecho, no debería haber ido a mi casa.

Distingo un deje de rabia en su voz.

—No te preocupes, tú no debes disculparte. ¿Has llegado ahora del trabajo?

—No, hace rato, pero hasta ahora no me he decidido a llamarte.

Hace una larga pausa en la que solo escucho su respiración. Yo sigo al otro lado de la línea sin saber qué decir.

—¿Estás en casa? —vuelve a hablar, triste.

—Sí.

—Verás, estoy en el coche, en la puerta de tu casa.

¿Cómo? Me levanto con el teléfono pegado a la oreja y corro a la ventana que hay junto a la puerta de entrada. Efectivamente su coche está aparcado calle arriba, con las luces apagadas.

—Sé que es tarde y que no debería haber venido. Solo pensé que sería mejor disculparme en persona, pero luego me arrepentí y por eso te llamo.

—No te preocupes, estaba viendo la televisión.

Oigo su respiración nerviosa. Pasan unos segundos en los que ninguno de los dos habla, hasta que Biel rompe el silencio.

—Ya que estoy aquí, ¿Te apetece tomar algo? —noto inseguridad en su voz, como si no estuviese seguro de hacer lo correcto invitándome.

Me miro de arriba abajo. Estoy ya en pijama. Miro el reloj de pared y veo que son pasadas las doce y finalmente miro a Sebi, que ha levantado la mirada de la pantalla

del ordenador y me mira curioso.

—Dame diez minutos.

—Te espero en el coche.

Cuelga. Corro escaleras arriba y entro en mi cuarto. Me quito el pijama a toda prisa, quedándome solo con el tanga y las tetillas al aire mientras busco como una loca en el armario, sacando montones de ropa y dejándolos de cualquier manera encima de la cama.

Sebi entra por la puerta y se sienta en la esquina de la cama, en el poco sitio que he dejado libre de ropa.

—¿Pero qué haces? ¿Era Javi?

Quién se acuerda ahora de Javi. Localizo mi vestido blanco de encaje y tras analizar el nivel de arrugas, me lo meto por la cabeza y con un movimiento de cintura lo coloco en su sitio. Me calzo las cuñas marrones que tengo al lado del zapatero y corro al lavabo.

Sebi me sigue, esperando que le dé una explicación.

—¿Pero me vas a decir quién era?

—Biel, era Biel, está esperando abajo en su coche.

Abre los ojos como platos y corre a su cuarto, supongo que para asomarse al balcón a ver si tengo razón y su coche está abajo.

Cuando vuelve ya me he soltado el pelo e intento darle un poco de volumen con el secador y la laca.

—¡Es verdad, está abajo!

—Te lo he dicho... ¿Me queda bien el pelo así?

—Sí, sí, estas guapísima. Pero dime, ¿qué vas a hacer tú con el calvo guaperas a las doce de la noche?

—Hablar.

—Sí, hablar, sobre qué posturas vais a hacer, no te jode.

—Anda calla y pásame el neceser.

Me hago la raya superior del ojo con eyeliner negro, me pongo un poco de colorete y me pinto los labios de rosa. No me he esmerado mucho, pero no quiero hacerlo esperar no vaya a ser que se arrepienta y salga zumbando, así que lo dejo todo por medio y vuelvo a mi cuarto a echarme unas gotas de perfume. Sebi me pasa un chaleco tejano, que me pongo sin rechistar y juntos bajamos al comedor, donde cojo mi bolso.

—Bueno, ¿qué tal estoy?

Me doy una vuelta rápida delante de él, que me mira con ilusión en la mirada.

—Estás para comerte, aunque no te hayas puesto sujetador.

Tiene razón, pero tampoco tengo mucho que sujetar, así que dándole un beso rápido en la mejilla salgo por la puerta.

—¡Usa condón! – Me grita.

Yo le enseño mi dedo corazón a modo de despedida, rezando para que Biel no lo haya oído.

CAPÍTULO 24

Conociendo la parte oculta

Oigo a Bruce Springsteen desde fuera del coche. Biel está echado hacia atrás, con los ojos cerrados. Temo que se haya dormido esperando, pero un cambio de postura en sus piernas me indica que no. Parece frágil, tan quieto y con esa arruga de preocupación en la frente. Estoy deseando hacerlo salir del coche y abrazarlo con todas mis fuerzas, para que deje salir todo lo que tiene dentro y le está haciendo tanto daño, pero en lugar de eso, rodeo sigilosa el coche y le doy unos golpecitos en el cristal.

Biel se sobresalta. Cuando me ve, baja lentamente su ventanilla, serio.

—Buenas noches, ¿podría decirme que hace usted a estas horas?

—Cometer una locura.

—¿No estará espiando a la bella damisela que vive en aquella casa de allí en frente, verdad?

Al fin un amago de sonrisa. Sólo ha sido un ligero gesto en la comisura de los labios, sin dientes, de esas que no llegan a la mirada, pero por algo hay que empezar.

—Esa jovencita le rompió el labio a mi hija.

—¡Culpable! Eso me perseguirá toda la vida, ¿verdad? —Aparco la broma.

—Verdad. —Pulsa un botón y quita el seguro del coche.

Ocupo el asiento del copiloto y dejando el bolso a mis pies, me giro y le miro impaciente.

—¿Dónde vamos?

—Donde quieras, hace mucho que no me muevo por esta zona y no sé qué locales están bien.

—Yo conozco un sitio muy chulo —me pongo el cinturón y cruzo las piernas. Le miro con una sonrisa en los labios para ver si consigo que se relaje—. Arranca que yo te guío.

Biel sigue mis indicaciones en silencio. Empiezo a ponerme nerviosa porque todo está siendo más incómodo de lo que me imaginaba, no hemos cruzado palabra en los diez minutos que llevamos en el coche, salvo un “¿Has dicho a la derecha?” y “¿Hay aparcamiento dónde vamos?”. Así que cuando al fin llegamos y Biel para el coche me

giro hacia él antes de bajar.

—¿Estás bien?

Me mira, echa la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos se frota la sien. Se queda en silencio unos segundos que me parecen horas.

—La verdad es que no, lo siento, tal vez no soy la mejor compañía esta noche.

—¿Entonces por qué me has invitado a tomar algo?

—Porque quería verte... He salido de casa hecho una furia y sin darme cuenta he acabado en la puerta de tu casa, bueno de mi casa, y tras media hora allí parado, he cogido el móvil y simplemente te he llamado. A veces soy así, actúo por instinto, sin usar la cabeza.

—¿Y por qué no sigues actuando por instinto el resto de la noche? —Biel me mira en la oscuridad, con ojitos de cachorrito. Es increíble como aun estando en la oscuridad de la noche son tan jodidamente azules.

—Ni siquiera sé que quiere mi instinto.

—Por suerte yo sí —le muestro mi gran sonrisa—. Quiere que bajes del coche y entres conmigo en esa coctelería de allí. Quiere que te pidas el de whisky porque está tan malo que solo podrás pensar en lo mucho que te arde la garganta y te olvidarás de por qué estás allí conmigo.

Mira hacia delante, sujetando con fuerza el volante entre sus manos. Temo que se eche atrás y se ofrezca a llevarme de nuevo a casa, pero en lugar de eso sonrío sin mirarme y abre la puerta.

—Entonces no voy a ser yo quien le contradiga.

Salto del coche ilusionada y me agarro a su brazo cuando llega a mi altura. Él me sonrío desde su metro ochenta y juntos cruzamos la calle y entramos al local. Se trata de una coctelería que me descubrió Sebi hace dos años y a la que vamos a menudo. Tiene un ambiente muy acogedor e íntimo que te hace sentir a gusto nada más cruzar la puerta. Al entrar te encuentras un pasillo con mesas y sofás a ambos lados, cada uno con su propia estructura de bambú que las separa del resto de mesas. Y más al fondo, pasada la barra y los baños, hay dos tatamis enormes rodeados de puffs de varios colores que completan dos mesas bajas enormes. Solo hay un grupo grande de amigos en uno de los tatamis del fondo y un par de chicas sentadas a la barra, así que nos colocamos en uno de los sofás del pasillo y esperamos que venga el camarero.

—No conocía este sitio.

—Sebi lo descubrió la segunda semana de vivir en la casa y desde entonces venimos a menudo.

En ese momento llega el dueño del local, un cuarentón de pelo blanco que me sonrío con picardía al reconocerme. Siempre le devuelvo el tonto porque sé que eso supondrá una rebaja en la factura final, pero hoy voy a guardar mi cupo de coqueteos para otra persona, así que me limito a pedir mi Costa Ballena mientras Biel escoge el

de Piña, ignorando mi recomendación del whiskey.

Lo noto algo más relajado, por lo que me armo de valor y empiezo la conversación.

—Sé que me arriesgo a parecer entrometida, pero no estás obligado a contestar, así que... —Me coloco el pelo tras la oreja y me recuesto en el sofá—. ¿Qué coño le pasa a tu ex mujer?

Biel me dedica una sonrisa torcida que me relaja y sonroja mis mejillas.

—Eso quisiera saber yo.

El camarero nos pone un bol lleno de palomitas recién hechas y una servilleta cuadrada para cada uno. Biel le da las gracias y me mira.

—¿Qué es exactamente lo que quieres saber?

—Todo lo que quieras contarme, soy mujer, nos gustan los detalles y si son escabrosos mejor que mejor.

—Todo es mucha información, además han pasado muchos años y es una larga historia.

—No me importa, me gustan las historias con final feliz.

—Acabamos divorciados... —me dice levantando una de sus cejas.

—Por eso —le guiñó el ojo izquierdo y me lleno la boca de palomitas—, con final feliz.

—Está bien, si te aburres me lo dices —se acomoda en el asiento y pone los brazos sobre la mesa—. La conocí en una fiesta en la Universidad, teníamos un amigo en común que nos presentó. Era muy guapa y atractiva así que me llamó la atención desde el principio. Nos pasamos la noche tonteando y como era de esperar, acabamos en la cama. Después de aquella noche seguimos viéndonos con frecuencia hasta que formalizamos la relación.

—Sí, sí, muy bonito todo, pero esa es la parte aburrida, yo quiero saber si siempre ha sido tan estúpida o es de nueva adquisición.

Consigo robarle una carcajada justo cuando llegan nuestras bebidas. El mío es un simple vaso de grandes dimensiones con una pajita larga, un palo de madera con dos trozos de plátano en el extremo y uno de esos plumerillos multicolor a modo de decoración. El suyo, en cambio, es una piña de cerámica enorme de la que sale un sospechoso humo de olor dulce y una pajita igual de larga que la mía.

—Siempre ha tenido un carácter fuerte pero, en parte, eso es lo que más me gustaba de ella —comenta Biel retomando la conversación—. Tanto que cometí el error de pedirle matrimonio.

Yo me llevo las manos a la boca y ahogo un grito. Él decide ignorarme y continúa.

—Solo hacía un año que estábamos juntos, pero supongo que estaba muy enamorado, porque en aquel momento no lo dudé.

Examino su rostro en busca de algo que me indique si aún siente algo por ella, pero por más que busco lo único que encuentro es indiferencia.

—Unos meses después llegó la gran noticia: Eva estaba embarazada. No entraba en nuestros planes ser padres tan pronto, ella acababa de abrir su bufete de abogados y yo buscaba un nuevo trabajo porque no estaba contento con el que tenía. Me dijo que quería abortar, pero por suerte logré convencerla y unos meses después llegó Emma.

Se le ilumina la mirada y una sonrisa tonta se le ancla en el rostro al nombrar a su hija.

—¿No me digas que sois uno de esos matrimonios que se rompen por culpa de los hijos?

—No, qué va —le da un sorbo a su cóctel y me mira sonriente—. Eva puede ser muchas cosas, pero mala madre no es una de ellas. Adora a Emma tanto como yo. Pero, aunque la llegada de Emma fue como un regalo para nosotros, las cosas empezaban a ir mal. Discutíamos por cualquier tontería y Eva cada vez pasaba más tiempo fuera de casa. Decía que necesitaba tiempo para ella, que entre el trabajo y la niña estaba saturada.

Hace una pausa y aprovecha para coger unas palomitas, de las pocas que yo he dejado. Ya no sonrío, pero cuando habla parece divertido, como si recordase una anécdota de sus tiempos mozos.

—Como ves no tengo un pelo de tonto —se señala la despejada cabeza—, así que empecé a sospechar y no tardé en descubrir que me ponía los cuernos.

—¿En serio?

—Cómo lo oyes. Me frustré muchísimo porque lo primero que pensé es que todo era culpa mía y que yo la había incitado a ello.

—¿Qué pasa, no eres bueno en la cama? —Hola comentario inoportuno, ya estabas tardando en aparecer.

Biel suelta una carcajada que acaba contagiándome.

—Eso no debería decirlo yo, pero la verdad es que soy bastante bueno.

—Bueno, eso habrá que verlo...

Está a punto de contestar, pero supongo que su lado racional le ha dado un buen pellizco porque cierra la boca sin soltar palabra. Lástima, habría pagado por que dijese algo como “Cuando quieras te lo demuestro” para yo poder lanzarme sobre él, pero decido controlarme no vaya a salir corriendo.

—¿Y cómo lo descubriste? ¿Un mensaje?

—No, mucho mejor que eso. Un día mi madre me llamó a la oficina para decirme

que Emma tenía fiebre y la había dejado con Eva, así que acabé un par de cosas y me fui antes a casa. Cuando entré había música clásica, no me extrañó porque era la única forma de conseguir que Emma se calmase cuando le entraba la rabieta y efectivamente me la encontré dormida en su cuna. Al pasar por el baño escuché el ruido de la ducha a través de la puerta entreabierta, así que entré para avisarla de que ya estaba en casa, pero no estaba sola. Tenía las manos contra las baldosas de la ducha y justo detrás de ella estaba Carlos, el amigo que nos presentó, empujando.

—¿No jodas?! —Ahora ya no finjo sorpresa, estoy flipando de verdad.

—Cómo lo oyes. Supongo que el ruido de los gemidos amortiguó el sonido de mis pisadas, porque pude volver al pasillo sin que se diesen cuenta de mi presencia. Intenté calmarme, pero fue imposible, dos segundos más tarde volví al baño a partirle la nariz a mi supuesto amigo.

—¿Y no le partiste las piernas también?

—Supongo que habría sido capaz, pero el ruido despertó a Emma que empezó a llorar, así que salí del baño, la cogí en brazos y me fui de casa.

Parece que el recuerdo aún le duele, porque se remueve incómodo en el asiento y ha desaparecido toda sonrisa de su rostro, en su lugar se le ha tensado mandíbula. Estamos unos segundos en silencio, yo porque no sé qué decir y supongo que él porque no tiene mucho más que contar.

A nuestro alrededor el local empieza a llenarse y nuestra intimidad ya no es tan íntima, pero estoy tan a gusto que no se me pasa por la cabeza proponerle que nos marchemos.

—No ha sido una historia tan larga, ha tenido detalles escabrosos, pero corta, al fin y al cabo.

—Sí, supongo que no es tan larga como recordaba. ¿Y tú, ningún fracaso amoroso que compartir? Creo que me he ganado los detalles escabrosos de tu vida.

Y solo por la sonrisa que me dedica le concedo ese honor.

—Yo tengo poco que contar. Un par de rollos en el instituto, un novio de año y medio en la Universidad y poco más, el resto son aquí te pillo, aquí te mato.

—¿Así que aún no has encontrado a esa persona que te remueva por dentro?

—Me remueven mucho por dentro —bromeo—, pero no lo suficiente como para verlos de forma continuada.

Biel vuelve a dedicarme una de sus carcajadas antes de darle otro sorbo a su bebida.

—¿De verdad nunca te has enamorado?

Me tomo unos segundos antes de contestar. Quizás queda triste admitir que a mis veintisiete años aún no he experimentado esa sensación de la que todo el mundo habla, tal vez piense que soy una persona fría, pero a estas alturas ya he

decidido dejar de mentirle, por lo que me limito a contestar la verdad.

—No —empujo mi vaso ya vacío hacia delante—. Sí que me he encariñado y he sido feliz con los chicos con los que he estado, pero nunca he llegado a sentir las famosas mariposas.

—No siempre son mariposas —se ríe—. A veces solo es necesidad. La necesidad de pasar todas las horas del día con esa persona, la sensación de que la echas de menos cuando baja de tu coche, la caída libre que se produce en tu estómago cuando por casualidad hueles su perfume. Es mucho más intenso que unas simples mariposas.

Me quedo en silencio, observando su rostro, sus ojos y sus labios, que de repente se han vuelto más apetecibles que las palomitas que he engullido hace un rato. Y entonces me olvido de su físico y trato de ver más allá, ese lado oculto que no se ve con un simple vistazo. Biel es guapo, amable, educado, cariñoso, risueño, maduro, responsable, trabajador y buen padre. ¿Y ahora resulta que también es enamorado? Venga ya, no me creo que no tenga nada malo. Aunque pensándolo bien quizás tiene las cejas demasiadas pobladas...

Un movimiento en su rostro me saca de mis ensoñaciones. Es una sonrisa.

—¿Te he asustado?

—No, es solo que por como lo describes acabo de darme cuenta que quizás me he perdido mucho.

—No siempre es tan bonito, a veces duele.

—¿A ti te dolió?

—Al principio sí, pero la rabia me ayudó a darme cuenta de que, cuanto antes lo descubriese, mejor. Así que pasé página.

—Pero tenéis buena relación, ¿no? Debe de ser duro seguir viendo a alguien que te ha hecho tanto daño.

—Lo hacemos por Emma, para ella es más fácil que estemos separados si cuando nos ve juntos tenemos buena relación. Al principio fue muy incómodo, no podía ni mirarla a la cara, pero con el tiempo la herida se curó y todo fue mejor.

Entonces recuerdo a Eva, con ese vestido rojo tan sexy, con su melena rubia y sus labios color carmín, subida a unos tacones de vértigo, y me doy cuenta de lo que pasa.

—Eva quiere recuperarte —no es una pregunta.

Biel se ríe irónico confirmando mis sospechas.

—Lleva casi un año intentándolo. Primero me vino con el cuento de que debíamos darnos una oportunidad por la niña, pero no le funcionó, así que insistió en que aún me quería.

—¿Y tú la crees?

—Tal vez sí quiera volver conmigo, pero no está enamorada. Después de tres semanas viniendo a casa por las noches me di cuenta. —chista para echarse en cara su fallo—. No estoy ciego y aquella noche estaba espectacular. Después de acostar a Emma me convenció para ver una película y entre palomitas y gin tonics se metió en mi pantalón. Eso la animó a seguir intentándolo, por eso ha venido esta noche a casa, no está acostumbrada a no salirse con la suya.

—¿Y va muy a menudo? – esa rubia de bote empieza a mosquearme.

—De vez en cuando, una vez a la semana, quizás.

—Es un poco pesada... Aunque eso no quita que me tratara tan mal, yo sólo doy clases a Emma.

Entonces Biel se ríe de algo que no entiendo. Me llevo rápidamente la mano a la nariz por si tengo algún moco y no me he dado cuenta, pero al tacto parece que todo está correcto.

—Creo que Emma tiene la culpa de eso. Le dije que su profesora de inglés era muy guapa y simpática y al verte allí a esas horas de la noche supongo que se puso celosa.

Pues me encanta que se haya puesto celosa, que le den a la mamá sexy. Cuando me doy cuenta veo que Biel me mira fijamente a los ojos, supongo que está ensimismado en sus pensamientos porque no reacciona hasta que unos segundos después chasqueo los dedos delante de él.

—¿En qué piensas?

—Estaba dándome cuenta de lo diferente que eres de todas las mujeres que he conocido.

—Diferente para bien, supongo —levanto una de mis cejas, intentando imitar su gesto de hace un rato, pero no tengo tanta gracia como él y supongo que parezco medio subnormal, así que dejo de intentarlo.

—Sí, por supuesto —me dedica una de sus bonitas sonrisas, encogiéndome un poco las entrañas—. Eres natural y extrovertida, parece que no te importe lo que la gente piense de ti.

—Eso es porque no me importa.

—Y dime, ¿qué es lo que te importa? Yo te he contado mucho de mí, déjame conocerte un poco mejor.

—No hay mucho que contar, soy tal y como ves —y me señalo de arriba abajo.

Entonces se echa para delante y se pone serio. Me mira como intentado ver a través de mí y yo me siento desnuda de repente. Me pregunto qué pensará y que es lo que ve cuando me mira.

Tras unos segundos callado finalmente contesta.

—Yo veo a una chica guapa, con las ideas claras, sin miedos ni complejos, que no pone barreras – y sin poder evitarlo, viendo esos ojos azules que me miran fijamente y su sonrisa torcida jodidamente sexy, me muerdo el labio inferior.

No lo hago a propósito, ni siquiera lo pienso, me sale solo, pero parece que ese simple gesto activa algo en él, porque un fuego repentino cruza su mirada y lentamente se inclina hacia delante. Está a pocos centímetros de mis labios cuando cierro los ojos, esperando su contacto. Pero nunca llega, me quedó ahí haciendo morrito con los ojos cerrados como un pececillo.

—Perdón, es que tenemos gente esperando fuera, quería saber si vais a pedir algo más o queréis la cuenta.

Es el jodido dueño del local que está de pie junto a la mesa, con una sonrisa de suficiencia en la cara.

—Pues traiga la cuenta, gracias.

Biel se inclina para sacarse la cartera del bolsillo trasero de los pantalones cuando yo lo paro con un golpe en el brazo.

—Ni de broma, esta vez pago yo.

—Estás muy equivocada si piensas que voy a dejarte pagar, he sido yo quién ha ido a buscarte.

—Y tú estás muy equivocado si piensas que soy de las que se dejan pagar las copas. —Cuando el dueño corta royos nos deja la cuenta sobre la mesa y recoge los vasos vacíos, saco el monedero del bolso y pago la cuenta—, además, estoy pagando con el dinero que tú me das, así que técnicamente pagas tú.

Y le guiño un ojo, con la esperanza de que una vez en el coche se decida a terminar lo que empezó. Veo que deja una moneda de dos euros sobre la mesa como propina y muy indignada la cojo.

—Ni de coña, hoy no se ha ganado la propina.

Se la meto en el bolsillo trasero de los pantalones y salgo por la puerta del local. Quizás tiene las cejas un poco pobladas, pero tiene el culo para partir cemento.

A diferencia de lo que quería, hacemos el trayecto de vuelta a casa en silencio. Él sin quitar la vista de la carretera a la vez que tamborilea con los dedos en el volante, y yo mirando por la ventanilla, preguntándome qué demonios ha pasado para que no vuelva a intentar besarme.

Aparca justo en la puerta y apaga el motor. Lo miro esperando una reacción, pero él ni siquiera me mira, en su lugar se mueve incómodo en el asiento.

—Bueno, gracias por todo. —abro el bolso y busco mis llaves, que

sorprendentemente tardo mucho en encontrar teniendo en cuenta que sé perfectamente dónde están. Pero Biel sigue sin reaccionar, así que decepcionada me despido—. Nos vemos el lunes.

Abro la puerta del copiloto y pongo un pie en la calle cuando noto su mano en mi antebrazo. Me giro y me encuentro con su intensa mirada.

—Siento lo de antes, no sé qué me ha pasado.

Me pide perdón, pero no está arrepentido, lo noto porque sonrío y no me suelta el brazo, así que vuelvo a poner un pie en el coche, cierro la puerta y me giro hacia él.

—Nunca pidas perdón por besar a una mujer.

Y atrayéndole del cuello, le beso. Porque me apetece, porque sé que le apetece, porque lo estaba deseando y porque besa jodidamente bien.

Noto sus labios suaves abriendo los míos, haciendo hueco para dejar entrar su lengua, que se entrelaza con la mía en un baile lento. Sabe a piña y alcohol y parece tener urgencia por probar mi saliva. De repente, ese beso que ha empezado siendo lento y dulce se vuelve más agresivo. Parece que no tengo suficiente, necesito besarlo más fuerte, así que lo aprieto aún más contra mí y me inclino sobre él para enroscar mis brazos en su cuello. Biel me coge de la cintura y hábilmente esquiva el freno de mano y me coloca a horcajadas sobre él. Noto lo excitado que está y eso sólo consigue excitarme aún más, así que entre beso y beso se me escapa un gemido bajo. Él sonrío sin dejar de besarme y colocando sus manos en mi trasero me acomoda sobre su abultada entrepierna. De repente noto que vibra, pero literalmente. Algo está vibrando bajo mi muslo izquierdo.

Biel se separa un poco de mí, momento que aprovecho para coger aire. Mira la pantalla del manos libres del coche y resopla.

—Es mi madre, tengo que cogerlo.

Yo asiento, pero no me muevo de donde estoy. Biel pulsa un botón y la voz de su madre inunda el coche.

—Hijo, ¿dónde estás? Eva me ha llamado para contarme lo que ha pasado y he venido a tu casa, pero no estás.

—He salido a dar una vuelta, estoy bien. —coloca sus manos en mis labios y me pide que no haga ruido.

—Pues no me gusta que estés dando vueltas por ahí con el coche. Bueno, no tardes en volver, yo me voy para casa.

—Espérame, que estoy a punto de llegar, ya te acerco yo.

—No hace falta hijo, ya soy mayorcita para volver sola.

—Me da igual, tú espérame.

—Está bien —la oímos caminar—, pero mientras vienes, me pongo un vinito.

Y con una risita cuelga. Biel sonrío y mueve la cabeza de lado a lado mientras yo sigo allí sentada sobre él, colocándome el pelo porque no sé qué hacer con las manos.

—Tengo que irme.

—Lo sé —pero no me hace especial ilusión guapo.

Abro la puerta del coche y salgo por su lado, me coloco el vestido en su sitio y cojo mi bolso, que Biel me ofrece. Tengo miedo de mirarle por si ya se ha arrepentido de lo que acaba de pasar, así que doy la vuelta al coche sin más.

Oigo como se cierra la puerta y me cuelgo el bolso esperando escuchar el ruido del motor, pero en lugar de eso noto su mano en mi cintura y me giro para encontrarme con su pecho. Levanto los ojos y me topo con una sonrisa pícaro.

—Tienes razón, nunca debería pedir perdón por besar a una mujer, pero sí por dejar de hacerlo.

—Bueno, eso no es tan grave, siempre puedes volver a besarla.

Entonces me hace caso y me atrae de nuevo hacia él. Sabía que era alto, pero no tanto. Me tengo que poner de puntillas sobre mis cuñas para llegar a sus labios, que me acogen con calor y premura. Es un beso húmedo, pero tristemente corto.

—Nos vemos el lunes, entonces.

Con una rápida caricia en la mejilla se da la vuelta y se sube al Dodge. Lo veo girar la esquina antes de meterme en casa.

Está todo oscuro y en silencio. Echo la llave lo más silenciosamente que puedo y subo sin hacer ruido a mi habitación. Me tiro en la cama vestida, miro al techo e instintivamente me paso el dedo por los labios, que noto ligeramente hinchados.

—Dime calvito, ¿y ahora qué?

CAPÍTULO 25

¡Qué mala pata!

Cuando al fin abro los ojos, la habitación tiene una luz tenue muy acogedora que entra por los agujeros de la persiana. Me hago un poco la remolona dando vueltas en la cama y recordando porque tengo esta sensación de felicidad en el pecho. Me vienen a la mente las sonrisas, confianzas y los cócteles, pero sobretodo recuerdo el beso. Y no puedo evitar sonreír. Salto, en bragas como estoy, en la cama con un gritito agudo y corro a ponerme el pijama para bajar a la cocina, donde escucho voces familiares.

Sebi y Fer están sentados en los taburetes de la mesita desayunando, creo que huele a café y tostadas, pero sinceramente me da igual.

—Buenos días flor del campo, ¿cómo fue tu cita de anoche?

—Supongo que bien porque no deja de sonreír —dice Fer, dándole un sorbo a su café con leche.

Paso de largo y abro la nevera para echarme un poco de zumo de naranja en mi taza MrWorderful, aunque en el fondo estoy deseando contarles todo.

—Pues... —pausa corta mientras me siento en el taburete que hay libre —, fue muy bien.

—Eso ya lo sabemos, lo que queremos saber es si lo que dicen de que los calvos follan bien, es mito o verdad.

—¡Sebi! —Se sorprende Fer, que creo que aún no se ha acostumbrado a la forma de ser de su novio.

—¡¿Qué?!

—No lo sé porque una dama no se acuesta con nadie en la primera cita, pero sí puedo decir que besa de maravilla.

Les cuento como transcurrió la noche con todos los detalles, porque Sebi no admite medias tintas y porque yo estoy deseando compartirlo con alguien para que me ayuden a decidir qué debo hacer ahora.

—¿Es qué no lo ves claro? Debes coger tu Vespa y plantarte en su piso en ropa interior y decirle: Nene, vamos a terminar lo que empezamos.

—Lo digo en serio Sebi, no sé qué hacer. —le robo una de sus tostadas y le

doy un mordico—. Quizás ayer se le fue la olla y se dejó llevar y hoy cuando despierte se dará cuenta del error tan grande que cometió besándome.

Resoplo dándome cuenta de que la felicidad que tenía al abrir los ojos ha pasado a un segundo plano, siendo sustituida por la duda. ¿Quizás debería olvidar lo que pasó anoche?

—¿Y si le escribes? —interviene Fer, que ha permanecido callado toda la narración—. Algo simple, como un *Buenos días* o *¿Cómo estás?* Así das pie a entablar conversación y ver cómo están las aguas.

—Sí, es una gran idea. Pero creo que esperaré un poco, no vaya a ser que siga dormido.

—Hombre son casi las once...

Sebi se levanta para recoger la mesa y me revuelve el pelo, ya de por sí hecho un nido. Yo lo ignoro y sigo con mi zumo de naranja. Fer, en cambio, se levanta para ayudarlo. Cuando terminan yo sigo sentada en mi taburete con la taza vacía en las manos y la mirada fija en una de los azulejos de la cocina.

—Yo me voy ya. He quedado con Segio para mirar trajes.

—Já, suerte, porque a mí con Gema me fue fatal el otro día.

—No creo que Sergio tenga tanto problema. Fer tiene mucho más gusto que tú, bonita. —Sebi sigue picado por lo del vestido.

Fer me da un sonoro beso en la mejilla y los dos salen de la cocina mientras yo me levanto y pongo mi taza en el fregadero. Los oigo susurrar en la puerta de entrada y decido subir a darme una ducha.

Abro la ventana para que se ventile la habitación y cojo mis pantalones cortos de chándal gris y mi camiseta de tirantes negra para meterme en el baño. Una ducha de agua fría me sentará de maravilla para despejarme.

Cuando vuelvo a mi cuarto con la toalla envuelta en la cabeza, veo que mi móvil está iluminado y vibra sobre la cama. No llego a tiempo de contestar, pero sí de ver que se trataba de él.

Debato conmigo misma si devolver o no la llamada, pero creo que aún no estoy preparada para tener una conversación voz a voz, así que decido que ya le enviaré un Whatsapp más tarde.

Hoy hace mucho calor, así que me quito la toalla y bajo a ayudar a Sebi con la cabeza aún mojada, ya tendré tiempo de arrepentirme cuando vea la leonera en la que se convertirá mi pelo en un rato. Carla se está despidiendo de Héctor en la puerta de entrada, por lo que ignoro los sonidos húmedos y me escabullo a la cocina, donde Sebi está limpiando la nevera.

—Odio a ese tío —dice cuando se percata de mi presencia.

—¿Héctor? A mí tampoco me cae muy bien, pero por norma nunca me

gustan los chicos que trae.

—Pues hay que decírselo a la rubia —me pasa el trapo sucio para que lo aclare—. Es un cerdo, cada vez que va al baño hace un estucado, y el otro día me encontré unos gallumbos sudados en el suelo del pasillo.

Se lleva las manos a la boca y retiene una arcada. Me río porqué sé que no lo ha fingido, Sebi es muy asqueroso con según qué cosas.

Escuchamos como se cierra la puerta de entrada y Carla aparece sonriente ante nosotros.

—Qué pronto empezáis, ¿no?

—Son casi las doce, chata —Sebi se apoya en el mármol y se cruza de brazos.

Veo venir la bronca, así que cojo el trapo del polvo y rápida como una liebre me escapo al comedor para escucharlo todo a buen recaudo desde la distancia. Sebi no se hace esperar.

—Ese tío se ha quedado a dormir tres noches esta semana.

—Y ésta también se queda, así que ya serán cuatro —explica Carla. Ella no es de las que se calla ante una reprimenda.

—Pues esta casa no es ningún motel, aquí pusimos unas normas en su día y debes cumplirlas, que desde que tu primo se fue te estás pasando tres pueblos, así que deja de pensar con el chocho y empieza a hacerlo con la cabeza.

—Si quisiera que me dijeran lo que tengo que hacer viviría con mis padres

Oigo unos pasos y el sonido de la puerta de la nevera al abrirse.

—A mí me trae por culo lo que quieras.

—Mira mariposilla, yo pago lo mismo que vosotros y en mi cuarto hago lo que me da la gana y con quién me da la gana. ¿Acaso te digo yo a quién tienes que poner mirando a Cuenca? Porque el rubito ese ya se ha quedado a dormir más de una vez.

Uy, uy, uy. La cosa empieza a ponerse seria, debería armarme de valor e intervenir para que no lleguen a las manos, pero en lugar de eso, me acerco un poco más a la puerta para no perderme detalle.

Veo la delgaducha espalda de Carla y por encima de su hombro los ojos de Sebi, que echan humo.

—Mira mona decolorada, Fer solo se ha quedado algún fin de semana, como dicen nuestras normas, así que cierra esa boquita si no quieres que te arranque toda la piñata. Y no me toques las palmas que me conozco.

—Mira como tiemblo...

Sebi da un paso adelante y agarra del moño a Carla, que empieza a gritar y a dar

manotazos con una lata de CocaCola abierta en la mano, de manera que todo el líquido está cubriendo el suelo. Eso me hace pensar que quizás ha llegado el momento de intervenir.

Cojo a Carla, que es la que me queda más a mano, de la cintura y tiro de ella hacia mí, pero Sebi no le suelta el pelo, así que me cuesta más de lo que pensaba separarla. Cuando al fin lo consigo, me pongo entre los dos, recibiendo manotazos por todas partes.

—¡Parad, parad!

Pero ni caso. Sebi me agarra de la cintura y, con una fuerza que me sorprende, me echa a un lado para agarrar a Carla del brazo, que a su vez a vertido lo poco que queda de CocaCola en la cabeza de éste. Mientras, corro al segundo cajón y cojo la cuchara de madera. Con ella en una mano vuelvo a meterme entre los dos y la pongo en alto, moviéndola de un lado para otro y dando saltos para separarlos aún más, con tan mala suerte que me resbalo con el suelo mojado y caigo de morros. Siento un pinchazo de dolor en el tobillo y pego un grito, que parece distraerlos de su bronca, porque los dos se agachan a socorrerme.

—¿Estás bien? —me pregunta Sebi preocupado.

—A quién se le ocurre ponerse a dar saltitos con el suelo mojado —me regaña Carla.

—¡Iros a la mierda los dos! —Intento ponerme de pie apoyándome en el mármol, pero al incorporarme mi pie derecho se queja de dolor y caigo de nuevo al suelo—. Joder, ¡qué daño!

Sebi me coge en brazos con dificultad y me lleva al sofá, no sin antes darme un cabezazo con el marco de la puerta.

—Uy, perdón.

Me tumba y con cuidado me quita el calcetín. No quiero mirar porque soy bastante aprensiva, así que con el antebrazo tapando mis ojos les pregunto.

—¿Está roto? Sí, seguro que sí, ay madre mía...

—Anda calla, no está roto —me dice Carla.

—No, pero creo que te lo has torcido porque se está empezando a hinchar.

—¡Amputación! —grito desesperada.

Carla y Sebi se miran en silencio y de repente empiezan a reír. Incrédula me quito el brazo de los ojos y les miro hecha una furia.

—¿Ahora os reís, cabrones? Esto es culpa vuestra.

—¿Nuestra? No haberte metido, era algo entre nosotros.

Me incorporo lo suficiente como para coger el mando de la televisión del brazo del sofá y tirárselo a la cabeza, pero mi mala puntería me hace fallar.

—Espera, voy a llamar a Toni para que nos lleve a urgencias. —dice Carla.

—Ves, por cosas como estás deberíais sacaros el carnet de conducir.

—Pues mientras viene yo voy a darme una ducha, que no puedo salir de casa bañado en CocaCola. Tú no te muevas de ahí.

—¡No si te parece me pongo a bailar zumba!

Dos horas y tres McMenús después volvemos a casa con el diagnóstico de esguince de tobillo. Toni me ha prestado unas muletas de su novia para poder moverme, pero no sé usarlas y, tras la casi caída que he protagonizado hace media hora al intentarlo, he decidido que voy a pasarme toda la semana en cama, aunque eso supongo mear y cagar en un orinal.

Carla ha limpiado el estropicio de la CocaCola, pero ha dejado nuestra parte de limpieza sin hacer, así que le tocará a Sebi acabarlo solo. Si vuelven a pelearse ya pueden matarse que no pienso intervenir.

—¿Cómo ha ido? Ya veo que no han tenido que amputar —se cachondea Carla desde el sofá.

—No sé qué es peor, porque mira que es mala con las muletas.

—¡No me hables! —le digo levantando una de las muletas.

Toni se carcajea a mi lado. Entre los dos me suben a mi cuarto y me estiran en la cama.

—Ponte cómoda porque vas a pasarte aquí toda la semana, ya has escuchado al médico, necesitas reposo.

—Qué aburrimiento...

Carla sube entonces con mi móvil en la mano.

—Toma, te lo dejaste en la cocina. Creo que te ha llamado alguien.

Miro la pantalla y efectivamente veo que tengo dos llamadas perdidas y un Whatsapp. La primera es de mi abuela, supongo que para preguntarme que quiero mañana para comer, y la segunda, al igual que el mensaje, son de Biel.

Buenos días, espero no haberte despertado.

Te he llamado porque quería hablar contigo.

Y nada más. Muy seco, ni siquiera un beso o un abrazo, esto pinta mal.

Toni me besa en la frente a modo de despedida.

—Me voy ya, tengo cosas que hacer. Intentar no mataros en mi ausencia.

—Lo intentaremos —le contesta su prima con una sonrisa desde el salón.

Sale de la habitación y segundos más tarde escuchamos como se cierra la puerta de entrada. Carla sube con nosotros y se sienta en la silla de mi escritorio mientras Sebi lo hace en la cama, a mi lado.

—Siento lo de la pierna, no era nuestra intención —me dice Sebi apartándome un mechón de pelo de la cara.

—Sí, lo sentimos. Para la próxima recuerda no meterte por medio.

—Desgraciadamente no queda tiempo para muchas broncas —comenta Sebi, triste.

—No os preocupéis, la próxima vez pienso permitir que os dejéis calvos el uno al otro, vais a estar monísimos.

—Oye, hablando de calvos... —Carla está tomando una dirección que no me gusta nada—. ¿Cómo va lo del propietario de la casa? ¿Te lo has tirado ya o qué? Solo quedan dos semanas y no tenemos donde ir.

—Sí Ali, Carla tiene razón. Quizás ahora no te parece el mejor momento, pero deberías hablar con él sobre el tema.

—Es que no sé...

No me parece muy buena idea pedirle que nos deje quedarnos en la casa justo el día después de besarnos, quedaré como una aprovechada y perderé toda su confianza. Pero tienen razón, nos quedan dos semanas para irnos y ninguno de los tres hemos encontrado nada.

Me miran fijamente mientras yo plancho distraídamente una arruga de la sábana. Si pudiese saltaría de la cama y me escaparía corriendo para huir de sus miradas.

—Está bien, hablaré con él —los dos me sonrían—, pero por ahora solo intentaré que nos dé un poco más de tiempo.

A Sebi le parece bien. Carla, en cambio, se levanta y sale por la puerta refunfuñando algo que no llegamos a entender.

Media hora más tarde y ya sola, me armo de valor y cojo mi móvil para llamarle. Tras tres tonos escucho su voz al otro lado del auricular.

—Hola.

¿Solo un hola? Vamos Ali, que tú puedes. Y sobre todo, no te pongas nerviosa.

—Hola, siento no haberte contestado antes, es que he tenido un percance.

—No te preocupes —lo escucho caminar—. ¿Se puede contar ese percance?

—Bueno, te haré un resumen. Pelea de compañeros de piso que acaba con un esguince.

—¿Te has hecho un esguince? —sé que se está riendo.

—Sí, eso ha dicho el médico.

—¡Qué mala pata! —resalta estas dos últimas palabras.

—Ya, muy gracioso. —Decido ir al grano, me esté empezando a doler el tobillo y quiero mi dosis de calmantes— ¿De qué querías hablar?

—Pues había pensado en invitarte a comer mañana y contártelo, pero con tu esguince no creo que puedas.

Puto esguince de mierda. Putos compañeros de piso.

Me tomo unos segundos para pensar mi respuesta. Podría hacerme la valiente e intentar ir con mis maravillosas muletas, pero sé que la cosa acabará mal, así que sólo se me ocurre una solución posible.

—Debo hacer reposo en cama una semana, ven mañana por la tarde a casa y te invito a un café con leche. Yo también tengo que hablar contigo.

Está callado unos segundos que se me hacen eternos hasta que finalmente responde.

—Está bien, nos vemos mañana entonces. ¿Sobre las cinco te va bien?

—Sí, claro, ven cuando quieras, no voy a moverme de aquí.

—Vale, pues hasta mañana entonces. Mejórate.

—Gracias.

He superado nuestra primera conversación post beso con éxito, sin meteduras de pata y utilizando mi filtro mental, un aplauso para mí.

CAPÍTULO 26

Objetivo conseguido

Mi abuelo está sentado a mi lado en el sofá mientras mi abuela se ha dado por vencida y se ha sentado a la mesa, en una de las sillas. Parece ser que el sofá no es tan cómodo como el suyo y no quiere tener que llamar a una grúa para levantarse.

Este domingo me tocaba ir a su casa a comer, pero cuando les dije lo del esguince, insistieron en venir ellos y traer la comida. No me hace mucha gracia porque Biel llegará sobre las cinco y no quiero tener que echarlos, pero es que he sido incapaz de inventarme una excusa para que no viniesen. Además, Sebi esté encantado, parece que las situaciones que me ponen nerviosa le pirran.

—Conchi, este fricandó huele de maravilla —Sebi coloca la bandeja caliente en la mesa.

—Ya puede estar bueno ya, que me he tirado toda la mañana en la cocina.

—¿Qué me dices? Pero si yo pensaba que te habías pasado por la peluquería.

Mi abuela sonrío alagada.

—No seas pelota, Sebi.

—Anda calla, que tu abuelo nunca me dice nada bonito.

—Es que con los años uno se cansa —dice mi abuelo mientras me ayuda a llegar a la mesa.

Nos pasamos casi toda la comida hablando de Sebi y Fer, de cómo se conocieron y del viaje que están planeando para septiembre. Yo los escucho mientras como en silencio, ya conozco todos los preparativos de esas vacaciones y tengo la cabeza en otra parte. No se me olvida que dentro un rato Biel aparecerá por esa puerta.

Cuando al fin acabamos los cafés y mis abuelos se levantan para marcharse, son las cinco menos diez, por lo que respiro aliviada desde el sofá mientras les despido a gritos y Sebi los acompaña a la puerta.

—¡Mejórate, cariño! —Me dice mi abuela desde la entrada.

—Y acuérdate, usa solo una muleta.

—Sí, yayo, lo haré. Llamadme cuando lleguéis a casa.

Escucho como Sebi abre la puerta.

—Hola —dice una voz masculina muy familiar—. Estaba a punto de llamar al timbre.

Me incorporo lo más deprisa que puedo, levanto el culo y apoyo la mano en el suelo para no descalabrarme en mi intento por ver mejor. Biel está en el patio, frente a la puerta, con una sonrisa en los labios.

—No te preocupes – le dice Sebi – los abuelos de Ali ya se iban.

—Oh, encantado —Biel le ofrece la mano a mi abuelo, que se la estrecha extrañado. Cuando va a hacer lo mismo con mi abuela, ella le agarra del hombro para llegar bien a su altura y le da un sonoro beso en la mejilla—. Soy Biel.

—¿Tú eres Fidel? ¿El dueño de ésta casa? —No entiendo cómo mi abuela puede tener tan buena memoria para ciertas cosas, hace tiempo que le expliqué la pillada del dueño del piso.

Yo me vuelvo a estirar y me tapo la cara con el cojín del sofá. ¡Tierra trágame!

—Conchi, es Biel, no Fidel. – le aclara Sebi divertido.

—Que nombres tan raros os ponen últimamente. Bueno guapo, os dejamos a solas.

Me niego a volver a mirar, así que desde mi guarida bajo el cojín, escucho como se despiden formalmente y el ruido de la puerta al cerrarse. Los pasos de Sebi y Biel acercándose al sofá me obligan a respirar hondo y sentarme.

Biel lleva unos tejanos claros, una camiseta de manga corta negro y sobre ella una camisa a cuadros, lo que me hace preguntarme si no se estará asando con este calor, pero está tan guapo que decido que me importa un pimiento.

Me sonrío y de repente me pongo nerviosa, se me encoge el estómago y un retortijón se posa en mi intestino grueso.

—¿Cómo estás? – me pregunta acercándose al sofá

—Bien, con las pastillas no me duele, ahora solo tengo que acostumbrarme a caminar con ese invento del demonio.

Señalo las muletas que hay apoyadas en la puerta. Biel se acerca a ellas y les echa un vistazo.

—No tienen tan mala pinta —se las coloca correctamente y da un par de pasos—. Pero creo que están demasiado altas para ti, tendrías que regularlas.

—Claro Ali, seguro que sabes hacerlo —se cachondea Sebi.

Escuchar su voz me hace recordar que sigue allí con nosotros. Aprovechando que Biel está distraído toqueteando las muletas, se agacha a mi lado.

—Espero que tengas la habitación recogida —me susurra tan bajito que

casi no puedo oírle. Entonces se levanta y se coloca junto a Biel—. ¿Puedes subirla a su cuarto? Quiero barrer esto y echarme una siesta en el sofá. La subiría yo, pero le pesa el culo y con esos brazos de Superman que tienes estoy seguro que tú no tendrás problema. —le toca el bíceps y le guiña un ojo.

Lo miro con cara de gilipollas, entre sorprendida y aterrada. No sé si abofetearle, abroncarle por tirarle los trastos en mi hocico, o darle las gracias por dejarnos a solas. Cuando estoy en pleno debate veo como Biel se acerca al sofá y se agacha delante de mí.

—Vamos, cógete fuerte —estira los brazos. Pasa uno por debajo de mis rodillas y el otro por la espalda, bajo las axilas.

—No hace falta, puedo subir sola —le digo agarrándome fuerte a su cuello.

No tengo ninguna intención de subir a pie, con lo agustito que se está entre sus brazos.

—No me cuesta nada.

Me levanta con una fuerte sacudida y me apoya en su pecho. Su olor me rodea y respiro hondo. El nudo de mi estómago parece apretarse un poco más cuando pego mi cabeza a su pecho, escuchando el latido de su corazón, que va un poco más deprisa de lo normal debido al esfuerzo de subirme por las escaleras.

Cuando llegamos a mi cuarto, me deja de forma delicada sobre la cama, apoyando primero mi espalda en el cabecero y luego las piernas sobre el colchón. Mira alrededor disimuladamente. Tengo un par de pantalones sobre el respaldo de la silla del escritorio, las bambas en el suelo junto al armario y un par de papeles sobre la mesa, pero por suerte no hay ningún tanga sucio por el suelo, ni está abierto el cajón desastre de los calcetines así que, dentro de lo que cabe, no está tan desordenada.

Biel no parece preocupado en como tengo mi cuarto, porque coge la silla y la acerca a la cama. Yo chisto para mí por no haber sido lo suficientemente rápida de ofrecerle sentarse a mi lado.

—¿Qué querías contarme?

—Primero tú —le digo sonriendo y señalándole con el dedo.

Él suelta una carcajada y se acomoda en la silla.

—Está bien, no es nada importante. Solo quería avisarte que Emma está en París con su madre las próximas dos semanas, así que tienes vacaciones.

¿En serio, eso es todo lo que tienes que decirme después de la otra noche? Vale que no esperaba una declaración de amor, pero si algo al respecto. Supongo que no puedo evitar mi cara de decepción porque se da cuenta y la malinterpreta.

—Aunque no sé si podrás aprovecharla muy bien —dice mirando mi pierna vendada.

Me importa una mierda las dos semanas de vacaciones, sobretodo porque si no

tengo que dar clases a Emma significa que no tengo excusa para verlo.

—Bueno, solo tengo que guardar reposo una semana, me quedan otros siete días para hacer locuras como puenting o pasear por algún barrio chungo en plena noche. —digo sin ocultar mi desgana.

—No es mala idea, y si el puenting te da hambre siempre puedes venir a cenar conmigo.

Esto ya me gusta un poco más.

—Cierto, si no recuerdo mal tenías pensado invitarme a comer, así que sería descortés no aceptar esa invitación.

—Sí, me sentiría ofendido.

Nuestras miradas coinciden y de repente no importan el par de pantalones tejanos que hay sobre el respaldo, solo me importa esa mirada profunda y ese par de labios carnosos que se humedecen. Veo como Biel se inclina hacia delante y se levanta unos pocos centímetros del asiento. Yo hago lo mismo y levantando el culo, me hecho encima de él, esperando el contacto de su piel. Pero algo va mal, porque ese contacto no llega, en su lugar Biel vuelve a sentarse con algo rosa en la mano. Yo disimulo rascarme bajo el muslo derecho y vuelvo a mi posición inicial, un poco más colorada que hace un momento.

—Creo que esto es tuyo —me dice ofreciéndome la tela rosa que tiene en su mano.

Es un tanga de cerditos, porque se trata de mi vida, no de ninguna película romántica de esas que tanto me gusta ver los domingos de invierno.

—Juro que está limpio —digo cogiéndolo y metiéndolo rápidamente bajo la almohada. No puedo asegurarlo al cien por cien, pero rezo porque así sea.

Biel se carcajea y niega a la vez con la cabeza, como quitándole importancia al asunto.

—Es tu turno. ¿Qué querías decirme?

Ha llegado el momento de juntar todo el valor que encuentre por mis entrañas y afrontar el tema con toda la dignidad posible, teniendo en cuenta que acaba de encontrar uno de mis tangas bajo su culo.

Verás, es sobre la casa —hago una pausa y contemplo su expresión, pero sigue tranquilo, así que continuo— Ya no nos queda casi tiempo y aún no hemos encontrado nada para mudarnos.

—Sí, el mundo inmobiliario está muy mal últimamente.

No tiene intención alguna de ayudarme en mi propósito.

—Toni ya se ha marchado —que quede claro que somos uno menos—, y Sebi y Carla me han preguntado si cabría la posibilidad de que nos des un poco más de tiempo.

Biel se lleva la mano al mentón y se acaricia la suave barbilla pensativo.

—Quizás un mes más, lo justo para que nos dé tiempo de encontrar otra cosa. De verdad que hemos estado mirando, pero todo son pisos apestosos o demasiado caros para nosotros.

—Si buscáis algo como ésta casa no lo vais a encontrar, y mucho menos a buen precio.

—Lo sé...

Se queda en silencio. A lo lejos se oye una televisión. Sebi debe haberse puesto alguna película. O eso o la ha encendido para disimular y está en el pasillo escuchando a hurtadillas.

Biel me mira serio.

—Así que queréis más tiempo... Y dime, ¿Por qué debería dároslo? Me mentisteis.

No está enfadado, lo noto en su voz, así que me animo un poco.

—Porque somos buenos, tenemos la casa en perfectas condiciones y como tú has dicho, el mundo inmobiliario está muy mal últimamente, así que te costará mucho encontrar nuevos inquilinos.

—Chica lista —apunta. Suelta un sonoro suspiro y se echa hacia delante, apoyando sus codos sobre las rodillas—. No os daré más tiempo.

Yo resoplo y me estiro en la cama, mirando al techo.

—Haré algo mejor, os dejo quedaros —abro muchos los ojos y me incorporo de repente, poniendo toda mi atención en sus palabras—. Pero con dos condiciones.

—Claro, claro, todas las que quieras.

—La primera es que os subo el alquiler a ochocientos cincuenta euros y no pienso bajarlo, recuerda que su precio inicial era de mil y os lo rebajé porque me caísteis bien. —Asiento con la cabeza enérgicamente, ya haré cálculos más tarde—. Y la segunda es que en el contrato constaréis los tres y no puede entrar nadie más en esta casa.

—Eso está hecho, nadie más, solo los tres.

—Pero esta vez de verdad, eso significa que puedo venir cuando quiera a comprobar que cumplís con todo lo acordado.

—Cuando quieras, siempre tendrás las puertas abiertas de tu casa.

No puedo estar más feliz, no me creo que haya aceptado sin muchos problemas. No puedo dejar de sonreír, estoy tan contenta que no me lo pienso y me tiro sobre él para aplastarlo con uno de mis abrazos succionadores. Él me responde colocando las manos sobre mi cintura y acercando sus labios a mi oído.

—No vuelvas a mentirme.

Yo me aparte un poco para poder mirarlo a los ojos.

—Lo prometo.

Estando tan cerca y tan juntos, recuerdo el motivo principal por el que quería verlo. Se comporta con normalidad, como si el viernes por la noche no nos hubiésemos visto, y yo me pregunto si tal vez aquél beso solo fue el resultado de un poco de alcohol mezclado con sus problemas con su exmujer. Quizás los años de diferencia que nos separan suponen que un par de besos húmedos con una chica de veintisiete años una noche cualquiera en su coche no son más que un pasatiempo divertido, cuando para mí fueron algo más.

No soy ninguna cría enamoradiza, pero desde la otra noche no he podido sacármelo de la cabeza y estado ahora tan cerca, solos en mi habitación, me apetece ponerme a horcajadas sobre él y besarlo sin descanso. Pero una mezcla de desilusión y rabia por mí misma se acomodan en mi estómago, de manera que me separo un poco y vuelvo a sentarme sobre la cama.

—¿Estás bien? —me pregunta serio al ver como mi rostro ha cambiado de la ilusión a la pena en solo unos segundos.

—Sí, claro, es solo que empieza a dolerme un poco —miento.

—Será mejor que me vaya y te deje descansar —se levanta de la silla y, alisándose con las manos los tejanos, se acerca a mí para despedirse.

Agacha la cabeza y la coloca muy cerca de mi mejilla derecha, rozando su oreja con mi pelo.

—Ahora estás cansada —me susurra con la voz ronca—, pero tenemos que hablar del beso de la otra noche. No me gusta quedarme a medias.

Deposita un corto beso en la comisura de mis labios y desaparece por la puerta sin decir más, dejándome con cara de lerda y un repentino calor entre las piernas.

CAPÍTULO 27

Esto hay que celebrarlo

En cuanto les di las buenas noticias a Sebi y Carla, lo tuvimos claro. ¡Esto hay que celebrarlo! Así que creamos uno de esos odiados grupos de Whatsapp de los que es imposible salir una vez que han cumplido su objetivo, y planeamos un fiestón para el viernes por la noche, así a mi tobillo le daría tiempo de recuperarse.

Es por eso que llevamos toda la tarde como locos limpiando y decorando la casa. Carla se ha encargado de la comida y del alcohol, trabajar de camarera en un pub tiene sus ventajas. Sebi ha limpiado a fondo la planta baja y el baño y entre Gema y yo nos hemos encargado de la decoración.

Hemos reutilizado los adornos que tenía Gema de la verbena y colocado unos cuantos globos de helio atados a las sillas. En una de las paredes del recibidor hemos puesto una cartulina con diferentes colores y un marco de mentira a modo de photocall, y a los pies está la mesita de centro con recortes graciosos que Gema y yo hemos hecho a lo largo de la semana. El comedor se compone básicamente de dos mesas largas llenas de vasos de plástico y comida. El espacio libre está lleno de sillas plegables sin ningún tipo de sentido entre ellas, desperdigadas por toda la habitación.

A las once ya está la casa llena de gente que va arriba y abajo cogiendo comida y vasos de las mesas. Sergio ha traído su portátil y nos está haciendo de DJ, puede ser todo lo friki que queráis, pero es un crack a la hora de escoger música.

Las dos amigas de Carla están en plena caza de anaconda mientras que la rubia no deja solo a Héctor ni que le paguen. Es el típico chico resultón de gimnasio que cree que se nos caen las bragas cada vez que nos enseña sus oblicuos, pero es más tonto que un zapato sin suela.

Gema, Sebi y Fer ya han olvidado todo condimento sólido y se están pimplando la sangría de cava que da gusto mientras que el resto, como yo, han preferido la cerveza.

Después de toda la mañana decorando la casa, me he levantado de la siesta con una pequeña molestia en el tobillo, así que me he tomado una de mis pastillas milagrosas y he dejado aparcadas mis muletas en la habitación, no quiero verlas ni de lejos.

Me acerco a Javi, que ha venido con un par de amigos. Está guapo, se ha dejado un poco de barba y lleva el pelo más corto por los lados. Hasta que no lo he visto entrar por la puerta, no me he percatado de los días que hacía que ni hablaba con él.

—Te veo muy bajita esta noche —me dice mirando mis sandalias planas.

—Como comprenderás no puedo subirme a uno de mis zapatos hoy —le digo ignorando la forma en que se me engancha la letra erre cuando la pronuncio.

Solo llevo dos cervezas, pero creo que debería comer algo más si no quiero caer pedo en la próxima ronda. Una de las amigas de Carla coge al amigo pelirrojo de Javi y llevándolo al medio de la habitación, se pone a perrear al ritmo de Juan Magan, así que la gente se anima y en menos de cinco minutos se ha improvisado una pista de baile.

Me acerco a la mesa a por un puñado de Doritos y cojo otra cerveza. Alguien se me acerca por detrás y me ayuda a abrir el botellín.

—Nena, ésta es la última que te tomas, vas doblada —es Sebi.

—¿Pero qué dices boquerón? Voy la mar de rrecta —me pongo tiesa y con los brazos en cruz lo miro levantando la cabeza.

—Recta te voy a poner yo como te meta una de tus muletas por el culo —me tira del brazo y me lleva al centro—. ¡Vamos a mover el culo, lisiada!

Pasamos la siguiente hora entre risas, bailes y brindis sin sentido.

—Brindo por mil fiestas más en esta casa —grita Sebi levantando su vaso de plástico.

—Y por mil resacas en ese sofá —grita Carla desde la esquina.

—Yo brindo por más chupitos como éste —esa voz no la he reconocido.

—Tócala otra vez Sergio —grito yo, derramando lo poco que me queda del botellín al levantarlo al aire.

Sergio me hace caso y vuelve a poner mi canción preferida. Me dejo ir y muevo mis caderas sin sentido ninguno, saltando con los ojos cerrados para notar más la vibración de la música. Javi se acerca por detrás y baila conmigo cogiéndome de las caderas, frenando un poco mi locura.

—Ésta noche estás desfasada.

—Ésta noche estoy feliz —e digo rodeándole el cuello con mis brazos.

No tengo que ponerme de puntillas, lo que me hace darme cuenta que es más bajito de lo que recordaba.

Sebi y Fer se han escabullido escaleras arriba y Gema y Sergio están bromeando felices junto al portátil. Todo el mundo lo pasa bien y los vecinos no parecen muy molestos por el ruido. Sin duda ésta será una noche para recordar.

—¿Quieres que subamos a tu cuarto? —Me susurra Javi muy cerca del oído.

Yo me aparto riendo porque me hace cosquillas con su nueva barba.

—¿Y qué quieres hacer en mi cuarto? —bromeo—. Allí no hay música.

—Para lo que quiero hacer no me hace falta música.

Cogiéndome de la cintura, me planta un buen beso en los labios, de esos que piden más y que tanto me gustan. Le contesto de igual modo y al ritmo de la música vamos llegando al pie de las escaleras. Javi me coge a caballito y subimos corriendo. Definitivamente va más sobrio que yo porque si no habríamos caído rodando escaleras abajo.

Pasamos la habitación de Sebi, que está cerrada, y entramos en la mía riendo. Javi se gira y me suelta en la cama. Antes de tocar el colchón lo empujó con la pierna y los dos caemos juntos. De repente, mientras me besa el cuello, me siento incómoda. Esto que antes era tan natural y fácil, ahora me resulta raro. Le agarro del pelo y coloco su cabeza frente a la mía. Cuando al fin consigo enfocararlo, veo su gesto contrariado.

—¿Qué te pasa?

—Nada, sigue melón.

Sonríe y vuelve a crear un caminito de besos húmedos desde mi oreja hasta el cuello. Yo no dejo de revolverle el pelo. Y entonces me doy cuenta.

Lo aparto otra vez y me levanto de la cama, colocándome con las piernas abiertas esperando que la habitación deje de moverse. Él se siente y resopla.

—¿Quieres que bajemos?

—No, no. Tienes mucho pelo. ¿Desde cuando tienes tanto pelo?

Javi levanta una de sus cejas y me mira incrédulo. Finalmente se levanta alisándose los pantalones y soltando una risita me pone uno de sus brazos sobre los hombros.

—Anda, volvamos abajo, creo que necesitas beber un poco de agua.

—No tienes la cabeza suave —le dijo ignorando sus palabras y pasándole nuevamente la mano por el pelo.

—En los huevos no tengo pelo, si quieres puedes tocarlos —se cachondea.

—No, ya los he tocado antes y tampoco son suaves.

Finalmente consigue que salgamos de la habitación y me acompaña a la cocina. Yo me siento en uno de los taburetes mientras me da un vaso de agua fría. Me lo bebo de un sorbo y vuelvo a dejarlo sobre la mesa.

—Ya está.

—Bien, volvamos al comedor anda, a ver si bailando se te baja el pedo.

—Ves tú, ahora voy.

Cuando desaparece por la puerta corro a la nevera a coger otra cerveza y

esquivando a las amigas de Carla en el photocall improvisado, salgo por la puerta y corro hasta la acera.

Aunque son casi las dos de la madrugada, no hace nada de frío. Camino calle abajo con mi botellín de cerveza en la mano, pero cuando voy a darle un sorbo me doy cuenta que no lo he abierto antes de salir.

—Mierda, tengo sed.

Me pongo en cuclillas y cogiendo el botellín por el culo lo muevo en dirección al bordillo, pero no atino y el movimiento del brazo me hace perder el equilibrio y darme un buen culazo contra el asfalto. Se me escapa la risa.

—Ja, Ja. Sshtt, calla que te van a oír —me abronco a mí misma.

Riendo por lo bajo vuelvo a intentarlo, esta vez con más fuerza. La boca de la botella estalla en mil pedazos, llenando el suelo de trozos de cristal y manchando mis manos de cerveza y espuma. Me chupo las manos para limpiarme y luego las seco en mi camiseta nueva.

Me levanto dejando los restos de mi fallido intento en el suelo y camino calle abajo hasta que veo pasar un taxi con luz verde.

Levanto la pierna divertida a la vez que le doy el alto con la mano derecha.

—¿Dónde va? —me pregunta el taxista, un hombre gordo y con bigote hitleriano que da bastante grima.

Le digo mi destino y entro al taxi. Huele rancio, pero el asiento trasero es muy cómodo, así que me relajo y apoyo la cabeza en el respaldo.

El trayecto no dura más de veinte minutos, pero cuando paramos y me informa que hemos llegado me llevo una decepción.

—¿Ya? Jo, estaba siendo divertido. ¿Sabe usted que conduce como una montaña rusa? Mis felicitaciones Hitler. —Y le ofrezco una de mis manos.

—¿Cómo dice? —me pregunta contrariado. A mí se me escapa la risa y como veo que ignora mi mano extendida, me acerco a la puerta y la abro para salir.

—Son dieciséis euros, señorita.

Registro los bolsillos de mi short tejero pero lo único que encuentro son dos horquillas y mi teléfono móvil, ni un mísero céntimo que ofrecerle al taxista.

Me acerco y asomándome por el hueco que hay entre los dos asientos delanteros, pongo la mejor de mis sonrisas.

—Verá, acabo de darme cuenta que he salido de casa sin dinero, lo siento mucho —Su cara empieza a volverse oscura y pasa de tener dos, a una sola y peluda ceja—. ¿Le sirve un abrazo?

—Mira niña, o me pagas o llamo a la policía.

Resoplo porque después de haber roto mi botellín de cerveza lo último que me

apetece es pasarme la noche en la comisaría. Miro en dirección a la puerta abierta con la esperanza de que pase volando un billete de veinte euros, pero en lugar de eso caigo en la cuenta de donde estoy y se me ocurre la solución a mi problema. Me giro de nuevo en su dirección.

—Don't worry driver —le ofrezco mi móvil—. yo le dejo un momento mi teléfono móvil y en un periquete estoy aquí con su dinero.

Él coge el móvil y yo salgo del coche. Ha puesto mala cara, pero supongo que no le queda más remedio que esperar que cumpla mi palabra.

—No ponga esa cara hombre, que ese móvil vale más de dieciséis euros – le grito mientras me alejo.

Me acerco a la portería y apoyándome en la pared me fijo en los timbres. No veo los números, pero coloco uno de mis dedos en el botón de abajo y contando voy subiendo filas hasta la cuarta. Hay dos botones. Estoy pensando cual será cuando el claxon del taxi me asusta y los pulso ambos.

Espero unos segundos, pero nadie contesta, así que pulso de nuevo, ésta vez solo el segundo.

—¿Sí? —me contesta la voz de una mujer.

—¡Hola Emma! Soy Alicia Morales —grito.

—¡Estas no son horas! —y cuelga.

Quizás no era Emma, ella es más simpática. Esta vez pulso el primer botón y lo dejo apretado unos segundos.

—¿Quién es? —contesta un Biel somnoliento.

—¡Soy yo!... ¿Qué vienes a buscar? ¡A ti! —canto.

Me pongo a reír y Biel cuelga. El taxista vuelve a tocar el claxon.

—¡O vienes ya o llamo a la policía! —grita. ¿Qué ha sido del “señorita”? Menudos modales se trae el viejo.

Ante su insistencia vuelvo a llamar.

—Cómo vuelvas a molestar llamo a la policía.

—Qué pesados todos con llamar a la policía...

—¿Alicia? ¿Eres tú? – su voz suena ahora extrañada.

—¡Síii, holiis!

—¿Estás bien?

—Sí, sí, perfectamente. Verás, necesito un favor. ¿No tendrás alguna monedita suelta, ¿verdad? Mira en el bolsillo del pijama que seguro encuentras algo.

Lo oigo resoplar al otro lado.

—Espera un segundo, ahora bajo.

Yo vuelvo contenta al taxi, donde el gordo bigotudo me mira más ceñudo que nunca. ¿Es humo lo que sale de su nariz? Quizás es un moco...

—Ahora le pago —le sonrío apoyada en el taxi.

Biel tarda dos minutos en bajar. Lleva un pantalón de deporte y una camiseta de manga corta. Tiene los ojos un poco hinchados. Con una mano se frota la cabeza mientras sujeta la cartera con la otra.

—¿Qué diablos pasa Alicia?

—Dieciséis euros, señor —le contesta el taxista sin darme tiempo a contestar.

—Sí, por supuesto —busca en su cartera y le ofrece un billete de veinte—. Quédese con el cambio.

Coge el billete y enciende el motor. Yo me cuelo por la ventana del copiloto y con medio cuerpo dentro el coche me hecho sobre él para arrebatarse el móvil del regazo.

—¡El móvil es mío, ladrón!

Lo cojo por los pelos, porque en cuanto pongo los pies en el suelo el taxi arranca y se pierde calle abajo. Me giro besando la pantalla de mi Iphone y, cuando miro para arriba, me encuentro a un Biel ceñudo.

—¿Me vas a contar que está pasando?

—Sí claro, es muy divertido ya verás —¿Por qué sigue enganchándose la erre? Le cojo del brazo y lo arrastro en dirección a su portería—. Estábamos en casa celebrando que nos podemos quedar, así que me ha entrado sed y he salido a la calle a abrir la cerveza, pero se ha rroto y he tenido que coger un taxi para venir hasta aquí.

Por la cara que pone no entiende nada de lo que le digo, pero en lugar de dejarme sola en la calle o de llamar a otro taxi para que me lleve a casa, coloca su mano en mi espalda y me acompaña hasta el ascensor.

—En resumen, vas borracha.

—Solo un poquito —le digo juntando mi dedo índice y pulgar frente a su cara. No puedo contener una carcajada.

Subimos en silencio hasta la planta cuarta y entramos a su piso. Todo está a oscuras, excepto la lámpara de pie que hay junto al sofá. Me pide que me siente y va a la cocina. Yo le hago caso, pero en cuanto pongo mi culo en el sofá, todo empieza a moverse arriba y abajo como si estuviese en un crucero. Apoyándome en el reposabrazos me levanto y me acerco a la cocina luchando contra el vaivén del parqué, que tampoco deja de moverse.

—¿Siempre se mueve tanto tu casa?

—Sólo cuando hace mala mar —me contesta ofreciéndome un vaso de agua. Qué

manía tiene la gente con darme agua, yo quiero cerveza.

Le doy un sorbo largo y dejo el vaso sobre la encimera. Me percató de que Biel no sonríe y eso me hace sentirme mal, quizás no debería haber venido, ni siquiera sé qué hago aquí.

—Lo siento – le digo haciendo un puchero.

—Mañana lo sentirás más, estoy seguro —me dice menos serio que antes.

Sonrío enseñando hasta los empastes y doy una palmada al aire. Eso le hace reír. Está guapo siempre, pero ahora, con esos ojos somnolientos, esos hoyuelos divertidos que le aparecen en la comisura de los labios y esa postura tan sexy, apoyando en la encimera con los brazos cruzados, me parece irresistible.

Tan irresistible que no me lo pienso dos veces y cruzo en dos zancadas el espacio que nos separa hasta colocarme frente a él, tan cerca que noto como sube y baja su pecho cada vez que respira.

Me pongo de puntillas, levanto la cabeza para poder mirarlo a los ojos y apoyo mis manos en su pecho para no perder el equilibrio. Él se tensa y descruza los brazos, apoyándolos en mis hombros. No me aparta, pero tampoco da un paso más. Yo subo un poco más la cabeza hasta que llego a sus labios y empiezo a salivar. Noto como la saliva me inunda la boca y trago, estoy deseando probar sus labios una vez más. Pero cuando estoy a solo un pelo de gamba de su boca, la saliva vuelve a inundar mi paladar, seguida de una fuerte arcada. Bajo la cabeza justo cuando viene la segunda arcada, acompañada de un asqueroso vómito con olor a rancio y a cerveza pasada. Instintivamente Biel me aparta de él con un pequeño empujón, pero ha sido demasiado lento, he puesto perdida toda su camiseta y el dobladillo de los pantalones.

Voy a pedirle perdón cuando me viene una tercera arcada, pero esta vez va todo al suelo. Me quedo apoyada en el mármol, con la cabeza agachada hasta que me aseguro que mi estómago no va soltar nada más. Entonces me incorporo limpiándome la boca con el dorso de la mano y sin mirarlo le pido perdón de nuevo.

—Lo siento —no contesta—. Ahora lo limpio, solo dame un minuto.

Noto un movimiento a mi espalda y me giro despacio. Biel se ha quitado la camiseta manchada y la tiene arrugada en la mano. Me da tanta vergüenza lo que acaba de pasar que ni siquiera disfruto de las vistas.

—Lo siento mucho, de verdad, yo te compro otra camiseta.

—No pasa nada, pero siéntate aquí mientras voy a lavarme un poco —me acerca uno de los taburetes y se mete en el baño cerrando la puerta.

No le hago ni caso y, en lugar de sentarme como me ha dicho, me acerco al armario donde guarda la fregona y me pongo a limpiar el estropicio. Todo va bien hasta que la escurro. Hago más fuerza de la necesaria y el palo se tuerce, haciendo que el cubo caiga de lado y se esparza toda el agua sucia por el suelo. Yo caigo agarrada al palo y me doy con el cubo en la frente.

—¡Ayy!

Me quedo estirada, con la mano en la frente para amortiguar el dolor hasta que me quedo dormida.

CAPÍTULO 28

Noches de desenfreno, mañanas de ibuprofeno

Noto un dolor intenso en ambos lados de la cabeza, como si alguien se hubiese dedicado toda la noche a taladrarme el cerebro. Tengo los ojos pesados pero aun así me obligo a abrirlos.

La habitación está a oscuras, pero a través de los agujeros de la persiana entra un poco de luz, por lo que intuyo que ya es de día. Me tomo unos minutos para desperezarme con calma en la cama y finalmente aparto la sábana morada y me siento con los pies en el suelo. Un momento... ¿sábanas moradas? Esta no es mi habitación.

Me levanto de golpe sujetándome la cabeza con las manos para calmar el incesante dolor. Me acerco a la ventana y subo la persiana para ver la habitación.

Hay una cama de matrimonio de 1'50 en el centro, con un cabecero acolchado de color negro. A ambos lados hay dos mesitas de noche sencillas, también de color negro con una lámpara de madera oscura en cada una de ellas. Apoyados bajo la ventana hay dos cojines grandes, uno de color negro y el otro gris oscuro, a juego con las cortinas. Me giro en dirección a la puerta y veo un enorme armario oscuro ocupando toda la pared, con un espejo alto y ancho en la puerta central. En él veo a una Alicia con los ojos negros debido al maquillaje y que viste únicamente una camiseta de manga corta gris tan larga que le llega hasta las rodillas, pero lo que más me llama la atención es un pequeño chichón que ha aparecido en el centro de mi frente. Ni rastro de zapatos, bambas o ropa sucia por el suelo. Sin duda esta no es mi habitación.

Corro al armario y abro la primera puerta. Hay cuatro filas de estantes, con ropa cuidadosamente doblada. En la parte de abajo hay tres cajones. Abro entonces la puerta del espejo y veo perchas con americanas, camisas y pantalones. Estoy en casa de un tío, mierda ¿quién será? Cojo la percha que me queda más a mano y dejo los pantalones que hay en ella sobre la cama.

Me froto un poco los ojos en un intento fallido de quitar el maquillaje y cogiendo la percha con las dos manos y manteniéndola en alto abro la puerta intentando no hacer ruido. Ha llegado el momento de descubrir donde diablos estoy.

Frente a mí hay un pasillo largo con poca luz. Camino lentamente y con cuidado por él. Paso frente a dos puertas cerradas, la segunda de ellas con una enorme letra E de color rosa en el centro. Me paro en seco y acaricio ligeramente la letra. Yo esta

puerta la conozco. Bajo la mano derecha con la percha y la coloco en mi cintura mientras con la otra me froto la sien mientras pienso. ¿De qué me suena a mí esta puerta? Un ruido proveniente del final del pasillo me asusta y me hace caer en la cuenta. ¡Estoy en casa de Biel! Rápidamente retrocedo hasta la puerta de la habitación y me pego a la pared, como si eso me volviese invisible.

¿Cómo diablos he llegado hasta aquí? Haber Alicia, piensa. Anoche estabas de fiesta en casa. Había música y mucha cerveza. Te lo estabas pasando bien con Sebi, Fer y Gema. Y Sergio ponía la música. ¿Estaba Javi? Si creo que recuerdo a Javi, se está dejando barba, ahora va de hípster. Pero céntrate Ali, ¿estaba Biel en la fiesta? No recuerdo a ningún calvo... No, Biel no estaba. Entonces, ¿Cómo coño llegaste a su casa? Ostras, ¿Lo llamé?

Entro corriendo al dormitorio y busco mi teléfono móvil por todas partes, incluso bajo la cama, pero ni rastro de él. Entonces vuelvo a ver mi reflejo en el espejo y me percató de que la camiseta que llevo no es la mía. ¡¿Me acosté con él?! Me levanto la camiseta y veo que llevo un conjunto de encaje blanco de ropa interior. Respiro aliviada, al menos no llevaba las bragas de los Mininos que me compré en Primark. Resoplo resignada. No es justo que me haya acostado con él y ni siquiera lo recuerde. ¿Habrá estado bien?

No puedo quedarme más tiempo aquí encerrada, así que me atuso un poco el pelo, le doy un tirón a la camiseta como si así me fuese a tapar mejor el panderero y salgo al pasillo con aire decidido. Cuando llego a la cocina veo a Biel preparando algo muy concentrado. ¡Huele de maravilla! No se ha dado cuenta de mi presencia así que, tras unos segundos observándolo en silencio, respiro hondo y carraspeo.

Se gira sorprendido.

—Bueno días bella durmiente, ¿Cómo te encuentras? —se está riendo, lo sé por cómo se le marca el hoyuelo izquierdo más que el derecho, aunque intente disimular.

—Como si me hubiesen tirado un piano de cola sobre la cabeza —resoplo y me acomodo en uno de los taburetes, sin percatarme de que al sentarme se me ha subido la camiseta y mi muslo queda a la vista.

—No me extraña —se ríe Biel. Entonces se percata de algo y levanta una ceja—. ¿Qué haces con mi percha?

No me había dado cuenta de que aún la tengo en la mano. La escondo detrás de la espalda aunque ya no tenga sentido esconderla.

—Esto... se ha caído.

Me echa un vistazo rápido, dedicándole más tiempo del necesario a mi muslo, y se gira de nuevo para seguir con lo que hacía. Yo lo miro entretenida mientras jugueteo con uno de mis mechones. Unos minutos más tarde, mete una bandeja con lo que parecen macarrones al horno y vuelve a prestarme toda la atención.

—Puedes darte una ducha si quieres —me dice mientras se limpia las manos y deja el trapo sobre la encimera—. Esto aún tarda un rato.

—¿Por qué, huelo mal? —e pregunta oliendo mi axila.

—No, pero he pensado que querrías ducharte después de lo de anoche.

Claro, después del sexo siempre va bien una ducha.

—No tengo nada que ponerme —me apuesto la percha que tengo escondida en la espalda a que él sabe dónde está mi ropa.

Pasa por mi lado y se acerca al sofá. Yo lo sigo con la mirada y veo como coge algo y me lo enseña. Es mi ropa.

—Toma, mientras dormías la he lavado y he puesto la secadora. Aún está caliente.

Dios, a saber qué hicimos anoche para que mi ropa se manchase. Bajo del taburete y me acerco a él con la cabeza gacha. Cuando voy a cogerla echa la mano hacia atrás.

—Estás muy callada esta mañana.

Levanto la mirada hasta sus ojos y me encuentro con dos esferas azules que me miran risueñas.

—¿Yo? Qué va, estoy perfectamente —le muestro una sonrisa tan amplia que me duele hasta la mandíbula.

—Tienes toallas en el lavabo, y puedes coger el champú de Emma, es el rojo —me dice ofreciéndome de nuevo mi ropa.

Asiento y la cojo rápidamente. Con un simple “salgo en seguida” me escabullo al baño cerrando la puerta.

La ducha de agua fría me sienta de maravilla y, tras vestirme y lavarme un poco los dientes con ayuda de mis dedos y un poco de dentífrico, me encuentro mejor, a pesar de haber tenido que reutilizar mi ropa interior. Aunque el dolor de cabeza sigue presente, estoy segura que el alcohol y el misterioso chichón tienen la culpa. Rebuscando en los cajones encuentro un cepillo. Me arreglo el pelo y lo dejo suelto para que se seque solo.

Cuando vuelvo al salón con la camiseta gris en la mano, Biel está sentado en el sofá toqueteando el móvil. Se gira cuando oye mis pasos.

—Deja la camiseta por ahí —se levanta y cuando llega a mi altura me pregunta—. Tienes hambre?

—Estoy hambrienta, pero creo que antes necesito un ibuprofeno.

Suelta una carcajada sorda.

—No te preocupes, ahora te lo doy. Siéntate, que la comida ya está lista.

Me acomodo en el sofá para ver como trae una bandeja enorme de macarrones gratinados y la pastilla mágica. Me la tomo y me sirvo un poco de comida. Mi madre me enseñó modales y que una señorita debe comer lentamente y con la boca cerrada,

pero tengo tanta hambre que engullo mi plato y vuelvo a coger la bandeja para poner la mitad en mi plato.

—Parece que te gusta.

—Están buenísimos.

Comemos en silencio, con el sonido de la música de fondo. Biel termina primero, deja el tenedor sobre el plato y se acomoda en el respaldo con la cerveza en la mano. Le da un sorbo y de repente oigo su risa. Me giro en su dirección con la boca llena de tomate.

—Lo siento, soy un maleducado, no te he ofrecido cerveza —inclina su botellín en mi dirección—. ¿Quieres un poco?

Yo me limpio la boca con la servilleta y sonriendo aparto mi plato vacío.

—No gracias, prefiero agua.

—Sí, mejor, creo que la cerveza no te sienta demasiado bien.

No es justo que él pueda cachondearse de mí por algo que yo no recuerdo, así que me armo de valor y decido interrogarle.

—Vale, necesito que me cuentes qué pasó anoche.

—Pasaron muchas cosas, deberías concretar un poco más que quieres que te cuente.

Todo, quiero que me lo cuentes todo coño.

—Pues teniendo en cuenta que lo último que recuerdo es estar bailando con Sebi y Gema a ritmo de Juan Magan, puedes contármelo todo.

—¿En serio no recuerdas nada? —Se incorpora un poco y deja la botella ya vacía sobre la mesa.

Yo niego avergonzada y subo las piernas al sofá, cruzándolas. Creo que la narración será larga, así que mejor ponerse cómoda.

—Está bien, te lo contaré todo, al menos hasta donde yo sé. —Se frota las manos divertido y se gira para quedar sentado de cara a mí—. Picaste al timbre en mitad de la noche diciéndome que necesitabas dinero, así que bajé y pagué al taxista que te había traído hasta aquí.

—¿Tuviste que pagar tú? —le pregunto sorprendida.

—Sí, no llevabas nada encima, solo tu móvil. Subimos a casa y te ofrecí un poco de agua —hace una pausa y sonrío pícaro. Está disfrutando a costa de mi olvido—. Luego te acercaste a mí dispuesta a besarme.

Me llevo las manos a la boca. Ahora que está contándome lo ocurrido no sé si quiero oírlo.

—Te pusiste de puntillas, hiciste morritos y... —se calla.

Yo lo miro entre intrigada y aterrada por lo que pueda decir. Biel sigue callado así que, tras unos segundos eternos de silencio, le apremio para que siga.

—¿Y?

—Me vomitaste encima.

—¡¡¿¿Qué?!! —Me levanto de un salto y con la boca abierta de par en par.

Me aparto del sofá y me pongo a dar vueltas a la vez que niego en voz alta. No puede ser, esas cosas no pasan nunca. ¿O acaso le habéis potado a alguien encima? No, eso no pasa.

Oigo la risa de Biel de fondo pero lo ignoro. Me estrujo el cerebro para intentar averiguar por mi cuenta si es cierto. Y entonces ato cabos. Mi ropa sucia, ese olor rancio en el pelo... Mierda, no me acosté con Biel, ¡le poté encima!

—No me lo creo... ¿En serio te vomité encima? —él asiente divertido.

¿Qué cené anoche? Espero que al menos masticase bien mi comida para no llenarlo de tropezones. ¡Dios qué asco! Yo estaría súper enfadada, pero él parece no guardarme rencor.

—Ostras lo siento muchísimo, a mí no me pasan estas cosas.

—¿Te refieres a que nunca has tenido una situación bochornosa?

—No, de esas voy sobrada, me refiero a que nunca le he potado a nadie encima.

—Bueno, no es algo muy común. Si te sirve de consuelo, a mí nunca me habían vomitado encima.

—Ohh gracias, eso me hace sentirme mucho mejor.

Los dos nos ponemos a reír. Haga lo que haga parece que él siempre lo olvida y no me guarda rencor. Le he mentado, le he roto el labio a su hija, le he montado una escena en plan telenovela delante de su hermana y ahora esto. Pero Biel siempre lo olvida y pasa página.

Una melodía interrumpe nuestras carcajadas. Reconozco mi móvil y guiándome por la música voy hasta el mueble del recibidor, pero justo cuando voy a cogerlo se corta la llamada. Era Sebi.

—¿Era Sebi? —me pregunta Biel cuando me ve entrar de nuevo en el salón. Yo asiento—. Lleva llamándote toda la mañana.

—Estará histérico.

Me disculpo y salgo a la escalera para devolverle la llamada. Responde al primer tono.

—¡¿Estás viva?! Secuestrador, si eres tú que sepas que no pienso darte un duro por ella, ya la puedes soltar.

—Soy yo, boquerón. Estoy bien.

—Me cago en tu pelo de estropajo, ¿dónde coño te has metido?

—Estoy en casa de Biel —respondo algo avergonzada.

—Te vas borracha en mitad de la noche y no contestas al... Espera, ¿en casa de Biel? —le oigo gritar al otro lado de la línea.

—Sí, por lo visto anoche vine hasta aquí en taxi.

—Pero pedazo de zorrón, ¿por qué no has empezado por ahí? —puedo notar lo emocionado que está solo por la voz, parece una adolescente de catorce años—. Aaaish, parece de película. Ella va borracha hasta su casa en mitad de la noche, él la recibe en gallumbos marcando paquete, ella se lanza a sus brazos cual diva y juntos se meten en la habitación para disfrutar de una noche loca de sexo salvaje.

—Pisa el freno peliculero, no nos hemos acostado —le susurro para que Biel no me oiga a través de la puerta—. Y no me extraña después de la que le monté anoche.

—¿No? —me pregunta decepcionado—. Pues lo siento mucho cariño, pero ese tío es maricón.

—¿Qué maricón ni que ocho cuartos?

—Qué sí, que te lo digo yo. No se acostó contigo la otra noche cuando os liasteis en su coche y no se acostó contigo ayer estando borracha. Maricón no, maricón perdío.

—¡Le poté encima! —le grito olvidándome por completa de susurrar.

—¿Qué?! No me lo creo —unos segundos de silencio—. ¿En serio?

—Sí...

Estalla en carcajadas. Siempre consigue contagiarme porque su risa es un show, pero en esta ocasión no me hace ni pizca de gracia, así que me despido de él diciendo que ya llegaré a casa y cuelgo sin esperar que deje de reírse.

Tener amigos para que se rían de tus desgracias.

CAPÍTULO 29

De loft rancio a dulce hogar

Cuando vuelvo dentro, Biel está enzarzado en la ardua tarea de fregar los platos. Dejo mi teléfono encima de la mesa y me acerco a él.

—Deja que friegue yo, después de la que te monté anoche... —no me apetece una mierda fregar los platos, pero se supone que como invitada debo ofrecerme.

Me coloco a su lado y acerco el grifo despacio, todo lo despacio que puedo con la esperanza de que sea el perfecto anfitrión y me diga que no es necesario, que ya termina él. Pero en lugar de eso, se seca las manos con el trapo y se echa hacia atrás.

—Sí, creo que es justo.

Nota mental: no volver a venir a casa de Biel a comer o cenar, te obliga a fregar los platos después.

Mientras yo enjabono la olla, Biel se coloca detrás de mí, apoyando la espalda en el mármol de la cocina y con las piernas cruzadas se dedica a observarme en silencio. No puedo verlo pero noto su mirada clavada en mi espalda, para ser relistas unos centímetros por debajo. Y eso me gusta.

Me gusta pensar que después de todo lo que pasó anoche, no me ha echado de su casa esta mañana como una niñata borracha, que no me juzga por las cosas descabelladas que hago y que tras esa fachada de padre adulto, se esconde un hombre con necesidades sexuales. Necesidades sexuales que estaría encantada de satisfacer.

Cuando termino noto su mano en mi cintura, así que me giro para encontrarme con su barbilla. Su colonia me inunda las fosas nasales y sin pensar en lo que pueda pensar me acerco a su cuello y aspiro su olor.

—Hueles de muerte.

Él me separa un poco y cogiendo mi barbilla la levanta en su dirección. Mi corazón empieza a bombear sangre muy deprisa y noto los latidos en mi oído. Me pregunto si él también los escuchará.

Lentamente acerca sus labios a los míos y deposita en ellos un corto beso. Demasiado corto para mi gusto. Aunque separa su boca de la mía, no se aparta, así que me dejo llevar.

Coloco mis brazos alrededor de su cuello, manchando la parte alta de su camiseta con mis manos mojadas, y poniéndome de puntillas le muerdo el labio inferior antes

de abrirme paso entre su boca y enlazar mi lengua con la suya.

Biel responde apretándome más a él, inundando mi boca con su saliva y convirtiendo su corto y soso beso inicial en un húmedo y caliente vaivén de lenguas pidiendo más. Notar su lengua acariciando la mía y el sabor de su saliva me vuelve loca. Necesito un poco más, así que sujeto sus caderas con mis manos y lo acerco a mí, tan pegado que noto lo duro que está.

—Ali... —susurra con voz ronca entre mis labios.

Entonces deja de besarme y empieza un peligroso camino de besos hasta el lóbulo de mi oreja. Yo suelto un suspiro de anticipación y le dejo hacer.

Me parece oír un teléfono a lo lejos, pero estoy tan concentrada en la morbosa sensación que me produce el contacto de sus labios en mi oreja, que no me doy cuenta que ese teléfono es el suyo hasta que para.

—¡Joder! —se queja con rabia.

Ante mi horror se separa para coger su móvil de encima del mármol. Mira la pantalla y resopla antes de llevárselo a la oreja y contestar.

—¿Qué quieres? —contesta seco.

Poco a poco su mal humor desaparece de su rostro mientras escucha a quién hay al otro lado de la línea.

—Ya lo sé, me he liado un poco. Tómate un café con él y nos vemos a las cinco allí —aprovecha la pausa para acercarse de nuevo a mí y pasarme un mechón de pelo por detrás de la oreja—. Está bien, nos vemos en un rato. Un beso.

Cuelga y vuelve a dejar el móvil donde estaba. Se apoya en el mármol unos segundos, respira hondo y se gira en mi dirección. Yo lo miro apenada, ya sé lo que va decirme.

—Tengo que irme —empieza. Al menos parece molesto por tener que interrumpir nuestro beso una vez más. ¿No se supone que no le gusta quedarse a medias? —. He quedado con Bea en el loft.

—No te preocupes, yo tengo que irme también —hago un gesto con la mano para quitarle importancia y trato de ocultar mi decepción dándome la vuelta y cogiendo mi teléfono de encima de la mesa.

Estoy caminando hacia la puerta cuando Biel me coge de la mano y me gira en su dirección.

—¿Quieres venir? —me pregunta.

—¿Ir a un loft en obras dónde está ese miembro de tu familia que me vio montar un bochornoso espectáculo el otro día? No, gracias.

—¿Y qué piensas hacer esta tarde?

—Pues aguantar las bromas de Sebi mientras me tumbo en el sofá con el

ventilador a todo trapo.

Me dedica una de sus sonrisas torcidas. Joder, qué guapo está.

—Te digo lo que vas a hacer esta tarde —sin soltar mi mano tira de mí hasta el recibidor y cogiendo las llaves del mueble salimos de su piso. Cierra la puerta y me lleva hasta el ascensor—. Voy a llevarte a tu casa para que te cambies, vamos a ir al piso de mi hermana para ver cómo avanzan las obras y luego tú y yo nos vamos a cenar.

—No pienso fregar más platos – me quejo.

—Y yo no pienso cocinar más hoy, así que ya puedes pensar donde me vas a llevar porque hoy invitas tú.

—¿Cómo? —le pregunto sorprendida—. ¿Pero dónde están tus modales?

—En el cesto de la ropa sucia, con mi camiseta llena de vómito.

—Creo que conozco un buen sitio donde llevarte a cenar, seguro que te encantará —es justo que lo invite.

Cuando abro la puerta de casa rezo para que no haya nadie o estén echando una siesta resacosa, pero mis deseos se hundén en cuanto la puerta hace ruido al cerrarse tras de mí.

—¡Cuidado que viene el aspensor! —Sebi sale de la cocina corriendo en mi dirección con la cabeza agachada y moviendo los brazos en alto—. ¡Todos a cubierto! ¡A las barricadas!

—¡A la mierda te vas a ir! – le contesto con un berrido.

Llega a mí y levanta la cabeza para ver que no he venido sola. Biel está de pie a mi lado conteniendo una carcajada ante el espectáculo de circo. Mi amigo, en lugar de avergonzarse y pasar de largo, le da dos sonoros besos en la mejilla y cogiéndolo del brazo lo lleva hasta el sofá, donde lo obliga a sentarse.

—Tú tienes que contarme todos los detalles —Biel me mira con los ojos bien abiertos y con cara de aturdido. No está acostumbrado a tantas confianzas—. No me puedo creer que después de tantos años y tantas borracheras juntos me haya perdido la mejor.

—Simplemente ignóralo, seguro que se cansa —le digo a Biel. Y mirando a Sebi le advierto—. Y tú no seas plasta, que nadie tiene la culpa de que tu vida sea tan aburrida que necesites las desgracias ajenas para ser feliz.

—Qué mal te sienta la resaca, chica.

—Os dejo solos un momento, voy a cambiarme.

Y echándole una mirada de advertencia a Sebi subo los escalones de dos en dos hasta llegar a mi cuarto. Por suerte la cama está tal y como la dejé el día anterior, así

que nadie en la fiesta aprovechó mi ausencia para darse un revolcón gratuito en ella.

Rebusco entre mi desordenado armario algo decente que ponerme. Quiero ir arreglada para la cena, pero no demasiado, no quiero presentarme en un piso en obras con mi modelito de primera cena con un ligue.

Finalmente opto por una falda de licra gris hasta las rodillas, una camiseta básica blanca tipo nadadora y un chaleco de cuero negro sin mangas. Me pruebo mis tacones altos, pero aún no me fío mucho de mi tobillo así que me descalzo y los cambio por unas sandalias planas de color negro con tachuelas plateadas.

Cuando voy al baño y me miro al espejo veo dos bolsas de la compra justo debajo de mis ojos, así que me pongo un buen pegote de corrector y me aplico polvos bronceadores por todo el rostro. Me doy una buena brochada de colorete en cada pómulos y con ayuda del eyeliner y rímel, vuelvo a darle algo de vida a mi mirada. En los labios me pongo un poco de gloss rosado para hidratarlos y listo.

Ahora toca hacer algo con el pelo, que ha quedado ondulado al dejarlo secar al aire. Me planteo coger la plancha y alisarlo, pero me llevaría demasiado tiempo y no me fío un pelo de lo que Sebi pueda estar hablando con Biel, así que me hago alguna que otra onda para darle un poco de gracia y lo dejo suelto.

Cuando vuelvo, veinte minutos después, los dos siguen sentados en el sofá charlando amigablemente.

—Ya podemos irnos —digo llamando la atención de ambos.

Se giran en mi dirección. Sebi me da su aprobación con un gesto afirmativo de cabeza y Biel se toma su tiempo para mirarme de arriba abajo. Cuando llega a la altura de mis caderas, veo como se muerde velozmente el labio inferior y no puedo evitar sonreír por dentro.

Sebi nos acompaña a la puerta y, cuando Biel ya ha salido, me agarra del brazo y me susurra muy bajo al oído.

—Esta es tu última oportunidad para demostrar que ese mozuelo no es gay.

—De gay no tiene nada —le contesto justo antes de salir por la puerta.

Cuando estamos subiendo al coche la voz de Sebi nos llega desde lejos en un berrido que se escucha en toda la calle.

—¡No la dejes beber! Le sienta muy mal.

Tardamos casi media hora en aparcar y tenemos que apresurarnos porque llegamos tarde y Bea no deja de llamarlo al móvil, así que vitoreo mi idea de no ponerme tacones.

Cuando llegamos son las cinco y cuarto y una Bea ceñuda nos abre la puerta.

—Ya era hora, no paran de preguntarme por mierdas que no entiendo.

Empuja la puerta detrás de Biel con la intención de cerrarla en mis morros. Sin duda no me esperaba. Yo estiro la mano para pararla y así salvar mi pequeña nariz.

—¡Ay, perdón! No te había visto... —me mira descaradamente de arriba abajo y finalmente sonrío—. Ey, tú eres la profesora de inglés.

—La misma —respondo entrando y cerrando la puerta.

El loft está el doble de sucio que la última vez que lo vi. Hay polvo por todas partes y el suelo está cubierto de escombros y restos de embalajes. Han puesto una cajonera blanca y un sofá oscuro cubiertos por un plástico transparente cerca del baño. Cuando me adentro más veo que han levantado una estrecha pared de pladour en lo que supongo será la cocina. El resto sigue exactamente igual.

Biel se pone serio y se acerca a un hombre vestido con una camisa de rayas y unas gafas redondas estilo Harry Potter. Éste le estrecha la mano.

—Tenemos un problema con la cocina. Habrá que preparar...

Mientras los escucho en silencio noto como Bea se coloca a mi lado. Me giro para mirarla y la descubro observando a su hermano y al hombre de las gafas con cara de pocos amigos.

—¿No te gusta como está quedando?

—¿Me preguntas si me gusta ver mi futuro piso lleno de polvo y yeso? —yo asiento divertida—. No, no me gusta. Yo solo quiero venir de aquí a unas semanas y encontrármelo todo en su sitio, pero mi hermano me hizo prometer que si lo metía en este lío tenía que meterme yo también.

Hace un puchero y sin previo aviso entrelaza nuestros brazos y me arrastra dirección a la pequeña terraza.

—Os dejamos solos, no queremos molestar —grita con voz chillona.

Yo miro horrorizada a Biel, pero él me sonrío y con un gesto de muñeca me anima a acompañarla.

Hace calor, pero desde la altura del piso nos llega una corriente de aire muy agradable que las dos agradecemos con un suspiro. Bea se saca un paquetito de plástico del bolsillo trasero de los shorts y empieza a liarse un pitillo. Cuando lo tiene listo me lo ofrece, pero yo niego con la cabeza.

No soporto los silencios incómodos que se crean con alguien a quién no conoces cuando por primera vez os quedáis a solas, así que, a pesar de que a ella parece no importarlo, yo lo mato de la manera más fácil.

—¿Vivirás sola? —en realidad no me importa si va a vivir aquí sola, con su novio o con la chica de la curva, pero es lo primero que se me ha pasado por la cabeza.

Estoy esperando algo como “a ti que te importa” cuando veo como acomoda su espalda en la barandilla y me mira con el pitillo entre los dedos.

—Antes vivía con mi novio, pero se nos gastó el amor de tanto usarlo. Cuando

me fui de su casa me puse a buscar y éste fue el piso que más me gustó. No es tan barato como yo buscaba, pero por ahora puedo permitírmelo, y no pienso convivir con nadie más en mi vida. Después de tres años recogiendo gallumbos cagados, creo que ya he tenido suficiente.

Me habla con tanta naturalidad y tanta confianza que es imposible no cogerle cariño. Ahora entiendo porque a Biel se le ilumina la mirada cada vez que habla de ella, supongo que es fácil quererla.

—Primero pregunté a Biel si podía irme con él un tiempo —continúa mientras yo asiento atenta—, pero me dijo que ya era mayorcita para vivir sola. Es muy suyo y supongo que no quiere tener a su hermana pequeña rondando por allí cuando se lleve a un ligue a casa.

La conversación empieza a tomar un cauce que me interesa.

—¿Tiene visitas nocturnas a menudo? —pregunto intentando ocultar lo mucho que me interesa su respuesta.

—Supongo que sí —sacude la ceniza con un gesto de pulgar—. Pero tú eres la primera que conozco.

¿Yo? Genial, Bea cree que me tiro a su hermano. Y no me importa, lo que de verdad me molesta es que no sea verdad. Abro ligeramente los ojos y con la mano derecha me señalo.

—¿Yo? —Ella asiente con una sonrisa en los labios—. Solo somos amigos.

Por supuesto que sí —se cachondea—. La semana pasada solo eras la profesora de inglés de Emma, ésta solo eres una amiga y la que viene solo serás una chica con la que se acostó una vez.

—Espero que sean más de una... —¡Mierda! ¿He dicho eso en voz alta?

Bea suelta una sonora carcajada que acaba contagiándome. Biel aparece entonces y nos sobresalta dándole un golpecito a Bea en el hombro. Ella se asusta y tira el cigarrillo balcón abajo. Los tres nos asomamos por instinto para ver cómo le cae a una señora en el moño. Ella no parece inmutarse y sigue charlando animadamente con su acompañante.

—Necesito que me hagáis un favor —le pasa un trozo de papel doblado a su hermana—. Son un par de cosas que hacen falta. ¿Podéis ir a la ferretería de la esquina?

—¿Más cosas? — contesta ella haciendo un puchero.

—¿Tú no querías un loft de estrella de cine? Pues es lo que hay.

—Dije un loft super molón — contesta ella entrando de nuevo al piso.

—Pues eso.

Cuando voy a seguirla Biel me para con el brazo.

—¿Estás bien? Si quieres puedes quedarte aquí conmigo.

—¿Y qué hago yo por aquí? —Niego con la cabeza—. Iré con tu hermana, es muy simpática.

Biel se muerde el moflete derecho y tuerce los labios a la vez que suelta un sonoro bufido.

—Sí, demasiado simpática a veces. No te creas todo lo que te cuente.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que me desvele alguno de tus más oscuros secretos? —le pregunto juguetona.

Biel me agarra de la cintura y acercándose más a él apoya su boca en mi oído izquierdo.

—Si quieres conocer mis secretos sólo tienes que preguntar.

Y dejándome ir vuelve dentro.

Cuando volvemos de la ferretería media hora más tarde, tengo la sensación de que conozco a Bea de hace años y no solo de unas horas. Sé que no tiene vergüenza, que le divierten los ancianos que caminan con bastón porque cree que de un momento a otro saldrán corriendo, que su ex era rubio y gordo porque no le importa el físico de las personas, que tiene un sexto sentido para calar a la gente y que su risa es demasiado estridente.

Dejamos la bolsa con el material en el suelo, junto a la puerta de entrada. Bea se dirige al baño veloz.

—¡Me meo!

Yo hago un barrido rápido a la estancia en busca de Biel. Lo encuentro de pie colocando algo en el ventanal de la terraza y mi mandíbula baja unos centímetros sin que me dé cuenta. Se ha quitado la camisa y tiene la espalda al descubierto. Es estrecho de cintura, pero sus hombros son más anchos de lo que me había imaginado y desde mi posición no atisbo a ver ni uno solo de esos pelos de chimpancé que algunos tienen en la espalda.

Cuando escucha la puerta del baño cerrarse se gira para buscarme, descubriéndome con la boca abierta, que se abre aún más al ver su torso. No hay ni rastro de abdominales ni de oblicuos, pero tiene un bonito vientre plano y unos pectorales bien definidos, con un estrecho camino de vello castaño en el centro. Pero lo que más me gusta son sus hombros, anchos y fuertes, seguidos de unos brazos fibrados que levantarían mi peso sin problema.

El sonido de una mosca pasando por mi lado me hace volver a la realidad, así que cierro la boca y con una sonrisa en los labios me acerco a él, que me mira divertido.

—¿Calor? —le pregunto.

Él levanta una ceja confuso, hasta que sigue la dirección de mi mirada y sonrío.

—No quería mancharme la camisa de polvo.

—Me parece correcto.

Y levanto mi pulgar de forma afirmativa. Me parece más que perfecto en realidad, por mí como si no vuelves a ponértela.

CAPÍTULO 30

Delicatessen

Cuando salimos son casi las ocho y media y por más que hemos intentado evitarlo, todos tenemos algún resto de polvo en nuestra indumentaria. Excepto la camisa de Biel, que está impecable.

—Bea, ¿te acerco a casa?

—No, he quedado para cenar en Plaza Cataluña, cogeré el metro.

Le da un beso a su hermano y luego se acerca a mí para abrazarme. Yo le respondo sonriente.

—Me ha gustado conocerte, espero verte pronto.

Y sin darme tiempo a contestar, se aleja a paso ligero hasta desaparecer entre la multitud de viandantes.

Observo como Biel mira a lo lejos, por donde ella ha desaparecido, con una pequeña sonrisa en el rostro.

—¿Nos vamos? —le pregunto, llamando su atención.

Asiente y juntos caminamos hasta el coche. Cuando llegamos y nos acomodamos en nuestro asiento me doy cuenta que aún no he decidido donde quiero llevarlo a cenar.

Estamos a final de mes y lo que Biel me paga a penas me llega para pagar mi parte del alquiler, así que mi nivel de ahorros roza peligrosamente los números rojos. Me gustaría llevarlo a un buen sitio, quizás un italiano bonito o aquel mejicano que tanto me gusta, pero todo sitio que se me ocurre sería una violación aberrante a mi cuenta corriente, así que solo hay un sitio al que pueda llevarlo.

—¿A dónde vas a llevarme a cenar? —pregunta abrochándose el cinturón y girando el contacto.

—Es una sorpresa —contesto—, yo te guío.

Veinte minutos después le pido que aparque. Él me mira desconfiado y yo asiento para apremiarle a que pare el coche. El aparcamiento está casi lleno, pero encontramos un sitio libre junto a la rampa de salida.

Biel para el motor y girándose me echa una mirada.

—Es una broma, ¿no?

—Claro que no —y muy sonriente me bajo del coche.

Tarda unos segundos en bajar, pero cuando al fin admite que no bromeo me sigue hasta la entrada del McDonald's.

Está abarrotado de gente, como de costumbre, así que rápidamente me coloco al final de la cola. Él me sigue arrastrando los pies, supongo que con la esperanza de que en el último momento confiese que me estoy quedando con él y lo lleve a otro sitio, pero eso no va a pasar. Me giro para mirarlo de frente y con mis dedos le subo la comisura de los labios para formar una sonrisa de payaso.

—Gracias Ali, es un sitio increíble —digo poniendo voz grave—. Será un placer compartir una bonita velada contigo.

Consigo que la falsa sonrisa se convierta en realidad.

—Lo siento, es que aún tengo la esperanza de que estés de broma.

—Pues ya puedes dejar de pensarlo o la decepción será mayor.

—¿Sabes? Tenía intención de pagar yo cuando nos diesen la cuenta, pero viendo el sitio creo que invitarás tú —me dice mientras avanzamos en la cola.

—¿Qué pasa, el arquitecto tiene el morro fino? —bromeo sacando ya el monedero.

—He venido muchas veces, a Emma le encanta, es solo que nunca imaginé que vendría a cenar aquí con una chica.

—Pues yo te desvirgo —le digo al llegar a la caja y justo antes de pedir.

Nos cuesta más encontrar una mesa libre que un aparcamiento, así que tenemos que conformarnos con sentarnos en una de las barras largas con taburetes. Intimidación cero.

Nos sentamos con los taburetes ligeramente inclinados hacia dentro para poder vernos las caras, de manera que nuestras piernas se rozan.

—¿Te lo has pasado bien esta tarde? —me pregunta cogiendo una de sus patatas y llevándosela a la boca—. Sé que no era el mejor plan para un sábado por la tarde.

—Mejor que quedarme tirada en el sofá flagelándome por haberte vomitado encima, sí era —como siempre mi hamburguesa está mal montada, así que al darle el primer mordisco se me escapa un trozo de pepinillo por la otra punta.

—Ya no me acordaba.

Suelta una carcajada y me hace sonreír. Ya no parece tan molesto por el sitio que he elegido para nuestra cena.

Ahí sentado, subido al taburete con las piernas ligeramente cruzadas, una hamburguesa grasienta en una mano y una cerveza fría en la otra, me parece diez años más joven. Me viene a la mente mi primer noviete de instituto, con el que comí

y cené mil veces en un sitio como el de hoy. Pero Biel no tiene nada que ver con aquél novio, y no solo por la ausencia de pelo en su cabeza.

Le escucho hablar de lo que quiere hacer en el loft de Bea y de cómo quedará y por mucho que me interese lo que me está diciendo no puedo dejar de pensar en lo suaves y apetecibles que son sus labios. Cada vez que coge el vaso de cerveza imagino que sentiré cuando acaricie mi cuerpo con esas manos. Y el hecho de que me acaricie la rodilla de vez en cuando, no ayuda a que mi calenturienta mente se enfríe.

—¿Quieres postre? —me pregunta limpiándose las manos con la servilleta—. Invito yo.

Decido que ha llegado el momento de marcar la diferencia entre una cita de adolescentes y la nuestra.

—¿Y si me invitas al postre en tu casa?

Un fognazo de deseo le cruza la mirada. Me mira en silencio unos segundos, analizando mi expresión, pero yo me mantengo seria, no tengo la menor intención de que me tome a broma.

—Si es lo que quieres...

—Es exactamente lo que quiero —digo levantándome y cogiendo mi bolso de encima de la mesa.

Me contoneo más de la cuenta hasta la salida, y cuando Biel llega a mi altura y me agarra de la cintura para acompañarme a la puerta me doy cuenta que ha llegado el momento de admitir que algo se está despertando en mi interior. Lo que empezó siendo un juego tonto con un objetivo claro se ha desdibujado tanto que ha perdido todo su sentido inicial.

Si me atrevo a analizarme me doy cuenta que ya no es simple atracción sexual lo que siento, ni simpatía, ni amistad. Algo más grande y peligroso empieza a abrir sus alas en mis entrañas y me encuentro en la peliaguda situación de decidir si se las corto de raíz o dejo que siga su naturaleza y emprenda el vuelo.

El ruido del motor y la música nos acompañan de camino a su casa. Biel no deja de echarme miradas en todo el trayecto, tal vez buscando mi contacto para iniciar una conversación trascendental, pero yo me hallo inmersa en mis pensamientos y mi lucha interior con el maldito pajarraco de mi estómago, que no deja de dar saltos el muy cabrón.

Cuando llegamos entro tras él y, con la excusa de echar un río, me escabullo al baño a ordenar mis ideas.

Me coloco frente al espejo y contemplo mi reflejo. Tengo el pelo algo revuelto por el viento y ya no queda ni rastro de mi colorete, pero lo que más llama la atención es mi gesto. ¿Tienes dieciséis años Alicia? ¡Pues borra esa expresión de miedo de la cara!

Y es entonces cuando, sentada sobre la tapa del retrete abrazándome las piernas

con los brazos, me dispongo a conversar con mi yo interior.

Vamos a ver Alicia, ¿de qué tienes miedo? ¿Acaso te has vuelto virgen de repente?

No, pero no tengo claro si quiero acostarme con él.

¿Por qué no? Está bueno y además esas caderas deben llevar años de experiencia a sus espaldas.

¿Y después qué?

Después, si te gusta, repites y te quedas a dormir. Y si resulta un desastre te vas por la puerta como alma que lleva el Diablo.

¿Pero qué hay de nosotros? ¿Cómo nos comportaremos mañana?

Mira, escúchame bien Alicia cobarde. ¿Desde cuándo piensas tantas las cosas? Nosotras siempre actuamos sin pensar, por impulso. Así que colócate bien esas pequeñas tetas bajo el sujetador push up, levanta la cabeza y sal ahí fuera a hacer lo que te apetezca, lo que te salga de dentro sin pensar en mañana.

Y así es como la Alicia impulsiva le hace un K.O mortal a la Alicia racional y salgo del baño con las tetas en su sitio.

Biel está trasteando en la cocina, pero cuando me ve llegar se da la vuelta y me mira serio.

—¿Todo bien?

—Sí, son esos refrescos aguados del McDonald's, que bajan muy deprisa.

Aunque asiente, no sonrío. Se apoya en el mármol, frente a mí, y cruza los brazos sobre el pecho. El nerviosismo vuelve al verme obligada a aguantar su intensa mirada azul.

—¿Quieres que te lleve a casa? ¿O te apetece tomar algo?

—¿Por qué me preguntas eso? —¿Habré hecho mi charla interior del baño en voz alta? —. Si quisiera irme a casa te habría pedido que me llevaras después de cenar.

Me parece ver como sus hombros se relajan bajo la camisa, así que me animo y me acerco un poco más a él, quedando a escasos centímetros de su rostro. Coloco mis dos manos sobre su pecho y levanto la cabeza para verlo mejor.

Pero ni se te ocurra hacerme un Gin Tonic, los odio. En cambio, los mojitos me encantan.

Descruza sus brazos y los baja lentamente hasta colocarlos en mi cintura.

¿Cómo lo quieres? —me pregunta menos serio.

—Sorpréndeme —le guiño un ojo antes de separarme de él.

Me pide que escoja algo de música mientras él los prepara, así que me paseo libremente por su estantería y busco un disco que me guste. Al parecer aún existen

personas en el mundo que compran CD's.

Lo tengo claro al ver a un pelirrojo pecoso en una de las portadas. Tras meter el disco en la mini cadena, empieza a sonar *Touch and Go* de Ed Sheeran y todo el miedo que tenía hace uno momento desaparece y se me dibuja una sonrisa en el rostro.

Biel aparece a mi lado y me ofrece mi mojito de fresa. Sonríe abiertamente al verme mover las caderas al ritmo de la música.

—¿Ed Sheeran, en serio?

—Por supuesto que sí —asiento y me doy una vuelta dándole un sorbo a mi bebida. Está riquísimo.

—Ese disco es de Emma.

—Pues que sepas que tu hija tiene mejor gusto musical que tú. No conozco a la mitad de los cantantes que tienes en esa estantería.

—Eso es porque tienes el mismo gusto musical que una niña de ocho años —se cachondea.

—¿Y eso supone algún problema para tí?

—Ninguno —tras darle un sorbo a su Gin Tonic azul se acerca tanto a mí que su respiración mueve tímidamente mi pelo—. Siempre y cuando en tu DNI ponga una cifra por encima de los dieciocho años.

—Entonces no debes preocuparte.

Su aliento a alcohol en mi frente y el tacto de sus manos en mi cintura me ponen la piel de gallina. No entiendo como hace un momento estaba pensando en dar marcha atrás y salir por la puerta. Ahora solo quiero notar todo su cuerpo en contacto con el mío y besar sus labios, que se han vuelto tan apetecibles de repente.

Le doy un sorbo a mi bebida y girándome la dejo sobre la mesa baja que tengo a mi lado. Él me mira intrigado y yo me acerco al reproductor de música y lo paro. Cuando me giro en su dirección me mira con una ceja levantada y yo sonrío cogiendo mi móvil del bolso.

—Ya he visto que no te ha gustado mi elección musical, así que vamos a ver si ahora acierto un poco más —y tras buscar en silencio unos segundos doy con lo que busco.

Las primeras notas de *All of me* de John Legend inundan el salón y Biel no puede evitar sonreír. Deja su vaso junto al mío y cogiéndome del brazo tira de mí hasta que me coloca entre sus brazos. Con delicadeza levanta mi barbilla y cuando tengo sus labios a escasos centímetros de los míos me susurra:

—Ahora es perfecto.

El sabor amargo de la tónica inunda mi boca y cuando noto su lengua acariciar la mía dejo de pensar en qué ocurrirá mañana, en los años que nos separan, en que tiene

una hija de ocho años y en que su cabeza está más suave que el culito de un bebé.

Mientras nos besamos, Biel baja lentamente sus manos hasta mis muslos, como pidiendo permiso, y cuando nota como sonrío contra su boca los aprieta con fuerza y pega su entrepierna a la mía, haciéndome notar lo excitado que está.

No hay palabras, solo besos, caricias y sonrisas de camino a su dormitorio. Cuando ya solo nos tapa nuestra ropa interior, lo empujo sobre la cama y me siento a horcajadas sobre él. Puedo notar las ganas que tiene de estar dentro de mí, pero siempre espera a que yo de el siguiente paso, tal vez temeroso de que me arrepienta de lo que está a punto de pasar.

—Te voy a contar un secreto —le digo dejándome caer sobre su pecho y acercando mis labios al lóbulo de su oreja—. No soy virgen.

Biel me dedica una amplia sonrisa y hábilmente me agarra de la cintura para darme la vuelta y colocarse sobre mí, aguatando su peso con ambos brazos.

—Me alegra oír eso —su voz suena ronca de excitación.

Lo agarro del cuello y lo atraigo de nuevo a mi boca, necesito su sabor como si fuese oxígeno. Sus besos se vuelven cada vez más intensos y sus caricias han pasado de mis pechos a muy por debajo de mi ombligo, haciéndome retorcerme de placer.

Muchos minutos de caricias después al fin entra en mí, con cuidado primero y con pasión desmedida después. Me siento completa, excitada y feliz. Y entre embestida y embestida me doy cuenta que nunca tendré suficiente, siempre necesitaré un poco más. Necesitaré más besos, más caricias, más orgasmos, más palabras. Siempre necesitaré más Biel.

CAPÍTULO 31

La fecha exacta

Me giro en la cama y me topo con su rostro. Respira rítmicamente, con una media sonrisa en los labios, como si estuviese inmerso en el sueño más placentero.

Lo observo en silencio, completamente quieta para no despertarlo. Parece mucho más joven, sin tensión ni rastro de expresión, como un Dios griego con el pecho al descubierto.

Mi vejiga me dice que basta ya de embelesamientos, que necesita desaguar urgentemente. Con cuidado de no hacer mucho ruido, salgo desnuda de la cama en dirección al baño, rescatando su camisa del suelo del pasillo e improvisando un camisón.

Me lavo la cara sin mirarme al espejo antes para no asustarme y de puntillas vuelvo a la cama.

Cuando llego, Biel está desperezándose. Le sonrío desde la puerta mientras se rasca la cabeza, somnoliento.

—Buenos días —le digo tirándome de rodillas sobre la cama.

—Veo que has encontrado un camisón —da unos pequeños tirones a su camisa granate.

—Sí, ¿te gusta? —Él asiente sin dejar de contemplarme—. Pero no encuentro mis bragas.

Suelta una carcajada y levantando su camisa por encima de mis caderas me agarra de la cintura y me coloca sobre él.

—¿Y para qué quieres bragas?

Ni siquiera me molesto en buscar una buena respuesta, me dejo caer sobre él y atrapando su cuello entre mis manos lo beso aspirando todo su aroma, sedienta de placer otra vez.

Siempre he oído hablar de los famosos Brunch, los he visto en series, películas y en Instagram, pero nunca había disfrutado de uno. Hasta hoy.

Es medio día y estoy sentada al sofá degustando unos deliciosos huevos rotos, lo que viene siendo un revoltillo de toda la vida, unas tostadas con guacamole, hojas

de espinacas y queso de cabra y unas sabrosas patatas fritas con bacon y queso fundido que he cocinado en contra de la voluntad de Biel. Al parecer al señorito le gusta comer sano.

—Pues parece que las patatas no están tan mal —le doy un manotazo en la muñeca para que saque su tenedor de mi tesoro.

—Lo hago por ti, para que no te empaches.

—No te preocupes, cuando se trata de comida basura soy un pozo sin fondo. ¿No se me nota?

Me levanto y me llevo las manos a las cartucheras. Pellizco algo de chicha en mi abdomen y se la enseño. Él pone los ojos en blanco a modo de respuesta.

Cuando terminamos me escabullo a la habitación con la excusa de vestirme, pero en realidad lo hago porque no pienso volver a fregar los platos, no me va a pillar dos veces.

Cuanto termino de vestirme hago la cama y me siento a ponerme las sandalias.

Me he vestido casi de forma mecánica, porque se supone que después de una larga noche de sexo y un buen desayuno debo marcharme, pero lo cierto es que no me apetece nada. Preferiría quedarme todo el día con él en el sofá, viendo alguna película, saliendo a tomar un helado o simplemente volviendo a deshacer su cama de sábanas marrones.

Estoy a punto de volverme a quitar las sandalias cuando me vibra el móvil. Es Sebi.

¿Has vuelto a vomitar encima de Don Limpio y te está obligando a hacerle la colada?

Si es, así escupe en sus zapatos. Si por el contrario estás siendo víctima de un orgasmo cósmico, termina pronto y vuelve a casa que quiero todos los detalles, con pelos o sin ellos.

En otro momento el mensaje de Sebi me habría hecho sonreír, pero en estos momentos me devuelve a la realidad. ¿Ver películas y comer helado? ¿Es que tenemos una relación de cinco años? Sacudo la cabeza para eliminar esas ideas y calzándome de nuevo, vuelvo al salón con mis cosas en el bolso.

Biel me mira ceñudo desde el sofá.

—¿Te vas?

—Sí, creo que ya es hora de que vuelva a casa.

—No tienes porqué —me dice levantándose y acercándose a mí—. Podemos hacer algo juntos.

Sí, podemos hacernos trenzas. A no, que tú no puedes.

—Estaría bien cambiarme de bragas —bromeo para borrar el gesto serio que tiene en el rostro—. Y Sebi acaba de preguntarme donde estoy.

Se rasca pensativo la calva, sin mirarme directamente a los ojos.

—Está bien, si te esperas a que me cambie te llevo en coche. Hace mucho calor en la calle.

—No hace falta, de verdad —le digo acariciándole el brazo—. Me apetece darme un buen paseo en autobús.

—Como quieras.

Se apoya en la mesa, de cara a mí. Ahora mismo me daría de hostias hasta cansarme por haberle borrado la bonita sonrisa que tenía esta mañana en la cara, así que decidida me apoyo en él y le doy un corto pero cariñoso beso en los labios.

—No me echas de menos esta noche —le digo guiñándole un ojo.

—Seguro que no, te mueves demasiado.

—Eso no es verdad —sonríe volviendo a ver la curva en sus labios—. Pero a veces me tiro pedos nocturnos, son asesinos silenciosos.

Biel me empuja hacia la puerta sonriendo.

—Sí, creo que será mejor que te vayas, no tengo ganas de descubrir lo mortíferos que son tus pedos.

—Tú te lo pierdes...

Mientras estoy sentada en la parte trasera del autobús haciendo esfuerzos sobrehumanos por no quedarme dormida, me suena el teléfono. Es Gema.

—¡Buenos días!

—Será buenas tardes... ¿Dónde andas? He llamado esta mañana a tu casa y Sebi me ha dicho que estás desaparecida en combate desde ayer por la tarde.

—Pues siendo feliz —contesto sonriendo al recordar la noche anterior—. ¿Qué me cuentas?

—Que esta noche nos vamos de cena, Sebi ya me ha dicho que sí, así que no puedes negarte.

—¿A cenar un domingo por la noche? Cómo se nota que estás de vacaciones.

—¡Exacto! Estoy de vacaciones y por eso debes cumplir tu función de buena amiga y venir.

Hago un pequeño mohín porque estoy tan cansada que solo me apetece llegar a casa, darme una ducha de agua fría y meterme en la cama. Pero parece que Gema me conoce tanto que no necesito hablar, porque antes de que empiece a

quejarme me contesta.

—Y no me importa que te hayas pasado toda la noche entre orgasmo y orgasmo, vas a meter ese cuerpo moreno y delgaducho que tienes en el coche de Fer y presentarte a las nueve y media en el bar, puntual como un reloj. ¿Me has entendido?

—¡Sí, señor! —no merece la pena discutir con ella, es capaz de sacarme de la cama por los pelos de la nariz.

—Así me gusta. Ahora no te interrogo de en qué ha consistido eso de ser feliz porque Sergio me está esperando, pero me debes una charla detallada.

Sonrío y le prometo una de nuestras charlas de adolescencia, donde todo detalle era importante y cualquier cosa nos escandalizaba. A veces echo de menos esos años, luego me acuerdo de los granos y lo pavas que éramos y se me pasa.

Cuando entro en casa todo está en silencio. Llamo a Sebi y Carla pero nadie me contesta, así que subo a mi cuarto y me dejo caer en la cama sin desvestirme. Media hora y cincuenta croquetas después me doy cuenta que con este calor no voy a conseguir dormir, así que me pongo el bikini y bajo a la terraza a tomar el sol.

A pesar de cómo pica el Lorenzo hace una brisita muy agradable, por lo que me quito la parte de arriba del bikini y me estiro en la hamaca con los ojos cerrados, disfrutando de mi momento de tranquilidad.

Nada más cerrar los ojos visualizo el rostro de Biel sobre el mío, con la frente cubierta de sudor debido al esfuerzo de sus embestidas y con un brillo ardiente en la mirada. No puedo evitar recordar sus roncós sonidos de placer y como parecía saber dónde necesitaba tocarme en cada momento. Solo ese recuerdo me provoca una débil descarga eléctrica en mi entrepierna. Y así, entre recuerdos placenteros y la brisa en el cuerpo, me quedo dormida.

Oigo el sonido de una puerta cerrarse y unos pasos débiles sobre el césped, pero estoy tan a gusto que creo que se trata de un sueño, hasta que una estridente voz me sobresalta.

—¡Pervertida! Guarda esas mini tetas dónde no pueda verlas.

Abro los ojos de golpe y por instinto intento taparme el pecho, con tan mala suerte que apoyo mi peso en la esquina de la hamaca y ésta se vuelca haciéndome caer de morros contra el suelo.

—Bueno al menos en esa postura no se te ve nada —bromea Carla pasando de largo con Héctor carcajeándose a su lado.

He sido la primera en ducharme y ya estoy esperando al resto sentada en el sofá, con mi mono de flores y mis sandalias de cuña. No he dejado de mirar el móvil en toda la tarde, aunque en realidad no sé qué espero, casi salí corriendo de su casa cuando él me ofrecía pasar la tarde juntos. Tengo la cabeza hecha un lío, necesito sacar todas las piezas del puzzle y que alguien me ayude a montarlo. Adoro a Fer,

pero espero que esta noche no se quede a dormir, necesito a mi amigo.

Mi móvil empieza a vibrar sobre mis rodillas y se me encoge el estómago de golpe al ver el nombre que parece en pantalla.

—Hola preciosa —su maldita voz hace que sonría como una cría de diez años con un helado de chocolate—. ¿Qué haces?

—Buenas noches, señor. Pues aquí estoy aburrida como una ostra esperando a Sebi y Fer para salir a cenar con Gema y su prometido. ¿Qué tal tu tarde?

—Muy aburrida sin ti —todas sabemos que eso y el “Te echo de menos” son el recurso fácil, pero aun así nos encanta que nos lo digan—. Pensaba que quizás tú también te aburrías y te apetecería venir a casa a cenar.

Por supuesto que me apetece ir a tu casa, pero me saltaría la cena y pasaría directamente al postre. Aun así, contesto.

—Lo siento, pero Gema me mataría si faltó, es peligrosa cuando se enfada.

—¿Debo preocuparme por Emma? —dice fingiendo preocupación.

—No, con sus alumnos es un encanto, en cambio con sus amigas es todo un Gremling.

Lo oigo reír al otro lado de la línea. En ese momento Sebi y Fer bajan ruidosamente las escaleras y cogen sus cosas del mueble de la entrada.

—Vamos flor, que llegamos tarde —me dice Sebi.

—No te preocupes gordo, Gema siempre llega tarde —le tranquiliza Fer saliendo por la puerta.

Yo los sigo en silencio, con el teléfono aún pegado a la oreja.

—Veo que te reclaman – se lamenta Biel.

—Sí, al fin están listos, estos mariquitas tardan la vida en arreglarse.

—¿Nos vemos luego? —Me quedo unos segundos en silencio sin saber que contestar—. Me has dicho que vas a cenar, pero no que tengas una fiesta de pijamas después.

—¿Mañana no trabajas?

—No, los lunes no trabajo. Así que cuando salgas dime dónde estás y paso a recogerte.

—Está bien, luego hablamos.

—Disfruta de la noche.

Los Arcos está bastante lleno esta noche, a pesar de ser domingo, se nota que ya es verano y la gente empieza a coger vacaciones. Nos encanta este restaurante. Tiene una decoración sencilla y minimalista, pero el ambiente que se respira es muy agradable y la comida está para chuparse los dedos.

Ocupamos la mesa que nos han reservado y vamos como locos a por la carta, estamos hambrientos. Pedimos los huevos indignados y cada uno escoge tres tapas, menos Sergio y Fer que no tienen suficiente y se calzan seis cada uno, al parecer en su familia son de buen comer.

Sebi y Fer se van la semana que viene a Cerdeña y el tema estrella de la noche son sus cristalinas playas. Gema y Sergio estuvieron hace un par de años, así que mientras ellos les recomiendan sus preferidas yo los miro con la cabeza apoyada en la mano.

—No me puedo creer que este año me vaya a quedar sin vacaciones —me quejo dándole un buen sorbo a mi clara.

—Nosotros nos vamos al pueblo en dos semanas, si quieres puedes venir —me dice Gema intentado animarme.

—¿A Jaén? —Sergio asiente—. No, gracias. Prefiero evitar Mordor, ya tengo bastante con este calor empalagoso.

—Tú te lo pierdes, con lo bien que lo vamos a pasar rodeados de jubilados y niños con acento andaluz —al parecer a él tampoco le hace mucha ilusión.

—No te quejes tanto, que con la boda no podemos irnos a ninguna parte —le recuerda Gema.

—¿Ni una escapadita a la Costa Brava?

—Ni eso —sentencia Gema dándole un cariñoso beso en los labios.

El camarero nos trae nuestras tapas y sonrío al ver que hemos terminado los huevos en un abrir y cerrar de ojos.

—Sebi, quería pedirte un favor – dice Gema.

—Miedo me das... A ver suelta por esta boquita de piñón.

—He pensado en ir el martes a mirar vestidos de novia y quería saber si me puedes...

—¡SÍ, SÍ QUIERO! Por supuesto que voy —dice eufórico dejando caer los cubiertos sobre el plato.

—Ya te dije que estaría encantando —dice Fer a Gema sonriendo.

—¿Dónde tienes pensado ir? Teniendo en cuenta que la otra vez fue un desastre, creo que deberíamos descartar las marcas conocidas y decantarnos por los Outlet y las tiendas pequeñas. Cuando nos dijiste que os casabais miré varias y...

Sebi empieza a enseñarle tiendas que tenía apuntadas en su teléfono mientras Gema sonrío por ver lo emocionado que está. Fer y Sergio los ignoran mientras hablan del nuevo FIFA, y yo, que paso de juegos y de vestidos, me doy cuenta de algo.

—Un momento —salto de repente dando un manotazo a la mesa para que todos

me presten atención—. ¿Por qué tanta prisa?

—¿Qué dices? —me pregunta Sebi levantando la vista de su Iphone.

—Que por qué de repente tenéis tanta prisa en ir a mirar vestidos de novia.

—Pues porque hay que ponerse las pilas, flor, esas cosas hay que mirarlas con tiempo —me contesta Sebi haciendo un movimiento de muñeca como si lo que dice fuera tan obvio que no hiciera falta explicarlo.

Pero yo no lo miro a él, estoy centrada en mi amiga, que baja la mirada sonriendo a su prometido y luego me mira con cara de no haber roto nunca un plato.

—¿Cuándo es la boda Gema?

—En octubre.

—¿Tan tarde? —se lamenta Sebi—. Creí que sería en verano.

—En octubre de este año —le corrige Sergio.

—¿En serio? ¡Pero si eso es en menos de tres meses! —gritamos Sebi y yo sorprendidos.

Fer parece que tampoco lo sabía, porque se queda parado con la boca abierta y el tenedor en alto. Los prometidos asienten felices.

—Sabía que algo pasaba, dijiste que no pensabas mirar más vestidos hasta dos meses antes de la boda —le recuerdo a Gema.

—Fuimos a ver un restaurante que nos encantaba, pero nos dijeron que en enero lo trasladaban a Teruel y que éste era su último año aquí. Nos vio tan tristes al marcharnos que nos dijo que, si no nos importaba cambiar la fecha, podía avisarnos si había alguna cancelación.

—Y hace dos días nos llamaron para decirnos que en octubre quedaba un fin de semana libre. Por lo visto, el futuro marido descubrió que su prometida se la estaba pegando con su primo —sigue explicando Sergio.

—Que le den al cornudo. ¡Nos vamos de boda en unos meses! —dice Fer feliz levantándose y dándole una fuerte palmada a su primo.

CAPÍTULO 32

Te he echado de menos

Cuando Fer nos deja en casa ya pasan de las doce y todo el barrio está en silencio, a excepción del perro del médico, dos casas más para allí, que ha confundido el cuarto menguante con la luna llena y no deja de aullar.

La luz de la habitación de Carla está encendida y escuchamos música reggaetonera cuando entramos por la puerta. Sebi resopla porque odia esa “melodía barriobajera de furcias poligoneras” y yo me río a su costa. Aun no entiendo como estos dos no se han matado todavía.

Sigo a mi amigo escaleras arriba cuando se para en seco y de repente se gira hacia mí sin avisar, con tan mala suerte que me da un codazo en la nariz.

—¡Joder qué daño!

Me llevo las manos a la cara y me apoyo en la pared para no caerme. ¡Me duele muchísimo! Sebi abre los ojos preocupado y me ayuda a bajar hasta el salón.

El dolor me llega hasta la cabeza y tengo los ojos anegados en lágrimas. ¡Qué le den por culo al tuerto que me ha mirado!

—Se me ha roto, lo sé, he escuchado un crack —me lamento sentándome en el sofá y apoyando la cabeza en el respaldo.

—Calla hipocondríaca, si ni siquiera te sangra.

Noto la mano húmeda, así que la aparto de mi nariz y se la pongo a un centímetro de la suya.

—¿Qué no? ¿Y esto qué es lumbreras?

—Eso son mocos, asquerosa.

Me miro la palma de la mano y veo una masa blanquecina y acuosa.

—Ah, pues es verdad, son mocos.

Sin preocuparme, me la limpio en el pantalón y me quito la otra mano de la cara. Aunque aún me duele parece que poco a poco va disminuyendo y saber que no sangro me tranquiliza. Sebi me pide permiso para echarme un vistazo y lo dejo, pero sólo porque le sujeto la muñeca con mi mano para que no me haga daño.

Me palpa el tabique con suavidad y se disculpa con la mirada cuando suelto un

gemido de dolor.

—No soy médico, pero yo creo que no te has roto nada, parece normal. ¿Puedes respirar? —Asiento a la vez que me palpo con cuidado—. Entonces no hay de qué preocuparse.

Se escabulle a la cocina y vuelve un minuto después con una bolsa congelada de guisantes.

—Ponte esto si no quieres parecer Mr. Potato.

Yo obedezco. La canción que estaba sonando termina y un gemido chillón y femenino llega hasta mis oídos.

—No jodas...

—Sí hija, sí, la rubia está cabalgando como una loca, por eso me he parado antes.

Volvemos a escucharla gemir, ésta vez acompañada por un “sí, nena” masculino que nos hace soltar una carcajada.

—No sé tú, pero yo no tengo ganas de escuchar a esos dos, así que coge tu bolsa de guisantes y salgamos fuera.

Dejo mi bolso encima del sofá y juntos salimos a la terraza. Una brisa agradable nos mueve el pelo mientras nos sentamos en el césped con las piernas cruzadas. Yo sujeto la bolsa contra mi nariz y Sebi aprovecha para estirarse y apoyar su cabeza en mi regazo.

—Sé que te duele la nariz y que estás cansada, pero creo que es el momento perfecto para tener esa conversación que tenemos pendiente.

—¿Qué conversación? —Me hago la tonta acariciándole el pelo con la mano que tengo libre.

—Esa en la que me cuentas porque últimamente pasas tanto tiempo con el dueño de nuestro maravilloso palacio.

Hace algunos meses, antes de que llegase Fer a nuestras vidas, ya habríamos hablado largo y tendido sobre el tema, pero últimamente no hemos pasado mucho tiempo a solas, así que admito que tiene razón. Es el momento perfecto para esa conversación.

—¿Por dónde quieres que empiece? — resoplo apartando la bolsa de guisantes de mi tabique.

—Te diría que por el principio, pero no tengo mucha paciencia, así que empieza explicándome si te lo has tirado y luego ya me cuentas los detalles.

Sonrío. Me tomo unos segundos para pensar si debería confesar lo que ha ocurrido entre Biel y yo y no tardo en decidir que necesito ayuda para poner en orden mis ideas.

—Sí, nos hemos acostado.

Espero que Sebi se incorpore de un salto y se ponga a dar vueltas a mí alrededor como un loco, pero algo en mi tono de voz debe de haberlo frenado, porque en lugar de eso, se levanta y se sienta con las piernas en posición de Buda de cara a mí.

—¿Te gusta? —detecto algo de preocupación en su voz.

—No lo sé —suspiro y dejo la bolsa de guisantes en el suelo, a mi lado—. De verdad que no lo sé.

—Bueno, empecemos por lo evidente. Está claro que físicamente te atrae, de eso no hay duda.

—Pues claro que me atrae, ya lo has visto, está para mojar pan y repetir. Pero no es eso, es algo más —y sin darme cuenta admito lo que ni yo misma quería creer—. Y me da miedo.

—¿Es como cuando pasas con el coche por encima de un resalto a gran velocidad? ¿Que el estómago te da un salto y no puedes evitar sonreír?

—Es exactamente como ese puto resalto.

—Entonces sólo hay dos cosas que puedas hacer, Ali. O cambias de destino, por miedo a que un día pases a demasiada velocidad y el resalto te haga volcar, o aceleras y disfrutas cada salto en el estómago, sin pensar en los riesgos que corres.

—¿Y no puedo simplemente parar el motor?

—Claro que puedes —se inclina hacia mí y me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja—. Pero eso sólo lo hacen los cobardes y yo no me junto con cobardes.

Sonrío, porque si algo es Sebi, es valiente. Superó el divorcio de sus padres cuando sólo tenía diez años, superó los prejuicios de la gente y confesó su condición sexual cuatro años después, cogió una mochila con tres pantalones y cinco camisetas y se fue de casa sin mirar atrás cuando su madre le pegó una bofetada a él, y de un manotazo apartó de su vida a todo el que no creyó en él o se atrevió a decirle que no podía hacer algo. Ese es mi mejor amigo, Eusebio el valiente.

—Pero es que todo esto es una locura. Se supone que yo solo debía acercarme a él para evitar que nos echase. Nada más. Y de repente me encuentro cogiéndole cariño a una niña de ocho años. ¡Yo llevándome bien con una niña pequeña! Por favor, que es padre...

Me llevo las manos a la cabeza y me froto el pelo.

—Lo que importa no es como empezó todo, lo que importa es cómo están las cosas ahora.

—Pues en teoría tenía que llamarlo cuando terminásemos de cenar para que me viniese a buscar e ir a su casa.

—¿Y qué haces aquí conmigo y con una bolsa de guisantes medio descongelados?

—¿Y qué hago con él en su casa? ¿Follar?

—Pues sí, no lo veo mala idea.

—¿Y después qué? ¿Nos acostamos, pasamos tiempo juntos y luego le pido a Emma que me llame mamá? Yo no estoy preparada para tener una relación ahora, ni siquiera sé lo que voy a hacer cuando termine el verano.

—¿Y te crees que yo si estaba preparado para empezar una relación? Pues no, pero esas cosas no se planean, llegan sin más. Un día te cruzas con un tío que te gusta, te trata bien y hace que pierdas la chaveta. Que te hace sentir mujer y no un simple trozo de carne, que te valora y te sonrío de verdad, con la mirada. Y si cuando llega ese día lo apartas de tu vida por miedo, entonces no te mereces un final feliz, porque esos finales no llegan de forma fácil, hay que luchar por ellos.

—Cuando te pones sentimental y profundo no hay quién te aguante —le recrimino sonriendo.

—¡Exacto! Así que levanta ese culo flacucho del césped y llámalo. A partir de ahora haz sólo lo que te apetezca, sin comerte la cabeza. Pero hazme el favor de ponerte algo de maquillaje en esa nariz, se te está empezando a poner morada.

Me pongo en pie y le tiro la bolsa de guisantes a la cara. Lo escucho esquivarla y tumbarse de nuevo en el césped. Cuando me giro para mirarle tiene los brazos bajo su cabeza y observa el cielo estrellado con gesto pensativo y media sonrisa en los labios.

—Te he echado de menos —le confieso.

—No me he movido de tu lado —me contesta sin apartar la vista del cielo.

CAPÍTULO 33

Ser valiente

Anoche cuando miré el teléfono tenía una llamada de Biel. Lo llamé pero no me contestó, así que en lugar de insistir, por miedo a despertarlo, le envié un mensaje.

01:17. Buenas noches

01:18. Siento no haberte cogido el teléfono, lo tenía en el bolso y no me enteré. Supongo que ya estarás dormido. ¿Te apetece que nos veamos mañana?

01:19. Descansa, buenas noches

Cuando esta mañana he abierto los ojos, lo primero que he hecho ha sido echarle mano a mi teléfono, pero ni rastro de respuesta, así que me he obligado a levantarme, a ordenar mi cuarto y a meterme a la ducha. Necesitaba mantenerme ocupada para no parecer una adolescente enamorada y mirar el móvil cada dos segundos.

Ahora estoy sentada en el sofá con una Carla somnolienta con restos de eyeliner en el contorno de los ojos. Ha bajado hace diez minutos con Héctor, al que ha despedido con un sonoro beso en los labios. No parece de muy buen humor.

—Parece que anoche lo pasaste bien

—Perfectamente —me contesta con algo de veneno en la voz—, pero Héctor tenía que madrugar para ducharse y cambiarse de ropa en su casa antes de ir a trabajar.

—Podrías haberte quedado durmiendo —intento calmar a la bestia—, o puedes acostarte ahora. Yo no tengo pensado hacer mucho ruido.

—Ahora no quiero dormir, quería dormir antes.

Su lado oscuro es tan insoportable que desisto en mi intento y la ignoro, a ella y a su cara de asco. Mi móvil vibra en el reposabrazos del sofá y yo doy un respingo.

12: 02. Holaaaa! Solo quería ponerte nerviosa, sé qué esperas un mensaje y no es el mío.

Maldito Sebi, lo odio casi tanto como lo quiero. Le contesto con un emoticono de mi dedo corazón en todo lo alto y tiro el móvil a mi lado.

Carla se levanta, pero antes de salir por la puerta se para en el marco y me mira por encima del hombro.

—Pienso decirle a Héctor que puede quedarse a dormir siempre que quiera y que traiga sus cosas, tenemos una habitación libre que no se usa para nada.

—Para el carro, Carla, las cosas no van así, te recuerdo que no vives sola.

—Fer se ha quedado a dormir más de una vez y hasta lo he visto ducharse aquí.

—Nadie te ha dicho que Héctor no pueda quedarse alguna noche, pero aquí vivimos tres personas, no cuatro.

—¿Y por qué no puede venir a vivir con nosotros? Fuimos cuatro durante un tiempo y las cosas nos fueron de maravilla.

—Porque las condiciones han cambiado —no me gusta tener que enfrentarme a ella yo sola, pero las cosas están tomando un rumbo que no me gusta—. Ahora Biel sabe todo y tiene sus condiciones para no echarnos de aquí.

—Sus condiciones me las paso yo por donde quiera. El calvo no vive aquí, así que no tiene por qué enterarse.

Que lo haya llamado calvo con ese desprecio me enciende y me levanto del sofá echa un basilisco.

—Mira bonita, en esta casa hay unas normas que hay que cumplir, si no te gustan ya sabes dónde está la puerta, aquí nadie te va a echar de menos.

Abre la boca como un pececillo dispuesta a contestarme, pero al parecer no se le ocurre nada suficientemente hiriente, porque con un golpe de melena que me da en toda la cara se gira y sube a su cuarto, cerrando de un portazo.

Estoy que echo humo por mi nariz hinchada y morada, que no está tan mal como me la esperaba. Intento distraerme haciendo zapping, pero si la programación normal ya de por sí es una basura, la de los meses de verano aún más, así que frustrada me levanto y subo a mi cuarto.

Biel sigue sin dar señales de vida y eso me preocupa porque temo que le haya molestado mi desplante de anoche, así que cojo mi teléfono y busco su número, pero cuando estoy a punto de darle a llamar la voz de Sebi me inunda el cerebro. “*A partir de ahora haz sólo lo que te apetezca*” Y no me apetece llamarlo, me apetece verlo. Así que tiro el móvil sobre la cama y rebusco en mi armario, ignorando la música que sale de la habitación de Carla.

Nada de lo que encuentro me parece bien, de repente toda mi ropa es un asco. Me escabullo a la habitación de Sebi y rebusco en su armario. Encuentro una camisa lisa color blanco, lo suficientemente larga como para taparme el culo. Me la sujeto en la cintura con uno de mis cinturones marrones y debajo me pongo el conjunto de encaje blanco con culotte y sujetador lencero que me regaló Gema en Navidad. Y es que no

solo me apetece verlo, me apetece sorprenderle y seducirle, me apetece hacer que se excite con solo mirarme.

Debería calzarme unos buenos tacones a lo drag queen para completar el look sexy, pero sigo sin fiarme de mi tobillo, por lo que me calzo unas sandalias romanas y las acompaño de mi bolso marrón de flecos.

De camino a su casa recuerdo que la otra noche al final no comimos postre, así que me paro en la primera panadería que veo y compro una tartaleta de crema con frutas. Cuando la coloco en el cajón de la moto, rezo porque no se eche a perder con el calor.

Son casi las dos de la tarde cuando cruzo el portal de su casa. Paco no está tras la recepción y un cartel sobre la mesa me recuerda que estará cerrada hasta el 1 de septiembre. Sonrío al imaginar a mi amigo barrigudo en la playa con un bañador de palmeras y un gorro de mafioso.

Al salir del ascensor, miro bien en todas direcciones para comprobar que no haya ningún vecino. Cuando compruebo que todo está bajo control y no hay peligro, dejo el casco en el suelo, pongo la tartaleta en equilibrio sobre él y me preparo frente a la puerta de su casa. Me desabrocho el cinturón, que cae a mis pies, me abro la camisa para dejar bien al descubierto mi bonito conjunto blanco y me aparto el pelo del pecho, no quiero que Biel se pierda mis pezones, que lo saludan felices a través de las transparencias de la tela.

Y con todo listo y en su sitio llamo al timbre, impaciente. Hay silencio durante unos segundos, haciéndome temer que no esté en casa y haya venido para nada, pero entonces se oyen zapatos contra el suelo y sonrío satisfecha cuando escucho el pomo abrirse.

—¿Alguien necesita clases de lengua? —pregunto coqueta.

—¡Ay la virgen! —grita una mujer.

Me tapo rápidamente al ver a la madre de Biel horrorizada en el marco de la puerta. ¡Por favor, que alguien me mate!

Ella no dice nada, solo me mira de arriba abajo, así que cojo el casco, haciendo que la tartaleta caiga al suelo y me giro hacia las escaleras.

—Perdón, me he equivocado.

Pero cuando estoy a un paso del primer escalón, una mano me sujeta del brazo y me hace girar.

—Espera, tú eres la profesora de Emma, ¿verdad?

—¿Quién, yo? —digo tratando de taparme la cara con el pelo e intentado girarme de nuevo hacía mi única salida—. ¡Qué va! Me confunde con otra, me pasa mucho, tengo una cara muy común.

Pero la mujer no me suelta, está convencida de que soy yo, así que me arrastra hacia el interior del piso mientras yo me encojo tanto que mi barbilla y mi clavícula

parecen una sola. Maldita mujer observadora... ¡Si sólo me ha visto una vez!

Dando por hecho que no hay escapatoria posible, me coloco bien la camisa, que de repente me resulta demasiado corta, y me abrocho el cinturón. La madre de Biel no deja de mirarme mientras yo debato si meterme bajo la mesa del comedor o esconderme detrás de las cortinas.

—Quiero pensar que vienes a ver a Biel —pues resulta que quiere hablar, oye—, porque me imagino que no darás clases a mi nieta así vestida.

El tono en el que habla, sin rastro de enfado y con un toque de humor en la voz, me anima a levantar la cabeza y mirarla por primera vez desde que me ha abierto la puerta.

—No, no, por supuesto que no.

—Biel está en la ducha, saldrá en seguida – dice sacando una lima de su bolso Bimba y Lola y sentándose al sofá a arreglarse las uñas.

Dos minutos después yo sigo de pie junto a la mesa y ella concentrada en sus manos. Estoy tan tensa que me duelen hasta los riñones.

—Bueno, creo que mejor me voy, no quería nada impor... —la puerta del lavabo se abre e interrumpe mi último intento de huida.

Biel aparece con una toalla enrollada en la cintura y el pecho mojado. Al verme abre los ojos sorprendido y levanta una ceja.

—Alguien ha venido a verte —le comunica su madre levantándose del sofá.

Yo levanto mi mano derecha y la muevo a modo de saludo. Aunque quisiera, creo que no podría decir una palabra. No sé si morirme de vergüenza o de morbo viendo ese torso moreno y mojado.

—Ya veo — contesta él sin apartar sus ojos de mí.

—Yo me voy ya, no quiero interrumpir vuestra clase de lengua —dice mirándome divertida.

Coge su bolso y dándole un beso en la mejilla a su hijo se dirige a la puerta.

—Bonito conjunto, Alicia.

—Gracias —consigo contestar antes de que cierre la puerta.

Ahora que estamos solos, todo el mal rato que he retenido en mi interior sale por mi boca en vomitona.

—No me lo puedo creer, si es que estas cosas solo me pasan a mí —y sin darme cuenta me encuentro caminando de arriba abajo por el salón subiendo el tono de mi voz a cada palabra—. ¿Qué habré hecho yo para merecer esto? No puede ser, en serio, no me lo puedo creer. Que alguien venga y me mate porque me quiero morir.

—Haz el favor de estarte quieta —Biel ha llegado hasta mí y me sujeta los dos brazos para mantenerme frente a él—. ¿Qué ha pasado?

Está tan cerca que el olor de su gel de baño me inunda la nariz. Mis brazos se calientan justo donde él me sujeta y de pronto me relajo.

—Tu madre me ha pillado en la puerta —le explico haciendo un mohín—, casi me muero de vergüenza. Quería escaparme escaleras abajo, pero entonces me ha reconocido y me ha obligado a entrar.

Biel sonrío, pero sigue con un gesto contrariado en la cara.

—Sigo sin entender que te da tanta vergüenza, solo es mi madre, no pasa nada.

Me alejo un poco de él para que pueda verme bien y me desabrocho el cinturón. Cuando lo dejo caer al suelo y me abro la camisa, veo como sus ojos van directos a mis pechos.

—¿Te parece esto suficientemente vergonzoso como para querer morirme?

Los ojos de Biel siguen bajando por mi ombligo hasta la altura de mis caderas. Observo entonces como algo crece bajo su toalla y no puedo evitar sonreír.

Él se acerca a mí de nuevo, sin dejar de mirar mi cuerpo. Cuando su boca está a un centímetro de la mía, sus ojos vuelven a posarse en los míos y me susurra:

—Estás tan sexy que me importa bien poco lo que haya visto mi madre.

Sus labios se encuentran con los míos en un beso húmedo e intenso. Yo enrosco mis brazos en su cuello casi por instinto y me pierdo en el roce de nuestras lenguas. De repente, el grito de su madre al verme en la puerta ha caído en el olvido.

—Supongo que, si a ti no te importa, a mí tampoco —consigo decir cuando nuestras bocas se separan para coger aire.

Pero Biel no me escucha, está concentrado en el camino de besos que sus labios hacen desde mi hombro hasta mi cuello. Cada centímetro de piel que besa se enciende como una llama. Necesito sentir sus manos en todos los rincones de mi cuerpo y me muero por probar sus labios de nuevo, así que lo cojo del cuello y le obligo a mirarme. Tiene las pupilas tan dilatadas por el placer que casi no veo el azul de su iris. Me muerdo el labio hambrienta y sin esperar más, bajo mis manos a su trasero y le quito la toalla de un manotazo.

Ahí está, desnudo frente a mí, tan ansioso como yo por darnos placer. Incapaz de resistirme me abalanzo sobre él, enrollando mis piernas en sus caderas. Puedo notar su erección rozándome el trasero mientras me acerca a la encimera de la cocina y me coloca sobre el mármol.

—Eres perfecta —me susurra al oído, liberando mis pechos del sujetador.

No puedo contener el suspiro que se escapa de mis labios cuando sus manos me masajean el pecho. Me encantaría dedicarle minutos a las caricias, pero mi cuerpo pide a gritos tenerlo dentro de mí, así que en cuanto Biel deja caer mis braguitas al suelo, encuentro su erección y la guío a mi entrada.

Él suelta una carcajada traviesa en mi oído.

—¿Tienes prisa, profesora? —su voz es tan ronca que la noto bajo mi vientre.

—Te necesito —le suplico.

Temo que me haga sufrir, pero parece que él tiene tantas ganas como yo, porque de pronto noto una presión en mi zona más íntima y una oleada de placer acompaña sus rápidos y rítmicos movimientos.

CAPÍTULO 34

No tener miedo

Cuando Biel me pone el capuchino con helado en las manos, sonrío al percibir el aroma. Adoro el olor a café.

Se sienta tras de mí, con la espalda apoyada en el sofá y me deja hueco entre sus piernas para que me deje caer sobre él.

Me da pequeños y cortos besos entre mi oreja y mi clavícula que me ponen la piel de gallina.

—No esperaba que vinieses a verme —me confiesa tras darle un sorbo a su café.

—¿Y eso por qué? Anoche te escribí para vernos hoy, has sido tu quién no ha dado señales de vida esta mañana —le reprocho.

—He llevado a mi madre a ver el loft de Bea y a comprobar cómo van las obras —me explica a modo de disculpa.

Eso no es excusa, para contestar a un mensaje solo se tarda unos segundos —giro sobre mi hombro para poder verle la cara—. Algo como “Me parece bien, cuando pueda te llamo” o más corto todavía “Perfecto, yo te llamo”.

Mi burdo intento de imitar su voz masculina lo hace sonreír y yo tomo nota mental de hacerlo más a menudo. Creo que nunca me cansaré de ver ese gesto en sus labios.

—La verdad es que no estaba seguro de que quisieras que te contestara —admite dejándome de piedra.

—¿Por qué dices eso?

—Ayer prácticamente saliste huyendo después de pasar la noche juntos.

Se me encoge el estómago. Confié en haber sido buena actriz como para que no se diese cuenta de los verdaderos motivos de mi prisa repentina, pero Biel no es tonto.

—Lo siento —es lo único que soy capaz de decir.

—No lo sientas —me dice sorprendiéndome con una media sonrisa—. A veces yo también saldría corriendo al ver mi cara de recién levantado.

Intenta quitarle hierro al asunto y sé que sería mucho más fácil olvidarlo y volver

al café y los besos, pero justo ahora, cobijada entre sus piernas y con su mano derecha acariciándome el hombro, solo me apetece ser sincera.

Me giro y me coloco frente a él, sentada sobre mis rodillas. Él levanta una ceja contrariado por mi repentino cambio de postura.

—No sé qué me pasó. Pasamos una noche genial y por la mañana, en lugar de invitarme a irme, me hiciste la comida.

—No sé con qué clase de chicos sueles acostarte, pero jamás te echaría de mi casa después de acostarme contigo.

—Yo no estoy acostumbrada a esto. Normalmente desaparezco con los zapatos en la mano y las bragas en el bolso. Pero esta vez fue diferente, me encontré cómoda y me asusté.

—No te hacía por una mujer cobarde.

—Y no lo soy —me defiendo—, no sé qué me pasó.

—No pasa nada —me coge del brazo y me acerca a él cariñosamente, colocando mis tobillos en su cintura para tenerme más cerca—. Sólo es que pensaba que no querías volver a verme, me alegro que hayas aparecido hoy en mi puerta en ropa interior. ¡Eso sí que no me lo esperaba!

Se le escapa una sonora carcajada y le da un manotazo al sofá mientras ríe.

—Seguro que tu madre tampoco —al escucharme ríe y me escupe el café que tenía en la boca.

Cuando terminamos me ofrezco a lavar las tazas mientras Biel se viste. Me suena el móvil cuando ya estoy secándome las manos. Es Gema.

—Dime flor.

—Que sepas que te llamo por cumplir —me advierte. Debe de estar en la calle porque se escucha el sonido del tráfico de fondo—. He quedado con Sebi para mirar vestidos esta tarde y te llamo para preguntarte si quieres venir, aunque ya sé que no quieres, pero se supone que las amigas tienen que llamarse para estas cosas, ¿no?

Me río.

—Pues gracias por tu llamada, querida amiga, pero creo que paso. Preferiría arrancarme las uñas una a una antes que volver a mirar vestidos de novia.

—Ya me imaginaba.

—Quizás voy esta tarde a mirar algo para mí.

—¿Vas a ir sola? Si nos esperas, cuando acabemos te acompañamos.

—¿Ir de compras con Sebi? ¡Ni de coña! —Biel aparece ya vestido, con unos Levis oscuros y una camiseta verde de manga corta—. Además ya tengo con quién ir.

—¿Un personal shopper con la cabeza despejada? —pregunta con tonito burlón.

—Exactamente.

Escucho una risa lejana a través del auricular y el sonido del mando de un coche.

—Pues esta noche me invitas a cenar en tu casa y me pones al día. Te dejo que al fin he encontrado mi coche.

—Vale, luego hablamos.

—¡Hasta luego! —dice antes de colgar.

Biel me mira con gesto divertido desde la puerta.

—¿Ahora cogerás tu bolso y te irás corriendo? —bromea.

—Lo había pensado, pero resulta que necesito tu ayuda como personal shopper.

Se le borra la sonrisa y levanta una ceja.

—¿Cómo qué?

CAPÍTULO 35

Tarde de compras

La otra noche Gema nos dejó claro que la boda será algo sencillo, sin mucho protocolo, por lo que tengo vía libre para vestir como me salga del toto, sin dress code.

Así que paso de tiendas de marca ni de vestidos de gala, por eso he traído a Biel al centro comercial que nos queda más a mano a la caza de algo bueno, bonito y barato. Aunque si no es bueno, tampoco me preocupa, mientras sea bonito y barato me vale.

Ya llevamos cuatro tiendas y lo único que he conseguido ha sido llevarme una mirada del diablo de la dependienta por dejar las perchas vacías en las burras al llevarme la ropa al probador.

Biel aguanta como un hombretón. No lo he visto resoplar ni una sola vez en las dos horas que llevamos dando vueltas, aunque sospecho que el rato que yo tardo en cambiarme lo utiliza para trastear en su Iphone, pero no se lo reprocho, ¿quién no lo hace?

Necesitaba un descanso, así que nos hemos parado en la heladería y nos estamos merendando dos buenos helados de yogur hasta arriba de condimentos nada saludables.

—No es que no me apasione acompañarte a mirar tiendas, pero ¿sabes al menos lo que buscas?

—Por supuesto, lo tengo clarísimo —digo limpiándome los restos de helado de la comisura de los labios—. Quiero algo bonito, barato, cómodo y que dé el pego para una boda.

—Muy concreta, sí señor.

Le saco la lengua y omito contestar, concentrada en mi helado. Biel me está explicando que una amiga de su madre tiene una tienda de ropa, cuando alguien llama mi atención tocándome el hombro por detrás.

Doy un respingo y al girarme, Javi me sonríe desde arriba. Le echa una mirada a Biel, analizándolo.

—¡Hola! – me levanto y le doy dos besos, ignorando a la gordibuenita que hay a su lado. ¿En serio todas esas tetas son tuyas? Quiero tocarlas.

—¿Qué tal? Tienes mejor aspecto que la última vez que te vi.

Recuerdo mi pedo de cerveza y que Javi estuvo conmigo casi toda la fiesta.

—Ya sabes, no es bueno mezclar alcohol y medicamentos.

—Y beberse diez cervezas dicen que tampoco va muy bien.

—Sí, supongo que eso tuvo algo que ver. —La amiga rubia de Javi nos mira sonriendo. ¿Creéis que me dejará tocarlas?

Javi vuelve a mirar a Biel y yo dudo. ¿Debería presentárselo? Pero Javi se adelanta y sin venir a cuento le ofrece la mano a mi calvito preferido.

—Hola, soy Javi.

—Encantado — Biel se levanta con educación y le responde al saludo—. Yo soy Biel.

Miro a la gordibuenita con una sonrisa. ¿Debería presentarme yo también? Pero de nuevo no tengo que pensarlo mucho, porque ella da un paso adelante con su bonita sonrisa en los labios y nos saluda.

—Yo soy Raquel —me da dos besos y otro dos a Biel.

Creo que tengo una *poker face* de impresión, porque Biel me sujeta de la cintura y lo oigo reírse por lo bajo en mi oído. ¿Por qué de pronto estamos en esta situación tan rara?

—Nosotros tenemos que irnos ya, Alicia está buscando un vestido. —Biel me salva de esa incomodidad.

—¿Para la boda de Gema? —pregunta Javi. Yo asiento como un robot—. Ahora nos entran las prisas a todos, mira que avisar con tan poco tiempo...

—Bueno, así hay más emoción —dejo mi tarrina vacía sobre la mesa y enganchó mi brazo con el Biel para marcharnos—. ya nos veremos.

Empezamos a caminar y cuando paso por el lado de Javi él se acerca a mi oído y me susurra:

—Ahora entiendo tu obsesión de la otra noche con mi pelo. ¿Había demasiado para tu gusto, ¿no?

Lo ignoro completamente rezando porque Biel no haya escuchado nada, pero algo dentro de mí me dice que sí lo ha hecho, está demasiado cerca como para no haber oído nada y la sonrisa torcida que ha aparecido en su cara no ayuda.

Acabamos en una tienda que no conocía de nada por desesperación, ya no me quedan más opciones. Es pequeñita y muy cuca, con paredes de madera marrón y los estantes y las perchas de madera blanca. Hay varios cactus de peluche decorando de forma dispar los huecos libres y una letra A luminosa cubre toda la pared central.

—No quiero meterte presión —me dice Biel—. Pero creo que es la única tienda que nos queda.

—Así no ayudas —le doy unos toquecitos en el codo y me pongo a mirar perchas. Biel hace lo mismo por el lado opuesto de la tienda.

Mientras miro, veo de reojo como coge un vestido rosa y lo sujeta. No me conoce tanto como para escogerme ropa, sino sabría que el rosa y yo no nos llevamos bien. Pero me divierte que intente ayudar, así que no le digo nada y sigo a lo mío.

Una falda de tul blanca llama mi atención, es bonita y vaporosa, queda por debajo de la rodilla y la tela parece suave. Me la cuelgo del brazo feliz por haber encontrado algo de mi gusto, pero entonces paso frente a un espejo y al verla reflejada me doy cuenta del problema: No puedo ir vestida de blanco a una boda.

El reflejo de Biel aparece sobre mi hombro.

—¿Y esa cara tan larga?

—Es blanca —le digo señalando la falda—. No puedo ponérmela.

—No sería muy apropiado —me dice sincero.

Una dependienta se nos acerca y nos pide perdón por entrometerse.

—Perdón que les interrumpa, pero les he escuchado. La tenemos también en azul turquesa, pero solo nos queda una talla S, por eso la metimos en el almacén.

—¡Tengo la talla S! —grito, provocando que los dos den un respingo.

Ella sonrío y me dice que vuelve en un minuto. Mientras espero, Biel me enseña las prendas que ha visto.

—No tengo ni idea de tu estilo, pero estaba aburrido de seguirte como un tonto y me he puesto a mirar yo también.

Lo primero que me enseña es el vestido rosa. Tiene el escote corazón y se ata al cuello con unas cintas trenzadas, dejando la espada al descubierto hasta la cintura. Es largo hasta el suelo, liso y con un cinturón rosa oscuro en la cintura.

—Es bonito, pero el rosa y yo no nos llevamos muy bien

—En ese caso... —lo deja apoyado en la mesa que le queda más cerca y me enseña lo otro que lleva en la mano.

Es un top blanco, corto por encima del ombligo, de tirante ancho y con un bonito escote redondo, muy discreto.

—Es blanco así que...

—¡Me encanta! —le digo quitándoselo de las manos y poniéndomelo sobre mi camiseta mientras me miro en el espejo.

En ese momento llega la dependienta con mi falda. Cuando la veo, se me iluminan los ojos, es incluso más bonita que en blanco. Ella me la ofrece sonriendo y, cogiendo el vestido que Biel acaba de dejar, se marcha a colocarlo en su sitio.

Le pido a Biel que me sujete la falda en la cintura mientras yo me coloco bien el

top. ¡Queda perfecto!

—¡Ya tengo ropa para la boda! —doy un saltito y me agarro feliz a su cuello.
Él me sonrío y me regala un dulce y corto beso en los labios.

CAPÍTULO 36

Semana

Es domingo por la tarde y después de toda la mañana limpiando y recogiendo la casa, me merezco un buen descanso, así que cojo mi batido de Kit Kat recién hecho y me subo con él y sus calorías hasta mi cuarto.

No hay ni una sola sandalia, ni ropa interior por medio y el aroma del ambientador de mango inunda mi cuarto y se extiende por toda la planta de arriba. Ni rastro de que en esta habitación duerme una chica desordenada y bastante desastre.

Cuando apoyo mi cabeza en la almohada y me espatarro, me llega un mensaje al móvil. Sonrío al comprobar que es él.

19:32 No quiero meter presión, pero tengo mucha hambre y me he levantado muy exquisito.

19:32 No admitiré una pizza congelada.

En maldita hora me ofrecí a prepararle la cena. Aunque lo cierto es que no me arrepiento, él siempre cocina para mí y me lleva a cenar a buenos sitios, y yo lo único que he hecho ha sido pagarle un triste McMenú. Dejando mi batido a medio acabar en la mesita de noche, le contesto.

19:34 Creí que una buena pizza barbacoa sería de tu agrado. Tendré que improvisar algo en el poco tiempo que me queda.

Estaba advirtiéndole que no olvidara el Omeprazol cuando su nombre aparece en la pantalla. Descuelgo enseguida.

—No admito anulaciones de última hora.

—Lástima... —Aún no me he acostumbrado a cómo reacciona mi cuerpo al oír su voz—. Me fío de ti, sólo llamaba para preguntarte que vino quieres.

—Tú sólo trae el postre, del resto me encargo yo.

—¿Ni una mísera y triste botella de Lambrusco? Tengo mucho vino en casa y

sólo lo bebo en ocasiones especiales.

¿Soy yo una ocasión especial?

—¿Qué tipo de ocasión? —pregunto curiosa.

—Pues Navidades, cumpleaños... Y cenas de sushi con la chica que le partió el labio a mi hija.

Se me dibuja una sonrisa en los labios al recordar nuestra primera cena juntos. Supongo que allí empezó todo. Tal vez el sushi y el wasabi tuvieron algo que ver.

—¿Y hoy qué tiene de especial?

—Hoy empiezan mis vacaciones, y supongo que las tuyas, porque Emma vuelve mañana y me ha dejado claro que no piensa tocar un libro hasta septiembre.

Mi sonrisa desaparece, y doy gracias por no tenerlo delante.

—En ese caso hay que celebrarlo como Dios manda. Te cuelgo que aún tengo que sacar la pizza del envoltorio y meterla al horno antes de que llegues.

—Está bien Ferrán Adrià, no te entretengo más. Nos vemos a las diez.

—Hasta luego.

Y cuelgo sin darle tiempo a decir nada más.

Si ya no tengo que darle clases a Emma tal vez ya no tenga excusa para verle y él ya no tenga tanto tiempo para mí. Sé que suena fatal, pero creo que estoy empezando a tener celos de una niña de ocho años. Esta semana ha sido increíble y ahora sólo quiero estar con él, la sola idea de tener que compartirlo con su hija me pone de mal humor. Doy un poco de asco, lo sé, en plan madrastra malvada.

Me levanto para dejar el móvil cargándose en el escritorio y vuelvo a la cama para espatarrarme de nuevo, con los ojos fijos en el techo.

Y tan rápido como se fue, vuelve la sonrisa. Sin duda ha sido una buena semana.

El lunes, cuando llegué a casa, Sebi y Gema me esperaban para cenar. Ellos también habían encontrado el vestido perfecto, pero no pudieron enseñarme fotos porque en la tienda no les dejaron hacerlas, aunque no hizo ninguna falta, Sebi me lo describió con tanto detalle que prácticamente visualicé a Gema con él puesto. Estaría guapísima. Biel me llamó esa noche. Me dijo que odiaba ir de compras con Emma, pero que conmigo era mucho más divertido. Se ofreció a volver a acompañarme la próxima vez que comprase ropa interior. Aún no había olvidado mi conjunto de encaje blanco.

El martes Biel tuvo que ir al estudio para dejar todo el papeleo listo antes de irse de vacaciones, así que no nos vimos en todo el día. Fue un día larguísimo, sólo podía pensar en que estaría haciendo y miraba tanto el Iphone que Sebi me lo confiscó hasta después de cenar, pero aun así seguía sin prestarle atención, mi cabeza estaba en otra parte. Cuando cenamos y Sebi se puso a recoger la cocina, me escabullí hasta su cuarto y recuperé mi teléfono. Tenía dos llamadas perdidas, las dos tuyas. No tardé ni

un segundo en marcar.

—Sebi me había confiscado el móvil, lo siento

—Te he echado de menos —su voz sonaba cansada.

—¿Mucho? —le pregunté risueña.

—Tanto que he pasado por la trituradora un documento que tenía que enviar hoy y he tardado una hora en volver a redactarlo.

—Supongo que eso es mucho. —Y sin pensar, las palabras me salen solas—. Yo también te he echado de menos.

—Dime que mañana no tienes planes.

—Han dicho que va a llover, así que mi plan es quedarme en casa tirada en el sofá.

—Pues te paso a buscar a las once, he estado sentado en tu sofá y es un asco, el mío es mucho mejor.

Efectivamente al día siguiente llovió y Biel estaba en la puerta de mi casa a las once en punto. Cuando llegamos a su casa lo obligué a ver *Sons of Anarchy*, mi serie preferida del mundo mundial. Por supuesto no dio tiempo a verla entera, pero entre capítulos, comida alta en grasas y duchas placenteras donde en lo último en lo que pensé fue en que no tenía bragas limpias, se nos pasó el día sin darnos cuenta. Utilicé la excusa de no tener ropa interior para quedarme esa noche a dormir, pero cuando a las dos de la madrugada el orgasmo nos dejó exhaustos en su colchón, quedó claro que no hubiesen hecho faltas excusas, no pensaba dejarme volver a casa.

El jueves por la tarde volví a casa en plan comando con mi tanga granate hecho un gurrño en el bolso. Aunque Biel insistió, mi sentido de la amistad me dio un buen collejón para recordarme que mi mejor amigo se iba de vacaciones el domingo y estaría fuera más de una semana, así que volví a casa y pasé la tarde con Sebi. Aprovechamos para comprar algunas cosas que le hacían falta para Cerdeña y tomar un helado tardío, sentados en un banco del parque. Sólo nos faltó una manada de palomas a nuestro alrededor para hacernos la foto de carné del inserto.

—No quiero ser agorero, pero creo que te estás enamorando del calvito —me dijo cuando ya estábamos sentados al sofá en pijama.

—¿Pero qué dices? Sólo nos los pasamos bien, tú me dijiste que debía hacer lo que me apeteciese.

—Y me parece muy bien, es lo que tienes que hacer, pero tú nunca te has enamorado.

—Y ésta no va a ser la primera vez —le dije no muy convenida.

—¿Cómo sabes que no lo es, si no lo has estado antes?

—Pues porque no, solo llevo viéndolo unas semanas.

—Uy cariño —me dijo dándome un golpe en la rodilla—, el tiempo no tiene nada que ver en el enamoramiento.

—¿Y entonces cómo se sabe?

—Es fácil. Cuando estás con esa persona te olvidas de los problemas, de las preocupaciones y del resto del mundo, sonríes sin motivo, notas una presión en el estómago cada vez que te toca o te besa y cada minuto que no estáis juntos lo pasas pensando en él y preguntándote qué estará haciendo, deseando que pase el tiempo para poder volver a tenerlo cerca.

Entonces me di cuenta que me había pasado toda la tarde imaginando que estaría haciendo Biel, mirando mi teléfono por si me llegaba algún mensaje suyo e ignorando la llamada de mi abuela. Ni siquiera recordaba de qué sabor era mi helado.

—No, pero yo no estoy así, ¿no? —le pregunté medio asustada.

—Eso sólo puedes saberlo tú, pero como tu mejor amigo y el rey de las relaciones amorosas, te digo que te estás enamorando.

Esa noche, después de la llamada de buenas noches de Biel que se había convertido en una costumbre, me costó la vida dormirme, solo podía darle vueltas a la cabeza. ¿De verdad me estaría enamorando? ¿Pensaría Biel en mí tanto como yo en él?

El viernes me levanté muerta de sueño, entre que me costó dormirme y el dolor de ovarios por bajarme la regla, no dormí más de cuatro horas. Así que cuando a las nueve en punto sonó el despertador quería morirme. Aun así hice acopio de la poca fuerza de voluntad que había en mi cuerpo y me levanté. Me había propuesto empezar a buscar trabajo, no sabía si podría seguir dando clases a Emma durante el curso y aunque fuese así, ese dinero no me daba ni para pagar mí parte del alquiler.

Cuando Biel me llamó eran las diez y media y tan solo me había apuntado a dos míseras ofertas de trabajo. ¿Por qué mierdas te piden experiencia en todas partes?

—Buenos días, bella durmiente —sonaba tan despierto y feliz que hasta daba rabia, con el mal humor con el que me había despertado yo hoy.

—De buenos nada, he pasado una noche de mierda.

—¿Y eso? —preguntó de pronto preocupado.

—Me dormí tardísimo y me ha bajado la regla, así que me he pasado la noche dando vueltas en el colchón luchando contra el calor y el dolor de ovarios.

—Espero que ya estés mejor, porque tengo una misión para ti.

—¿No tendrá nada que ver con mirar ropa verdad? Entre el lunes y ayer con Sebi he acabado hasta el moño de tiendas —resoplé a la vez que apagaba el ordenador. A quién quería engañar, me propusiese lo que me propusiese iría sin pensarlo.

—Nada de tiendas —dijo divertido—. He quedado para comer con Bea y antes quiere que me pase por el loft. Las obras acabaron hace unos días así que se ha

pasado toda la semana decorando y quiere enseñármelo.

—Podemos quedar después de comer —le dije algo desanimada. Tenía ganas de ver como estaba quedando el loft, pero yo no pintaba nada en una comida familiar.

—¿No te apetece venir? Bea me ha preguntado por ti y prácticamente me ha obligado a llevarte, si no vienes se enfadará conmigo y tiene muy mala hostia. Ahórrame ese mal rato.

¿Bea había preguntado por mí? No tuve claro si me lo creía o no pero, como en realidad me apetecía mucho estar con él, decidí que era verdad sin pensarlo mucho.

—Está bien, pero lo hago porque tu hermana me cae genial, no para evitarte ningún mal rato.

—Eso es porque aún no la has visto enfadada.

A la una y media estábamos subiendo las escaleras del bloque de Bea. Nos costó la vida aparcar, lo que me hizo recordar la queja de Biel al vendedor del loft el primer día.

Nos abrió una Bea radiante, llevaba unos jeans tejanos y una camiseta con escote en barco color blanco que dejaba su bronceado ombligo al descubierto. Se había recogido la parte delantera de su corto pelo en un moñito. Estaba guapísima.

Casi no reconocí el loft cuando entré. Frente a la entrada había colocado una estantería blanca de madera antigua a medio llenar. Solo había dos baldas llenas de libros y un par de cactus. A la derecha quedaba la cocina, oculta tras la pared de pladour que estaban montando la última vez que vine. El resto de la estancia era un espacio diáfano. A la derecha quedaba el comedor, con un mueble bajo, donde estaba la televisión y el teléfono, una mesita de centro de palets y el sofá de piel negro. Y a la izquierda, separado muy discretamente por un inmenso armario con espejos, quedaba el dormitorio, que constaba de una cama de matrimonio, dos mesitas acopladas a un cabezal de madera claro y un escritorio largo en la esquina, junto al lavabo.

Estaba flipando como de una simple habitación de menos de cincuenta metros cuadrados habían sacado un piso habitable. ¡Quería ese loft para mí!

Más tarde fuimos a comer a La Mafia, un restaurante italiano que al parecer le encantaba a Bea y al que siempre iban a comer. Mi pasta estaba riquísima y la pizza que me dejó probar Biel también, así que me hice una nota mental de repetir. Creo que me hago tantas notas mentales que ya no sirven para nada.

Bea estaba eufórica porque ese día empezaban sus vacaciones.

—No pienso tocar un libro en todo el mes —decía convencidísima.

—Eso no te lo crees ni tú —le rebatía Biel—. No eres capaz de estar más de una semana sin leer desde que sabes juntar palabras.

—Bueno, me he expresado mal —rectifica—, no pienso tocar un manuscrito en todo el mes.

—¿Un manuscrito? — pregunté yo extrañada.

—Trabajo en una editorial —me explicó ella emocionada. El brillo en sus ojos me decía que adoraba su trabajo—. Me encargo de leer y calificar los manuscritos que nos llegan. Separo los que son una basura, de los que merecen la pena.

—¿En serio te pagan por leer?

—Sí —sonríe de oreja a oreja—, adoro mi trabajo.

—Yo me conformaría simplemente con un trabajo cualquiera, no me haría falta adorarlo —me quejé.

Después de comer Bea nos convenció para ir a los karts. Cuando lo propuso estaba segura que Biel se negaría, no me lo imaginaba metido en un mini kart dando vueltas a un circuito, pero me sorprendió cuando dijo:

—¿Aún estás picada por la última vez? No sabes perder.

— Sí sé —por la cara que puso creo que no le gustaba perder a nada—. Pero me merezco la revancha.

—Sólo te servirá para enfadarte más, sabes que te ganaré. —dijo Biel caminando por delante de nosotras de camino al coche. Llevaba las llaves en la mano y jugaba con ellas dándole vueltas en el dedo.

—Ni lo sueñes, hoy es mi día.

Tengo el carné de conducir desde hace tres años, pero solo cogí el coche de mi abuelo al principio, en cuanto pude me saqué el carné de moto y no he vuelto a coger uno, así que os podréis imaginar que no me fue muy bien con los karts. O giraba demasiado el volante y me daba con las protecciones de los laterales o me quedaba parada en mitad del carril y me arrollaban sin compasión, así que a la segunda vuelta me di por vencida y los observé. Eran unos expertos, se adelantaban y se empujaban con facilidad, pasándose el uno al otro todo el tiempo, y aunque Bea era muy buena, Biel sin duda era mejor. A la hora y media, cuando al fin se cansaron de tanto volantazo, volvieron donde yo estaba dándose empujones.

—No pongas excusas —decía Biel revolviéndole el pelo—, los pedales iban perfectos.

—Y una mierda, estaban demasiado lejos y no llegaba bien, por eso se me ha parado en la curva.

—Se te ha parado porque eres una ansía viva y te has equivocado con los pedales.

—No vayas tan de listo que no te he ganado por microsegundos —le dijo librándose de su mano y dándole un empujón. Su moño había quedado reducido a un nido de pájaros.

Yo los observaba divertida. Parecían un par de críos peleándose. Cuando llegaron a mi altura y Bea me vio reír me tocó recibir a mí.

—Y tú no te rías tanto que Emma conduce mejor que tú.

A las once de la mañana del sábado estaba en el aeropuerto con Gema y Sergio despidiendo a Fer y Sebi, como una auténtica familia gitana. Sebi estaba tan eufórico que me lo contagió. No paraba de saltar y casi me mata cuando me subí al carrito de las maletas y corrió empujándolo. Creo que la familia numerosa que teníamos al lado sufrió un ataque severo de vergüenza ajena cuando las dos maletas cayeron al suelo conmigo encima. Me dio pena despedirme de ellos, iba a echar mucho de menos a Sebi, y más ahora que Carla y yo no nos hablábamos, pero se merecía esas vacaciones. Llevaba años sin irse a ninguna parte, conformándose con los cinco días de rigor en el pueblo de sus primos.

Esa tarde ya no pude ver a Biel porque tenía compromisos familiares y la revisión del coche, así que aproveché la tarde para seguir buscando trabajo. Con suerte, en septiembre tendría un empleo con un salario del carajo.

Después de cenar llamé a Biel y le propuse invitarle a cenar a casa al día siguiente, Carla trabajaría hasta tarde y tendría la casa para mí sola. Al principio intentó convencerme de ir a cenar fuera, pero al ver que me hacía ilusión prepararlo todo, aceptó.

¿Cómo no iba a tener miedo de que volviese Emma? Quiero que todas las semanas sean así. Poder verlo cuando me apetezca, dormir en su casa, hacer el amor con él en cualquier rincón y a la hora que nos apetezca.

¿Estaba siendo egoísta? Emma era su hija, ella siempre estaría primero. Además, ¿por qué esa necesidad repentina de verlo a todas horas? Soy una mujer independiente, nunca he necesitado a nadie, incluso Sebi y Gema se han quejado muchas veces de lo despegada que soy cuando quiero. ¿Por qué de repente mi felicidad depende de alguien?

CAPÍTULO 37

Proposiciones indecentes

Está claro que no tengo ningún master en el prestigioso Cordon Bleu ni años de experiencia en alta cocina, pero olé mi culo flácido cuando me lo propongo.

Biel no va a encontrarse ninguna aburrida pizza barbacoa mal horneada, me he currado una cena de esas que no puedes evitar fotografiar y subir a Instagram y que te suben el ego.

No conozco ninguna receta deliciosa que no pueda estropear, por lo que me he centrado en el picoteo, algo que nunca falla y que siempre queda bien. He preparado cuatro mini hamburguesas con pan de semillas, tiras de bacon y mermelada de cebolla. Montaditos varios, unos con mermelada de tomate, queso de cabra y cebolla caramelizada, otros con trocitos de pollo rebozado y compota de manzana y los últimos con paté casero de surimi y mayonesa. Y para terminar una ensalada de espinacas con frutos secos, manzana y aliño de miel y mostaza. Y aunque no ha sido elaboración mía, el hummus que he comprado en Mercadona y he colocado en un bonito bol blanco está de rechupete.

Son las diez menos cinco y aún no estoy lista. Me he tirado tanto tiempo en la cama pensando en semanas perfectas que me ha pillado el toro. No he tenido tiempo ni de pensar en qué ponerme, así que he escogido casi lo primero que ha caído al suelo al abrir el armario. Un pantalón corto lencero color negro y una camiseta holgada color mostaza de manga corta con cuello de pico. Cuando bajo a abrir la puerta lo hago descalza y sin una gota de maquillaje en la cara y la verdad es que me la trae al paio.

Biel lleva un pantalón largo color negro y una camiseta de manga corta gris, con un bolsillo de un gris más oscuro en el lado izquierdo del pecho. Me sonrío de oreja a oreja y acercándose con cuidado me besa, despertando en mí una vez más esa sensación que de repente se ha vuelto una costumbre.

Lleva una botella aún fría de vino blanco en una mano y una bandeja tapada con papel de pastelería en la otra. Suerte que no ha olvidado el postre porque entre tanto picoteo no he pensado en preparar nada dulce por si acaso.

Le pido que se siente a la mesa mientras acabo de arreglarme. Me pongo mis sandalias romanas y un toque de colorete y rímel para adecentarme la cara. Cuando bajo, Biel ya ha abierto el vino y está sirviéndolo en las copas.

—Creí que habías dicho que traerías Lambrusco.

—El Lambrusco es para principiantes, yo ya soy todo un puretilla.

Sonrío y decido ignorar su referencia a la edad. Lo que al principio me escandalizó ahora me resulta completamente insignificante. ¿Qué importancia tienen los años? Sólo son dos números que nos enseñan lo mucho que hemos vivido.

Si pasamos por alto que el pollo rebozado ha quedado algo crudo, el resto de la cena estaba riquísima y no ha sobrado nada. Biel me ha felicitado y me ha dicho que a partir de ahora se me acabó la excusa de no saber cocinar.

Estamos ya enfrascados en el postre cuando me sorprende.

—¿Recuerdas que en unos días me voy de vacaciones? —yo asiento. No lo he olvidado desde que me lo dijo y menos cuando me di cuenta que coincidía con el tiempo que Sebi está fuera—. Salimos el viernes. ¿Quieres venir con nosotros?

Noto la cautela en su voz al preguntar, supongo que aún teme que salga corriendo como la primera noche. Y lo cierto es que ahora mismo es lo que más me apetece. ¿Irme de vacaciones con él y su hija? ¿Qué se supone que le vamos a contar a Emma? Tiene ocho años, pero no es tonta.

En lugar de levantarme y salir por patas, me atraganto con el trozo de tarta.

—Si llego a saber que te iba a sorprender tanto, me espero a que tragues — bromea.

—Lo siento —le digo limpiándome con la servilleta—. No me lo esperaba.

—No tienes que contestar ahora, aún quedan días.

—No creo que sea buena idea. ¿Qué le vas a contar a Emma? No es muy normal que su profesora de repaso vaya con ella de vacaciones.

Biel me mira serio y apoya los codos sobre la mesa.

—Ali, hace tiempo que Emma no se refiere a ti como la profesora de repaso. Para ella eres Alicia, la amiga de papá.

—¿La amiga de papá?

Cuando lo invité a cenar no esperaba que fuese precisamente esta noche cuando surgiese el dichoso tema, pero al parecer no es posible planearlo todo y tarde o temprano teníamos que hablar sobre ello. ¿Soy la profesora de repaso de su hija a la que se tira? ¿Su amiga? ¿O quizás algo más? Se me acaba de cerrar el estómago, así que dejo la cuchara sobre la mesa y me dejo caer en el respaldo. Vamos Biel, habla tú primero, yo no soy capaz.

—Sí, para ella eres la amiga de papá —no aparta sus ojos claros de los míos.

—¿Y para ti?

Tengo el agujero del culo tan apretado que no se me escaparía ni un pedo.

—Podemos ponerle un nombre si quieres, pero a mí no me van esos rollos. Yo no voy por ahí diciéndole a la gente si tengo novia o no, y muchos menos a mi hija. No

me gustan las etiquetas, solo sirven para el resto de la gente. A mí lo que me importa es lo que siento en cada momento.

—¿Y ahora mismo qué sientes? —Ha dicho novia, ¿verdad? Lo habéis escuchado.

—Ahora mismo me apetece estar contigo. Quiero conocerte, quiero aprender cómo eres y anticiparme a tus reacciones, quiero entender por qué la mujer de veintisiete años a la que le alquilo mi casa me está volviendo loco y está trastocando mi vida. —Sonríe de lado—. Y por supuesto quiero que vengas de vacaciones con nosotros.

Me tiemblan las manos, las piernas y hasta las pestañas. No esperaba esa respuesta y me he quedado en blanco. No estoy acostumbrada a estos sentimientos, yo jamás he sentido nada que no sea atracción sexual por nadie y me aterra adentrarme en algo tan desconocido para mí. Me asusta hacer algo mal y estropearlo, porque no quiero que esto que tenemos, sea lo que sea y se llame como se llame, se acabe nunca.

Biel me mira sin perder la sonrisa, esperando una respuesta por mi parte, pero soy incapaz de juntar una frase. Yo, la chica sin filtro, se ha quedado muda.

Abro la boca para intentar decir algo, pero la vuelvo a cerrar. Biel suspira a través de su sonrisa.

—Ven —me dice retirándose de la mesa y palmeando su regazo.

Yo obedezco como una autómatas y me siento sobre él, de lado, rodeando su cuello con mis brazos.

—Tú me has preguntado que siento y yo te he contestado, pero yo no te he preguntado, así que no tienes por qué decir nada.

—No tengo por qué, pero quiero hacerlo. Yo...

La puerta de casa se abre de golpe, haciendo que los dos nos giremos para mirar. Carla está a horcajadas sobre Héctor, que la agarra del culo, de manera que su falda queda enroscada en su estrecha cintura y nos deja una interesante perspectiva de su blanco trasero. Se meten tanto la lengua que no entiendo como no les dan arcadas.

Yo me levanto mosqueada y chisto lo suficientemente alto para que me escuchen.

—Esto no es un pub, así que controlaros un poquito.

Carla se baja del regazo de Héctor y se coloca la falda. Ahora todos podemos ver lo empalmado que va su querido novio a través de su bragueta abierta. Él se coloca la erección como puede e intenta volver a abrocharse el pantalón, pero eso ya no cabe ahí dentro.

—Te recuerdo que no vives sola —le bufo girándome de nuevo hacia Biel, que observa la escena divertido.

—Una lástima... —susurra Carla antes de agarrar a su novio de la muñeca y tirar

de él escaleras arriba.

El portazo que dan al entrar en su cuarto me acaba de enervar.

—Estoy harta de esta tía, no la soporto.

—Creí que vivíais armónicamente en esta casa —se cachondea.

—Eso era antes, cuando Toni estaba con nosotros la controlaba y no la dejaba pasarse, pero desde que no está se nos sube a la chepa, la muy puta.

—Si no estáis a gusto con ella solo tenéis que pedirle amablemente que se vaya. Sois dos contra una.

—Ojalá fuera tan fácil.

Recojo las copas vacías que quedan sobre la mesa y las llevo a la cocina. Biel me sigue con la botella de vino vacía en la mano.

—Debería irme ya, es más de la una y mañana tengo que madrugar para ir al aeropuerto.

Me giro apoyando la espalda en la encimera y lo atraigo hacia mí agarrándolo de la cintura.

—Lo siento mucho, pensé que Carla no vendría hasta más tarde.

—No pasa nada.

Unos gemidos placenteros llegan hasta nosotros. Me jugaría mi mano derecha a que lo están haciendo a posta, ese empalmado no puede ser tan bueno en la cama.

Pongo los ojos en blanco.

—Quédate a dormir —le pido—, no me obligues a soportar esta tortura yo sola.

—No sufras, ese chaval no va a durar mucho – bromea.

Me besa. Un beso húmedo y más largo de lo que esperaba. Yo me enrosco en su cuello y poniéndome de puntillas introduzco mi lengua en sus labios. Él la acaricia con la suya y un suspiro ronco se escapa de su garganta.

Bajo mis brazos hasta su duro trasero y lo atraigo hacía mí, notando su ya pronunciada erección en mi cadera.

—No quieres irte – le susurro entre besos.

Él se aparta un poco, me sujeta de la cintura y me sube casi sin esfuerzo a la encimera, tirando las cucharas del postre al fregadero. Pega su erección entre mis piernas y me susurra:

—Lo que quiero es hacerte el amor en esta cocina, hacer que disfrutes tanto que los gritos de tu compañera de piso no se escuchen. —Bajo mi mano y se la meto en los pantalones, por debajo de su ropa interior. Él suelta un suspiro ronco y hecha la cabeza ligeramente hacia atrás.

—Quédate —le suplico chupando el lóbulo de su oreja con mi lengua.

—Joder Ali —se queja—. No puedo.

Saco mi mano de su pantalón y lo empujo para poder bajarme de la encimera. Él me mira entre sorprendido y decepcionado. Lo rodeo y salgo de la cocina. Me sigue colocándose el miembro.

—Puedes irte —le señalo la puerta mientras me quito las sandalias—, o puedes quedarte y darte una ducha fría, creo que te hace falta.

Me bajo los pantalones y me quito la camiseta, dejándolo todo en el suelo. Biel me mira tan caliente que creo que arderé de un momento a otro.

Ignorando los gemidos de Carla, subo lentamente las escaleras, quitándome la ropa interior.

—Cierra al salir —le digo al llegar arriba.

Biel olvida que tiene madrugar y quitándose la camiseta se sitúa a mi lado en una fracción de segundo.

—Creo que esa ducha me vendrá bien.

CAPÍTULO 38

Junta extraordinaria

Al girarme noto algo rasposo en la frente. Me lo quito con las manos y lo dejo caer a mi lado, en las sábanas. Tras dos vueltas de croqueta por el colchón, me animo a abrir un ojo, solo uno porque el otro lo tengo tan hinchado y lleno de legañas que creo que no volverá a abrirse jamás.

Lo que tenía pegado resulta ser un post-it amarillo con algo escrito en una bonita caligrafía. Me enderezo y lo leo con mi único ojo operativo a estas horas.

Me he levantado temprano porque tenía que pasarme por casa antes de ir al aeropuerto y no quería despertarte.

Esta noche te llamo, marmotilla.

Sonrío al recordar la noche anterior. Por lo visto el mito de que no se puede hacer el amor con la regla es falso, siempre que haya una buena ducha en la ecuación todo es posible.

Carla está con su bol de cereales en la mesa del comedor, viendo la televisión. Parece que Héctor también ha madrugado porque no hay ni rastro de él ni de su miembro viril en toda la casa.

Me hago una tostada y me siento al sofá con un vaso de zumo de naranja, ignorando a la rubia. Para mí, no es más que un mueble más del salón.

Ella tiene el mismo interés en hablar conmigo que yo, así que las dos disfrutamos de un silencioso e incómodo desayuno en compañía del programa matinal al que ninguna le presta demasiada atención.

Cuando al fin se levanta y sube a ducharse, me relajo. Tenerla cerca me enerva y me crispa los nervios. Nunca hemos sido las mejores amigas del mundo, hacíamos cosas juntas porque al ser compañeras de piso tocaba, como ir a Ikea, hacer la compra, cenas en casa todos juntos, tardes aburridas... Pero desde que Toni se fue no la soporto. Cuando Sebi vuelva le diré que tenemos que hablar con ella para que se vaya, estoy segura que mi amigo se pondrá de mi parte, creo que él la soporta aún menos que yo.

Aprovecho la mañana para seguir buscando trabajo, Biel me dejó bien claro el

otro día que Emma no piensa coger un libro hasta septiembre, así que necesito urgentemente un nuevo trabajo.

En las dos ofertas que me apunté el otro día ya me han descartado y en el otro, ni siquiera han visto mi currículum. Al final va a ser verdad que el mundo laboral es un asco hoy en día.

Encuentro un trabajo como traductora freelance que me gusta, pero volvemos a lo mismo, no creo que con lo que cobre de eso me llegue para pagar el alquiler, así que me vuelvo loca enviando solicitudes y publicando anuncios de profesora particular de inglés y francés. No me gustan nada los niños, pero al menos en eso tengo experiencia y seguro que una recomendación muy buena.

Son las dos menos cuarto cuando Gema me llama.

—¿Qué haces? —Por su tono de voz intuyo que está aún más aburrida que yo.

—Buscándome un futuro laboral decente, ahora mismo estoy ofreciéndome como canguro trilingüe. ¿Qué te parece?

—Que yo no te dejaría a cargo ni de mi gato, mucho menos de mis hijos.

—Pues fuiste tú la que me propuso de profesora particular, listilla.

—Sí, pero eso fue un caso excepcional. Necesitabas un trabajo y yo quería quedar bien. ¿Y cómo terminó? Con una de mis mejores alumnas con el labio partido.

—Eso fue un accidente —me excuso.

—Sí, un accidente, pero el labio se lo partiste igual.

—Si no quieres nada más, tengo cosas más interesantes que hacer que hablar contigo.

—¿Cómo qué? — me pregunta medio riendo.

—Cómo contar los azulejos del baño y multiplicarlos por las baldosas de la cocina.

—Pues yo iba a proponerte que vinieras a casa a comer y llamáramos a Sebi, pero si estás tan ocupada...

—A las dos y media estoy en tu casa. ¡Quiero paella!

Al ser un lunes del mes de agosto no encuentro nada de tráfico, por lo que me presento en su casa diez minutos antes de lo acordado. No ha preparado paella, pero el arroz tres delicias y las empanadillas de carne no están tan mal.

—La confianza da asco —se queja mientras coloca el Nestea en la mesa—. No has traído ni postre.

—Tú lo has dicho, da asco, este arroz tres delicias es precocinado.

—Desde que estás con el calvito te estás volviendo muy exquisita, no todos cocinamos tan bien como él.

Gema me hace recordar la conversación de la noche anterior y recuerdo que al final no le contesté. Ni a lo de las vacaciones ni a lo de mis sentimientos.

—Tengo que contaros algo importante y necesito vuestro consejo.

—Pues dispara —se acomoda en la silla y me mira expectante con el tenedor lleno de arroz en alto.

—Cuando Sebi nos llame, no tengo ganas de explicarlo dos veces.

Mi amiga se queja, pero empieza a comer. Sebi nos manda un mensaje diciendo que está en el apartamento y que hagamos un Skype. Mientras subimos al despacho de Sergio a encender el ordenador, Gema se queja diciendo que lo hace para que veamos lo moreno que está y darnos envidia.

—Tú nunca estarás morena, eres más blanca que la leche en polvo.

—No todas tenemos la suerte de haber nacido mulatas.

Efectivamente Sebi está más negro que el café, mientras que Fer, que aparece un momento por detrás, parece un tomatito cherry. Le gritamos a la vez que se ponga aftersun cuando Sebi empieza a hablarnos.

—¡Tíaaaaaas que guay es esto! Las playas son cristalinas.

—No nos das envidia —le decimos al unísono. Aunque todos sabemos que es mentira, ahora mismo mataríamos por estar allí con ellos.

La primera media hora la pasa explicando detalles y anécdotas de sus vacaciones, casi no hablamos, las dos nos limitamos a sonreír y asentir, esta vez de verdad, nos alegramos muchísimo por él. Se merecía unas vacaciones así.

Pero cuando ya pasa a explicar detalles que no nos interesan, como que allí no se ven muchas chicas haciendo topless, Gema lo interrumpe.

—Sí, sí, muy interesante, pero Ali tenía algo que contarnos.

—¿Sí? Cuenta, cuenta.

Agradezco que Fer no esté delante, le tengo mucho cariño, pero aún no he llegado a ese nivel de confianza con él.

—Ayer invité a Biel a cenar a casa – empiezo con la esperanza de que no me corten, si lo suelto todo de golpe es mucho más fácil – Todo fue muy bien, pero entonces me propuso algo que no me esperaba.

—¿Te propuso un trío? —grita Sebi llevándose las manos a la boca.

—¿¡Qué te vayas a vivir con él!?! —grita Gema a mi lado.

—¡No! Callaros ya y dejadme hablar. —¿Cómo se le pueden ocurrir esas cosas? —. Me dijo que me fuese con él y Emma de vacaciones este viernes.

—¿Eso? —Veo la decepción en el rostro de Sebi a través de la pantalla del Mac —. Pues menuda decepción, lo del trío era mucho más interesante.

—¿Y qué le dijiste? —se interesa mi amiga.

—Pues ahí está el problema, que aún no le he contestado y no sé qué hacer.

—Pues irte, eso vas a hacer. Eres más pobre que las ratas y este año no ibas a moverte de casa en todo el verano, es la oportunidad perfecta.

—No vayas tan deprisa —le dice Gema, que parece que al fin ha comprendido mi duda—. Irse de vacaciones con él significa más de lo que parece. No estarán solos, Emma irá con ellos.

—Exacto.

—¡Hostias, la niña! A veces me olvido que estás liada con un padre de familia.

—Pero eso no es todo —lo mejor es que tengan toda la información para poder ayudarme a tomar una decisión—. Prácticamente se me declaró.

—¡¿Cómo?! —casi saltan de sus asientos. Una a mi lado y el otro desde la costa italiana.

—No sé cómo llegamos a eso, pero me dijo que él no es de ponerle nombres a las cosas, que sólo hace lo que le apetece y ahora mismo le apetece estar conmigo y conocerme mejor.

—¿Y tú que le dijiste?

—Nada... —agacho la cabeza como un perrillo al que acaban de pillar mordiendo el sofá.

—¿Cómo que nada? —Gema parece hasta mosqueada.

—Me quedé en blanco, ¿vale? —me defiendo—. Y luego, cuando mi cerebro volvió a ponerse en marcha entró Carla y su mierda de novio y nos interrumpieron.

—Buagh Carla, no me la nombres que estoy muy bien sin ella —dice Sebi asqueado.

—Me la bufa Carla —salta Gema sorprendiéndonos a los dos—. ¿Me estás diciendo que te declaró su amor, te pidió que te fueses con él y su hija de vacaciones y tú no has hecho nada?

—Bueno... echamos un polvo en la ducha —me excuso.

—¡Esa es mi niña! —Aplauda Sebi—. Ella se expresa mejor con los actos que con las palabras.

Le da un ataque de risa que mi amiga, que me mira seria a mi lado, no comparte.

—¿Y cómo os despedisteis? ¿No te volvió a sacar el tema?

—Después de la ducha nos quedamos dormidos en mi cama y esta mañana cuando me he despertado ya se había ido. Esta noche me llamará y seguro que vuelve a preguntarme sobre las vacaciones. ¿Qué hago?

—Pues lo que ya te dije una vez —dice Sebi junto a Fer, que acaba de llegar y se

sienta a su lado—. Haz lo que te apetezca. Si quieres irte de vacaciones, vete.

—El problema no es si quiero o no, claro que quiero. El problema es lo que eso signifique después.

—¿Por qué siempre piensas en después? —Gema, la mejor amiga, entra en acción—. Siempre que tienes que tomar una decisión analizas lo que ocurrirá y estudias todas las cosas negativas que te pueden pasar después, pero a veces te olvidas de que lo importante no es lo que pasará mañana sino lo que pasa ahora. ¿Crees que si yo me hubiese puesto a pensar que Sergio me iba a decir que no quería casarse, le hubiese hecho la pregunta? Claro que no, pensé en que lo quería y quería dar ese paso, luego ya afrontaré lo que tocara.

—Pero tiene una hija, no es un rollo cualquiera con el que irme de vacaciones. ¿Qué va a pensar Emma cuando vea que su padre se lleva a una amiguita de vacaciones con ellos? Lo mismo hasta me coge manía.

—No seas tonta, los niños no son tan retorcidos como los adultos. Emma ya te conoce y os lleváis bien, para ella que tú vayas solo significa más diversión. Además, si Biel te lo ha propuesto es porque ya le ha preguntado a Emma que le parece, no tiene pinta de ser uno de esos padres que imponen cosas.

Quizás Gema tiene razón y no tengo que darle tantas vueltas a las cosas. Quizás debo disfrutar de esas vacaciones y olvidarme de qué vendrá después.

—¿A ti te apetece ir? —pregunta Sebi.

—Pues la verdad es que sí, esta semana que hemos pasado juntos ha sido genial, pero también me da miedo, nunca he pasado un día entero con Emma y no es lo mismo dos horas que una semana.

—No es un Gremlin, Emma es muy buena y no suele dar problemas —dice Gema.

Y entonces planteo otro de mis verdaderos temores.

—¿Y después qué, seremos novios y viviremos felices? —Parece que la palabra novio se me atraganta.

—A tu chico no le gusta ponerle nombre a las cosas —se cachondea Sebi—. Pero lo de vivir felices suena muy bien.

—Deja de tener miedo a lo que no conoces y déjate llevar —Fer nos sorprende a todos, pues ha estado callado desde que ha llegado.

Imagino esa semana en la Costa Brava. Paseos por la playa, baños en el mar, cenas en cualquier restaurante, mojitos de madrugada... Me apetece todo eso, y ahora que he hablado con mis amigos, la idea de compartirlo con Emma no me parece tan mala, incluso puede ser divertido.

—Está bien, lo tengo decidido ¡Me voy de vacaciones! —grito levantando los brazos al aire.

Y entonces, mis consejeros y mejores amigos, hacen la ola y empiezan a aplaudir.
Por cosas como éstas los quiero tanto.

CAPÍTULO 39

Preparados, listo, ¡YA!

Cuando Biel me llamó el lunes por la noche ni siquiera me preguntó sobre las vacaciones, no quería presionarme y se lo agradecí, pero después de hablar sobre Emma y lo que había hecho en París con su madre, decidí que era el momento de decirle que ya había tomado una decisión.

—Debe haber acabado harta, porque mira que a mí me encanta viajar, pero para una niña de ocho años no sé si tanto museo y tanto brunch es muy divertido. —Biel se ríe diciendo que él no lo soportaría—. Hablando de vacaciones...

Hago una pausa dramática que Biel aprovecha para preguntar intrigado:

—¿Sí?

—Este viernes me voy a la Costa Brava y no sé cuántos bikinis llevarme.

Sé que está sonriendo, no lo puedo ver, pero algo en su voz cuando contesta me dice que lo está haciendo.

—Por mí como si te bañas en pelotas, pero si no quieres ser tan atrevida delante de Emma te aconsejo mínimo tres.

Y aquí estoy, a media hora de que me pasen a recoger y con la maleta a medio hacer. ¡He hecho un pareado!

He descartado completamente mis dos bikinis brasileños y la opción de hacer topless, por lo que he metido en la maleta los cuatro bikinis más decentes que tengo. Voy cargada de vestidos, shorts y camisetas varias. Más que una semana parece que me voy un mes, pero me consuelo pensando que, si Sebi hubiese estado aquí conmigo, me habría obligado a llevarme el doble.

Por suerte la ropa de verano casi no ocupa sitio y he podido meter todo mi equipaje decentemente en una maleta de tamaño normal. Sigo guardándome mi maletón Roncato para esos viajes que tanto me apetecen y tan poco me puedo permitir todavía. Estoy segura que cuando mis abuelos me la compraron como regalo de graduación no pensaban que le daría tan poco uso.

Mientras Biel mete mi maleta en el maletero de su Dodge, Emma baja corriendo del coche y me da un abrazo. Me quedo algo parada porque no imaginaba tanta efusividad, pero me repongo rápidamente y cogiéndola en brazos le doy un buen beso en la mejilla.

—¡Qué bien que vengas con nosotros! —Casi me deja sorda cuando grita al oído—. Nos lo vamos a pasar muy bien.

—Claro que sí.

La dejo de nuevo en el suelo y veo como se sube a su asiento y se abrocha correctamente el cinturón. Biel me pide que me acerque con un gesto de la mano. Estamos en uno de los extremos traseros del coche, por lo que Emma no puede vernos desde su posición, así que Biel me acerca a él agarrándome de la cintura y me besa.

—Me alegro que hayas decidido venir.

—Y yo, tengo ganas de playa – digo casi tan emocionada como Emma.

Él sonrío y tras darme otro corto y rápido beso en los labios nos metemos en el coche.

—¿Empezamos las vacaciones? —le pregunta Biel a su hija mirándola por el retrovisor.

—¡Sííí! —grita ella emocionada, con el puño en alto.

Yo sonrío y me abrocho el cinturón. ¡Empiezan mis vacaciones! Empieza algo que no sé cómo terminará y que me emociona más de lo que pensaba.

Cuando llegamos a El Port de la Selva y veo la gente que hay por el paseo de la playa, el ambiente en las terracitas y el solazo de infarto que cae a la una y media, me entran unas ganas locas de bajarme del coche, sacarme el vestido por la cabeza y correr cual vigilante de la playa hasta el mar, pero en lugar de eso, cuando Biel mete el coche en el parking del apartamento, me bajo recatadamente y lo ayudo a coger el equipaje. A estas alturas ya me he dado cuenta que Biel me hace una persona más cerebral, desde que lo conozco me obligo a pensar antes de actuar y no hago tantas locuras y eso es algo que me asusta.

El apartamento no es muy grande pero está decorado con mucho gusto y mimo. Tiene un amplio comedor con cocina americana que da a una gran terraza llena de plantas coloridas y con una gran mesa de madera bien cobijada bajo una sombrilla granate. Tiene dos habitaciones y un pequeño baño con ducha. Una de las habitaciones tiene un escritorio blanco como el de mi casa. Ikea ha hecho mucho daño y todos tenemos pisos casi calcados. Hay una litera bastante ancha y un pequeño armario empotrado junto a la puerta. Y en la otra habitación hay una cama de matrimonio, dos mesitas de madera y un gran armario corredero con un espejo de cuerpo entero en una de las puertas.

Emma se sienta al sofá y, con esa pericia que solo los niños poseen, encuentra en milésimas de segundo un canal de dibujos animados.

—Puedes ir deshaciendo la maleta mientras yo coloco las cosas de Emma. —me dice Biel cogiendo la bolsa con la ropa de su hija—. Luego iremos a comer.

Yo asiento y me instalo en la que será mi habitación los próximos siete días. Cuando Biel vuelve y coloca sus cosas yo aún no he terminado, así que se estira en la cama, con los brazos cruzados bajo su cabeza y las piernas estiradas.

—No sabía que después te ibas a otro destino —bromea viendo como me peleo con la estantería para que quepan todas mis camisetas.

—Sí, me voy dos semanas a Dubai y luego una de relax a Cabo Verde.

—Ya podrías haberme invitado.

—Quería descansar un poco de ti, últimamente nos vemos demasiado.

Dejo al fin mi maleta vacía tras la puerta y me acerco a la cama. Biel me golpea con su pierna tras las rodillas y yo caigo a peso sobre él.

—En ese caso no deberías haber aceptado estas vacaciones.

—Sí, creo que fue error.

Me besa sin hacer ruido en el cuello y con una de sus muñecas me abraza por la cintura. Lo tengo tan cerca que solo quiero besarlo, pero mi yo sensato me dice que tenga cuidado, Emma está en el comedor y puede venir en cualquier momento.

Nos levantamos de la cama justo a tiempo, porque de pronto Emma aparece en la puerta frotándose la tripa.

—Papi, tengo hambre – se queja.

—Y yo – Biel la levanta del suelo y la coge en brazos mientras yo los sigo hasta la cocina—. Por eso vamos a salir corriendo a darnos una buena comilona.

—¿De esas en las que se me hincha la tripa? —pregunta Emma emocionada.

—Exacto. Hay que alimentarse bien para construir buenos castillos de arena.

—Yo ya no hago castillos —se queja Emma cuando su padre la deja en el suelo para coger la cartera que hay sobre la encimera—, ya soy mayor.

—Perdone usted —se disculpa. Le hace una reverencia señalando la puerta—, las damas primero.

Cuando salimos del restaurante después de comer, vemos que el resplandeciente sol que había cuando hemos llegado ha quedado oculto tras una fina capa de nubes. Biel le dice a Emma que mejor dejamos la playa para mañana, pero ella insiste en que quiere ir.

—Vayamos igualmente —le digo—, sigue haciendo calor.

Al final lo convencemos entre las dos y pasamos la tarde jugando a tirarnos la pelota en la orilla. A las siete y media ya estamos duchados y entrando al supermercado a hacer la compra. Biel se encarga de recolectar las cosas importantes y necesarias, como aceite, pan y papel higiénico, mientras que Emma y yo nos centramos en las cosas banales pero igualmente imprescindibles, como palomitas, galletas, helado y chokolatinas. Formamos un gran equipo.

Cuando llegamos al apartamento nos dedicamos a colocar las cosas mientras Emma se pone el pijama y se sienta de nuevo al sofá. Ésta niña vive de maravilla.

Biel saca los Maltessers y el Kit Kat de una de las bolsas y me mira con la ceja levantada.

—¿En serio?

—Por supuesto, no sabes lo buenas que están las palomitas con Maltessers —le digo colocando el paquete de arroz en el estante.

Biel se acerca despacio y me susurra:

—Seguro que no tanto como tú con ese conjunto que te he visto guardar en el cajón.

Yo hago que lo ignoro y con un movimiento de cadera lo alejo de mí para poder pasar y dejar la bolsa vacía junto al resto.

Hoy nadie tiene muchas ganas de cocinar, así que metemos un par de pizzas al horno y cenamos mientras planeamos lo que haremos al día siguiente. No hay mucha discusión, está claro que todos queremos playa y nada de visitas turísticas por ahora, Emma está cansada de tanta caminata y monumentos.

Biel me pide que friegue los platos mientras él acuesta a Emma, y aunque ya sabéis que odio hacerlo, no me quejo porque solo tengo que fregar tres vasos y dos cuchillos. Cuando haya que limpiar ollas y sartenes aceitosas ya utilizaré mis artimañas más hábiles para escaquearme, soy una experta en eso.

—Buenas noches —me dice Emma antes de ir con su padre a su habitación. Me da un beso en la mejilla y me regala una de sus bonitas sonrisas.

En momentos como éste pienso que, aunque los niños pequeños no son lo mío, si todos fuesen tan buenos como Emma, tendría familia numerosa. Luego me acuerdo de las contracciones, la dilatación y los puntos en el chichi y se me pasa.

Cuando Biel vuelve, ya he terminado y estoy sentada al sofá haciendo zapping. Se acomoda a mi lado y me hace un gesto para que me estire sobre él.

—¿Cómo han empezado tus vacaciones?

—No están yendo nada mal, pero podrían mejorar.

—¿Ah sí? —pregunta intrigado—. ¿Cómo?

—Eso depende —me incorporo en el sofá y lo miro con media sonrisa en los labios—. ¿Emma tiene el sueño ligero?

Biel suelta una risa sorda al entender mis intenciones.

—Duerme como un tronco.

Salgo corriendo hacia la habitación intentando no hacer mucho ruido y Biel me alcanza justo cuando paso por la puerta. Agradezco que la cierre tras nosotros, cuando me lo propongo no soy muy escandalosa, pero hay veces que una no puede

contener un gemido.

CAPÍTULO 40

No es el paraíso, pero casi

Nunca imaginé que iba a disfrutar tanto unas vacaciones familiares. Yo siempre he sido una apasionada de las fiestas en la playa, las borracheras tontas en las que haces locuras que recuerdas durante años e incluso de las mañanas de resaca pegada a una botella de agua fría. Pero esta semana está siendo una delicia.

Mi piel, ya de por sí morena gracias a la herencia de mi padre medio somalí, está de un dorado precioso. Mi pelo está bastante quemado del sol, vale, pero estoy tan feliz y relajada que me importa más bien poco. Y los ratos con Emma me han hecho darme cuenta que yo también tengo un reloj biológico escondido en alguna parte de mi cuerpo, aunque no os alarméis, no pienso ponerle pilas hasta dentro de muchos años.

El sábado decidimos que solo queríamos relajarnos, así que por la mañana fuimos a la playa del pueblo y después de comer visitamos la Cala Tamariua. Una cala mixta para la que no hacía falta coger el coche. Cuando Biel me lo dijo, pensé que Emma se escandalizaría al ver gente desnuda, pero resulta que la niña está curada de espanto y la que se escandalizó fui yo.

—Mira ese, mira ese —le dije a Biel cuando un hombre pasó a nuestro lado para meterse en el agua—. Lleva el pimiento colgando.

—Pues claro que lo lleva colgando, ¿Cómo quieres que lo tenga?

—Pero es que no es ni pimiento ni nada, es una pasa arrugada y minúscula — me daba más pena a mí que al pobre hombre.

El domingo convencimos a Emma para hacer una visita turística al Monasterio de Sant Pere de Rodes. Casi morimos de calor bajo el sol de justicia que hizo ese día, así que después de una paella de montaña que nos preparó Biel en el apartamento, nos fuimos directos a la playa.

El lunes decidimos que había llegado el momento de movernos del pueblo, así que pasamos el día visitando varios pueblos pesqueros preciosos, entre los que sin duda estaba Cadaqués. Emma alucinó con el Museo Dalí y yo me aburrí como una ostra, pero hice un gran papel de adulta equilibrada y sólo me quejaba y hacía morritos cuando Emma no miraba. Por lo visto, Biel es un gran admirador de famoso pintor, así que ignoró todas mis muestras de aburrimiento, pasándoselas por el forro de los pantalones. Para compensarme, salimos a cenar a una marisquería de la que nos habían hablado muy bien.

Y el martes, que prometía ser otro día de sol y toalla, se fue al traste nada más levantarme de la cama. Tenía un dolor de tripa horrible y fue poner los pies en el suelo y echar por la boca la cena, el desayuno y hasta el banquete de mi primera comunión. Emma y yo nos pasamos el día alternando las visitas al lavabo. Sobre el medio día dejé de lado las vomitonas para dar paso a una bonita y perfumada diarrea que no le deseo a nadie. Biel, cansado de ir de una habitación a otra, nos obligó a tumbarnos juntas en la habitación de matrimonio y nos colocó una olla a cada lado de la cama.

—Os quiero mucho, pero estoy harto de limpiar vomitados.

Estuvimos hasta las nueve de la noche viendo películas en la televisión de la habitación. Para entonces Emma ya había dejado de vomitar y yo me encontraba un poco mejor.

—¿Puedo dormir en mi habitación? —le preguntó Emma a su padre.

—Si lo prefieres claro que puedes, pero deja la puerta abierta por si te encuentras mal.

—Y llévate la olla, nunca sabes cuando la vas a necesitar —le grité yo cuando los dos salían por la puerta.

Cuando Biel se metió en la cama me dejé caer sobre su pecho, agotada de tanto malestar.

—Te hemos fastidiado el día.

—Eso os pasa por comer gambas, ya os dije que me olían raro.

—Pues estaban buenísimas.

Él me acarició el pelo y me besó, sin importarle todo lo que había salido por mi boca durante todo el día.

—Me tiene que oler el aliento fatal.

—Toda tú hueles fatal —me confesó riendo.

—Vete a la mierda.

Pero en lugar de apartarme, me estiré aún más encima suyo y me quedé dormida en cuestión de segundos.

Hoy ya estamos a miércoles y, aunque aún nos quedan tres días de vacaciones, ya estoy empezando a sentir la depresión post vacacional. No quiero volver a la realidad, porque eso significa que tengo que aguantar yo sola a la estúpida de Carla hasta que Sebi vuelva y que sigo siendo una parada más a la busca de cualquier trabajo con un sueldo. Y he dicho solo sueldo, porque un sueldo digno ya no entra en mis prioridades.

—¿Has vomitado? —me pregunta Emma cuando se sienta a la mesa del comedor para desayunar—. ¡Yo no!

—Yo tampoco —le digo levantando la mano para que la choque.

Ella junta su manita con la mía y grita feliz.

—¡Bien! Ya podemos comer tarta de chocolate.

—Me parece que la tarta la dejamos mejor para más adelante, no quiero arriesgarme a pasar otro día aquí metido —dice Biel poniéndole un vaso de zumo y una tostada con pavo encima de la mesa.

Emma la mira decepcionada, pero cuando ve que a mí me toca desayunar lo mismo, levanta los hombros resignada y empieza a comer.

—¿A qué playa vamos a ir hoy? —le pregunto a Biel.

—Hay una playa a media hora más o menos donde alquilan patines con tobogán. ¿Os apetece?

—Sííí —decimos las dos a la vez.

Biel sonrío y me pellizca un moflete.

—Pues decidido.

Llegamos a la playa a medio día, pero hemos ido preparados y llevamos tres bocadillos y varias bolsas de patatas, así que no tenemos prisa.

En el primer baño, algo transparente pasa flotando a nuestro lado. Una medusa mutante y asesina nos acecha, así que Biel se coloca a Emma en los hombros y los tres salimos corriendo a las toallas.

—Yo no quiero bañarme más — le dice a su padre.

—No pasa nada, solo era una medusa, ya se habrá ido, solo tenemos que ir con cuidado.

—Que no, que me da miedo —dice la pequeña sentada en su toalla con los brazos cruzados.

—¿Y te da miedo construir fortalezas? —propongo yo, viendo que no la vamos a convencer de ninguna de las maneras.

—No, eso no me da miedo —dice con media sonrisa—. Pero luego me quito la tierra en la ducha, no quiero meterme en el agua.

Cuando llegamos a casa, Biel le llena a Emma la bañera y la deja un rato sola jugando en el baño.

Yo estoy secándome el pelo en la habitación.

—Por fin un momento para estar solos —me dice agarrándome de la cintura por detrás—. Lo siento, pero con Emma no tengo muchos ratos libres.

Yo dejo el secador sobre la cama y me giro para poder verle la cara.

—No me pidas perdón, estoy disfrutando de las vacaciones.

—¿Ayer también? —bromea.

—No, ayer me habría metido por el desagüe con los restos de la cena, pero solo fue un día.

Me besa en el cuello y luego en los labios. Noto su lengua acariciando al mía y se me pone la piel de gallina. Me siento como una adolescente en su primer beso.

—Dios, que ganas tenía de besarte —me susurra al oído.

Yo en lugar de contestarle le devuelto el beso. Biel me agarra del cuello para acercarme más a él.

—No sé cómo lo haces, sólo ha sido un beso y mira como me tienes —me dice señalando su marcada entrepierna.

—Es que eres un papá salidillo —bromeo entre sus labios, mientras acerco mi pelvis a la suya.

—Será eso...

Me agarra de las nalgas y me frota contra su entrepierna sin dejar de besarme. Yo ya he olvidado donde estamos, así que dejo caer la toalla que me tapa el cuerpo y la aparto de una patada.

Él me mira mordiéndose el labio, pero cuando está a escasos centímetros de mi pezón escuchamos:

—Papá, ya estoy.

Biel bufra contra mi pecho. Yo me agacho rápidamente a por la toalla y me tapo de nuevo con ella.

—El deber te llama —le digo riendo.

—¡Ya voy, un momento! —le grita a Emma—. Creo que el deber tendrá que esperar unos segundos si no quiere asustarse.

Señala su entrepierna y se sienta en el borde de la cama. Yo le doy un rápido beso en los labios y retomo la ardua tarea de domar mi encrespado pelo.

CAPÍTULO 41

Llegan los refuerzos

Hoy ha amanecido lloviendo y, aunque ahora parece que el tiempo nos está dando una tregua, tiene toda la pinta de que por la tarde volverá a llover.

Estamos en la estación de tren de Llançà, sentados en un banco esperando que llegue el tren en el que viene Bea.

El martes, mientras Emma y yo luchábamos contra nuestros intestinos, le llamó para decirle que acababa de volver de Menorca y que quería vernos, así que Biel le dijo que viniese a pasar unos días con nosotros. Tenía miedo de que me sentase mal, pero lo cierto es que casi me pongo a bailar la macarena cuando me lo dijo. Por algún extraño motivo, Bea y yo encajamos de maravilla y su presencia significaba tener la posibilidad de pasar más ratos a solas con él. Los besos furtivos ya no me compensan tanto, mi cuerpo me pide más y para que engañarnos, mi pepitilla también.

A la media hora, Bea aparece cargada con una maleta de Hello Kitty, una caja que claramente contiene una rica ensaimada menorquina y un oso de peluche bajo el sobaco.

—Ha llegado la tía más molona del mundo mundial —le dice a Emma, que corre como una loca para abrazarla.

—¡Tataaa!

Casi le tira la caja, lo que me provoca un micro infarto. ¡Yo quiero ensaimada!

Tras la calurosa bienvenida de su sobrina, Bea llega a nosotros. Le da un sonoro beso en la mejilla a su hermano y le encasqueta rápidamente la ensaimada. Entonces viene a mi lado y me da un abrazo.

—¿Cómo van las vacaciones? —me pregunta enredando su brazo con el mío, mientras con la otra mano arrastra la llamativa maleta de camino al coche.

—Pues muy bien, pero seguro que ahora mejorarán —le digo bromeando.

—No lo dudes. Donde está Bea, está la diversión.

Y la diversión consiste en jugar a las películas y a un juego de mesa que hemos encontrado por el apartamento, porque la lluvia no ha tenido piedad y cae en aguacero durante toda la tarde.

—Vienes y traes el mal tiempo —le dice Biel a su hermana—. Ya podrías haberte

quedado en Menorca.

Ella le levanta el dedo corazón a modo de respuesta.

Es sábado y el sol nos da permiso para expresar nuestros últimos días de playa, así que después de un buen desayuno en el que terminamos las últimas galletas y empezamos la ensaimada, nos vamos directos a Cala Tamariua. Bea se ha empeñado en ver chorras colganderas.

He descubierto que Bea y Biel son muy competitivos, por lo visto lo de los karts no fue un caso aislado. Se han empeñado en hacer una carrera para ver quién llegaba antes a una roca que quedaba en medio del mar y, aunque por lo bajini le he dicho a Bea que no lo iba a conseguir, ella me ha ignorado y llamándome chaquetera se ha metido corriendo en el mar. Como resultado nos hemos pasado casi toda la mañana enterrándola en arena hasta la cabeza, por perdedora.

—Esto te pasa por no hacerme caso.

—Calla y dame un poco de agua, que tengo tierra hasta en el colon.

Con el estómago a reventar de Ruffles y bocadillo de lomo con queso, me estiro dispuesta a regalarme una siesta de olimpiada. Me coloco el capazo bajo la cabeza y me plantifico mis Rayban, aun sabiendo que me va a quedar una buena marca. Pero cuando estoy a punto de caer rendida al sueño una sombra me tapa el sol y me trastoca la relajación. Bea me sonrío con malicia desde las alturas.

—Nada de siestas, tú te vienes conmigo a dar una vuelta, hay que bajar ese lomo con queso que te acabas de meter entre pecho y espalda.

—¿Me estas llamando gorda? —le digo fingiéndome ofendida.

—Tú no, pero yo estoy echando un buen pandero y no pienso irme a caminar sola.

Me incorporo desganada y echo un vistazo a Biel y Emma. Están jugando a las cartas y hacen como que no han escuchado nada, pero la sonrisa en los labios de Biel me demuestra que los muy canallas me van a dejar el marrón a mí.

Como ve que sigo sin levantarme, Bea me coge del brazo y tira de mí hasta que me pongo en pie sacudiéndome la arena.

—Te compensaré, no te preocupes —me dice empezando a caminar.

Me consuelo pensando que la playa es pequeña y que no hay mucho que hacer, pero en cuanto Bea escala un par de rocas me doy cuenta que no tiene intención de caminar por la orilla.

—¿Pero dónde me llevas? ¿Quieres deshacerte de mí tirándome por el acantilado?

—Después de lo de la tierra no sería mala idea.

A pesar de todo, me saco la braga del bikini del culo, me coloco la parte de arriba

y me mentalizo para una larga caminata.

El mal humor se me pasa rápido, en cuanto empiezo a ver las bonitas vistas que hay desde el acantilado. El camino de cabras por el que vamos rodea toda la costa y disfrutamos del ruido del mar contra las rocas y de su bonito color azul. En algunos puntos donde el mar está en calma hay barcas con gente tomando cava o estirados al sol. Qué bien viven estos ricos.

—En realidad, te he traído aquí porque me apetecía charlar contigo —me confiesa.

—No lo habría imaginado —bromeo—. Pensé que de verdad querías bajar la comida. Ese culo que te está saliendo no tiene buena pinta.

Ella me da un manotazo en el brazo mientras ríe.

—Me caes muy bien y veo que Emma te adora —hace una pequeña pausa y yo no digo nada porque veo por donde va a ir la conversación—. Y a Biel se le ve muy feliz.

—La verdad es que nunca pensé que me llevaría tan bien con Emma, los niños no son lo mío.

—Es difícil no quererla —dice mirando al mar con los ojos llenos de amor.

Seguimos en silencio unos minutos hasta que Bea retoma la conversación.

—¿Qué tienes con mi hermano?

Sabía que íbamos a acabar hablando del tema, pero no me esperaba una pregunta tan directa.

—Pues me gustaría contestarte, pero ni yo misma lo sé. Estamos muy bien juntos.

—Eso ya lo veo —me dice acercándose a mí y enredando su brazo con el mío en ese gesto tan suyo—. Verás, Biel no es ningún desgraciado. Tiene un buen trabajo, una hija muy buena que lo adora y una familia que lo apoya en todo lo que hace, pero hacía mucho tiempo que no lo veía reír tanto con alguien que no fuese Emma.

—La verdad es que cuando lo conocí era bastante serio —recuerdo.

—Y lo es, pero también es divertido, aunque ese lado se lo enseñe a muy pocas personas.

—Perdona, pero no sé a dónde quieres llegar —le confieso parándome.

Ella deja ir su brazo y se coloca frente a mí para verme la cara.

—No sé qué hay entre vosotros. Quizás solo folláis o quizás hay algo más, la verdad es que no me importa mucho. Pero conozco a Biel y, te diga lo que te diga, sé que lo que siente por ti es más que atracción. Lo noto en cómo te mira y lo sé porque eres la primera mujer a la que conozco desde Eva.

Esa información me coge por sorpresa.

—¿No ha estado con nadie más desde entonces?

—No, claro que habrá estado con alguien, pero nunca nos ha presentado a nadie y mucho menos a Emma.

—Emma ya me conocía antes de que entre él y yo pasase nada, así que no creo que eso tenga nada que ver.

—Deja de quitarte importancia, le gustas y punto —sentencia—, y me extraña que no lo sepas ya, Biel suele ser muy claro.

Me viene a la mente la noche en la que cenamos en mi casa, cuando me propuso irme de vacaciones con ellos. Biel no dijo que éramos pareja, pero me dejó muy claro que ahora mismo quería estar conmigo y conocerme más. Eso es tener una relación aquí y en la China, ¿no?

Me armo de valor y le explico a Bea lo que pasó aquella noche. Ella me escucha seria, pero a medida que avanzo, su expresión cambia y una sonrisa se dibuja en sus labios. Cuando al fin llego al momento en el que Biel me dijo que quería estar conmigo, se le escapa un suspiro de entre los labios.

—¡Lo sabía! —dice en un grito—. Yo tenía razón, mi madre se va a tragar sus palabras.

—¿Por qué dice eso? —pregunto alarmada.

—No te ofendas, pero hemos hablado de ti, ya sabes, el típico cotilleo entre madre e hija. Ella me dijo que tú solo eras una amiga con la que Biel se acostaba, pero yo le dije que no, que me jugaba lo que fuese a que él se estaba enamorando.

Mi primer impulso es ofenderme porque la madre de Biel piense eso de mí, pero entonces recuerdo que la última vez la vi me quedé en ropa interior delante de ella y entiendo su postura.

—Quizás decir que está enamorado son palabras mayores...

—No te acojones —me dice divertida empezando el camino de vuelta—. Estar enamorado no es tan malo.

—Supongo, nunca me ha pasado.

Bea se para en seco y me mira con los ojos como platos.

—¿Nunca te has enamorado? —Niego con la cabeza—. ¿No has tenido ninguna relación?

—Hace años estuve saliendo con un chico, pero estoy segura que aquello no era amor.

—Pues entonces no me extraña que estés cagada de miedo —empieza a caminar de nuevo—. En realidad estar enamorado es genial, te lo digo yo que me enamoro hasta de los geranios de mi madre. Es emocionante, apasionado y emotivo. También duele, pero eso es un daño colateral, al final las cosas buenas siempre superan a las malas.

Casi todo el camino de vuelta lo pasamos recordando a sus dos últimos novios. Por lo visto, Víctor era muy bueno en la cama pero más simple que el mecanismo de un chupete y Carlos era tan caballero y tan amoroso que le acabó aburriendo. Bea si sabe disfrutar de la vida, no se complica, ella disfruta del momento y cuando algo ya no le gusta o no le hace feliz, adiós y muy buenas.

Casi una hora después de nuestra partida, volvemos a poner los pies en la arena. Bea me da unos golpecitos en el hombro justo antes de llegar a las toallas.

—Se me olvidaba —hace una pausa dramática y se pone seria—. Como le hagas daño a mi hermano, te arranco los pelos del coño.

Esa noche Bea cumple con su promesa y me compensa por la caminata de la playa. Ella y Emma se piden unas pizzas y se quedan viendo una película mientras Biel y yo salimos a cenar.

Él bromea en llevarme a la marisquería de la otra noche, pero casi me da una arcada con solo recordar el mal día que pasé, así que terminamos en la terraza de un italiano. Él pide una pizza barbacoa mientras yo me decanto por unos fagotti de pera con salsa de queso.

—¿Vas a matarme por haber invitado a Bea a venir unos días? —me pregunta mientras esperamos nuestro brownie.

—¡Qué va! ¿Por qué lo dices?

—Algo me dice que sus intenciones de esta tarde no eran sólo caminar.

Yo sonrío, pero no pienso soltar prenda.

—Solo hemos estado hablando, cosas de chicas.

—Supongo que no piensas contarme nada, así que mejor desisto.

—Haces bien —le guiño un ojo.

En ese momento, colocan nuestro postre en la mesa y toda conversación pasa a un segundo plano, los dos lo devoramos, peleándonos por el último trozo. Efectivamente gano yo.

Tras una larga caminata de vuelta por el paseo marítimo, donde no han faltado los besos furtivos, llegamos al apartamento. Emma ya está acostada y Bea descansa medio dormida en el sofá.

Da un respingo cuando oye la puerta.

—¿Qué hora es? —pregunta frotándose los ojos.

—La hora de dormir —dice Biel guiándole un ojo.

—Vale, ya lo pillo, los Lunnis y Bea se van a la cama.

Yo me aguanto una carcajada y le doy un azote en el culo cuando pasa por mi

lado.

—Gracias —le susurro.

Ella no dice nada, se limita a levantar el dedo pulgar y cerrar la puerta de la habitación que comparte con Emma.

Mientras Biel prepara su gintonic y mi mojito de fresa, me quito los tacones y me siento en la terraza. Las vistas del puerto por la noche son espectaculares, sólo se oye el ruido del mar y la campana de un faro a lo lejos.

Biel se sienta a mi lado en silencio y me pasa mi bebida.

—No me creo que ya haya pasado una semana, no quiero volver.

—Yo tampoco —le da un sorbo a su bebida y me mira—. Y eso que no querías venir.

Sonríe de lado.

—No es que no quisiera venir, es sólo que no lo tenía claro, no sabía qué iba a pasar después.

—¿Y qué va a pasar?

—Pues no tengo ni idea, pero sorprendentemente me da igual.

—Esa es mi chica —deja su vaso en la mesa y se acerca para besarme.

Terminamos el último cóctel de nuestras vacaciones recordando momentos de esta semana. Y esos recuerdos dan paso a un silencio apacible, en el que solo contemplamos las luces del puerto pesquero.

Él mira a lo lejos y yo lo miro a él. Y es ahora mismo, sentada en silencio a su lado, cuando me doy cuenta del verdadero significado de estar enamorada, porque no importa las veces que te lo expliquen y la forma en la que lo hagan, sólo puedes comprenderlo cuando lo sientes.

Ya no se trata solo de querer verlo a todas horas, estar enamorada es cambiar, por dentro y por fuera. Y cuando digo cambiar no me refiero a estar más o menos guapa, me refiero a sentirte diferente, a sentirte realmente feliz sólo por compartir tu espacio y tu tiempo con alguien. He comprendido que la felicidad no es sólo un sentimiento, es mucho más que eso. La felicidad se refleja en la cara, en la mirada. Por eso las novias siempre están radiantes el día de su boda.

Estar enamorada cambia tu forma de ser, de repente te vuelves más cariñosa y más atenta con la gente que te rodea. Te hace querer dar besos y abrazos hasta al cartero. Te hace ingeniosa y vital, te ayuda a levantarte cada mañana de buen humor y a acostarte pensando que no quieres que termine el día, porque eres tan feliz que te da miedo dormirte y darte cuenta cuando despiertes que todo fue un sueño.

Me he dado cuenta que estar enamorada me completa y entierra mi lado huraño. Me ha hecho recordar lo mucho que quería a mis padres y lo muchísimo que los echo de menos, porque en estos momento daría lo que fuera por poder hablar con ellos

sólo con marcar un número de teléfono. Cada vez que Emma me sonrío o me da un abrazo los recuerdo y, aunque duele, también me hace sonreír, porque sé que aunque pasen miles de años nunca los olvidaré.

—¿En qué piensas? —Biel interrumpe mis pensamientos y me hace volver a la tierra.

—En nada, es sólo que me he dado cuenta de algo.

—¿De qué?

Y en estos momentos, perdida en el azul de sus ojos, me dejo llevar.

—De que te quiero.

CAPÍTULO 42

Zafarrancho en el rancho

Y resulta que él también me quiere, o eso entendí yo cuando a pocos centímetros de mis labios me dijo:

—Siento decepcionarte, pero yo ya hace tiempo que me di cuenta. No he querido decírtelo porque tengo la sensación de que en estos temas eres bastante impresionable y no quería ver como salías corriendo de nuevo.

—Ya no tengo miedo.

Cogí el vaso que sostenía en la mano y lo dejé encima de la mesa. Él intuyó mis intenciones, así que echó el cuerpo hacia atrás y me dejó hueco para sentarme en su regazo.

—¿Ya no te preocupa que pasará después? —me preguntó acariciando mi melena despeinada.

—¿Debería preocuparme?

—Sólo si te asusta ser feliz.

Y fue entonces cuando, esa noche que pensé que terminaría en sexo salvaje, acabó con besos y demostrándome que hacer el amor no es lo mismo que fornicar como animales hambrientos.

—No quiero volver —se queja Emma mientras ayuda a recoger los platos de la comida.

—¡Ni yo! —decimos a coro Bea y yo.

—No os quejéis tanto que el que empieza a trabajar mañana soy yo.

—Ahí te doy la razón —Bea coge a Emma de la cintura y las dos caen sobre el sofá—, yo aún tengo dos días de relax.

—Eso no te lo crees ni tú, mamá te tiene preparado un tour de cortinas y menaje del hogar para tu nuevo nidito de amor —le recuerda Biel.

Ella pone cara de asco y rebufa como un caballo.

Hoy volvemos a casa y cada vez que lo pienso me entran ganas de ahorcarme con uno de mis bikinis. No he mirado el correo en toda la semana, así que intento

animarme pensando que cuando vuelva, el trabajo de mis sueños me esperará en mi bandeja de entrada, pero no funciona. Lo único que me ha hecho sonreír es recordar que Sebi vuelve mañana, estoy deseando contarle todo lo que ha pasado con Biel. Quizás así empiece a creerme que todo esto es de verdad.

Con las maletas ya cargadas en el Dodge, nos damos una vuelta por el paseo y nos tomamos nuestro último helado de las vacaciones. Son casi las seis cuando Biel cede, después de media hora de súplicas, y le da las llaves a su hermana.

—¡Sííí! Yo tengo el poder —grita Bea acomodándose en el asiento del conductor.

Biel me besa furtivamente mientras Emma entra en el coche por la otra puerta.

—Quizás sea el último beso que te dé —dice ocupando el puesto de copiloto.

Yo sonrío pero dentro de mí temo un poco por mi vida. ¿Será Bea tan loca al volante como lo es con su vida? No tardo en comprender que no. Mojón, la tortuga de Emma, iría más rápido que ella a la pata coja.

—Bea, adelanta o no llegamos ni mañana.

—Calla que no me fío, el de la izquierda va muy pegado.

—¡Pero si tienes un carril vacío! —dice Biel golpeando débilmente el salpicadero.

—¿Tú quieres llegar sano y salvo a casa? —le pregunta ella concentrada en la carretera—. Pues relájate y deja a la experta.

Gracias a la experta, tardamos tres cuartos de hora más de lo normal en volver. Podría haber sido una hora, pero Biel, que al parecer también puede perder la paciencia, le ha dicho que o corre más o pare en el arcén para darle las llaves.

Los tres tienen que ir a casa de sus padres a cenar, y aunque han insistido en que me apunte, me he negado con la excusa de que tengo que deshacer la maleta y acostarme temprano para ir a recoger a Sebi mañana. Aún no estoy preparada para enfrentarme a la mujer que vislumbró mi nuevo conjunto de encaje blanco.

Biel me acompaña a la puerta con la excusa de ayudarme con la maleta.

—Gracias por haber venido —me dice comprobando que desde nuestra posición no vemos el coche.

—Gracias por haberme invitado —poniéndome de puntillas le rodeo el cuello con los brazos y le beso—. Estaba deseando besarte.

Me devuelve el beso y me acerca a él sujetándome por la cintura.

—Quizás un día de estos ya no tengas que esconderte para hacerlo.

—No estaría mal.

Me besa de nuevo y, colocando la maleta a mi lado, vuelve al coche. Yo estoy a punto de abrir la puerta cuando me giro de repente.

—¿Está pasando de verdad? —le digo lo suficientemente alto para que se gire y me mire de nuevo.

Vuelve sobre sus pasos y se coloca de nuevo junto a mí.

—Por supuesto.

—¿Y dolerá?

—Cuando es de verdad a veces duele, pero siempre merece la pena.

—¿Cómo cuando te desvirgan?

Suelta una carcajada y acaba contagiándome. Sin contestarme, se marcha de nuevo hacia el coche riendo aún por lo bajo.

Espero hasta que veo al Dodge girar la esquina, con Biel ya al volante. Tras un profundo suspiro, meto la llave en la cerradura y abro la puerta.

Todo está en silencio y no hay ninguna luz encendida, así que animada por la idea de que Carla esté fuera, cojo mi maleta y la subo a peso hasta mi habitación. La dejo junto a la puerta, donde se quedará entre una y dos semanas, hasta que me harte de tener que abrirla para coger cosas y la deshaga.

Bea ha ido tan lenta que me va a reventar la vejiga así que, tras quitarme las zapatillas, corro descalza hasta el baño. Cuanto tiro de la cadena veo que hay unos calcetines negros sobre la cisterna. Con cara de asco los cojo para meterlos al cesto de la ropa sucia, pero entonces me doy cuenta de algo. Esos calcetines son demasiado grandes para ser de Carla y Sebi no se pondría ropa interior de color negro ni que lo matasen.

Algo dentro de mí me hace girarme hacía la pica, llamadlo intuición o llamadlo “como sea lo que pienso me la cargo”, el caso es que cuando me giro veo un cepillo de dientes que no estaba cuando me fui y rebuscando en los armarios encuentro un desodorante Axe Black en la repisa de Carla.

Respiro hondo para calmarme. Vamos Alicia, no te precipites, si duerme aquí alguna noche es normal que haya traído algunas cosas. Recuerda que vienes relajada, así que cálmate.

De camino a mi habitación, veo que no estoy sola. Carla y Héctor duermen en la habitación de la rubia con el ventilador encendido. Paso de largo y tras meterme en mi habitación, cierro la puerta. Cojo el móvil del bolso y veo un Whatsapp de Sebi.

21:20 Mañana te quiero a primera hora en el aeropuerto, me da igual si vienes en pijama

21:21 ¡Te he echado mucho de menos, mini tetis!

Sonrío y le contesto.

21:34 *Allí me tendrás como un clavo, Italiani*

Estoy escribiendo que ya he llegado a casa cuando ese algo vuelve a aparecer. ¿Le explico lo del cepillo de dientes de Héctor? Quizás me estoy emparanollando yo sola...

Me siento en la cama y pienso unos segundos. Finalmente me pongo en pie y abro la puerta sin hacer ruido. Camino por el pasillo, dejando atrás a los bellos durmientes, y me paro en el otro extremo, donde Toni tenía su habitación. La puerta está entornada, pero como ya está oscureciendo casi no se ve nada, así que de un manotazo la abro del todo y miro dentro cual Sherlock Holmes, primero a izquierda y luego a derecha. Me lleva menos de un segundo darme cuenta que esta habitación ha cambiado bastante en una semana.

Donde tan solo debería haber un somier viejo, una tabla de planchar y un tendedero, ahora hay una cajonera marrón, sobre la que descansa un casco de moto que no es el mío y dos perfumes masculinos. Junto a la cajonera y pegadas a la pared, hay por lo menos cinco pares de zapatillas de varios colores. El somier sigue en su sitio, pero sobre él descansa una maleta de mano abierta y vacía. En la pared que queda junto a la ventana, han colocado un espejo de cuerpo entero y un perchero viejo del que cuelga una chaqueta y un par de camisas de cuadros.

Enciendo la luz para comprobar que todo eso no ha sido un espejismo. Todo está tal y como he visto en la penumbra, añadiendo un portátil conectado a la corriente que descansa en el suelo, junto a la puerta.

Creo que dejo de respirar un minuto entero y empiezo a escuchar como el latido de mi corazón se acelera por la rabia y me rebota en el cráneo. Esto no puede estar pasando, porque eso supondría que la estúpida niñata que vive conmigo ha aprovechado que Sebi y yo estábamos fuera para instalar a su nuevo novio en la habitación que queda libre. Y de ser así, yo tendría todo el derecho del mundo a bajar a la cocina, coger el cuchillo japonés de Sebi y endiñárselo en todo el pecho.

Intento controlarme y respiro hondo, pero lo intento poco, porque sin pensarlo, cojo el casco de encima de la cajonera y entrando en la habitación de Carla lo tiro encima de su cama.

Los dos despiertan al momento y asustados se incorporan.

—¿Pero qué pasa? —pregunta una Carla frotándose los ojos.

—¿Ese es mi casco nuevo? —Héctor se levanta y enciende la luz.

El casco ha caído al suelo tras rebotar en sus piernas y una parte de la pintura ha saltado. Héctor se agacha a cogerlo y Carla se levanta de un salto al verme en el umbral de la puerta. Creo que puede ver el humo que me sale por la nariz porque retrocede un paso.

—¿Quién coño te crees que eres? —le grito fuera de mí—. ¡Has instalado a tu novio en nuestra casa!

Héctor no dice nada, coge su casco y se sienta en la cama con él en el regazo. Carla, en lugar de asustarse ante mi grito, se pone gallita y en dos zancadas se planta delante de mí, con las manos en las caderas.

—Por supuesto que sí. Te recuerdo que yo también vivo aquí. Solo he ocupado la habitación que había libre.

—No tienes ningún derecho, en esta casa hay unas normas.

—Tus normas me traen por culo —me dice toda digna.

Estoy a un suspiro de girarle la cara de un guantazo, pero no me educaron para ser agresiva ni hacer las cosas a lo loco, así que en lugar de eso corro de nuevo a la antigua habitación de Toni, abro la ventana y tiro la maleta vacía a través de ella.

Carla oye el ruido que hace al aterrizar y corre en bragas a la habitación.

—¿Te crees que así vas a conseguir que se vaya? Héctor no se mueve de aquí.

—En ese caso supongo que esto no le hará falta —me agacho y cojo todos las bambas que me caben en los brazos y las tiro por la ventana—. Ni esto tampoco.

Abro el primer cajón y saco todo el contenido para enviarlo derechito a la calle. Carla abre la boca sorprendida.

—¿Estás loca? —me dice sujetándome del brazo para evitar que siga vaciando la cajonera.

Yo le doy un codazo en las costillas y dedico toda mi atención al segundo cajón. Pero esta vez voy por la vía rápida y en lugar de vaciar su contenido lo saco entero y lo arrojo por la ventana. Al caer al suelo se rompe una de las maderas.

—¡Te vas a cagar! — grita la rubia desapareciendo y corriendo hacía mi habitación.

Escucho como abre mi ventana y tira algo pesado. Me asomo y desde donde estoy veo como mi maleta cae al suelo y aplasta uno de los setos del jardín.

Corro en su busca y la cojo de los pelos justo a tiempo para evitar que la silla del escritorio corra la misma suerte que la maleta.

—¡Ni se te ocurra tocar mis cosas!

—Suéltame loca —me da un guantazo en la cara, arañándome el pómulos con sus uñas de gel.

—¡Yo te mato! —e grito saltando sobre ella y tirándola al suelo.

Gritamos y forcejamos unos minutos, hasta que Héctor decide hacer acto de presencia y sujetándome a mí de la cintura y a ella del brazo consigue separarnos.

—Estaros quietas —nos dice muy calmado.

Este tío va fumado, pienso.

Lo aparto de un empujón y corro a la habitación de Carla. Cojo su perchero y sin hacer caso a todas las chuminadas que cuelgan de él lo tiro ventana abajo. Me giro para coger algo más que pueda tirar, pero me paro un segundo. ¿Eso que se ha escuchado ha sido un cristal roto? Me asomo y efectivamente compruebo que he roto el cristal del coche que está aparcado justo enfrente.

Qué mala suerte, pensaréis. Pero no es mala suerte, es una putada enorme, porque es un coche patrulla del que acaban de bajar dos policías que me miran con cara de mala ostia.

Veo a Carla y Héctor asomar la cabeza por mi cuarto y luego escucho como la rubia corre escaleras abajo. Abre la puerta antes de que llamen.

—Gracias a Dios que están aquí, se ha vuelto loca —les llora.

Yo bajo corriendo y me la encuentro abrazada a uno de ellos. Él la aparta con cuidado y la mira. Le pide que se calme mientras su compañero, el que parece más mosqueado de los dos, me mira.

—No sé qué le pasa, está loca —le explica Carla atropelladamente, entre lágrimas de cocodrilo—. Estábamos durmiendo y nos ha despertado a gritos. Luego ha empezado a tirar cosas por la ventana.

Yo abro la boca sorprendida y sin saber qué decir.

—Cálmese — le pide el policía.

—Sus vecinos nos han llamado porque han escuchado gritos y golpes. ¿Nos pueden explicar que ha pasado aquí? —pregunta su compañero.

—¡Es ella! Es una enferma de la cabeza, se medica —miente Carla, agarrándose del brazo del agente.

—¡Mentirosa de mierda! —grito. Intento lanzarme sobre ella, pero el policía enfadado me sujeta fácilmente del brazo y me aparta.

—¡Quietas las dos! Para empezar usted se viene con nosotros a comisaría —me dice guiándome a la puerta sin soltarme—. Y usted dele su documentación a mi compañero y explíquele lo ocurrido.

Me acompaña amablemente hasta el coche y me acomoda en el asiento trasero.

—Esto va a tener que pagarlo —me dice señalando el parabrisas resquebrajado—. Espere aquí.

Cierra el coche y me deja allí sentada mientras entra en casa con su compañero. El cuarto de hora que tardan en volver y llevarme a comisaría me sirve para relajarme y cagarme en los muertos de Carla.

CAPÍTULO 43

El fin de la convivencia

Gema ejerce de buena amiga y a las nueve en punto ya estoy en su C2 negro camino del aeropuerto. Quizás ha llegado tan pronto porque ayer cuando la llamé no le expliqué todos los detalles del motivo que me había llevado hasta el calabozo y la curiosidad le puede, pero yo prefiero pensar que lo ha hecho porque no quería que su mejor amiga pasara más horas allí metida.

—Ya me estás contando lo que ha pasado – no ha esperado ni a coger la ronda.

—Ya te lo dije anoche, rompí el parabrisas del coche patrulla —se lo voy a contar todo, pero después de no haber dormido nada en toda la noche, creo que me puedo permitir disfrutar haciéndola sufrir un poco.

—¿Pero cómo?

—Ya sabes, cosas que pasan... —se me escapa la risa viendo como golpea el volante rabiosa.

—O me lo cuentas o te bajas aquí mismo.

Se coloca en el carril derecho y reduce la velocidad, con toda la intención de pararse en el arcén y obligarme a bajar.

—¡Está bien! Pero acelera que ya vamos tarde.

Ella vuelve a su velocidad normal y yo le explico todo lo ocurrido la noche anterior. Va alternando las caras de sorpresa con los movimientos de cabeza, incluso suelta un “Nooo” a medio grito cuando le explico como el perchero de Carla cayó sobre el coche patrulla.

—Ya verás cuando se entere Sebi —dice mientras esperamos a que la parejita cruce el umbral de salida de pasajeros.

Se hacen de rogar, pero finalmente los vemos aparecer, cogidos de la mano, cada uno arrastrando su maleta y más morenos que Obama.

Sebi suelta su maleta al vernos y corre a nuestro encuentro. El abrazo que me da me sabe a gloria y no quiero soltarlo. Lo he echado tanto de menos que parece que haya estado fuera un año.

Después de los abrazos y los besos de rigor, nos dirigimos al aparcamiento y aprovecho que Gema y yo vamos por delante para advertirle por lo bajini que no le

diga nada del asunto de Carla todavía.

—Vaya mierda, me lo voy a perder —se queja, pero no vuelve a insistir.

A la media hora nos deja en casa. Fer y Sebi se despiden con carantoñas y puchereros, pero Gema presiona el claxon insistentemente y yo tiro del brazo de mi amigo en dirección a casa.

En la acera, aún hay cristales rotos del coche patrulla y veo que mi maleta sigue en el mismo sitio en el que cayó. Todas las demás cosas ya no están, supongo que Carla se habrá encargado de recogerlas.

—¿Esa no es tu maleta? —pregunta Sebi contrariado cuando me acerco a recogerla.

—La misma —le digo arrastrándola y colocándome a su lado, frente a la puerta—. Antes de entrar tengo que contarte algo.

Sebi se lleva las dos manos a la boca.

—No me digas que te mudas y me dejas solo con la Barbie rubia porque saco las tijeras de mi neceser y me corto las venas aquí mismo.

—¡Calla dramática! Que no me voy a ninguna parte.

Me siento en el escalón de la entrada y golpeo a mi lado para que haga lo mismo. Aunque esta contrariado me imita sin rechistar.

—Ayer pasó algo y tienes que enterarte antes de entrar porque no sé qué vamos a encontrarnos ahí dentro — señalo la puerta principal.

—No me asustes —esta vez se lleva las manos al pecho y me mira asustado.

—Iré al grano. Ayer cuando llegué a casa vi que Carla había instalado a Héctor en la habitación de Toni — Sebi abre los ojos y la boca como platos—. Lo sé, esa misma cara se me quedó a mí. El caso es que me puse furiosa y empecé a tirar todas sus cosas por la ventana, Carla hizo lo mismo y nos peleamos.

—Estoy flipando... —dice en un susurro casi inaudible.

—Alguien debió de llamar a la policía, porque en una de mis apariciones ventanales para tirar las cosas de Carla, tuve tan mala suerte que estampé su perchero en el parabrisas del coche patrulla.

—No me lo creo... —Sebi ya no aguanta sentado y se ha puesto de pie frente a mí, mirándome alucinado.

—Me llevaron a comisaría, pero antes estuvieron como un cuarto de hora hablando con ella y no sé qué le dijeron, así que no tengo ni idea de que vamos a encontrarnos cuando crucemos esa puerta.

—¿En serio has pasado la noche en el calabozo? Estás hecha toda una delincuente —bromea—. Lástima no haber estado, habríamos conseguido tirar ese armario mugriento que tiene en su cuarto entre los dos.

Levanta su mano y me guiña un ojo. Yo la choco con la mía y juntos, cada uno con su maleta en la mano, nos paramos frente a la puerta cerrada.

—¿Preparado?

—¡Por supuesto! Vengo con las pilas cargadas, le voy a dar candela a la rubia esa.

Por suerte, Carla no está y las cosas de Héctor han desaparecido. Suspiro aliviada y me dejo caer en la cama. Estoy agotada.

Veo a Sebi pasar arriba y abajo colocando sus cosas. Entonces recuerdo que me dejé el móvil en casa y tras varios minutos de búsqueda, lo encuentro en el suelo, bajo la cama.

No tiene batería, así que lo conecto al cargador y voy al baño, donde Sebi está guardando sus cremas.

—¿Qué vamos a hacer? —le digo sentándome en el retrete.

—Pues para empezar vamos a cambiar la cerradura, esa tía no entra más en esta casa. En cuanto termine con esto llamo a mi tío el cerrajero para que venga.

—¿Estás seguro? No sé si eso es legal.

—Me importa bien poco lo legal que sea, estoy harto ya de sus niñerías.

Sebi cumple su promesa y dos horas más tarde tenemos cerradura nueva. Quizás es por la falta de sueño o por el cansancio, pero algo me dice que esto no está siendo una buena idea. Aun así, ignoro ese mal presentimiento y disfruto preparando nuestro maléfico plan.

A las dos, escuchamos unos tacones acercarse y nos asomamos por la ventana para ver la entrada. Carla acaba de llegar, con su vestido de gasa rosa y sus tacones color nude, y mira horrorizada el espectáculo que le hemos preparado.

Toda su ropa está metida en su maleta Roncato y en varias bolsas de basura. Le hemos colocado su neceser en medio, en el que hay un post it que dice: *¡Hasta nunqui!*

Suelta un grito que nos coge de sorpresa. Los dos nos echamos para atrás por instinto y por poco no nos caemos del sofá.

Escuchamos como forcejea con la cerradura, pero efectivamente su llave no entra. Empieza a dar patadas a la puerta como una loca mientras suelta berridos.

—¡Os vais a cagar, pedazo de mierdas! ¡¡¡A mí nadie me deja en la calle!!!

Los dos nos descojonamos de risa mientras la vemos arrastrar sus cosas y desaparecer calle arriba.

—No hay nada como el trabajo bien hecho —dice Sebi acomodándose en el sofá.

—Y que lo digas.

Me tumbo sobre él y dejo que me acaricie el pelo.

—Aún no me has contado como ha ido tu semana de vacaciones idílica —me dice sonriendo.

Una sonrisa se dibuja en mis labios al recordarlo, solo hace un día que llegué y ya me parece lejano. Aún no me creo que Biel y yo estemos juntos.

—Genial, ha sido increíble —empiezo a contarle todo, pero la música de mi móvil, desde el piso de arriba, me interrumpe.

Sebi me suplica que no lo coja, pero yo lo ignoro y corro escaleras arriba. Por supuesto no llego a tiempo, pero al ver su nombre en la pantalla tardo dos segundos en llamarle.

—Hola bonita —me dice divertido a través del auricular—. ¿Qué ha pasado? Anoche te llamé, pero me salía apagado y esta mañana también.

—Se quedó sin batería y no encontraba el cargador —omito toda la historia de la comisaría— ¿Qué tal la cena familiar?

—Nada a destacar. Bea no calló en todo el rato y Emma se quedó dormida en seguida, estaba agotada.

—¿Y tú vuelta a la rutina? —Sebi aparece en el umbral de la puerta y me observa apoyado en el marco, con una sonrisa en los labios.

—Aburrida, te he echado de menos, sobretodo anoche. Creo que me he acostumbrado a tus pies fríos.

Yo sonrío como una tonta y Sebi me imita. Le pido a Biel que espere un segundo y lo echo a patadas de mi cuarto. Él se hace el indignado, pero justo antes de cerrarle la puerta en los morros se da un beso en la palma de la mano y un cachete en el culo.

Cojo de nuevo mi teléfono y me acomodo mirando al techo.

—Yo también te echo de menos, más de lo que imaginaba.

—Me alegro —hace una pausa y suelta una corta carcajada—. Pero será mejor que no nos lo digamos mucho o nos convertiremos en dos adolescentes enamorados. Yo ya no tengo edad para eso.

—¿Y para polvos de enamorados? —bromeo.

—Para eso no hay edad, preciosa, creo que ya te lo he demostrado.

—Tienes que demostrármelo más veces.

—Todas las que quieras —su voz se pone roca y yo me enciendo como una cerilla.

CAPÍTULO 44

Casa para dos

—¿Os he dicho ya que os odio? —pregunta Toni apuntándonos de forma amenazadora con el tonarvís en la mano.

—Sí, unas tres o cuatro veces —Sebi lo mira apoyado en el marco de la puerta con gesto aburrido.

Toni me ha despertado esta mañana bien temprano para echarme en cara lo que pasó con su prima. Cuando lo he visto entrar con cara de perro me he temido una gran discusión, imaginaba que haría todo lo posible por obligarnos a que la dejemos volver, pero al final ha resultado que sólo estaba molesto porque Carla se ha instado en su nidito de amor.

—Sé que es muy difícil convivir con ella, pero en el fondo no es tan mala, simplemente hace las cosas sin pensar —me ha dicho con una taza de café recién hecho en la mano.

—No es como cuando vivías aquí, estas últimas semanas se ha vuelto insoportable. Hacía lo que quería sin consultarnos y se pasaba por el forro todo lo que le decíamos. Era como vivir con una adolescente fuera de control.

—Si no hace falta que me des explicaciones, lo de instalar a su nuevo novio no ha estado bien —he asentido sonriendo, contenta de que me diera la razón—. Pero lo de tu ataque a lo Hulk tirando cosas por la ventaba tampoco ha sido una brillantez, bonita.

—Ella también lo hizo —he reprochado en un puchero.

Él se ha echado a reír y frotándose los muslos se ha levantado del sofá.

—Estoy muy cansado para “empezó ella” —ha dejado su taza ya vacía encima de la mesita de centro y me ha levantado del sofá, a pesar de que yo he intentado resistirme—. Sólo he venido para recoger sus muebles. ¿Dónde está el gay?

—Trabajando, vuelve para comer. Espera que me cambie y te ayudo.

Ahora ya hace media hora que Sebi ha vuelto y sigue haciendo lo mismo que cuando ha entrado por la puerta: nada.

—No pienso tocar nada de esa prima tuya —ha dicho al vernos entre maderas y tornillos—, pero os daré ánimos desde aquí.

La cajonera de Ikea ya está cargada en el camión de Toni y el viejo armario, ya desmontado, está esparcido en partes por todo el suelo de su habitación. Sólo nos queda bajarlo todo y cargarlo.

—¿La cama no era suya verdad? —pregunta Toni mientras bajamos con cuidado una de las puertas del armario por las escaleras.

—Nooo —grita Sebi desde detrás, cargando la barra de metal de las perchas—. El somier venía con la casa. El colchón te lo puedes llevar, a saber que restos humanos hay ahí...

Escuchamos como le da una arcada y los dos sonreímos bajo el peso de la madera.

Media hora después, el camión ya está cargado. Miro como Toni cierra la puerta y se apoya en ella cansado.

Mi amistad con él no tiene nada que ver con la que tengo con Sebi o Gema, no tenemos tanta historia ni tantos recuerdos juntos, pero en los años que hemos convivido se ha convertido en alguien muy especial para mí y sin duda ha dejado de ser un simple compañero de piso para convertirse en un amigo.

Lo veo allí apoyado, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano y sonrío. Él me descubre mirándolo sonriente y me pregunta qué ocurre. Yo corro hacia y él y lo abrazo a modo de respuesta, sin importarme lo empapada en sudor que tiene la camiseta.

—Se te echa de menos por aquí —le digo sin dejar de abrazarlo—. Siento que Carla se haya instalado en tu piso.

—Yo también os echo de menos, pero que sepáis que aún os odio.

Me revuelve el pelo con gracia y se sube al camión. Antes de arrancar mira a Sebi, que está de pie en la puerta de entrada.

—Gracias por tus esfuerzos, has sido de gran ayuda —le dice sarcástico.

—No hay de qué, si me necesitas otro día solo tienes que llamarme —le responde Sebi.

Ahora que parece que todo ha terminado y que Carla no va a volver, me invade un repentino buen humor. Anoche Biel no me llamó, a pesar de haberme dicho que lo haría, así que sin pensar en si estará trabajando o no cojo mi móvil y marco su número.

No contesta.

Dedico lo que queda de tarde a buscar trabajo, lo que provoca que mi repentino buen humor desaparezca rápido. No hay prácticamente nada de lo mío y aunque he decido bajar mis expectativas y mirar otras opciones, como recepcionista, dependienta o incluso paseadora de perros, en todos los puestos compito contra otras veinte mil personas más, por lo que mis expectativas de que me escojan a mí están en números rojos.

Son las ocho cuando me doy por vencida y me meto en la ducha mientras Sebi hace la cena para los dos.

—Podríamos adoptar un perro —me dice masticando un par de patatas fritas.

—¿Y lo vas a cuidar tú? —le respondo levantando una de mis cejas.

—No, lo cuidarás tú. Será pomposo y suave, le pondremos Don Pimpón y le compraremos vestiditos graciosos —está tan emocionado que ha olvidado su cena—. Nos lo llevaremos a todas partes y así podrá hacerte compañía en tus tristes ratos buscando trabajo.

—No vamos a adoptar un perro —sentencio.

—Qué saboría eres —se queja volviendo a comer—. Don Pimpón y yo no tenemos la culpa de que tu príncipe azul no te llame.

Biel no me ha devuelto la llamada y aunque he insistido un par de veces más no hay ni rastro de él. Supongo que estará ocupado, pero me extraña que ni siquiera me haya enviado un mensaje.

—Mi querido príncipe azul no me llama porque está ocupado, cuando acueste a Emma y se vaya a la cama lo hará. Así que tú y tu mascota invisible podéis dejarme en paz. —bufo.

—No le hagas caso, perrito —le dice Sebi al espacio vacío que hay sobre sus rodillas.

Antes de apagar la luz para dormir miro mi móvil. Son ya las once y aún no he tenido noticias de Biel. Sé que estoy siendo una paranoica y que si no hablo con él un día no se va a terminar el mundo, pero hay algo que me cripa y me pone nerviosa. Finalmente apago la luz y me giro para dormir.

Media hora más tarde, me doy cuenta que no voy conciliar el sueño con esta incertidumbre, así que vuelvo a coger mi móvil y marco su número. Al cuarto tono la llamada se corta. Miro extrañada la pantalla: Biel me ha colgado.

Pruebo una vez más, pero en esta ocasión no hay tono. “El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura”.

CAPÍTULO 45

Buscando explicaciones

He dormido tan mal que cuando he abierto los ojos parecía que me estaban taladrando el cerebro con una *Black and Decker*. Anoche eran las dos de la madrugada y aún estaba dando vueltas sin poder pegar ojo y para rematar, las pocas horas que he dormido, las he hecho acompañada de una rara y nada agradable pesadilla.

Estaba en Cala Tamariua con Biel y Carla. Y aunque tener a mi antigua compañera de piso en uno de mis sueños ya es bastante molesto, no era la peor parte del sueño. Los tres tomábamos el sol y buceábamos muy felices. Pero de pronto empezó a levantarse un viento muy fuerte, de manera que cogimos nuestras toallas y en lugar de ir hacia el coche o de vuelta al pueblo, decidimos que era mucho mejor correr por el camino de cabras que rodeaba los acantilados. Corríamos luchando contra el viento y riendo a la vez, pero yo tuve tan mala suerte que tropecé con Mojón, la tortuga enorme de Emma, y me precipité acantilado abajo. Biel corrió a cogerme y me sujetó por la muñeca mientras Carla, la muy puta, se reía de mí. Él intentaba subirme, pero no lo conseguía. Entonces Carla se le acercó y le susurró algo al oído. Biel me miró, sonrió y me soltó.

Cuando me desperté sobresaltada era las seis y media y Sebi ya estaba en el baño dándose una ducha antes de ir a la frutería. Me giré en la cama y me obligué a volver a dormir un rato más. Lo conseguí, esta vez acompañada de un bonito sueño en el que caminaba por la calle y a cada paso que daba se me caía una prenda de ropa: primero el pantalón, luego las converse, seguidas de la camiseta y finalmente el sujetador. Las bragas no porque por lo visto en mi sueño decidí no ponérmelas.

Cuando bajo a la cocina a tomarme un ibuprofeno para el dolor de cabeza, veo que Sebi me ha dejado una nota junto a mi taza con forma de foca llena de zumo de naranja.

“Nadie es tan bonita como tú recién levantada,

Suerte la mía que no estás casada”

Te quiere tu mejor amigo.

P.D: Día 1 en la misión: convencer a Alicia para adoptar a Don Pimpón.

Sonrío mientras me acerco al segundo cajón a por las pastillas. Alguien que consigue hacerme reír después de la noche de mierda que he pasado, se merece que me piense lo del perrete, aunque antes debería hablar con Biel para preguntarle si podemos tener mascotas en la casa.

Un pellizco en el estómago me borra la sonrisa de la cara. Biel.

No he mirado el móvil, pero no me hace falta hacerlo para saber que no me ha llamado ni escrito. Anoche lo dejé con volumen para enterarme si daba señales de vida.

No entiendo nada. El lunes por la tarde cuando hablamos todo estaba bien y de repente decide que no quiere coger mis llamadas.

Después de desayunar y de que el dolor de cabeza haya desaparecido, entro en una batalla campal contra mí misma. Una parte de mí corre escaleras arriba, coge el móvil y llama a Biel una vez tras otra hasta que él contesta y me manda a la mierda. La otra parte se sienta en el sofá a ver mierdas en la televisión hasta que me salen callos en el ano. Por suerte, y tras una dura negociación, decido que lo mejor es hacer algo intermedio, así que me doy una ducha, me depilo y me pongo mis cremas, me pinto las uñas de manos y pies, me quito las cejas y me pongo una mascarilla hidratante. Cuando ya no sé qué más hacer para mantenerme entretenida, voy de puntillas hasta mi cuarto y cojo el móvil a hurtadillas, como si estuviese haciendo algo malo. Abro el Whatsapp y le escribo un mensaje a Biel donde simplemente pongo: Buenos días. Tiro rápidamente el móvil sobre la cama y vuelvo al baño.

Cuando salgo un cuarto de hora después, oliendo a mango y con la piel como el culito de un bebé, me meto en mi cuarto para vestirme, no sin antes echarle un ojo a la pantalla de mi Iphone, que no tiene ningún mensaje para mí.

Y como no me importa nada de nada si él me contesta o no, decido hacer algo lógico: Me calzo mi falda corta con vuelo de color beige, mi camisa tejana, mis botines con flecos camel y mi riñonera hippie marrón y salgo por la puerta con el casco bajo el brazo. Y todo esto sin mirar si Biel ha leído o no mi mensaje, porque yo soy una chica independiente que no necesita a ningún hombre para ser feliz. Por eso y porque si veo que lo ha leído y no ha contestado me tiraré de los pelos y me pondré hasta las cejas de helado de vainilla y nueces de macadamia.

Sebi hoy come con Fer y Gema está liadísima con las cosas de la boda. Por lo visto preparar una boda sencilla no es tan sencillo como parece. Así que me planto en casa de mis abuelos sin avisar, porque tal y como me dijeron cuando me fui de casa, aquí siempre tendrás un plato en la mesa.

Cuando mi abuelo me ve se queda parado, sin duda no me esperaba.

—¿Tú no estabas de vacaciones? —me dice haciéndose a un lado para dejarme pasar.

—Sí yayo, pero volví el lunes y como os he echado de menos he venido a comer.

Le doy un sonoro beso en la mejilla y dejo la riñonera y el casco sobre el mueble

viejo del recibidor.

—¿Quién es? – grita mi abuela.

—Tu nieta, que no tenía con quién comer y ha venido a vernos.

Ignoro su comentario y me acerco a la cocina, donde huele de maravilla.

—Hola yaya, ¿qué haces?

—Hola cariño —me da tres besos rápidos en la misma mejilla y sigue removiendo lo que hay dentro de la olla—. Estoy calentado las migas que hizo ayer tu abuelo. Siéntate que ya casi están.

Yo me relamo y me siento a la mesa con mi abuelo, que me mira por encima de las gafas.

—¿Qué tal tus vacaciones? ¿Habéis tenido sol?

Unas vacaciones perfectas. De playa, paseos, helados, juegos, gambas pochas, mojitos de madrugada en la terraza, sexo a hurtadillas, besos que saben a gloria... Y vengo con novio, yayo, pero eso no te lo voy a decir. Aunque quizás lo del novio ya no sea verdad. ¿Habrá contestado a mi mensaje?

—Alicia, ¿sigues ahí? —me dice dándome una colleja en la frente.

—¡Aishh! Claro que estoy aquí.

—Es que por un momento te habías quedado callada. Quizás te has pasado con el sol...

—Anda calla... Las vacaciones muy bien.

Mi abuela trae los platos y una barra de pan. Sí, lo sé, ¿migas con pan? Pues sí, en mi casa de toda la vida ha sido así. Pan con pan, el doble de bueno.

Comemos mientras les cuento como ha ido mi semana de vacaciones. Casi todo es real, lo único que hago es sustituir a Biel y Emma por dos compañeras de la universidad y sustituir los ratos de sexo por partidas al Monopoly. Me llevo una buena reprimenda por comer gambas de un restaurante que no conozco, pero aparte de eso, todo les parece perfecto, tanto que me exigen ver fotos. Cojo mi móvil y, tragándome el nudo en la garganta porque lo único que tengo es una notificación de Facebook, les enseño varias instantáneas de las playas y los acantilados, fotos mías en bikini y jugando a las palas con alguien de quién solo se ve una mano, una foto de ese helado artesano que estaba tan rico y, tras las insistencias de mi abuela, un par de fotos en las que salgo con Bea, a quién mis abuelos conocerán a partir de ahora como Bea, la de la uni.

Después de fregar los platos me escabullo al baño, dejando a mi abuelo con la cabeza colgandera en el sillón, claramente durmiendo la siesta, y a mi abuela enfrascada en la novela de cada día.

Me siento en la bañera, respiro hondo y sin pensarlo vuelvo a llamar a Biel. Me prometo que será la última vez que lo haga. Al quinto tono la llamada se corta de

nuevo. Suspiro desesperada y dejando el móvil a mi lado me froto la sien. ¿Qué está pasando?

La vibración del móvil a mi lado me sobresalta. Lo cojo veloz y me lo pego a la oreja.

—¿Sí?

Nadie contesta, ni siquiera escucho ruido al otro lado. Entonces miro la pantalla y entiendo porque. No me estaban llamando, era un mensaje. Un mensaje de Biel.

El corazón me da un vuelco y con dedos temblorosos lo abro.

Supongo que no lo has entendido, así que te lo diré claramente.

No me llames, no tengo nada que hablar contigo.

CAPÍTULO 46

¿No querías respuestas? ¡Pues toma respuestas!

Gracias al poco tráfico que hay en el mes de agosto, en media hora estoy entrando por la portería de Biel. He salido corriendo de casa de mis abuelos con la excusa de que Sebi se había dejado las llaves de casa y me estaba esperando. Mi abuelo ni se ha enterado, pero ella me ha despedido con un gesto extrañado en el rostro.

—Qué raro, Eusebio no suele olvidarse las cosas – la he escuchado decir cuando cerraba la puerta.

Paco sigue de vacaciones, así que no hay nadie para frenar mi rápido ascenso a la cuarta planta. Estoy tan cegada por llegar cuanto antes que no cojo ni el ascensor, así que cuando llego tengo que apoyarme unos segundos en la pared para coger aire.

Ni siquiera sé si está en casa o si me abrirá la puerta, y en el caso de que lo haga no sé qué voy a decirle, pero ya que he tenido el valor de venir hasta aquí, tengo que echarle ovarios y llamar a la puerta.

Respiro hondo, me coloco el pelo y sin pensarlo más pulso el timbre. Sin darme cuenta he cerrado fuerte los ojos, con la cabeza agachada. Escucho unos pasos que sin duda son los suyos. No me atrevo a mirar al frente así que cruzando los dedos por detrás de la espalda, espero.

Cuando escucho como se abre la puerta casi me caigo de culo, estaba convencida de que me dejaría ahí esperando y se iría a hacer sus cosas tan tranquilamente.

No dice nada, sigue ahí de pie con sus pies descalzos frente a mí. Los pies no es lo más bonito que tiene, así que poco a poco subo la vista hasta que me encuentro con sus dos grandes ojos azules. Ni rastro de ternura en ellos, ni siquiera una pizca de deseo. Son fríos y duros. Me recuerdan al día en que se enteró de que en su casa vivían cuatro personas en lugar de una pareja de prometidos. Aunque hay algo diferente ésta vez, algo que no reconozco pero que hace más daño.

Da media vuelta y pasa al salón, dejando la puerta abierta para que pueda entrar. Cierro con cuidado tras de mí y temblorosa sigo sus pasos.

Emma está sentada al sofá pintorreando un dibujo. Cuando se gira y me ve se levanta de un salto y me abraza la cintura.

—¡Aliiii! —grita—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti pequeña —le dijo revolviéndole el pelo y sorprendiéndome de lo

ciertas que son mis palabras.

Biel se gira y se mete en su despacho sin decir nada.

—Creo que él no se alegra tanto de verme —le digo a Emma.

Ella me mira desde su corta estatura y encoge uno de sus hombros. Vuelve a su sitio en el sofá mientras yo dejo mis cosas sobre la mesa.

—Está raro desde ayer, me ha dicho que está malo —me dice volviendo a pintar.

Malo los cojones, pienso yo. Pero esas no son palabras para decirle a una niña de ocho años.

—Entonces en unos días se pondrá bien. Voy a ver qué tal se encuentra, tú espéranos aquí.

Le doy un beso en el cogote y subo el volumen de la televisión, donde están dando La Patrulla Canina.

Voy de puntillas hasta la puerta y doy unos golpes suaves con los nudillos. Como era de esperar, no hay respuesta. Sin miedo, abro la puerta y entro, cerrando otra vez a mis espaldas. Cuando me giro veo a Biel sentado en su escritorio. La pantalla de su Mac está encendida, pero él no le presta atención. Tiene los codos apoyados en la mesa y se sujeta la cabeza con las manos. Parece cansado.

Estoy deseando cruzar la habitación y abrazarlo, pero en lugar de eso me acerco lentamente y me acucillo a su lado.

—Emma me ha dicho que estás enfermo —sé que no está enfermo, pero no se me ha ocurrido otra forma mejor para empezar la conversación.

Biel levanta la mirada y posa sus ojos sobre los míos. Siguen fríos e impenetrables, vuelve a ser ese Biel del que me habló Bea. Ese que parece borde y seco, ese que no muestra su lado tierno y divertido. El Biel que no me gusta.

—¿Qué está pasando? —le pregunto poniendo mi mano sobre su rodilla.

Él resopla, como si todo esto le diera mucha pereza y al fin me habla:

—Dímelo tú.

—¿Yo? Si estoy aquí es porque no entiendo nada.

—Si estás aquí es porque no has entendido mi mensaje. No quiero hablar contigo.

Aparta mi mano de su rodilla con delicadeza y se levanta, dejándome allí agachada. Estoy enfadada. Enfadada porque no me gusta que me hable así y enfadada porque no entiendo qué diablos pasa ni porque no me lo explica. Pero me guardo todo eso dentro y le digo:

—He entendido tu mensaje, pero quiero saber el motivo. Y como ha quedado claro que no vas a coger mis llamadas ni contestar a mis mensajes, no me ha quedado más remedio que venir.

Biel empieza caminar por el despacho, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón de chándal gris que usa para estar en casa. No dice nada, solo camina y suspira.

Finalmente me levanto y con cautela me acerco a él. Le sujeto con cuidado el brazo para que deje de moverse y le doy un tirón suave para que me mire.

—Vas a tener que explicarme que está pasando, porque no entiendo nada.

Hace una pausa, por una milésima de segundo parece que su expresión se relaja un poco, pero rápidamente vuelve a su estado inicial.

—Quizás deberías preguntarle a tu amiguita Carla.

Me quedo en shock. Dejo caer el brazo que tenía sobre el suyo y éste queda colgando junto a mi cadera. ¿Carla? ¿Qué pinta Carla en todo esto? Mi mente se consuela pensando que quizás sigo soñando y ésta solo es otra pesadilla más, pero el cambio en el rostro de Biel me hace darme cuenta que todo esto es real.

Ha cambiado su gesto serio por una sonrisa torcida.

—Esa es la cara que se le queda a una mentirosa cuando se da cuenta que la han pillado.

Se aparta de mí unos pasos y me mira desde la distancia. No sé qué decir, no entiendo que está pasando y temo adivinarlo. Mientras miro al suelo sin prestar atención a nada y con la boca aún medio abierta por la sorpresa, me viene a la mente la última frase que Carla nos dijo antes de marcharse: “Os vais a cagar... A mí nadie me deja en la calle”. ¿Es ésta su venganza? No me la esperaba tan pronto.

—¿Ahora ya no tienes nada que decir? ¿No se te ocurre ninguna chorrada de las tuyas? —me dice cargando cada una de sus palabras de rabia.

Lentamente levanto la vista del suelo y lo miro. Está claro que está muy enfadado, pero eso no le da derecho a hablarme así y mucho menos a pasar de mí sin siquiera hablar conmigo sobre lo que sea que Carla se ha inventado. Me recupero de la sorpresa y me acerco unos pasos a él, sin apartar mis ojos de los suyos.

—Quizás deberías decirme qué te ha dicho la rubia, tal vez así se me ocurre algo divertido que explicarte sobre eso.

—Me parece que te equivocas, aquí la que me tiene que contar algo eres tú.

—No sé qué mierdas te habrá contado Carla —mi paciencia también tiene un límite y estoy harta de perder el tiempo—, pero me parece fatal por tu parte que sea lo que sea, la hayas creído sin siquiera darme la oportunidad de...

—¡¡Me mentiste!! —Su grito me coge por sorpresa y doy un brinco—. ¡Has estado jugando conmigo todo este tiempo!

Nunca antes lo había visto tan fuera de sí, con los ojos brillando de rabia y los puños apretados.

—Espero que al menos te invitasen a cenar —ríe sarcástico—. Sin duda hiciste

bien tu trabajo, te has ganado una buena ración de sushi.

—Biel, no sé a qué te refieres —¿qué diablos le habrá contado Carla?

—Lo sé todo, Alicia, ya no tienes que fingir más. —Suspiro y ese odio en su mirada parece aflojarse. Se gira cabizbajo y vuelve a sentarse en su escritorio—. Lo gracioso es que confiaba tanto en ti que no la creí y la traté de niña mentirosa. Ella estaba enfadada y pensé que sólo intentaba vengarse de ti por alguna pelea que habíais tenido, pero entonces me enseñó los mensajes que tú y tus amigos os habíais enviado y me quedé con cara de gilipollas, sin saber qué decirle.

Esto no puede ser verdad, no puede estar pasándome a mí. Carla ha debido contarle lo de la apuesta que hicimos sobre él y ahora Biel cree que todo lo que ha pasado entre nosotros ha sido mentira.

Lo miro con tristeza y dolor en los ojos. Ya ni recordaba aquella apuesta, fue todo una tontería que solo acepté para que me dejaran en paz y ahora resulta que por culpa de eso he hecho daño al único hombre que he querido.

—Supongo que la rubia tenía razón cuando dijo que tú nunca te hubieses fijado en alguien como yo sin un motivo. Ninguna chica de veintisiete años quiere cargar con un hombre mayor que tiene una hija pequeña.

No puedo soportar el dolor que hay en su rostro, noto como se me rompe el corazón. Me acerco a él y me acuclillo a su lado de nuevo, colocando mis manos sobre las suyas y luchando contra el nudo que se va formando en mi garganta.

—Puedo explicártelo, te estás equivocando Biel, no quiero que pienses que...

—Ali, estoy cansado de este asunto, así que no mientas más y admite que es cierto, apostaste con tus amigos que conseguirías conquistarme y lo has logrado.

Biel no aparta sus ojos de los míos. Ya no veo odio en ellos, solo tristeza y dolor, se siente traicionado y engañado, y es por mi culpa.

—Es cierto que hubo una apuesta —admito al fin—, pero no todo es mentira Biel. Déjame explicártelo, por favor.

Biel se levanta y se dirige a la puerta. Se para unos segundos delante de ella, suspira y, a continuación, la abre.

—Creo que deberías irte —me dice sin mirarme, señalando fuera del despacho.

No quiero irme. Me levanto y me pongo a su lado. Lo miro desde mi metro sesenta, pero él no gira su rostro en mi dirección, en lugar de eso sale del despacho y se va al comedor con Emma.

Estoy a punto de romperme, lo noto en cada parte de mi cuerpo. Me faltan las fuerzas, los ojos me escuecen y me duele la garganta de aguantar las lágrimas. Pero no puedo llorar aquí, Biel no se merece que sea yo la que lllore cuando es él quien ha sido engañado y, por supuesto Emma no puede verme así, no entendería nada. Así que cojo aire y juntando todo el valor que no pensaba que tenía, lo sigo hasta el salón.

—Emma, dale un beso a Alicia que ya se va —dice cuando oye mis pasos acercarse.

Ella se gira y se pone de rodillas en el sofá para poder vernos.

—¿Tan pronto? Pensaba que podríamos jugar un rato... —hace un puchero.

Yo me acerco a la mesa y cojo mis cosas antes de ir hacia ella.

—Otro día vengo antes y jugamos, que hoy tengo muchas cosas que hacer —me agacho y le doy un beso en el cogote.

Entonces me llega el aroma a melocotón de su champú y no puedo hacer nada para que la primera lágrima caiga por mi mejilla. ¿Volveré a ver a esta pequeña muñeca rubia? Me froto disimuladamente la cara para secarla y con mis cosas en las manos, me dirijo a la puerta. Para mi sorpresa Biel me sigue.

—Por favor, tenemos que hablar, déjame que te lo explique —le suplico en un susurro cuando él abre la puerta para que salga.

—Ahora no tengo ganas de escuchar nada al respecto.

Salgo al rellano. Biel se queda unos segundos apoyado en el marco de la puerta, mirándome. Tengo la esperanza de que me pida que vuelva a entrar o me diga que nos veremos mañana para cenar, pero solo unos segundos después me doy cuenta de lo equivocada que estoy.

—Te aconsejo que tus amigos y tú empecéis a buscar piso.

Cierra la puerta y yo me quedo allí con cara de tonta. Resbalo por la pared y me siento en el suelo, junto a la puerta del ascensor, rota al fin, sin poder controlar las lágrimas.

CAPÍTULO 47

Hasta siempre

Mi vida ha cambiado tanto en tan pocos meses que a veces tengo la sensación constante de haberme bajado de una montaña rusa. Hace menos de medio año yo tenía un trabajo, no era el trabajo de mi vida ni mi sueño hecho realidad, pero me daba para pagar mis facturas y era algo más o menos estable. Tenía una casa donde compartía mi vida con mi mejor amigo, un camionero barrigón y buenazo y su prima prepotente, con la que había aprendido a convivir. Incluso tenía un follaamigo con el que me compenetraba perfectamente en el tema sexual y a quién no tenía que darle explicaciones de nada.

Pero todo eso se fue al traste por culpa de un casero calvo y sexy que llevaba una adorable niña de ocho años de paquete. Nunca me he sentido atraída por hombres mayores que yo, a mí me iban más los yogurines. Las relaciones estables no eran lo mío, yo siempre he sido de exprimir a los tíos hasta que me aburrían y eso normalmente pasaba pronto. Y jamás de los jamases me he llevado bien con niños pequeños, no sé hablar con ellos ni cómo tratarlos, siempre he pensado que si me quedaba a solas con uno más de cinco minutos me iba a morir. Y resulta que tonta de mí, a mis veintisiete años, he descubierto como la vida te puede hacer zasca en todo el careto y poner tu mundo patas arriba.

Por lo visto sí sé tratar con niños, concretamente con niñas rubias de ojos claros. He descubierto que mi trabajo en la clínica dental no era tan estable como pensaba y que mis limpiezas bucales gratis se han acabado. Pero lo más inquietante y que no me esperaba, es que me he dado cuenta que puedo enamorarme como una tonta en dos meses, encapricharme con alguien que no era mi tipo y soñar despierta con un futuro feliz.

La pena es que, una vez aprendido todo eso, los dioses hijos de perra de ahí arriba estaban aburridos y decidieron que volverían a cambiar mi mundo, así sin más, para entretenerse un rato. Así que transformaron a mi compañera de piso en una persona odiosa y rencorosa, le chivaron a mi recién estrenado novio algo que pertenecía al pasado y que sólo debería haber salido a la luz en una de esas noches en la que te pimplas más de cinco botellas de vino y sueltas el típico: “¿Os acordáis de cuando me convencisteis de que me pasara a nuestro casero por la piedra para que no nos echara?” Y como consecuencia éste me dejó y me echó de su casa. De sus dos casas.

Y en estas me hallo, recogiendo mis últimas pertenencias de la bonita casa adosada acompañada de mis ex compañeros de piso.

—Aún no me creo que no vayamos a volver —digo mirando la puerta ya cerrada de la entrada.

—Pues ya va siendo hora, llevas una semana viviendo en tu nuevo piso —me dice Toni.

—Uy sí, con la simpática de tu compañera de piso —se mofa Sebi.

Le enseño mi dedo corazón y le pego una cariñosa colleja en la nuca que no se espera.

Hace una semana que Sebi y yo no vivimos juntos. Estuvimos dos semanas buscando piso como locos, pero no encontrábamos nada, todo era demasiado caro y lo que podíamos pagar estaba pendiente de una buena reforma. Así que un día Fer se animó a preguntarme que me parecía si le pedía a Sebi que se fuese a vivir con él. Yo por supuesto le animé a hacerlo, y aunque los dos insistieron mucho en que me fuese con ellos, me negué. Los quiero mucho, pero no estoy en un momento de mi vida en el que me apetezca convivir con una pareja de enamorados. Así que cambié mi plan y busqué como loca una habitación en un piso compartido, descartando por completo la idea de alquilar yo sola un piso entero. Había empezado a cobrar algo de dinero ayudando a Lara en su pastelería, pero no era ni por asomo lo suficiente como para eso. Así que, cuando Gema me dijo que su vecina la doctora alquilaba una habitación, no lo dudé, por lo menos estaría cerca de mis amigos.

—No seas cabrón, no es tan mala.

—No he visto a una tipa tan saboría en mi vida —dice haciendo aspavientos—, a sosa no la gana nadie.

—Trabaja mucho y siempre está cansada —no sé por qué intento justificarla, es la tía más borde y seca que he visto en mi vida—. Reza para que ningún día te tenga que operar.

Toni nos ignora y carga la última caja en el camión, donde guardo mis chaquetas y bufandas de invierno. Cuando cierra el portón se acerca a nosotros y se sitúa en medio, poniendo cada uno de sus brazos sobre nuestros hombros.

—Pues esto es todo amigos, ha llegado el momento de decir adiós.

—Aiishh no lo digas así que parece que nos vamos a morir —se queja Sebi.

Los tres miramos la casa en silencio durante unos segundos. Han sido unos años muy bonitos, llenos de momentos divertidos, felices e incluso tristes, pero sé que jamás olvidaremos todo lo que hemos pasado juntos.

—¿Os acordáis de aquella noche en la que Toni hizo los mojitos de fresa con el jarabe para la tos de Carla? Pensaba que era grosella —recuerdo sonriendo.

—Nadie se quejó y si no recuerdo mal os tomasteis tres cada uno.

—¡Estaban de rechupete! Hay que repetir, luego buscamos que farmacia está de guardia esta noche —dice Sebi girándose y poniéndose frente a nosotros— ¿Os hace un abrazo a tres bandas?

Yo sonrío abiertamente y de un salto me tiro a sus brazos, haciendo que casi pierda el equilibrio. Toni nos mira con una ceja levantada y las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Sebi y yo abrimos bien nuestros brazos, sin soltarnos, para animarlo.

—Si no queda más remedio...

Y sonriendo de pronto, se tira sobre nosotros, haciendo que definitivamente todos caigamos al suelo.

Hasta siempre, ha sido un placer.

CAPÍTULO 48

Un buen trabajo

Como era de esperar, Carmen, mi nueva compañera de piso, no está en casa. Es doctora en el hospital de Bellvitge y pasa casi todo el día fuera. Las únicas horas que está en casa las pasa durmiendo o viendo la televisión en su habitación, así que a pesar de vivir en el mismo sitio, nos vemos poco las caras. Y que sea un poco sosa no ayuda nada a crear una buena relación de compañeras de piso. Pero a mí ya me va bien, pago un alquiler barato y tengo a Gemma dos plantas más abajo.

No es un piso grande ni espacioso, pero suficiente para dos chicas solteras. Frente a la puerta de entrada tenemos la cocina. Es alargada, con un mármol bonito de color marrón oscuro y los armarios y electrodomésticos color blanco. Tiene un pequeño lavadero donde tenemos los cubos de basura y el tendedero, el único sitio donde se puede secar la ropa puesto que este piso no tiene ni terraza ni balcón.

Junto a la cocina está mi habitación. Es la más pequeña, pero tiene un ventanal enorme que le da mucha luz y la hace más acogedora. He pegado mi cama de matrimonio a la pared para poder colocar el armario en el otro extremo. No podía prescindir de mi cajonera salvavidas de Ikea, donde guardo casi toda mi ropa y que en este piso también me hace la función de tocador, así que mi bonito escritorio blanco está desmontado y bien guardado en el trastero de Gema y Sergio.

Si seguimos recto entramos al salón, mi parte preferida de la casa. Sin duda, Carmen tiene muy buen gusto para decorar. Es alargado y amplio, coronado por un enorme ventanal que llega hasta el suelo. De él cuelgan tres cortinas japonesas de color blanco. Pegado a la pared, hay un sofá gris de tres plazas lleno de cojines color blanco y beige con bonitos dibujos rústicos. No tenemos mesa de centro, algo que eché en falta al principio, pero que luego agradecí porque me dio la oportunidad de comer cada día en la enorme mesa de madera maciza que hay en el otro extremo del salón. Es una mesa de seis plazas, con sillas redondas del mismo color que el sofá y patas de madera. En la pared que hay junto a ella, Carmen puso una librería, también de madera, que está llena a rebosar de libros. Me encanta robarle alguno de vez en cuando sin que se dé cuenta, como casi no me habla no sé si tengo permiso para cogerlos. Y, para terminar, frente al sofá, hay un mueble bajo, hecho con cuatro palets pintados de blanco donde descansa una pequeña televisión de plasma y un dvd, de esos que ya casi no se ven.

Del salón salen dos puertas, una da a la habitación de Carmen, que aún no he visto ni creo que vea jamás, y la otra al único baño de la casa. Es muy pequeño. Tiene

una ducha cuadrada minúscula donde hay que hacer malabarismos cada vez que te duchas, un lavabo antiguo, de esos que tienen una cuerda para tirar de la cisterna y en el que te puedes sentar y lavarte las manos a la vez, en la pequeña pica que queda justo en frente. Y por supuesto no tiene ventana. El típico lavabo que solo sirve para mear, cagar y ducharte.

Son ya las tres de la tarde y estoy hambrienta. Toni se fue corriendo a trabajar, sólo pudo descargar mis cosas del camión y dejarlas en la calle, por lo que Sebi y yo tuvimos que hacer el trabajo duro de subirlas a una tercera planta sin ascensor. Nada más dejar la última caja en el suelo del recibidor, me miró con odio y me dijo:

—Si vuelves a mudarte a un piso sin ascensor, olvídate de nuestra amistad —su voz salía entrecortada entre cada bocanada de aire que cogía.

Cuando estoy echando el tomate a los macarrones, suena el timbre. Bajo el fuego para que no se quemen y voy a abrir.

Bea está al otro lado de la puerta, con una caja de Readlers en una mano y una gran sonrisa en los labios. Lleva unos pantalones largos bombachos con estampado étnico en tonos azul celeste y gris y una camiseta de tirantes blanca con el reborde del pecho en encaje.

—¿Llego tarde?

—Sabes que sí —le digo echándome a un lado para dejarla pasar.

Cuando se enteró de lo que pasó con Biel, me llamó al día siguiente para ver como estaba y desde entonces no me ha dejado sola. Ya ha pasado un mes desde que Biel me echó de su casa y prácticamente no he vuelto a hablar con él, así que Bea es la única fuente de información que tengo de él y de Emma. Gracias a ella no he caído en la tentación de volver a presentarme en su casa o de convertirme en la típica ex novia pesada que se pasa los días llamando y molestado. Pero por mucho que me alegre de verla, no puedo evitar sentir un golpe en el estómago cada que me cruzo con sus ojos azules, igualitos a los de su hermano.

—Tengo que confesar que hoy he salido antes del trabajo —me sigue hasta la cocina y deja las latas de cerveza en la nevera—. Pero me he entretenido, ya sabes, cosas que haces cuando no quieres llegar pronto a un sitio y que te pongan a subir cajas.

—¿Ya has comido?

Niega con la cabeza, así que la pongo a preparar una ensalada mientras termino de cocinar la pasta.

Cuando nos sentamos a la mesa, Bea coge el mando de la televisión y hace algo de zapping, pero como de costumbre no hay nada interesante, así que lo deja en un canal de música.

Estoy deseando preguntarle por Biel y Emma. Quiero saber cómo ha empezado el colegio y si Biel ha contratado ya a otra profesora que le de clases particulares, pero

me obligo a callar llenándome la boca de macarrones.

Bea ríe al verme tan ansiosa y de pronto se golpea la frente y se levanta de un salto. La miro extrañada ir hasta su bolso mientras trago.

Casi se me olvida, esto es para ti.

Deja un folio blanco doblado por la mitad frente a mí. El corazón me da un vuelco, quizás sea una carta de Biel. Me limpio con la servilleta y lo cojo lentamente, intentando disimular mi temblor de manos.

Veo el logo de su editorial en la parte superior derecha y al instante mi cara cambia.

—Creo que te esperabas otra cosa —me dice con tristeza en la voz—. Lo siento.

—No te preocupes —intento recomponerme—. ¿Qué es?

Ella me hace un gesto con la mano para que lo lea mientras come. No hay mucho texto, por lo que no tardo en leerlo. Es la notificación de que el lunes tengo una entrevista para el puesto de traductora. Abro los ojos como platos y la miro impresionada.

—No me lo creo...

—Pues ya te lo puedes creer porque es verdad. Una de nuestras traductoras ha cogido la baja por maternidad y necesitan a otra urgentemente.

—¿Y voy a ir yo de enchufada? No me hace mucha gracia.

—Pues no te rías si no te hace gracia. No eres una enchufada. Como has leído ahí —apunta hacía el folio que tengo en las manos con su tenedor sucio—, es una entrevista, así que tendrás que ganártelo. Y no te arregles mucho, no quiero que piensen que eres una estirada.

—¿Pero esto va en serio? Aún no me lo creo, estoy harta de buscar trabajo y no me ha salido nada. Lara es la única que se ha apiadado de mí y estoy segura que no ha sido por mis dotes de camarera.

—Me apuesto un riñón a que no, eres malísima. Aún lloro cada noche por la blusa que me manchaste el otro día. Confío en que como traductora seas mejor.

—¡Como traductora soy la number one! —grito contenta y me levanto para darle un abrazo por detrás.

Ella sonrío y asiente con la cabeza.

—¿Quién es la mejor cuña...? —pregunta, interrumpiéndose a mitad de frase—. Lo siento.

Yo niego con la cabeza, quitándole importancia, aunque en realidad me haya sentado como un pisotón en el dedo meñique del pie.

Vuelvo a mi sitio y acomodándome me apoyo en el respaldo.

—Ayer lo vi —dice Bea, sacando al fin ese tema tan delicado—. Fui a llevarle un cuento nuevo a Emma.

—¿Y cómo está ella?

—Ella bien, hiperactiva en los primeros días de cole, todo le parece interesante. Él no tanto.

Hace una pausa, supongo que esperando que le pregunte, pero me niego a hacerlo. Ya me harté de preguntar en su momento y me he prometido no volver a hacerlo. Fue el quién tomó la decisión de apartarse de mí y no seré yo quien ruegue por volver, ya no. Así que recojo nuestros platos vacíos y los llevo a la cocina. Ella me sigue en silencio con los vasos y las cervezas vacías.

—Cuando pasó todo ya te dije que yo no iba a meterme en estos temas, vuestras cosas son vuestras y no me interesan. Pero conozco a mi hermano y sé que no está bien.

—Ese ya no es mi problema.

Bea se apoya en el mármol de la cocina y me mira con los brazos cruzados.

—Lo sé, pero él es mi hermano, tú mi amiga y yo no estoy ciega. Ya no lloras, pero estás diferente. Te ríes y bromeas, pero todos tus movimientos parecen estudiados, como si te estuvieras obligando a ser la de antes pero no te saliese natural.

—Me enamoré por primera vez en la vida y cuando al fin me di cuenta, me dejaron sin darme opción a réplica. Creo que es normal que esté diferente.

—Y no te lo estoy rebatiendo. Solo digo que no te hagas la fuerte, todos hemos sufrido por amor y si tienes que llorar y mandarnos a todos a la mierda, pues lo hagas. Biel lo hace.

—¿Te ha mandado a la mierda? —pregunto intrigada.

—No literalmente, pero es todo un virtuoso de las indirectas. Sabe que seguimos en contacto y de vez en cuando intenta sacarme información. Yo no suelto prenda así que me lanza pullas. Está irascible todo el tiempo.

—Pues que se líe a cabezazos con la pared si quiere, a mí ya me da igual —suspiro y dejo salir un poco de esa rabia que tengo dentro—. ¡Ni siquiera me llamó a mí para decirme cuando teníamos que irnos de la casa! Escribió a Sebi para decírselo.

—No voy a defender a mi hermano porque no me parece bien como actuó, pero él es así. Si no te ha llamado todavía es porque no sabe cómo gestionar todo esto. Aunque no lo creas, le viene grande.

—Sólo tenía que haberme dejado explicarme. Ahora ya da igual, si me llamase no le cogería el teléfono.

Estoy casi segura que lo que digo es verdad, pero por si acaso no lo volveré a repetir, no vaya a ser que me ablande.

—No te llamaré, Ali —Bea se incorpora y se acerca a mí, poniendo su brazo

sobre mi hombro—. Cuando quiera hablar contigo vendrá a buscarte.

Se me escapa un suspiro de desesperación. Me he adoctrinado durante semanas en que si veo su nombre en la pantalla de mi teléfono no descolgaré, pero nadie me dijo que cabía la posibilidad de verlo cara a cara.

El sonido de la puerta de entrada al abrirse nos sobresalta. Carmen tiene unas ojeras que le llegan a los pies y que intenta ocultar bajo sus rebeldes rizos castaños. Ni siquiera se inmuta al vernos allí de pie, nos saluda con la mano y desaparece en su habitación.

Unos minutos después aparece en la cocina, con el pijama ya puesto, y abre la nevera para coger un poco de agua.

—¿Cómo ha ido el día? —pregunto para intentar ser amable.

—Como cada vez que me preguntas: cansado.

Asiento mordiéndome el labio y veo de reojo como Bea la mira con una ceja levantada.

—¿Ha sobrado algo de comida? —pregunta sin mirarme, inspeccionado la cocina.

—No, lo siento, pero hay algo de fruta.

Va hasta el frutero, coge una manzana y se dirige a la puerta. Antes de irse le echa una mirada de arriba abajo a Bea.

—¿Cuántos amigos tienes? —me pregunta.

—Más que tú —le contesta Bea en mi lugar.

Carmen le echa una mirada neutra y sin decir nada más se encierra en su cuarto.

—Necesitas con urgencia el trabajo en la editorial para buscarte un piso. ¡Menudo ogro!

CAPÍTULO 49

La entrevista

Estoy cagada de miedo. Mis últimas entrevistas han sido para trabajos que ni fu ni fa, de esos que buscas sólo porque te dan dinero y no porque te motiven realmente. Pero la idea de trabajar por fin en algo que tenga que ver con lo que estudié, me ilusiona muchísimo. Cuando escogí mi carrera lo hice principalmente con el sueño de viajar por todo el mundo y conocer miles de ciudades y culturas. Como a la vista está que ando muy lejos de cumplir ese sueño, traducir novelas de todos los puntos del mundo me parece muy interesante.

Sebi y Fer se han ofrecido a traerme en coche a la editorial cuando han visto como me he tirado el café encima esta mañana desayunando. ¡Me tiembla hasta la tirilla del tanga! Se han negado a que coja mi Vespa en ese estado.

—No queremos que un bonito día se convierta en un trágico suceso en la sala de urgencias del hospital —ha dicho Fer.

La editorial de Bea está en la cuarta planta de un céntrico edificio con ventanas acristaladas. Me cruzo con un grupo de unas diez personas que charlan animadamente de camino a la calle, por lo visto el director ha decidido que la hora de la comida es el mejor momento para hacer una entrevista. No veo a Bea por ninguna parte y, tras echar un último vistazo a mi teléfono, veo que no ha leído mi mensaje.

Me paro unos segundos frente a la puerta de la recepción, me seco el sudor de la frente, me huelo distraídamente los sobacos para comprobar que no hay rastro de ese hedor pestilente que crean los nervios y tomando aire, entro con la cabeza bien alta.

Una mujer de rostro simpático levanta la cabeza y me dedica una sonrisa a través del mostrador.

—Buenos días, venía a hacer una entrevista.

Le entrego el papel que me dio ayer Bea. Ella lo lee, busca mi nombre en el ordenador y tras unos segundos que se me hacen eternos, me lo devuelve.

—Espere ahí un momento, en seguida vendrán a buscarla —tiene una de esas bonitas sonrisas que te transmiten tranquilidad.

Tomo asiento junto a una chica de piel clara y cabello verde que me sonrío. Su cara me suena, pero no consigo ubicarla, tal vez sea periodista o escritora. Sin darme cuenta muevo compulsivamente mi pierna izquierda.

—¿El baile de San Vito? —me pregunta ella.

Yo freno el movimiento al instante, al percatarme.

—Lo siento, es que tengo una entrevista de trabajo y estoy algo nerviosa.

—No te preocupes, no me molesta, yo estaba igual el día que vine a la primera reunión.

—¿Trabajas aquí?

—Se podría decir así, la editorial publica mis libros.

Escritora, no andaba mal encaminada.

—Ya decía yo que me sonaba tu cara...

Ella se ríe de forma sonora y yo no puedo evitar sonreír también.

—Quizás es verdad lo que dice mi marido, soy demasiado pesada en Instagram.

Un hombre con barba y gafas de pasta aparece en recepción.

—Vamos, ya están todos —le dice a mi acompañante.

—¡Qué tengas suerte! —me guiña un ojo y acto seguido desaparece tras las puertas de cristal.

¿Vuestro cuerpo hace cosas raras cuando os ponéis nerviosos? El mío sí, el muy cabrón. No sólo me produce sudor frío con olor a cerveza rancia y temblor de manos, también me retuerce el estómago con mala leche y me da retortijones. Hablando en plata, me cago, pero bien.

Estoy a punto de ir a visitar el baño por tercera vez esta mañana cuando una mujer alta y con un moño tan arriba que parece que tenga dos cabezas, se planta frente a mí. Lleva una falda tipo lápiz de color hueso y una americana a juego. A diferencia de la recepcionista, ella no sonrío.

—¿Alicia Morales? —asiento y me levanto—. Sígame.

Es tan alta que su moño se chafa ligeramente al cruzar el umbral de la puerta. Me guía hasta una sala pequeña que consta de una mesa, sobre la que descansan dos botellas pequeñas de agua sin abrir, y un par de sillas, una frente a la otra. Me indica que tome asiento con un gesto de muñeca y ella hace lo mismo frente a mí.

—Soy Margarita, una de las socias de la editorial. Sé que en la notificación de la entrevista que le hicimos llegar indicaba que se reuniría usted con Cristina, pero nuestra encargada de recursos humanos no ha podido venir hoy.

—No hay problema —le contesto todo lo serio que puedo.

—Bea nos hizo llegar su currículum. Tiene usted unos estudios muy interesantes. ¿Cuenta con experiencia en el mundo editorial?

¿Preparados? ¿Listos? Ha llegado la hora de venderme y más me vale hacerlo bien, porque tengo la misma experiencia en el mundo editorial que mi abuela. Le

explico por qué escogí mi carrera y hago hincapié en mi master en traducción e interpretación. Nada de lo que digo parece sorprenderla, ella solo asiente y de vez en cuando apunta algo en su mini libreta de margaritas. Sí, se llama Margarita y tiene una libreta decorada que con esas flores, pero no me lo recordéis que bastante esfuerzo estoy haciendo en contener la risa al ver lo despeluchado que le ha quedado el moño tras quedar aplastado con el umbral de la puerta.

Lo único que parece despertar algo de interés en ella es escucharme hablar en inglés e italiano al traducirle los textos que me ha enseñado. Hasta yo me he impresionado, creí que lo habría olvidado tras tanto tiempo sin practicar.

Aguardo unos segundos en silencio mientras ella apunta algo más en su libreta. Doy gracias porque los retortijones hayan cesado.

—Verá, le seré sincera, con su currículum no podemos contratarla como traductora —cierra su libreta y se cruza de brazos—. No nos arriesgaremos a contratar a alguien sin experiencia para traducir nuestros libros.

Mi gozo en un pozo, pues.

—Pero creo que podría ser usted la persona perfecta como apoyo a nuestro equipo de traductores.

No puedo evitar la sonrisa que se dibuja en mis labios. Mi gesto parece ablandarla un poco, porque por una milésima de segundo veo como sus ojos sonrían.

—Su trabajo consistiría en revisar textos simples, como sinopsis o biografías de autores, quizás traducir algún manuscrito que tenga opciones e incluso hacer de intérprete de algunos de nuestros autores y editores internacionales, todo ello bajo las órdenes y vigilancia de nuestro traductor jefe.

—Me parece perfecto.

Ella se levanta y me indica que haga lo mismo. Me acompaña de nuevo a recepción sin decir nada, haciendo que mi incertidumbre crezca a cada paso que doy.

—Valoraremos su currículum y si nos interesa mañana la llamaremos. Si no recibe noticias por nuestra parte, no hace falta que espere otro día más porque eso significará que no ha conseguido el trabajo.

—Muchas gracias, esperaré su llamada —le sonrío mientras le ofrezco mi mano.

Eso parece sorprenderla, porque mira mi mano y luego a mí antes de estrecharla tímidamente.

Cuando desaparece por la puerta, suelto un suspiro de alivio y me doy una palmada en el muslo en señal de felicitación mutua.

—Seguro que te llaman —me dice la recepcionista.

Yo me sobresalto al verla, no recordaba que había alguien tras el mostrador.

—Eso espero —me acerco a ella y me animo a preguntar—. ¿Conoce a Bea? Lee manuscritos.

Ella se ríe de mi estúpida descripción de Bea, pero por su cara parece saber de quién hablo.

—¿Rubia, excéntrica y alocada? Sí, creo que sé de qué Bea me hablas.

Me indica donde está su despacho justo antes de contestar al teléfono. Se lo agradezco con un gesto de cabeza y me dirijo contenta a ver a Bea.

CAPÍTULO 50

Jugando al escondite

La oficina está llena de mesas vacías, sólo queda un rezagado que tiene toda la pinta de ser el pobre becario de turno, porque le suda la frente y mueve papeles con nerviosismo de un lado para otro.

Una de las puertas del fondo de la sala se abre y aparece Bea. Sé que es ella por la silueta y por su indescriptible pelo corto dorado, pero no le veo la cara. La escucho reír mientras habla con alguien que va tras ella.

Estoy a punto de gritar su nombre y correr a su lado cuando vislumbro a la persona que la sigue. Es un chico alto, fuerte y guapo. Lleva un pantalón de traje gris oscuro, una camisa negra arremangada y una americana del mismo color que los pantalones colgada del brazo. Es calvo.

Abro los ojos como platos y me quedo quieta cual animal en medio de la carretera. El pánico no me deja moverme y estoy allí plantada en medio del pasillo con cara de terror. Mi cerebro manda órdenes estrictas a mi cuerpo para que se mueva y tras varios segundos de lucha, al fin reacciono. Miro a izquierda y derecha, pero no encuentro donde meterme, ni una mísera planta que me haga de barrera. Ahora mismo me abrazaría a un cactus si de esa forma consigo esconderme.

Doy un salto mortal a la derecha con voltereta incorporada en el aterrizaje y me agacho tras el primer escritorio que veo. Pero me llevo una decepción al ver que se trata de uno de esos escritores de mierda de Ikea que no son más que una mesa blanca, sin ninguna madera ni nada que me haga invisible. Bea y Biel siguen hablando mientras ella cierra la puerta de su despacho y empiezan a caminar en mi dirección. Pero si yo los veo entonces ellos también pueden verme, así que tengo que salir de aquí ya.

En ese momento escucho unos tacones a mis espaldas y me giro por instinto. Una mujer más ancha que larga pasa tras de mí con un café en la mano. Sin que yo dé ninguna orden, mi cuerpo se pone en pie solo, se coloca junto a la mujer y camina a su lado, de manera que ella queda entre los dos hermanos y yo. Me esfuerzo tanto en caminar al son de la mujer que me duele hasta la cabeza. Ella mueve su pie izquierdo y yo la imito, luego el derecho, levantando ligeramente el brazo izquierdo. Derecha, izquierda, derecha, me mira extrañada, yo miro al frente como si nada, ella hace ademán de pararse y yo la sujeto del brazo.

—Sigue recto —le ordeno en un susurro que sólo ella puede oír.

Tiro de su brazo y la obligo a seguir caminado, mientras escucho como los pasos de dos personas llegan casi a nuestra altura. Ella cada vez me mira más raro, pero por una extraña razón sigue caminando.

Sonríó cuando noto que Bea y Biel pasan de largo y la suelto con un suspiro. Ya estoy a salvo.

Me atrevo a girarme para verles la espalda cuando escucho un sonido sordo seguido de un gritito agudo y un peso muerto me golpea en la espalda, haciéndome perder el equilibrio y caer al suelo.

La mujer del café ha tropezado con algo y ha caído encima mío, provocando un terremoto a escala mundial que juro por mi Vespa ha hecho temblar todo el edificio.

Me quejo del dolor agudo que tengo en el costado y con esfuerzo consigo quitarme de encima la rechoncha pierna de mi insólita compañera de aventuras, que se queja. Entonces oigo unos pasos apresurados que se acercan y caigo en la cuenta de que todo el edificio debe haber escuchado el golpe, por lo tanto, las dos personas que están más cerca y de las que yo me escondo habrán dado media vuelta para socorrer a la accidentada.

Entro en pánico y empiezo a hiperventilar. Supongo que no me llega bien la sangre al cerebro porque es la única explicación que se me ocurre para haber tomado la decisión de coger el paraguas con el que ha tropezado la mujer del café y abrirlo en mis narices para taparme. Un paraguas amarillo con un logo de la editorial en el centro, muy discreto.

—¿Estás bien Amparito? —pregunta Bea cuando llega a nuestra altura.

Se agacha para socorrer a su compañera cuando se percata de que hay un paraguas amarillo del tamaño de una sombrilla junto a ella.

—¿Pero qué coño...? —exclama olvidándose de la accidentada y apartando el paraguas de mi cara.

Ante mí aparece la cara estupefacta de Bea y a su lado esos ojos azules con los que he soñado tantas veces estos últimos días.

Cierro el paraguas, lo dejo en el suelo y, sacudiéndome los tejanos, me levanto todo lo digna que puedo.

—¡Hola Bea! ¿Cómo tú por aquí?

—Trabajo aquí —me contesta conteniendo la risa y mirando por encima del hombro a su hermano.

Biel no aparta su mirada de mí. El corazón me da un vuelco cuando nuestros ojos se encuentran y como una colegiala aparto la mirada. Bea se agacha junto a Amparito y le toca el tobillo. Desde mi posición parece inflamado pero, aunque finjo observarlas, en realidad no veo nada, solo puedo escuchar el rítmico latido de mi corazón. Sé que sigue mirándome, lo noto en todo mi cuerpo.

Ya se han acercado la recepcionista, el becario estresado y un par de mujeres más

que acaban de entrar.

Me giro lentamente con la excusa de echarle un vistazo a la puerta y efectivamente ahí está Biel, tras de mí y mirándome. Estoy a punto de darme la vuelta de nuevo rápidamente, pero entonces recuerdo todo lo que ha salido por mi boca estos últimos días. Todo eso sobre que ya lo tengo superado, que no ha sido para tanto. Todas esas tardes de helado que les he contado a Sebi y a Gema que si me llamaba no le iba a coger el teléfono y si me lo encontraba le iba a dar con mi melena en todo el jepeto. Vale que nadie se ha creído nada de eso, ni siquiera yo, pero debo de tener algo de dignidad y al menos fingir que todo eso era verdad.

Así que cuando me giro y lo encuentro mirándome le sostengo la mirada. Ya no hay enfado ni decepción en ella, incluso puedo notar como sus ojos sonrían. Yo quiero devolverle la sonrisa, pero me obligo a mantenerme seria.

—Biel, voy a acompañar a Amparo a recepción y me esperaré hasta que venga la ambulancia, creo que se ha torcido el tobillo —Bea le da unos golpecitos a Biel en el hombro para que le preste atención.

Él se gira y asiente con la cabeza.

—Muy bien, voy bajando y te espero en el restaurante.

—Ali, ¿te vienes a comer? Tienes que explicarme como ha ido la entrevista.

Yo miro a Bea con odio y ella se encoge de hombros mientras ríe.

—No puedo, ya he quedado y llego tarde.

Sí, he quedado conmigo y mi tristeza para tomar unos ravioli en casa mientras Carmen, alias “el ogro”, me mira mal.

Biel ayuda a Bea y al becario a levantar a la pobre Amparo, que tiene el tobillo como una pelota de fútbol. Mientras ellos la llevan poco a poco hasta la recepción, Bea se sitúa a mi lado y cogiéndome del brazo me obliga a seguirlos.

—Una mierda que te comas, no has quedado con nadie — me susurra.

—No, y contigo y con Biel tampoco, así que me voy a mi casa.

—No me seas tonta, id a comer, luego yo me retraso y os escribo para deciros que como se ha hecho tarde, ya nos vemos otro día y habláis.

Me paro en seco y la miro seria.

—Si Biel quiere hablar conmigo que me llame y me invite él, no voy a quedar con él a solas por un encontronazo.

—Tienes razón.

Me da un beso rápido en la mejilla y se sienta junto a su compañera de trabajo a esperar que venga la ambulancia.

Biel le dice a su hermana que se ven luego y sale por la puerta. Yo me entretengo mirando lo bonitas que me han quedado las uñas para no tener que bajar con él.

—Alicia, ¿vienes? —me dice, pillándome por sorpresa.

Yo levanto la mirada y lo veo de pie en el pasillo, con una mano metida en el bolsillo del pantalón y la otra sujetando la americana. Que jodidamente sexy es.

—Pensé que llegabas tarde.

—Sí, claro, voy tardísimo.

—Corre, corre, no hagas esperar a tu acompañante —me dice Bea divertida.

Le levanto el dedo corazón cuando paso por su lado y sigo a Biel en silencio hasta el ascensor. Se abre al momento y entramos. Por supuesto no hay nadie más, estamos solos.

Biel está nervioso, se frota las manos constantemente y le suda un poco el bigotillo. Eso me enternece, así que me animo a mirarle y le sonrío. Él me devuelve la sonrisa, pero tímidamente, con culpa.

—¿Cómo estás? —me pregunta al fin.

—Muy bien.

Hace una pausa y yo miro al techo.

—No sabía que tenías una entrevista, espero que haya ido bien.

Es amable conmigo, pero algo en su frase me hace enfadar. Algo en la amabilidad de su voz me mosquea y me hace revivir estas últimas semanas. Las tardes en el sofá con Sebi a mi lado intentando animarme y convencerme de que el amor es algo más que esto. El dolor en el pecho al vaciar mis converse de arena de aquella tarde que paseamos por la orilla al atardecer mientras Bea cuidaba a Emma. La tristeza de empaquetar todas mis cosas, pensando que todo esto había sido por mi culpa y que ya nada iba a ser igual.

Vuelvo a mirarle, pero ya no sonrío.

—Quizás si te hubieses dignado a llamarme te habría podido contar lo de la entrevista. Eso y muchas más cosas.

Se abre la puerta del ascensor y salgo deprisa, sin esperar respuesta.

Al salir a la calle, el aire caliente me golpea en el rostro, recordándome que aún es verano. Me paro en el semáforo esperando a poder pasar cuando noto su mano caliente en mi hombro. No me hace falta verle la cara para saber que es él. Me obliga a girarme con delicadeza.

—Ali, espera.

Le miro aún enfadada. Él está triste, avergonzado. No suelta mi hombro mientras con la otra mano sigue sujetando la americana, ya arrugada.

—Lo siento, no estoy orgulloso de cómo he hecho las cosas. Por favor, ven a comer y hablemos.

—Quizás ya es tarde para hablar.

—Nunca es tarde para hablar —se cuelga la americana del hombro y con delicadeza baja de mi hombro a mis manos. Las sujeta entre las suyas, como si estuviese cogiendo agua del río y no quisiera que se le escapase ninguna gota—. Quizás no me lo merezco, pero por favor, dame una oportunidad. Habla conmigo.

Se me nubla la vista, sé que voy a llorar y no quiero hacerlo delante de él. Voy a llorar porque estoy deseando decirle que sí, irme con él y perdonarle. Pero no puedo ceder tan fácilmente, no después de lo mal que lo he pasado.

—Ahora no, tengo que irme.

Aprovecho que el semáforo está en verde para cruzar y lo dejo allí de pie, mirando cómo me marchó mientras me froto los ojos para limpiar las lágrimas.

CAPÍTULO 51

Penas y glorias

A la gente normal se le cierra el estómago cuando está triste o nerviosa, pero yo creo que a estas alturas ya os habréis dado cuenta que de normal tengo poco, así que no os extrañará que os cuente que en cuanto crucé la calle me fui directa a un Burger King y me metí entre pecho y espalda una Big King XXL con sus patatas y bebida grandes y un brownie con helado de nata para rematar la faena.

Cuando he llegado a casa de Gema y Sergio iba a reventar. Mi amiga me ha abierto la puerta con su moño de estar por casa y sus zapatillas de cangrejos. Primero ha sonreído, luego se ha fijado en mi rímel corrido y mis labios aún manchados de chocolate, y ha cambiado de gesto.

—¿Tan mal ha ido la entrevista?

La he apartado de un empujón y he entrado berreando para irme directa al sofá. Sergio ha aparecido en el umbral de la puerta limpiándose las gafas. Me ha dicho hola y cuando se las ha puesto y me ha visto casi da un brinco del susto.

—Vaya cara traes...

Lo he mirado con odio y sin pensarlo le he lanzado mi bolso a la cabeza. Por suerte lo ha esquivado y ha aterrizado en el suelo del pasillo.

—¡Tú calla, que todos los tíos sois iguales! —No se esperaba que empezase a gritar, por lo que se ha echado para atrás y se ha protegido la cara con las manos, por si se me ocurría tirarle algo más—. Solo pensáis con la polla y cuando tenéis que usar el cerebro salís por patas. ¡Cobardes de mierda!

Gema se ha puesto junto a Sergio. A ella parece hacerle gracia mi actitud, pero su prometido no opina igual que ella, porque ha retrocedido tanto que está contra la pared.

—Y luego os pensáis que con una sonrisa y un lo siento está todo solucionado. ¡Y una mierda! Conmigo no va a funcionar, ¿¿me oyes?? —Le miro furiosa pero no dice ni mu, así que dentro de mi bucle de rabia cojo el cojín de rombos que tengo a mi lado y lo sujeto en alto—. ¡¿Que si me oyes?!

—Sí, sí, claro que sí. Unos mierdas, eso es lo que somos. — dice casi sin voz.

—Ni eso, sois unos medio mierdas. ¡Asquerosos!

Dejo el cojín a mi lado de nuevo y me dejo caer. Aplasto la cabeza contra él y

empiezo a lloriquear como un bebé.

—Cariño, esto lo arreglo yo, tú mejor no aparezcas mucho por aquí, que falta poco para la boda y no quiero que te desgracie la cara —oigo que dice Gema en voz baja.

No oigo la contestación de Sergio, pero sus pasos apresurados y el sonido de una puerta al cerrarse, me indican que nos hemos quedado solas.

Noto como se hunde el sofá a mi lado y una mano suave en mi pelo.

—¿Qué te ha pasado? —me habla en un susurro, supongo que tiene miedo de cómo voy a reaccionar.

Me doy la vuelta, sin incorporarme y la mira desde abajo.

—Estaba allí... me ha visto... —moqueo y unas lágrimas me caen por el pómulo, mojándome la oreja—. ¡Con un paraguas amarillo!

Berreo de nuevo y me tapo la cara con el cojín que ya está manchado de rímel.

—Tranquila... No he entendido nada de lo que me has dicho, pero no te preocupes. Tú llora y luego me lo cuentas con calma.

Me tomo lo que dice al pie de la letra y me paso las próximas dos horas entre lágrimas y mocos. Me enfada muchísimo estar llorando, no entiendo por qué si en el fondo no estoy tan mal, pero no puedo parar y eso me enrabia tanto que aún lloro con más fuerza. Esto es un bucle y no sé cómo salir.

Gema ha ejercido de buena amiga y se ha pasado la primera media hora acariciándome la cabeza e intentado consolarme, pero todo el mundo tiene un límite y tras aporrearle la rodilla por segunda vez en medio de mi pataleta se ha levantado y se ha ido a la cocina con la excusa de hacerme una infusión, pero el té no ha aparecido por ningún lado.

Ahora la oigo hablar por teléfono.

—Te quiero aquí ya, no sé cómo hacer que pare, le he quitado hasta el agua a ver si así paraba de llorar —hace una pausa—. Pues que te recoja y os venís directos. Sergio no quiere salir de su despacho.

Asiente una vez más y cuelga. Unos pasos me indican que está acercándose. Cuando la veo apoyada en el marco de la puerta me incorporo y me froto la cara con el brazo.

—Lo siento.

Ella sonrío y se acerca despacio. Duda un momento si sentarse o no, pero finalmente lo hace.

—No te preocupes, pero no llores más, ¿vale?

Yo asiento como una niña pequeña y me pongo cómoda, doblando las rodillas.

—Cuando he salido de la entrevista he ido a ver a Bea y cuando estaba llegando a

su despacho he visto que salía con Biel. Me he puesto nerviosa y he intentado esconderme, pero todo ha salido fatal y he acabado haciendo el ridículo.

Me tapo la cara recordando el épico momento de Amparito y el paraguas amarillo. Gema contiene la respiración, supongo que temiendo que me ponga a lloriquear otra vez.

—Seguro que no ha sido para tanto... —como se nota que no estaba allí.

—Estaba en el suelo escondiéndome detrás de un paraguas del tamaño de una sombrilla de color amarillo. ¿Estás segura que no ha sido tan ridículo?

—Una anécdota más que te llevas —me dice aguantándose la risa.

Su gesto me anima un poco y me contagia. Sonrío y resoplo para quitarme el malestar del cuerpo.

—En realidad, eso es lo de menos. Hemos tenido que bajar solos en el ascensor y aunque ha sido amable conmigo, como siempre, he estallado y le he echado en cara que no me llamase ni una sola vez.

Gema vuelve a estar seria y asiente con la cabeza.

—Con la amabilidad no se arreglan las cosas.

—Me ha pedido que fuese a comer con él, para hablar, pero me he negado. Le he dicho que ya era tarde para hablar.

—¿Y él que ha contestado?

—Que no está orgulloso de cómo ha hecho las cosas y que por favor, le dé una oportunidad.

Al rato suena el timbre. Gema espera unos segundos, pero parece que Sergio aún no se atreve a salir de su escondite, así que se levanta.

Son Fernando y Sebi. Los dos la saludan y entran con miedo. Sebi asoma su cabecita por el marco de la puerta y me mira.

—Somos maricones, así que ni se te ocurra tirarnos nada a la cara. No entramos en la categoría de “todos los tíos son iguales”.

Efectivamente le tiro el cojín en señal de protesta, pero como ya se lo esperaba no le supone mucho esfuerzo cogerlo al vuelo. Los tres se acercan y Gema vuelve ocupar su sitio. Fer es el primero en darme un beso.

—¿Estás mejor?

Yo asiento y le doy un cariñoso apretón en el hombro. Sebi se sienta a mi otro lado y apoya su cabeza en mi hombro.

—¿Qué te ha pasado, melocotón?

Yo expulso todo el aire de los pulmones en señal de agotamiento y antes de que empiece a hablar, Fer nos deja solos y se va con su primo.

Para cuando acabo de contarles todos los detalles ya estoy mejor. No hay ni rastro de tristeza ni vergüenza, lo único que queda es la misma rabia que he sentido cuando Biel y yo estábamos en el ascensor.

—No voy a quedar con él y si me llama no pienso cogerle el teléfono. Ahora soy yo la que no quiere hablar. Que se joda.

—¿Estás segura que no quieres escuchar lo que tenga que decir? —pregunta Gema.

—Pues claro que no, ¿pero tú de qué lado estás? —le increpo—. No se merece ni los buenos días.

—Del tuyo, está claro. Pero si yo estuviese en tu lugar querría saber por qué hizo lo que hizo.

—Tú porque eres muy blanda —le dice Sebi—. Mi Ali es dura como una roca y si ella dice que no va a hablar con él, es que no va a hacerlo. ¿Verdad?

—Por supuesto que no —le digo digna.

En ese momento suena mi móvil, que sigue dentro de mi bolso en el suelo del pasillo. Gema, la que está más cerca, se levanta y me lo da. No conozco el número que sale en pantalla así que descuelgo extrañada.

—¿Sí?

—¿Alicia Morales? —yo asiento—. Le llamo de la editorial, ha tenido usted una entrevista esta mañana, ¿verdad?

Me levanto del sofá y me froto los ojos con vehemencia, como si la mujer que hay al otro lado de la línea pudiese verme.

—Sí, claro. Dígame.

—¡Felicidades! —su voz risueña me suena familiar. Es la recepcionista—. El puesto es tuyo.

—¿No me jodas? Quiero decir... ¿De verdad?

—¡Sí! Me alegro muchísimo, de verdad. En estos días la llamarán para concretar los detalles y le informarán de todo lo necesario.

—¡Aiish muchas gracias!

Muevo los brazos emocionada mientras Gema y Sebi me miran desde el sofá sin entender nada. Cuelgo y me pongo a dar saltos por todo el salón.

—Me han cogido, me han cogido. ¡Tengo trabajo!

—¿En serio?

—¡Toma ya!

Los tres nos ponemos a chillar y a abrazarnos. Fer y Sergio aparecen también y nos miran extrañados.

—¿Qué ha pasado? — pregunta Fer.

—Tengo trabajo —le sonrío a los dos y veo que Sergio aún sigue algo asustado.

Me acerco a él y le pongo cara de cachorrito.

—Lo siento... Soy lo peor. Nada de lo que te he dicho es verdad —hago una pausa—. Bueno, si es verdad, pero tú no eres como todos los tíos, eres muy majo.

Él asiente y me da un abrazo.

—Cuando te enfadas das mucho miedo.

—Menos mal que ahora estoy súper feliz —le revuelvo el pelo y me giro hacia el resto.

—¿Quién se viene a celebrarlo?

No veo emoción ninguna en sus caras. Supongo que el hecho de que es lunes y son casi las nueve y media tiene algo que ver.

—Yo te quiero mucho y me alegro un montón por ti, pero mañana a las seis me suena el despertador y luego me esperan siete largas horas aguantando a niños que aún se creen que están de vacaciones, así que, en mi caso, la celebración tendrá que esperar.

—Lo mismo digo —dice Fer— Eestoy reventado y mañana toca currar. Si Sebi quiere os llevo a dónde me digáis y luego me voy a casa.

—Aquí Eusebio se levanta a las cinco —dice mi amigo cogiendo a su novio del brazo y arrastrándolo a la puerta—. así que al único sitio al que lo vas a llevar es a la cama.

—Ya sabes que yo siempre estoy dispuesto a llevarte a la cama —le dice Fer jugueteando.

—Muy bonito —digo yo colgándome el bolso del hombro y con falsa indignación—. Para echar un polvo si tenéis tiempo, pero para celebrar mi triunfo laboral no.

—Para echar un polvo siempre hay tiempo —me dice Sebi dándome un beso en la mejilla y saliendo conmigo.

Gema y Sergio nos despiden desde la puerta.

—Vosotros os lo perdéis. Me voy a celebrar con mi nueva compañera de piso que tengo trabajo y que he acabado con Biel para siempre. La nueva Alicia es más fuerte que la anterior y como se le ocurra llamarme le voy a mandar a la mierda directamente, sin saludar ni nada.

—Esa es mi niña —dice Sebi a mi lado—. Pero siento decirte que poco vas a celebrar con ese muermo que tienes por compañera de...

El sonido de mi móvil nos interrumpe. Lo saco rápidamente del bolso, por si vuelven a ser de la editorial, pero esta vez es un número diferente. No lo tengo en la memoria porque lo borré, pero conozco esos números a la perfección.

Levanto la vista de la pantalla y los miro con los ojos como platos.

—Es él. ¿Qué hago?

—Pues lo que acabas de decir, no cogerle el teléfono —me dice Sebi, que se ha situado frente a mí.

La llamada se corta y nos quedamos en silencio. Noto un pellizco en el estómago. Llevo semanas esperando esta llamada y ahora que la recibo no contesto. ¿De verdad es esto lo que quiero?

El sonido de mi móvil me asusta y se me cae al suelo. Me agacho rápidamente para cogerlo.

—Ali... —me advierte mi amigo.

—Sí claro, he dicho que no iba a cogerlo y no pienso hacerlo —me despido de ellos con la mano y empiezo a subir las escaleras despacio—. No voy a contestar.

Escucho a Sebi hablar orgulloso con Gema.

—Esa es mi chica.

—¿Quién? ¿Esa que está llevándose el teléfono a la oreja? —le dice ella divertida.

Exacto, esta soy yo. La que corre escaleras arriba mientras le da al botón verde y contesta un tímido “¿Sí?”.

CAPÍTULO 52

Dulce y amargo

Ya acaba septiembre y parece que el tiempo ha decidido recordarnos que se está acabando el verano, porque el cielo está más oscuro que el sobaco de un orco y no ha parado de llover en toda la noche. A Carmen le gusta la lluvia, o eso me ha parecido cuando se ha levantado esta mañana y ha sonreído mirando por la ventana.

—Qué bien que llueve, que se jodan todos los que están de vacaciones.

Yo la he mirado con miedo y me he dado prisa para acabar de peinarme y salir por la puerta. Será una doctora buenísima, pero como compañera de piso es muy mala.

A mí, en cambio, ver que estaba lloviendo cuando he salido de la cama, no me ha puesto tan feliz, sin duda es un mal augurio de cómo va a ir el desayuno con Biel.

Sí, he dicho Biel. Soy débil, muy débil.

Al final le cogí el teléfono. Sebi corrió tras de mi escaleras arriba, pero no fue lo suficientemente rápido. Para cuando llegó a mi puerta, yo ya había cerrado y estaba sentada en el suelo de mi habitación, recuperando el aliento con Biel esperando al otro lado del auricular.

—¿Puedes hablar? —me preguntó extrañado.

—Sí —respiré hondo para recomponerme—. Dime.

Él también hizo una pausa antes de continuar.

—Creí que no me cogerías el teléfono.

—Bueno, técnicamente no te he contestado a la primera.

—No iba a insistir, suerte que lo hice.

—¿Qué quieres?

Intenté ignorar lo rápido que me latía el corazón y lo que su voz le hacía a mi cuerpo. Estaba temblando por dentro, temía que si me ponía en pie mis piernas no podrían sostenerme, así que me arrastré hasta mi cama cual oruga y apoyé allí mi espalda, echando la cabeza hacia atrás.

Aquello que había estado esperando estaba pasando, Biel había decidido llamarme y yo, como una tonta enamorada, había contestado sin dudar. ¿La llamada

había llegado tarde? Primero tendría que dejarle hablar.

—Hablar contigo —me dijo serio—. Pero no quiero hacerlo por teléfono. Sé que piensas que llego tarde, pero yo no pienso lo mismo.

Hizo una pausa, esperando alguna respuesta por mi parte, pero no la recibió, no fui capaz de contestar. Si lo hacía, me temblaría la voz y no estaba dispuesta a mostrarle lo mucho que aún me afectaba todo esto.

—¿Desayunarías conmigo?

Muy listo, un desayuno queda mucho más inofensivo que una cena. Prometo que me tomé unos segundos para pensar, os prometo que dudé un poquito.

—Está bien, podemos ir a desayunar. ¿El viernes te va bien? El resto de días los tengo ocupados.

Mentira, por supuesto, pero tenía que darme unos días para mentalizarme y tener margen por si me arrepentía.

—El viernes me va perfecto.

—Te mando la ubicación y nos vemos allí a las diez.

Él me dijo que sí, y cuando estaba lista para darle al botón rojo y colgarle sin más, escuché su voz.

—Gracias.

—Nos vemos el viernes.

Ya es viernes, están cayendo chuzos de punta, he tenido que venir en metro oliendo a sobaquera y me ha salido un orzuelo asqueroso en el ojo izquierdo. ¿Es o no un mal presagio? Tendría que haberme quedado en mi casa, metida en la cama, compadeciéndome por haber sido una cobarde y pensando si me pasaría toda la vida preguntándome que hubiese ocurrido de haber ido al desayuno.

Pero en lugar de eso, me he lavado el ojo con manzanilla, me he puesto las gafas de pasta para ocultarlo un poco, mi vestido gris de manga corta, mis deportivas blancas y me he hecho un moño en todo lo alto para que no se me encrespe el pelo con la lluvia. Y aquí estoy, esquivando charcos a saltitos, de camino a la pastelería de Lara y con un tembleque en el cuerpo perfecto para ponerme a robar panderetas. Por suerte, mi paraguas es azul marino con topitos blancos y no amarillo.

Me paro un momento al llegar a la puerta de la pastelería y aprovecho el cobijo que me da el balcón del piso de arriba para cerrar el paraguas y coger aire. Lara me ve y viene hacia la puerta con una amplia sonrisa.

—Ya ha llegado – me susurra bajito, mientras entro. Me coge el paraguas mojado de la mano y lo mete en un cubo que hay junto a la puerta—. Hace casi media hora.

—He perdido el metro. ¿Te ha dicho algo?

Ella niega con la cabeza.

—Ha pedido un café y un trozo de tarta y me ha dicho que estaba esperando a alguien.

Lara conoce más o menos la historia. Ayer la llamé para avisarla de que iría y le expliqué el percal. No es que me pueda ayudar en esto, pero me sentía más tranquila teniendo a alguien conocido cerca.

Efectivamente, Biel ya ha llegado. Está sentado en una mesa junto a la barra, de espaldas a mí. Lleva unos pantalones oscuros y una camisa tejana arremangada. Está muy guapo, tanto que duele.

—Si necesitas algo, llámame —me dice Lara.

Me da un empujoncito en la espalda para que camine y, tras guiñarme un ojo, se va a atender una mesa llena de niños hambrientos. Me acerco despacio, procurando no hacer mucho ruido. Ya noto su perfume. Su olor me trae una oleada de recuerdos que me da de pleno en el pecho. Cojo aire y me coloco a su lado.

Antes de que pueda tocarle el hombro para avisarle que he llegado, él se gira y me ve a su lado. Me mira de arriba abajo y sonrío abiertamente, una de esas sonrisas que le llegan a los ojos y que tanto me gustan. Trago saliva y me siento rápidamente frente a él, antes de que pueda levantarse para darme un beso o un abrazo. Aún no estoy preparada para el contacto físico. Si su olor casi me deja sin aliento, su contacto me produciría un paro cardíaco.

—Siento llegar tarde, he perdido el metro —le digo colocando mi bolso en la silla de al lado.

—No te preocupes, no hace tanto que he llegado.

Media hora exactamente.

Efectivamente Biel ya se ha tomado su café y hay un trozo de tarta de zanahoria intacto encima de la mesa.

—He pedido esta porque sé que te gusta —me dice al ver que la miro—. Pero si no la quieres puedes pedir otra cosa.

—Gracias.

No tiene ninguna importancia que haya recordado que tarta pedí la primera vez que desayunamos juntos, aquí mismo, hace ya tanto tiempo, cuando no sentía nada por él. Por supuesto que no la tiene y no me ha afectado lo más mínimo.

Lara se acerca entonces a nuestra mesa.

—¿Falta algo por aquí? —pregunta mirándome.

—Sí, un café con leche.

—Muy bien —toma nota y mira a Biel esta vez—. ¿Algo más?

—Ponme otro café solo, gracias.

Ella vuelve a apuntar y se marcha, echándome una mirada cómplice sin que Biel

se dé cuenta.

—Bea me ha contado que te han contratado en la editorial. Me alegro por ti.

—Muchas gracias. He ido un par de días esta semana, me han explicado cosas importantes y he conocido a mis compañeros, pero no empiezo en serio hasta el lunes.

—Supongo que estarás deseando ponerte con ello —me dice Biel sin dejar de mirarme.

—La verdad es que sí —no entiendo muy bien porque estamos hablando de trabajo, pero parece que eso ayuda a que mis nervios disminuyan, así que le sigo el rollo—. Tengo un poco de miedo porque no sé de qué va el mundo editorial, pero ganas no me faltan.

—Quizás con este trabajo puedas viajar más —Lara aparece con nuestros cafés, los deja en silencio y se va sin decir nada más.

Yo asiento a modo de respuesta y me entretengo echando azúcar en mi café. Por si no lo recordáis, yo lo tomo sin azúcar, pero así están las cosas esta mañana, la cabeza no me da para más. Cuando le doy el primer sorbo y noto lo dulce que está lo suelto con un escupitajo, que por supuesto va hacia delante. Pero no os preocupéis, el mal karma no está siempre pendiente de mí. No le mancho, a él no. El apetecible trozo de tarta de zanahoria no puede decir lo mismo.

Biel se asusta e instintivamente se echa hacia atrás en la silla. Yo me limpio la barbilla con el dorso de la mano y le miro avergonzada.

—Lo siento, ¿te he manchado? —me incorporo y lo reviso en busca de alguna mancha marrón.

Cuando acabo de analizar su camisa y llego a su cara veo que se está riendo. Yo levanto una ceja extrañada pero finalmente sonrío y vuelvo a sentarme.

—Echaba de menos estas cosas —dice sin dejar de sonreír—. Estos días sin verte han sido muy aburridos.

Parece darse cuenta que quizás no ha sido el mejor comentario del mundo, porque se pone serio al momento y analiza mi reacción.

—Me he pasado con el azúcar.

Biel asiente y levantando una mano llama a Lara, que se acerca servicial.

—¿Podrías traernos otro trozo de tarta? Hemos tenido un pequeño percance.

Lara mira la empapada porción que hay sobre la mesa y asiente riendo. Se lo lleva y no tarda nada en traer otro, casi el doble de grande que el que teníamos.

—Gracias por venir —me dice Biel.

—Supongo que este momento tenía que llegar tarde o temprano.

—La verdad es que no sé por dónde empezar —se frota las manos sobre el muslo

y vuelve a colocarlas en la mesa—. Supongo que estás enfadada y lo entiendo.

Tomo aire, cruzo las piernas y levanto la mirada para fijarla en sus ojos. ¿Hemos venido a jugar no? Pues yo voy con todo.

—Enfadada no es la palabra, Biel. Estoy decepcionada y dolida. —Hago una pequeña pausa—. Y rabiosa, como Shakira.

—Sé que piensas que no actué bien, pero si te digo que me arrepiento de todo y que si volviese a ocurrir actuaría diferente, te mentiría. Yo también estaba dolido cuando me enteré.

—Estabas dolido por algo que te contó alguien que quería hacerme daño. Quizás debiste dudar y confiar en mí antes que en Carla.

—¿Crees que no lo dudé? Cuando me lo dijo la mandé a paseo, no quería escuchar mentiras, pero me enseñó vuestras conversaciones. Ali, ante eso no podía hacer nada.

—Podrías haberme llamado y exigido una explicación. Eso habría hecho yo.

Biel se frota nervioso la calva y llena sus pulmones de aire. Si pensaba que este desayuno iba a ser agradable estaba muy equivocado. Por suerte, yo venía preparada para la guerra y todo esto no me coge por sorpresa.

Le da un pequeño sorbo a su café antes de continuar.

—Supongo que me dejé llevar por la rabia. No quería aceptar que aquello era verdad y si te pedía explicaciones y me decías que todo era cierto, me hundiría. Entonces viniste a casa y me admitiste que esas conversaciones eran reales —habla bajito, sin alterarse, pero noto un ligero temblor en su voz—. Siento haberte echado de casa así, pero en ese momento lo que menos quería era escucharte.

—Si me hubieses dado solo unos minutos habrías entendido que estabas malinterpretando las cosas. Esas conversaciones eran anteriores a todo.

—¿Anteriores a qué, Ali?

Había llegado el momento de explicarlo, era mi oportunidad de contar toda la verdad y no iba a perderla. Ya no serviría para mucho, el daño ya estaba hecho y no iba a conseguir cambiar estas últimas semanas, pero tampoco pensaba quedarme con todo eso dentro. Biel debía saber toda la verdad y si eso le hacía sentirse mal por haberme dado puerta tan fácilmente, mejor que mejor.

—Anteriores a todo. Cuando descubriste que la relación de Sebi y yo era toda una farsa y nos pediste amablemente que nos fuéramos de tu casa, Sebi tuvo la brillante idea de que si conseguía conquistarte, tendrías piedad de nosotros y dejarías que nos quedásemos.

Hago una pequeña pausa, esperando alguna reacción por su parte, pero él solo me mira serio, escuchando.

—Yo acepté a regañadientes porque sabía que eso jamás iba a ocurrir. Entonces

Gema me contó lo de las clases particulares y el malvado plan de mi amigo empezó a tener sentido. Nunca pensé en cumplirlo, solo les seguí el rollo como algo divertido. Intentar conquistar a alguien que me estaba echando de su casa me parecía un imposible. Y todo sucedió sin más. Tú cambiaste, te volviste cariñoso y divertido, me dejaste ver cómo eras en realidad y simplemente me dejé llevar. No actuaba, si hacía algo era porque me apetecía y no por crear algo falso.

Me empieza a temblar la voz, así que paro un segundo y cojo un pedazo de tarta para disimular y calmarme. Darle todas estas explicaciones me ha hecho recordar lo que hemos vivido juntos y, que ahora estemos teniendo esta conversación, me parece triste, muy triste. ¿Cómo algo que me hacía tan feliz me entristece ahora?

Biel alarga su mano y la posa sobre la mía. Su calor me eriza la piel y lo miro extrañada. Esperaba cualquier reacción menos esa.

—¿Crees que no pensé en eso? Los primeros días después de irte de casa no podía dormir. Lo único que hacía era darle vueltas a la cabeza y, en una de esas, llegué a la conclusión de que tal vez no todo era como yo pensaba y todo tenía una explicación. Era imposible que fingieras todo el tiempo.

—¿Y por qué no me llamaste entonces?

—Porque igual que llegué a esa conclusión, llegué a preguntarme si merecía la pena seguir con algo que había empezado con mentiras. ¿Y si todo eso nos perseguía para siempre?

Sus palabras me duelen. ¿De verdad dudó si merecía la pena lo nuestro? Para mí sí la merecía, yo hubiese hecho cualquier cosa porque todo volviese a estar bien.

—Para mí sí hubiese merecido la pena —sé que ha notado el temblor en mi voz, porque me aprieta la mano, pero no me importa.

Sufrir no es de cobardes. Mostrarle a una persona el daño que te está causando no es de débiles, todo lo contrario. Ser valientes es no avergonzarse de tus sentimientos, es no tener miedo a lo que pensará o si creerá que eres débil por dejarte llevar. Ser valiente es tirar para adelante con todo.

—Como ya te he dicho, no hice las cosas bien. Dejé pasar los días, tenía miedo a tu reacción si te llamaba, incluso tenía miedo a la mía, no sabía cómo reaccionaría yo al escucharte y decidí no hacerlo. Ahí me equivoqué, pero para cuando me di cuenta de mi error, ya era tarde. Sabía que tenías contacto con Bea y lo único que sabía de ti era que seguías buscando trabajo y que te habías mudado cerca de tus amigos. Me enteré cuando se quedó a dormir en tu casa y os pasasteis horas viendo películas y hablando, cuando fuisteis a pasar el día a Girona y la noche que salisteis de fiesta con Gema. Todo eso me hacía pensar que ya habías pasado página. Eso me hizo sentir estúpido, quizás eso que para mí había significado tanto, para ti no. Y un día tomé la decisión de no llamarte porque quizás ya no tendría sentido para ti.

Mientras hablaba, Biel ha entrelazado sus dedos con los míos. Ahora me mira fijamente, esperando una respuesta, quizás una confirmación de que sus sospechas

eran ciertas y yo pasé página.

—Te equivocaste, no pasé página. No había un maldito día que no te echara de menos, a ti y a Emma —traga saliva al escuchar el nombre de su hija y noto un brillo en sus pupilas—. Pero mis amigos se esforzaban día y noche para que yo estuviese bien. No me dejaban sola, así que lo único que podía hacer era agradecerles todo eso demostrando que empezaba a superarlo. ¿De verdad crees que iba a superar tan rápido que me dejase la única persona de la que me he enamorado?

He dicho que iba con todo y así es. No sé a dónde nos llevará esta conversación, pero no pienso quedarme nada para mí.

Biel suspira y se lleva nuestras manos, aún entrelazadas, a la sien. Antes de volver a bajarlas deposita un beso en la palma de la mía.

—Lo siento.

Yo no digo nada, solo le miro. Hace tanto tiempo que no lo tengo delante que echaba de menos examinar cada poro de su rostro, cada arruga y cada pelo de su barba de tres días. E inexplicablemente me sorprende sonriendo. Él no entiende porque lo hago, así que inclina un poco el rostro.

—Estás sonriendo —dice.

—Sí, y no sé por qué. Supongo que te he echado de menos.

Lara debe haber venido en algún momento sin que nos diésemos cuenta, porque cuando bajo la mirada veo que nuestras tazas y el plato con la tarta ya no están.

A Biel le llega un mensaje, saca su teléfono y tras mirar la pantalla maldice por lo bajo.

—Es mi madre, tengo que irme. Emma lleva dos días con gripe y al parecer le ha subido la fiebre y mi padre no está en casa para llevarlas al médico.

Yo asiento e intento sacar mi monedero del bolso para pagar mi café y la tarta, pero Biel no me deja y pone diez euros sobre la mesa.

—¿Quieres venir? —me pregunta cogiéndome por sorpresa—. A Emma le encantará verte.

Yo sonrío al recordar a la pequeña rubia, pero niego con la cabeza.

—Creo que será mejor que no vaya.

Eso le duele, pero no me importa. Me levanto y colgándome el bolso del hombro me dirijo a la salida. Biel me sigue de cerca y le oigo decirle a Lara que se quede con el cambio.

Fuera aún llueve, así que nos paramos un segundo bajo el balcón para despedirnos. Está tan cerca que noto como le sube y le baja el pecho cada vez que respira. No recordaba lo alto que es.

—¿Seguro que no quieres venir? —vuelve a insistir.

Sí que quiero, pienso, pero no debo. Me alegro al fin de haber tenido esta conversación, me alegro de que me haya explicado porque actuó como lo hizo y nada me hace más feliz que saber que aún le importo, pero yo soy Alicia Morales y para recuperarme hace falta algo más.

—Quizás más adelante. —Me pongo de puntillas y le beso en la comisura del labio. Está claro que no se lo esperaba porque cuando me aparto se toca esa zona—. Me merezco algo más que un lo siento.

Me giro y camino bajo la lluvia hacía la boca del metro. Muy a lo Single Ladys, con un marcado movimiento de caderas, con la cabeza recta y el paso firme. Y sin paraguas, porque acabo de caer en que me lo he dejado en la pastelería y no voy a ser yo la que vuelva a por él.

CAPÍTULO 53

Ya lo tengo todo

Cuando me llamaron de la editorial para decirme que el trabajo era mío estaba pletórica, feliz, pensaba que al fin había encontrado el trabajo de mi vida y que a partir de ahora todo en mi vida sería felicidad y dinero, haciendo aquello que me había costado años de universidad y que tanto me gustaba.

Pues bien, quizás sí es el trabajo de mi vida y el esfuerzo de horas sin dormir por aprenderme la lección haya servido para algo, pero ahora mismo estoy hasta el escroto de tanta traducción y mataría a más de un escritor que no sabe lo que es una estructura gramatical. ¿En serio envían esta mierda a las editoriales con la esperanza de que alguien lo publique? Si no se entiende ni en su idioma, como para traducirlo.

Sebi dice que exagero, pero os juro que me estoy quedando calva. El otro día mientras me duchaba casi me ahogo por el mar que había bajo mis piernas a causa del embozo que creaban mis pelos en el desagüe. Cuando pase la boda de Gema y me recupere de los gastos, me voy a una clínica de injertos peludos.

Bea dice que me quejo por gusto, que solo llevo dos semanas y el trabajo que me están dando es lo fácil, que cuando me manden lo que de verdad me toca moriré por falta de sueño. Sé que lo hace por meterme miedo, pero ya he ido a la herboristería a por unas buenas pastillas para dormir, para cuando los nervios y el estrés no me dejen pegar ojo.

Sebi se cachondea de mí y no me entiende, Bea me mete miedo para reírse a mi costa y Gema no me hace ni caso, como si organizar una boda fuese estresante y requiriese mucho tiempo, si ni siquiera ha querido despedida de soltera. Sinceramente, pienso que mis problemas son más importantes que una boda para la que solo faltan unos días. Ya sabéis lo incomprendida que soy y los malos amigos que tengo.

Estoy segura que es por eso por lo que cojo sus llamadas y me paso horas hablando con él. Por lo que acepto sus invitaciones a merendar y al cine, los paseos por la playa y los besos duraderos en las mejillas. Es por culpa de mis amigos y del trabajo, no porque yo sea más blanda que la mierda de pavo.

Un lo siento no era suficiente para mí, pero cincuenta y las muestras de interés por su parte tal vez sí. Cada vez que veo su nombre en la pantalla de mi Iphone me pellizca el estómago, se me acelera el corazón y se me tatúa una sonrisa en los labios. Me ha llamado casi cada día desde el desayuno en la pastelería de Lara. No hemos

vuelto a hablar de nosotros, ni me ha vuelto a dar explicaciones de lo que pasó. Simplemente yo tampoco se las he pedido. Solo me habla de él, de sus cosas, de Emma y se preocupa por cómo me está yendo en mi nueva vida como traductora editorial. Me va como el culo, y así se lo he dicho, pero en lugar de reírse de mí solo me da ánimos. Claro que él tiene que recuperar mi confianza y no creo que quiera arriesgarse, pero a mí ya me va bien. Una tarde lo llamé durante mi descanso de media hora. Él estaba en casa trabajando y escuché a Emma jugar de fondo. Me invadió la melancolía y Biel lo notó.

—¿Quieres hablar con ella? —me dijo bajito, para que Emma no lo escuchara.

—Da igual, está jugando, no quiero molestarla.

Se despegó el teléfono de la oreja y lo escuché gritar.

—¿Quieres hablar con Alicia?

No escuché la respuesta, solo unos pasos apresurados que se acercaban y el ruido del movimiento al otro lado de la línea.

—¿Ali? —preguntó una voz infantil y cantarina.

Me tomé unos segundos para deshacer el nudo de mi estómago.

—Hola pequeña, ¿Cómo estás?

—Bieeen, te echo de menos. ¿Cuándo vienes a verme? Papá me ha dicho que tienes trabajo.

—Yo también te echo de menos, pronto nos veremos.

—La profe de inglés me dijo que lo hago mejor. ¿Cuándo jugamos a tirar la pelota y adivinar animales?

Me río al recordar que pasó la última vez que jugamos a eso.

—Pronto, iré a verte, en cuanto tenga tiempo.

Biel le dice algo que no entiendo y Emma me grita adiós antes de volver a jugar. Cuando noto que vuelve a tener el auricular en la oreja, le interrumpo antes de que pueda empezar a hablar.

—Eso ha sido un golpe bajo, que lo sepas.

—No veo porqué, a ti no te gustan los niños.

—Y no me gustan, pero Emma es rubia, tiene los ojos azules y me quiere. ¿Cómo no me va a gustar?

Estoy harta de quedarme con las ganas, de los besos en la comisura del labio, de las caricias inofensivas que guardan calientes intenciones detrás, de los susurros al oído que me erizan la piel. Estoy cansada de luchar contra las ganas de besarle y quitarle los pantalones. Pero resistiré, porque soy más fuerte que el vinagre y porque

al fin le he encontrado uso al consolador que me regaló Gema hace mil años.

Es jueves, faltan dos días para la boda de mi mejor amiga y aún no he encontrado nada para adornar mi pelo. Me relajé con la idea de que ya tenía el asunto del vestuario resuelto y se me olvidó todo lo demás. Así que Bea ha accedido a acompañarme en la insufrible búsqueda que dura ya tres días.

—No me he podido negar, eres muy pesada —me dice bajando de su coche.

—Anda calla y dime dónde está esa maravillosa tienda que va a solucionar todos mis problemas —le digo, con ninguna expectativa de que eso vaya a suceder.

Me señala con el dedo una pequeña tienda de bisutería que pasa completamente desapercibida para todo el que camina por delante. Se llama “El tocador de Blasa” y es toda blanca. Paredes, suelo y muebles. Estoy a punto de sacar las gafas de sol cuando cruzo la puerta por la molesta claridad de dentro. Hay collares y pulseras artesanas por doquier. Son bonitas, pero no me pegan nada para una boda y mucho menos para el look que yo llevaré. Bea pasa por mi lado, me coge de la mano y me arrastra a una mesita pequeña que hay junto al mostrador.

—Esto es lo que te interesa —me dice extendiendo su mano derecha por encima de la mesita.

Aquí no hay anillos, pendientes ni pulseras. Hay varios tocados brillantes que me parecen horrorosos pero el resto es muy bonito. Veo coronas de flores silvestres preciosas, pero que no pegan nada con el color de mi falda.

¿ —Qué tal esto? —me dice Bea tras de mí.

Me giro y veo que tiene una pluma enorme de pavo real en la cabeza.

—Es genial, muy a lo Sexo en Nueva York.

—Pues yo me veo monísima —la escucho decir mientras me giro para seguir buscando.

En un lateral, arrugada, hay una cadenita plateada que llama mi atención. Es de plata vieja y tiene dos redondas pequeñitas con decoración azteca en el lado, con unas bolitas azul turquesa que le dan color. Literalmente me enamoro, la cojo en mis manos y sigo buscando por si he pasado por alto algo más, pero ya no veo nada, solo esa bonita y discreta cadena plateada que me quedará de lujo con la falda.

Bea alucina cuando me ve pagando en la caja, pero no dice nada hasta que estamos de nuevo en su coche.

—Estoy flipando, no pensaba que encontrarías nada, solo te he traído para reírme un poco a tu costa. Pensé que te lo imaginarías al ver el nombre de la tienda —se incorpora al tráfico riendo—. Esa mujer se llama Blasa de verdad, se lo pregunté un día por curiosidad.

—¿Te gusta? —le digo poniéndome la cadena por encima del pelo, de manera que me cruce en mitad de la frente.

—Sí, es muy bonita, y te queda que ni pintada con la falda.

Yo sonrío y guardo mi reliquia a buen recaudo en mi bolso, no vaya a ser que la pierda ahora que al fin tengo todo el look resuelto.

No le pregunto dónde vamos, pero no me sorprende cuando la veo meter el coche en su parking. Lo que ya no me parece tan bien es ver el Dodge negro de Biel aparcado en la plaza de al lado.

Bea me mira de reajo y yo finjo que no me he dado cuenta. Coge sus cosas del asiento de atrás y baja del coche canturreando la canción que estaba sonando hace un momento en la radio. Cuando lo va a cerrar se da cuenta de que yo aún no he bajado.

—¿Te vas a quedar ahí todo el día?

—No pienso bajar hasta que me expliques porque me traes a tu casa estando Biel en ella.

Ella pone la cara de lado y sonrío, como una niña que no ha roto nunca un plato.

—¿Biel? No sé de qué me hablas...

Bajo del coche y cierro de un portazo. No estoy enfadada, pero tampoco me gusta que me traten de tonta.

—¿Qué pasa, que eres ciega y tonta ahora? —le señalo el brillante todoterreno que hay a mi espalda.

—Anda, qué casualidad, no me había dado cuenta.

Cierra el coche y va hacia el ascensor. Yo resoplo, me cuelgo el bolso al hombro y la sigo. Cuando nos montamos en el ascensor finjo estar enfadada.

—Emma se queda a dormir esta noche conmigo y Biel ha venido a traerla. No es ninguna trampa.

—¿Emma está en tu casa? —Se me iluminan los ojos.

Bea sonrío y asiente. Cuando bajamos en su rellano, Bea se tira cinco minutos de reloj buscando las llaves en ese saco que lleva por bolso y yo me desespero, así que harta de esperar le doy al timbre.

—Biel está dentro, ¿recuerdas?

Efectivamente es Biel quien nos abre la puerta. Sin duda, no esperaba verme allí porque cuando me ve, después de darle un beso a su hermana, abre los ojos sorprendido.

—Vaya, hola.

—Hola —digo yo pasando por su lado.

Él me sujeta de la mano y me acerca para darme un beso en la mejilla.

—Qué sorpresa —me dice bajito.

Yo sonrío y estoy a punto de explicarle que no sabía que estaban allí cuando

recibo un golpe en el estómago y unos bracitos me rodean la cintura.

—¡Aliiii! —grita Emma desde abajo.

Bajo la mirada y me encuentro dos enormes ojos azules y una sonrisa a la que le falta un diente. Se me inundan los ojos y hago un esfuerzo enorme por no llorar. Como he echado de menos a esta pequeña.

Le doy un sonoro beso en la cabeza, al más puro estilo abuela, y cogiéndome de la mano me arrastra al sofá, donde ha estado dibujando algo. Me lo enseña e intenta hacerme entender que esos garabatos lilas son ella y su amiga Celia jugando en el patio. Es una niña muy lista, pero dibujar no es lo suyo, yo no veo más que rayas y creo que ese manchurrón amarillo de la esquina es un sol.

—¡Qué dibujo más chulo!

Biel se sienta a mi lado y nos mira riendo. Aún no sé si se ríe de mí o simplemente está feliz.

—Me voy a duchar, esperar a que salga.

Cuando pasa junto a su sobrina le revuelve el pelo, pero ésta ni se inmuta, está concentrada dibujando un pegote verde. Creo que es Mojón, su tortuga.

—¿Cómo ha ido la búsqueda? —me pregunta Biel, colocando su brazo en el respaldo del sofá, justo tras mi cabeza.

—Genial, al fin he encontrado lo que buscaba.

Saco la cadenita del bolso y se la enseño sonriendo. Él me la quita de las manos y la observa con interés.

—Es bonita, pero tiene pinta de que va a durarte poco —la acaricia con delicadeza y me la devuelve.

—Con que me dure el sábado ya tengo suficiente.

Emma me enseña de nuevo el dibujo y me explica que Mojón también juega con ellas en el patio. Punto para mí.

Biel le pide que me dibuje y Emma se pone manos a la obra.

—¿Tienes acompañante para la boda? —me pregunta dejando caer un poco su brazo y jugueteando con mi pelo.

—Sí, claro que sí, voy con dos chicos guapísimos.

—Vaya, qué suerte tienes —bromea Biel, dándose cuenta al momento de que hablo de Sebi y su novio.

—No tanto, Sebi va a llevar una americana granate con topitos blancos —pongo los ojos en blanco recordando la vestimenta de mi amigo—. Fer y yo hemos acordado que después de la ceremonia la quemaremos y fingiremos que no hemos sido nosotros.

—Si quieres puedo acompañarte —su mano sigue jugueteando con los mechones de mi coleta.

Miro a Emma, que se está esforzando mucho en retratarme, y luego a él. Biel me está mirando a los ojos juguetón, poniéndome a prueba.

Por supuesto que me encantaría que me acompañase, cuando me compré la falda y el top estando con él lo primero que pensé fue que mi mejor complemento sería llevarlo del brazo. Pero si digo que sí, significa que todo está olvidado y que empezamos de cero. ¿Pero qué se supone que tenemos que empezar? ¿Una relación estable? ¿Sexo esporádico?

—Aún es pronto —contesto.

Él tuerce el gesto, pero luego sonrío y con un movimiento rápido le da un tirón a mi coleta. Se levanta tan rápido que me pilla de sorpresa, se pone frente a mí y estira los brazos.

—Tú te lo pierdes, los trajes me sientan de maravilla.

Y que lo digas, pienso. Lleva un pantalón de pinza beige con un cinturón marrón oscuro y una camisa azul marino. Es alto, de hombros anchos y brazos musculados. Por supuesto que los trajes le quedan bien, pero hasta un pijama de dinosaurios de Primark le quedaría perfecto.

—Si cambias de idea tengo muchos trajes en mi armario, sólo tienes que llamarme —me guiña un ojo.

Cuando Bea sale de la ducha nos encuentra en plena batalla de cojines. Al principio se queja, diciendo que tengamos cuidado con los nuevos, pero cuando recibe un cojinazo en plena cara decide dejar de fingir ser una persona responsable y se une a nosotros.

Media hora después Emma está agotada y Bea nos echa a patadas de su casa.

—Ya os estáis yendo, que tengo preparada la peli de Zootrópolis y no quiero verla sola.

—Desencántate —le dice su hermano—. Emma va dormirse en dos minutos.

—No papi, que yo quiero verla —dice la pequeña bostezando.

—¡Fuig, fuig! —nos grita empujándonos fuera.

CAPÍTULO 54

Recuperando lo perdido

No encontramos casi tráfico, así que antes de las nueve estamos en mi calle. Biel para el coche en la parada del autobús para que baje.

—Gracias por traerme —le digo sonriendo.

—No me des las gracias, mi coche ya te echaba de menos.

Sin que pueda hacer nada por evitarlo me viene a la mente aquella noche que fuimos a tomar algo. Aquel fue nuestro primer beso. Si me esfuerzo un poco aún recuerdo el sabor de su cóctel en mi boca y como sus manos me sujetaban del cuello para acercarme más a él. Me fijo en sus labios, que ahora sonríen.

—¿Cenarás en tu casa?

—Sí, mañana tengo una reunión a primera hora, por eso Emma se queda con Bea, porque yo no puedo llevarla al colegio.

Sé que no debería, que me he propuesto no hacer nada hasta que pase la boda, pero las palabras salen solas de mi boca.

—Sube, te invito a cenar.

Está claro que no se lo esperaba, porque sus ojos se abren ligeramente a causa de la sorpresa. Me invade un miedo horrible a que me diga que no, pero solo dura unos segundos, porque Biel para el motor, mira que no venga el autobús y centra su atención en mí.

—¿Estás segura?

—Claro, Carmen nunca está en casa. Además, aún no has visto mi nuevo piso.

—Me parece bien, pero antes quiero que sepas una cosa —se inclina hacia delante, para asegurarse que le presto toda mi atención—. Me enseñarás tu casa, cenaremos y luego me iré, pero antes de salir por la puerta pienso besarte. Si no quieres que eso pase, me despediré aquí y me iré a casa.

No contesto, simplemente me giro y salgo del coche. Biel me mira a través del parabrisas con el ceño fruncido. Cree que me he enfadado y parece contrariado. Cierro con cuidado la puerta del copiloto, doy la vuelta al coche mientras él me sigue con la mirada y me acerco a su ventana.

—En la calle de atrás siempre hay sitio para aparcar, te espero arriba noto como

suelta el aire aliviado—. Es el tercero primera.

Metó la llave en la cerradura y escucho en silencio. No se oye nada al otro lado. He dicho que Carmen nunca está en casa y es verdad, pero no tengo ni idea de si hoy trabaja o no. Abro lentamente la puerta y meto la cabeza dentro, miro a cada lado con un movimiento rápido. No hay ninguna luz encendida, así que suspiro aliviada.

—¿Carmen? —grito.

No recibo respuesta, pero no me fío, así que me acerco a su habitación y llamo a la puerta. No hay respuesta. La abro con cuidado y compruebo que no está.

Bien, todo el piso para mí.

Dejo mis cosas encima de la cama y me doy una vuelta rápida por todo el piso para recoger lo que hay por medio. A excepción de mi cazadora tejana en la silla del comedor y mis zapatillas de estar por casa, todo está en su sitio. Carmen es una obsesa del orden.

Suena el telefonillo de la portería cuando estoy entrando a mi habitación. Abro sin contestar y dejo la puerta de entrada entornada, para que pueda pasar cuando llegue.

Metó toda la ropa que tengo sobre la cama hecha un gurrño en el armario y echo un poco de mi colonia para que huela bien.

Escucho la puerta de la calle cerrarse y me giro para encontrarme con un Biel sofocado.

—Esto no es un tercero, es un cuarto —dice guardándose las llaves del coche en bolsillo de los pantalones.

—Bueno, yo no tengo la culpa de que al constructor le haya apetecido poner entresuelo.

Lo cojo de la muñeca y lo arrastro a la cocina para empezar el tour del piso. No tardo ni cinco minutos. Cuando termino, enseñándole el lavabo, lo veo serio. Vale que es la peor parte del piso, pero el comedor no está tan mal, pienso.

—¿Te apetece cous cous con verduras? —le pregunto yendo a la cocina.

Él asiente, pero no dice nada más, se queda allí de pie mirando la puerta abierta del baño. Mientras se hacen las verduras y el cous cous se hidrata me asomo para ver qué hace.

Está sentado en el sofá, con los codos en las rodillas y la cabeza apoyada en las manos, pensativo. Ni siquiera se da cuenta que lo observo, así que decido no interrumpirle y vuelvo a la cocina.

Biel me sorprende sujetándose de la cintura cuando estoy poniendo la cena en dos cuencos de cerámica.

—La ayuda llega tarde, ya está listo el cous cous —bromeo.

Apoya su barbilla en mi hombro, haciendo que se me erice el bello de la nuca.

—Este piso es una mierda —dice serio.

—Vaya, muy bonito, te pones a criticar mi piso mientras yo te hago la cena.

—Lo digo en serio —se aleja de mí, me quita los cuencos con la cena de las manos y me sigue hasta el salón—. Yo no quepo en ese lavabo y tu cuarto ni siquiera es una habitación, le quitaron un trozo de espacio al salón para hacerla. Además, está mal hecho, esa pared es de mentira, si le das con un martillo se viene abajo.

¿En serio está criticando mi piso? ¿No tiene nada mejor que decir?

—Bueno, no tenía tiempo para ponerme a buscar algo mejor.

Voy a por dos cervezas a la cocina y vuelvo al salón. Biel ya está sentado a la mesa.

—A eso me refiero, estás viviendo aquí por mi culpa.

Tiene razón, pero no me apetece nada pensar en eso, así que hago aspavientos con las manos y empiezo a comer.

—Eso da igual. Además, el piso no está tan mal. Carmen me deja aparcar la moto en su plaza, Gema y Sergio viven en el bajo y está más cerca de la editorial que la casa —doy un sorbo a la cerveza y le animo para que empiece a comer—. Tú lo ves diferente porque eres arquitecto, pero a mí esa pared de mentira me importa tanto como que los baldosines de la cocina no peguen con la pared.

—Ni siquiera he ido a verla todavía —dice Biel empezando a cenar—. Cuando Paco me subió las llaves que le dejó Sebi, las guardé.

—Pues deberías alquilarla, ese dinero te vendrá muy bien y la casa es una pasada, la cogerán enseguida.

No contesta y pasamos el resto de la cena en silencio. Me resulta tan incómodo que pongo música en la televisión. Cuando le pedí que subiera a mi piso no esperaba algo como esto.

Llevo todos los bártulos a la cocina y empiezo a fregar. Biel me sigue y me aparta del fregadero empujándome con la cadera.

—Quien cocina se libra de fregar —me dice poniéndose en mi sitio y abriendo el grifo.

—No voy a resistirme, ya sabes que odio fregar los platos.

Me apoyo en la pared y lo observo. Se ha remangado la camisa y enjuaga los vasos con cuidado. Está tan sexy que no puedo evitar acercarme por detrás y rodearlo por la cintura. Es tan alto que tengo que girar la cara hacia un lado para no aplastarme la nariz con su espalda.

Aspiro profundamente, disfrutando del olor de su perfume. Quiero oler esto cada día de mi vida.

—No es culpa tuya —le digo bajito, esperando que pueda oírme—. Yo tampoco quería seguir viviendo en esa casa.

Gira la cabeza para verme mientras aclara los cubiertos.

—¿Por qué?

—Porque es tu casa, y después de todo, ya no tenía derecho a estar allí.

—Creo que ya hemos hablado de eso y hemos llegado a la conclusión que todo fue un malentendido.

—Aun así, ya no era lo mismo.

Cierra el grifo, se seca las manos y se gira sujetándome las muñecas para que no pueda apartarlas de su cintura. Ahora lo abrazo y él me obliga a mirarlo a los ojos.

—Te echo de menos, Ali.

Voy a decirle que yo también, pero me lo impide poniendo su dedo índice en mis labios.

—Mi vida ha sido siempre muy tranquila y rutinaria. Me limitaba a trabajar, cuidar de Emma y tomar alguna cerveza de vez en cuando con Bea. No había nada interesante en ella, solo rutina. Y un día llegaste tú para ponerlo todo patas arriba.

Lo escucho en silencio, no quiero interrumpirlo.

—Entraste en mi casa con el casco de la moto puesto y le cambiaste el nombre a la tortuga de mi hija por uno ridículo. Tenías tanta energía y sonreías tanto que llegué a pensar que eras de mentira —hace una pausa corta—. ¡Si hasta le partiste el labio a Emma de un balonazo!

Los dos reímos al recordarlo.

—Y, aun así, estaba deseando verte, que llegaras a casa cada tarde para observarte en silencio. Eres como el maldito wasabi, pareces inofensiva pero luego eres picante y emocionante, tienes el don de hacer que nadie te olvide. ¿Y sabes qué? Quiero wasabi. Quiero despertarme cada mañana pensando en qué locura se te ocurrirá ese día, quiero hacerte reír hasta el punto de que se te salga la bebida por la nariz y quiero que me mires aburrída cuando te hablo de Dalí y de arquitectura. Te quiero en mi vida.

Me tiembla hasta el tanga. Sobretudo el tanga.

—¿Wasabi con ge y uve? —pregunto divertida.

—Escríbelo como te dé la gana.

Me acerca a él de un solo empujón y me besa. Todo el bello de mi piel se eriza en cuanto su lengua acaricia la mía y la sensación de volver a notar su sabor me hace preguntarme porque diablos he tardado tanto en volver a besarlo.

Sube su mano hasta mi nuca y me aprieta contra su pecho, como si el simple roce de nuestros labios no fuese suficiente. Yo enrolló mis brazos en su nuca, poniéndome

de puntillas, y le acaricio la coronilla.

Volver a tenerlo entre mis brazos, volver a notar su contacto y la mezcla de nuestros perfumes despierta en mí un mar de sentimientos que me perturba. Siento tantas cosas que no esperaba, que casi me mareo. Esta sensación en la boca del estómago, este escalofrío que me recorre entera y el calor que tatúa en mi piel cada vez que pone sus manos en alguna parte de mi cuerpo, me vuelve loca. Y no loca de lujuria o de pasión, me vuelve loca de amor.

—Dios, como necesitaba esto —susurra apartándose un poco de mis labios.

Voy a contestar, pero sus labios me lo impiden, volviendo a besarme. Las ganas que hemos contenido todos estos días explotan sin que podamos evitarlo.

Le muerdo el labio inferior juguetona, quiero que sepa las ganas que le tengo, por si aún a estas alturas se le ocurre preguntar. Él responde con un murmullo placentero mientras dibuja un caminito de besos hasta el lóbulo de mi oreja. No ha olvidado mi punto débil.

—Vamos a tu cuarto —me susurra al oído, sofocado por las ganas.

—No vamos a ir a ninguna parte —le digo.

Biel se aparta asombrado. Me siento en la encimera y le atraigo hacia mí, rodeando su cintura con mis piernas.

—Quiero que me lo hagas aquí mismo —le digo sin apartar mis ojos de los suyos.

Biel tuerce una sonrisa y se acerca tanto a mí que noto su erección en mis caderas. Está tan excitado como yo.

—¿Estás segura? —me dice besando mi cuello y sujetando mi trasero contra su erección, rozando su sexo con el mío.

—Biel... —le ruego.

Él se toma su tiempo. Me quita la blusa sin dejar de besarme. La tira al suelo por encima de su cabeza. Yo le abro la camisa de un tirón, haciendo que salten dos botones y la tiro al suelo. Biel sonrío y me dedica la mirada más caliente que le he visto nunca. Me quita el sujetador y se dedica a besar mis pechos.

Echo la cabeza hacia atrás, dejándome llevar por el placer que me produce el roce de su lengua. Y de pronto noto el contacto frío del mármol en mis nalgas. Biel me ha quitado el pantalón sin que me entere.

Necesito notar el contacto de su piel, quiero tenerlo tan pegado a mí que no pueda distinguir su piel de la mía, así que lo obligo a incorporarse y lo beso. Un beso húmedo y caliente que nos desborda. Bajo mis manos a su erección y la acaricio por dentro del pantalón.

—Dios... —se le escapaba entre mis labios.

Le desabrocho el pantalón y libero su miembro. Lo acaricio despacio, disfrutando viendo como le gusta.

—Cuántas ganas tenía de ...

El ruido de unas llaves en la cerradura lo interrumpen. Los dos nos miramos asustados. Biel se sube rápidamente los pantalones, pero a mí solo me da tiempo a bajar de la encimera de un salto y coger lo primero que veo para taparme.

Cuando Carmen entra en la cocina, nos ve de pie, uno al lado del otro, con cara de susto. Biel ha conseguido abrocharse el pantalón, pero no ha tenido tanta suerte con la camisa, de manera que sólo ha conseguido meter un brazo. Yo, por el contrario, no he llegado a ninguna de mis prendas, así que estoy de pie, en tanga, tapándome el pecho con lo que tenía más a mano: la sartén.

—Qué asco —dice Carmen sin ningún tipo de emoción.

Nos mira juzgándonos de enfermos sexuales y se mete en su cuarto, cerrando de un portazo.

Nos quedamos unos segundos quietos, mirando la puerta por donde ha desaparecido mi compañera de piso, y entonces me entra la risa nerviosa. No puedo parar de reír, dejo caer el brazo de la sartén y me sujeto el costado para parar la molestia que me produce tanta risa. Biel me mira sin entender porque me río, pero acabo contagiándole y los dos nos vestimos entre carcajadas.

—¿De verdad echabas de menos cosas como ésta? —le pregunto mientras volvemos al salón.

—Precisamente esto no —dice metiéndose la camisa por los pantalones—. Pero todo lo demás sí.

Me da un beso rápido en los labios y se acerca a la puerta.

—Es de cobardes salir huyendo, pero voy a utilizar la excusa de que mañana tengo que trabajar.

Le doy un guantazo cariñoso en el hombro y le beso una vez más antes de que salga por la puerta.

Voy directa a la cocina para terminar de recogerlo todo antes de que Carmen salga, no tengo ganas de darle ninguna explicación. Recojo mi sujetador, que con las prisas no me he puesto y lo miro divertida.

—Menuda cortada de rollo —digo bajito, volviendo a mi cuarto.

CAPÍTULO 55

Si me quieres, vete.

Las bodas me aburren, me parecen algo innecesario y extremadamente caro. Nunca he soñado con casarme de blanco y rodeada de cientos de personas que sólo me miran a mí, tampoco quiero canciones épicas ni servilletas al vuelo cuando entren los platos, ni escuchar constantemente el conocido “Que se besen” o “¡Viva los novios!”. Sólo de pensar en eso me da urticaria.

Pero hoy mi mejor amiga me ha demostrado que no todas las bodas son iguales y que no todo es postureo y espectáculo, que a veces, los sentimientos dan sentido a la celebración y todo encaja.

La boda es perfecta, íntima y sencilla, bonita y especial. Es la boda que querían y sin duda que se merecen.

Han escogido un restaurante perfecto en medio del bosque. La ceremonia se ha celebrado entre altos árboles que ya empiezan a coger tonalidades naranjas, despidiéndose del verano y dando la bienvenida al otoño. Gema odia las flores, todas ellas, por lo que no había ningún adorno floral en la ceremonia, pero aun así el ambiente era muy romántico y bohemio. En la pasarela central, por donde una Gema radiante ha entrado del brazo de su padre, había una alfombra de bambú de extremo a extremo, con un oasis de confeti blanco a ambos lados. Y en cada extremo de la pasarela, varias filas de troncos con tablones de maderas hacían las veces de banco para los invitados, que emocionados hemos contemplado toda la ceremonia, dirigida por el hermano de Sergio.

Y en los dos árboles más grandes, que delimitaban cada extremo del improvisado y salvaje altar, habían colocado fotos polaroid de los novios, de recuerdos de pareja y de momentos épicos inmortalizados con todos los invitados a lo largo de los seis años que dura su relación.

La cena, al estar a mediados de octubre, es en el interior del restaurante, en un patio rodeado de ventanales, iluminado únicamente por las hileras de bombillas amarillas que cuelgan del techo. Se agradece estar a salvo del frío y los mosquitos y aun así poder disfrutar de un ambiente de cuento.

No han colocado mesas redondas donde luego todo el mundo está descontento con el compañero de la silla contigua, sino que hay dos mesas de unos diez metros cada una, con manteles blancos y sillas de madera, decoradas únicamente por jarrones transparentes llenos a rebosar de hojas verdes y piñas.

Frente a mí, están Sebi y Fer, junto al hermano de Sergio y su mujer. A mi izquierda están las amigas de la universidad de Gema, todas solteras y tan felices de serlo que da hasta rabia. Y a mi derecha, por inclemencias del destino, está Javi. No ha traído a la sexy gordibuenita con quien lo vi aquella tarde de compras, por lo que intuyo que ese par de melones ya son historia.

—¿Dónde está Mr Proper? —me pregunta divertido entre el primero y segundo plato—. ¿Tenía hora para un implante de pelo de urgencia?

—Sí, en los huevos —contesto de mala gana.

Sé que solo bromea, pero he echado tanto de menos a Biel durante todo el día y me he arrepentido tanto de no haberle pedido que me acompañe, que pagarlo con él es lo más fácil ahora mismo.

—Bueno, no creo que necesite pelo en los huevos —me dice guiñándome un ojo.

Me arrepiento de mi desplante, así que me giro un poco en la silla y me acomodo para verlo mejor.

—Lo siento, es que me gustaría que estuviese aquí.

—¿Y te dijo que no? —parece haber dejado de lado las bromas, está realmente interesando en hablar de este tema.

—La verdad es que fui yo quien no quiso que viniera.

—¿Así que le dijiste que no podía acompañarte y ahora estás con la cara larga porque lo echas de menos? —yo asiento—. Eres un caso. Yo pensaba que era tu novio.

Me tomo mi tiempo antes de contestar. ¿Lo es? Ni yo misma lo sé.

—Lo era, o eso creo, pero la cosa se torció un poco y ahora todo es complicado.

Por el rabillo del ojo veo como mi pareja de gays preferida no pierde detalle de nuestra conversación.

—Yo creo que la complicada aquí eres tú —me dice riendo.

Lo pienso un segundo y sonrío también. Un poco complicada sí que soy, para que engañarnos.

We Found Love, de Rihanna, nos interrumpe por los altavoces. Miro horrorizada a ambos lados esperando ver la tribu de camareros que tanto me temía, pero en lugar de eso, veo como Gema y Sergio se levantan de sus sillas y empiezan a bailar por las mesas. Primero en su mesa, donde están todos los familiares, parándose junto a la abuela de Sergio. Ésta los mira emocionada, sentada en su silla de ruedas, con lágrimas resbalándole por el rostro. Sergio le da un beso en la mejilla y se agacha a su lado, le susurra algo al oído y mira a su ya mujer, asintiendo con la cabeza. Entonces, Gema divide su ramo de lirios blancos, la única presencia de flores en la boda, en dos y le entrega una parte a la emocionada abuela. Hay abrazos, besos y gritos de “Oohh” por toda la estancia. Gema va rápida hasta su sitio y deja allí la otra parte del ramo.

Todos sabemos que será para su ya fallecida abuela.

Estoy tan entretenida mirando el vídeo que acabo de grabar en mi móvil que no lo veo venir, de lo contrario habría tirado mi teléfono por los aires y me habría puesto a correr en medio del bosque como alma que lleva el diablo.

Los gritos de mis amigos me hacen levantar la cabeza en busca del próximo espectáculo. Pero no localizo a los novios en la mesa de los familiares, básicamente porque no están ahí, sino que los tengo justo detrás de mi silla.

Gema levanta su bronceada pierna y obligándome a abrir las mías coloca su tacón entre mis muslos. Sergio le levanta la falda y deja al descubierto la liga, blanca con un fino y delicado lazo azul. Yo la miro negando con la cabeza, porque le hice prometer que si quería regalarme algo lo haría antes o después de la boda, no en la ceremonia, pero no puedo evitar sonreír. Ella me dice que sí con una sonrisa tan amplia que me llena el corazón.

Se baja lentamente la liga, al ritmo de la música y finalmente Sergio se la quita, ayudándola para que no pierda el equilibrio.

—Esto es tuyo —me dice poniéndola en mis manos—. Porque lo azul representa fidelidad y amor verdadero y en toda mi vida nadie me ha sido más fiel que tú.

Y lloro todo lo que no he llorado durante la ceremonia. Porque mi mejor amiga acaba de casarse con el hombre de su vida y que haya decidido dedicarme este momento a mí, en su día más importante, me parece tan jodidamente bonito que no puedo evitarlo.

—Te quiero —le digo entre lágrimas, aferrándome a su cuello.

Toda la sala se inunda de aplausos y vítores y en mi arrebatado de felicidad, me levanto, hago una reverencia a izquierda y derecha y grito:

—¡Viva los novios!

La cena estaba riquísima y entre baile y baile, doy gracias por haber escogido el mejor atuendo para la boda. Mi holgada falda de tul es comodísima y no tengo que preocuparme de si me aprieta o no después de los dos trozos de tarta que me he metido entre pecho y espalda como remate de la cena.

Me duele la boca de tanto sonreír, estoy disfrutando como una enana, rodeada de todos mis amigos, bailando y riendo, con los tacones ya en la mano.

Y en esas estoy, bailando *Despacito*, de Luis Fonsi, cuando mi visión se vuelve negra. La mano de alguien me tapa los ojos.

—Estás preciosa —me susurra una voz dulce al oído.

No le he visto la cara, aún no me ha llegado su perfume, pero sé que es él. Cojo su mano y me la aparto de los ojos. Me giro, levanto la vista y lo veo. Biel me sonríe desde su metro ochenta.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto sin creer lo que veo.

—Sorprenderte —contesta junto a mi oído, para que pueda escucharlo por encima de la música.

Yo salto a su cuello y lo abrazo. No me creo que esté aquí, quizás mis deseos de que me acompañara han viajado por las líneas telefónicas y han llegado hasta su casa para dejarle un mensaje.

No se ha puesto un traje, pero su atuendo lo hace igual de elegante. Lleva un pantalón pitillo tejano, una camisa blanca y un chaleco color hueso. Las luces de la sala iluminan sus ojos, resaltando el bonito color azul de su iris. Me muerdo el labio y le beso.

Cuando me aparto lo veo mirar por encima de mi hombro. Me doy la vuelta y veo a Gema y Sebi juntos, observándonos. Los dos sonrían y mi amigo asiente.

—No he venido para quedarme —me dice, captando de nuevo mi atención—, sólo quería darte esto.

Miro lo que me ofrece. Es una caja de madera, de tamaño mediano, cómoda para sus manos, pero un poco grande para las mías. Levanto la mirada interrogante.

—¿Qué es?

—Ábrela.

Le hago caso y levanto la tapa con cuidado, intrigada por su contenido. Solo veo un trozo de papel, doblado por la mitad. Lo cojo con una mano y descubro que la caja está llena a rebosar de nubes de chocolate. No me lo creo.

Lo miro con los ojos como platos y la boca semiabierta.

—Odias que te regalen flores, ¿verdad?

Yo río, feliz de que recuerde ese detalle, hasta este momento ni siquiera yo recordaba habérselo dicho.

Cojo una nube, me la meto en la boca y desdoble el papel.

—Espera —dice sujetando mi mano—, no la leas hasta que me haya ido.

—No te vayas —le digo suplicante—, si te quedas prometo no leerla hasta mañana.

—Eso no puede ser —me acaricia la mejilla—, tengo que irme.

Me da un beso en los labios, rápido pero cuidadoso, tomándose el tiempo justo de rozar su lengua con la mía antes de apartarse y desaparecer entre la multitud, que baila ajena a todo.

Cuando mis amigos llegan a mi lado yo sigo congelada, mirando en la distancia el punto exacto por donde ha desaparecido Biel.

—¿No piensas leer la carta? —me pregunta Sebi.

Yo vuelvo a la realidad, le pongo la caja en las manos tan rápido que un par de

nubes caen al suelo y desdoble el trozo de papel.

Reconozco la letra de Biel, alargada y cursiva y sonrío al comprobar que la escribió a mano. Ya no se escriben cartas.

Lo nuestro fue rápido, improvisado y sin sentido. Pasamos de ser dos extraños a dos locos enamorados en poco tiempo, quizás por eso cometimos errores. Pero los errores se arreglan y al final sólo son lecciones que nos ayudan a estar mejor.

Por eso, si al fin has perdonado a un tonto que actuó mal, te espero dentro de una hora en el aeropuerto.

No traigas equipaje, sólo una sonrisa en los labios y la caja de nubes de chocolate, no hay que ser avariciosa.

No me busques, yo te encontraré.

Te quiero.

Me tiemblan las piernas. Releo una y otra vez la nota, convenciéndome de que lo que leo es real y no un efecto secundario del vino blanco de la cena.

Cuando al fin levanto la mirada, Sebi y Gema me observan sonriendo. Quiero explicarles lo que pone, pero no me salen las palabras.

—¿A qué esperas? —me dice Gema, rodeando mi cuello con su brazo.

Entonces entiendo que no hace falta que les explique nada, ellos ya lo saben. Biel no sabía dónde era la boda y no se habría presentado allí sin avisar antes a los novios.

—No puedo irme, es tu boda —le digo.

—La boda ya ha terminado —me dice señalando la sala—, aquí solo quedan viejos durmiendo y jóvenes borrachos.

—Pero es que no tengo ropa ni dinero, no puedo presentarme en el aeropuerto con lo puesto.

—Tus cosas están en el coche de Biel —dice Sebi—. Por una extraña razón, al oír de tu compañera de piso le ha parecido perfecto que desaparezcas unos días.

No me creo que mis amigos estén al corriente de todo y que yo no me haya dado cuenta de nada. ¿Desde cuándo son tan amigos de Biel?

—Pero... —los miro a los dos, nerviosa—. ¿Qué hago? ¿Me voy?

—¡Pues claro! —gritan los dos a la vez.

Sonrío, ignorando la lagrimita que me cae por la mejilla. Los aprieto fuerte contra mi pecho en un abrazo a tres y les beso con prisas. Corro descalza hasta el guardarropas, recupero mi cazadora de cuero y mi bolso de mano y, calzándome de nuevo, corro hacia el parking, en busca de mi vespa, entendiendo por qué Sebi insistió

en que me la llevase.

Cuando tras cinco kilómetros de curvas entre árboles frondosos cojo la autopista, me doy cuenta que no he dejado de sonreír desde que me he montado en la moto. Los ocupantes de los coches que me cruzo me miran sorprendidos. Supongo que mi falda de tul color turquesa ondeando al viento no pasa desapercibida. Llevo el casco de verano, así que noto el aire fresco de la noche en la barbilla y en la trenza, ya medio desecha.

Me imagino a Biel junto a la puerta de embarque, sonriendo, con nuestras maletas a su lado y acelero.

Escucho un frenazo, pero no reacciono hasta que el ruido de un claxon me saca de mis ensoñaciones. No veo el coche, solo siento un fuerte dolor en el costado y todo se vuelve oscuridad.

EPÍLOGO

Como es normal en estas fechas, tengo la pastelería a rebosar. He tenido que contratar a alguien para que me ayude porque no doy abasto.

Además de la gente que viene al local, la lista de encargos de tartas y dulces es interminable, por lo que mis últimos días del año consisten en hornear, decorar y atender. Pero nada de eso me estresa o me pone de mal humor, siempre he pensado que trabajar no es duro si dedico mi tiempo a lo que me gusta. Por eso abrí la pastelería, para convertir la repostería no solo en mi afición sino en mi medio de vida.

—¡Lara! ¿Dónde tienes los tés? —me pregunta mi madre desde la barra.

Estoy harta de decirle que no de esos berridos, pero ya que ha venido a ayudarme el último sábado del año, no tengo derecho a abroncarla por nada.

—En la cesta de mimbre de abajo, junto a los sobres de azúcar.

Llevo encerrada en la cocina toda la tarde. La tarta que tengo entre manos es tan importante y especial que quiero que quede perfecta.

Son ya las ocho de la tarde cuando coloco el último detalle y la meto con cuidado en la caja.

—Han venido a buscar la tarta, Lara — esta vez no grita y yo le guiño un ojo sonriendo cuando salgo de la cocina.

Biel está junto al ventanal, observando los cupcakes que han sobrado después de la larga jornada de hoy. Se ha dejado barba desde la última vez que lo vi y parece feliz.

Cuando me ve llegar con la caja en las manos, sonrío y me da un beso en la mejilla.

—Siento haber llegado tarde, el tráfico está horrible.

—No te preocupes, he terminado hace un momento.

Coloco la tarta sobre la barra y con precaución levanto la tapa para que vea el resultado.

No es nada del otro mundo, una simple tarta de zanahoria con cobertura de queso mascarpone y fresas frescas cortadas a trocitos, delimitando el borde. En el centro, con chocolate con leche y letras bien claras pone: *¿Quieres vivir con nosotros?*

Sonrío al leer de nuevo el mensaje. Por supuesto que quiere Biel, no lo dudes.

—¡Es perfecta! —dice—. Me encanta.

—Sabes que te diré que sí, ¿verdad?

—Eso espero, al fin y al cabo, lleva viviendo en mi casa dos meses.

Dos meses de dolor e inmovilidad, pero a la vez dos meses de felicidad y amor.

Cuando fui a ver a Alicia por última vez estaba triste, dolorida y agobiada. Por lo visto, la operación de urgencias que le hicieron el día del accidente, no fue suficiente y le acababan de comunicar que tendría que someterse a una nueva operación. Estaba harta de estar en cama y, ahora que las costillas ya habían sanado y el dolor de cabeza hacía semanas que no aparecía, creía que ya estaría recuperada.

—Estoy harta de este maldito sofá —me dijo mientras tomábamos un café en casa de Biel—. No pienso volver a sentarme aquí en la vida.

—Solo serán unos meses más, ya verás que en nada vuelves a caminar con normalidad.

—Por suerte tengo a Biel —sonríe y los ojos le brillan al nombrarle—, y a Emma. Él se encarga de cuidarme y gracias a ella no he muerto de aburrimiento.

—¿Y tus amigos?

Rió cogiéndome por sorpresa.

—Mis amigos son unos pesados, el otro día tuve que echarlos a patadas. Les agradezco su cariño, pero unos momentos a solas con Biel no me vienen nada mal.

Aún recuerdo el día que su amigo Sebi vino a contarme la noticia. Ali estaba en el hospital y quería llevarle algo dulce para sorprenderla. Por lo visto, de camino al aeropuerto, un Golf negro la arrolló en la autopista. El ocupante iba borracho, tanto que quizás por eso no vio a una chica montada en vespa con una falda de tul turquesa ondeando al viento.

—Le va a encantar —me dice Biel sacándome de mis ensoñaciones—, muchas gracias.

—De nada.

Le paga la tarta a mi madre y se despide de nosotras con la mano que le queda libre antes de desaparecer por la puerta.

Quién me iba a decir a mí que la alocada recepcionista de la clínica dental que venía a desayunar cada día, iba a terminar tan enamorada de un hombre casi diez años mayor que ella, padre de una niña de ocho años. A veces, el amor nos llega cuando menos lo esperamos y de la mano de alguien completamente diferente a nosotros.

Y yo, felizmente prometida y con una vida de ensueño, me iba a dar cuenta pronto que nunca hemos de dar nada por sentado. Siempre habrá alguien escondido que llegue para poner nuestro mundo patas arriba.

Agradecimientos

Gracias a ti, que estas leyendo esto. Por escoger mi historia y darles vida a mis personajes, por haber llegado hasta el final y porque, de no ser por ti, todo esto no tendría sentido.

A Pablo, por apoyarme y creer en mí. Por obligarme a escribir cuando tuve un mal día y no me apetecía hacerlo, por ser mi muso en los momentos dónde la inspiración me abandonó y por la sinceridad a la hora de decirme que algo estaba mal. Pero, sobre todo, gracias por estar a mí lado, en esto y en todo.

A mi familia, por las lágrimas cuando os conté que mi sueño se había cumplido, por acompañarme siempre de la mano, ayudándome en todo lo que podéis, y por el orgullo que veo en vuestra mirada cada día. Sin vosotros, esto tampoco habría sido posible.

Gracias a Cristian, lector cero y cuñado. Por ser el primero y, por lo tanto, el primer soplo de aire fresco al saber que te había gustado. A Miriam, lectora cero y amiga, por dedicar tiempo y horas de tus vacaciones a mi historia y por darme ánimos. A Silvia, lectora cero, amiga y compañera de vivencias, por apoyarme, por todas las horas que invertiste en ayudarme a corregir cuando no tenías por qué hacerlo y por tus lágrimas y emoción al compartir cada paso que daba en mi sueño. Y a Lorena, mi amiga, por estar a mi lado y ayudarme también a darme cuenta que mi sueño iba a ser posible.

Gracias a Marc e Irene, por darme la inspiración para el final. Seguro que habría encontrado un final, pero no habría sido éste de no ser por vosotros.

Y, por último, gracias a Red Apple Ediciones por creer en mí y darme la oportunidad de llevar a Alicia y Biel al mundo.